

La  
**BIBLIA**  
Popular

Zacarías

Malaquías

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

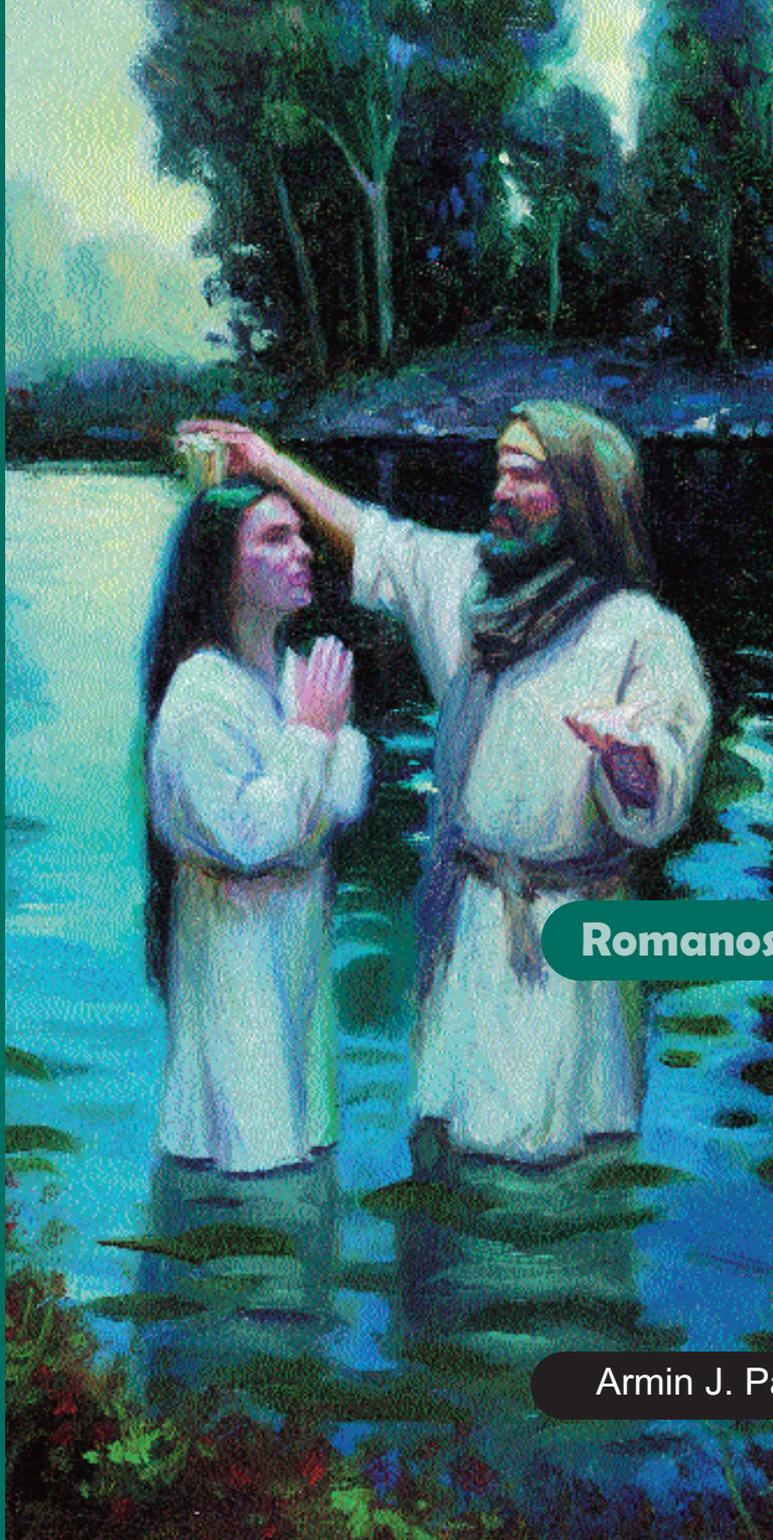
**Romanos**

1 Corintios

2 Corintios

Gálatas

Armin J. Panning



# **La Biblia Popular**

JOHN A. BRAUN

*Editor General*

ARMIN J. PANNING

*Editor del Nuevo Testamento*

CURTIS A. JAHN

*Editor del Manuscrito*

## **Romanos**

**Armin J. Panning**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Primera reimpresión en español 1999.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number: 2001135240  
Northwestern Publishing House  
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284  
© 2001 Northwestern Publishing House  
Publicado en 2001  
Impreso en los Estados Unidos de América  
ISBN 0-8100-1368-1

# CONTENIDO

---

<i>Prefacio del Editor</i> .....	v
<i>Prefacio a la edición en español</i> .....	vi
Introducción a Romanos .....	1
Introducción (1:1-15) .....	11
Tema de la epístola: la justicia que proviene de Dios (1:16,17) .....	20
La justicia de todos los hombres (1:18–3:20).....	24
La justicia acreditada: la justificación (3:21–5:21).....	58
La justicia en la vida cristiana: la santificación (6:1–8:39) .....	96
La justicia de Dios en su trato con “Israel” (9:1–11:36).....	148
La práctica de la justicia (12:1–15:13) .....	203
La justicia compartida con otros (15:14-33).....	236
Conclusión (16:1-27) .....	248



# PREFACIO DEL EDITOR

---

La *Biblia Popular* es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen aplicaciones personales así como antecedentes históricos y explicaciones.

Los autores de la *Biblia Popular* son hombres eruditos y con una perspectiva práctica adquirida a través de años de experiencia en la enseñanza y la predicación ministerial; han tratado de evitar el lenguaje técnico que caracteriza a muchas series de comentarios y que dificulta su lectura para todos aquellos que no sean eruditos en el estudio de la Biblia.

El rasgo más importante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la *Biblia Popular* enfoca nuestra atención en Jesucristo; él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios vienen acompañados de mapas, ilustraciones e información arqueológica cuando así se considera conveniente. En la parte superior de cada página aparece un encabezamiento que remite al lector al pasaje específico que desee encontrar.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Oramos para que esta labor pueda continuar como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al beneficio de su pueblo.

*Roland Cap Ehlke*

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

---

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

En este volumen el traductor prefiere quedar en el anonimato. La Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, esposa de un pastor que trabaja en Minnesota, hizo la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Cuaresma del 2001  
Paul Hartman, director  
Ronald Baerbock, editor de teología  
Publicaciones Multilingües  
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin  
El Paso, Texas, EE. UU.

# ROMANOS

## INTRODUCCIÓN

---

El primer versículo de Romanos, en realidad la *palabra* que le da inicio, nos informa que Pablo es el autor de esta epístola de contenido profundo. En ella encontramos afirmaciones que respaldan esta conclusión pues el autor se refiere a sí mismo como el “apóstol a los gentiles” (11:13). Además, el alcance de su obra misionera, “desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico” (15:19), concuerda con lo que dice el libro de los Hechos acerca del extraordinario ministerio del apóstol Pablo.

### *Fecha y lugar*

La fecha de la carta de Pablo a los romanos se puede determinar con alguna precisión al reunir los fragmentos de evidencia interna (que nos da el libro mismo) que son esenciales. En la época en que les escribió a los romanos, Pablo estaba a punto de regresar a Jerusalén con la colecta que los cristianos de origen gentil habían reunido para aliviar las necesidades de los creyentes judíos de Jerusalén (15:25,26). Por el libro de los Hechos y por las epístolas del apóstol a los corintios nos enteramos de que la colecta en cuestión tuvo lugar durante el tercer viaje misionero de Pablo. Usualmente se piensa que ese viaje se realizó entre los años 53–57.

Pablo le dedicó una gran parte de ese viaje misionero a Éfeso, en Asia Menor. Al final de su permanencia de tres años en esa ciudad, partió por tierra a través de Macedonia y Grecia con el propósito de recoger de paso los fondos que se habían recolectado en las distintas congregaciones; la última escala de este viaje habría sido en Corinto. Por eso, cuando Pablo les escribe a los romanos, “Ahora voy a Jerusalén” (15:25), es muy probable que lo esté haciendo desde Corinto.

En su correspondencia a los corintios, Pablo les había prometido que iba a pasar algún tiempo con ellos, quizás incluso

el invierno (1 Corintios 16:6). Parece que esa intención del apóstol se hizo realidad (Hechos 20:2,3), lo que hace probable que la carta a los romanos haya sido escrita en Corinto durante el invierno, o al comienzo de la primavera del año 57.

### ***Ocasión***

No hay duda de que Pablo hubiera querido partir directamente desde Corinto para visitar a los romanos, porque por muchos años lo había querido hacer (Romanos 1:13), pero hasta ahora le había sido imposible. Un factor que hasta ese momento había limitado las posibilidades del viaje era que Dios le había encomendado que plantara el evangelio en los principales centros urbanos de Asia Menor y en el sudeste de Europa, lo que comprendía ciudades como Éfeso, en el Asia Menor; Filipo y Tesalónica en Macedonia; y Corinto en Grecia. Sin embargo, ahora, ya completada la obra (15:19, 22-24), Pablo podía pensar en dedicarles atención a otras áreas. Su interés inmediato era dirigirse hacia el oeste, hacia Roma y a las regiones más lejanas, entre ellas España.

Sólo otra misión reclamaba la atención del apóstol antes de dirigirse al Oeste, era la misión de entregar la colecta que iba a beneficiar a los cristianos empobrecidos de Jerusalén (15:25). Por la demora que la entrega de la colecta iba a ocasionar, y en preparación para la ansiada visita a Roma, Pablo envió por delante la carta que conocemos como epístola a los Romanos.

Otro detalle, de no tanta magnitud pero también importante, contribuyó a que Pablo enviara la carta en ese tiempo: disponía de un emisario confiable. Recordemos que en la época de Pablo no existía nada que se pareciera a un correo internacional. Si alguien le quería enviar una carta a un amigo distante, tenía que encontrar una persona que viajara al sitio de residencia de ese destinatario y que tuviera la buena voluntad de llevarle la correspondencia. En el capítulo final de su carta, Pablo exhorta a los romanos diciéndoles: “Os recomiendo, además, a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia en Cencrea. Recíbidla en el Señor, como es

digno de los santos, y ayudadla en cualquier cosa en que necesite de vosotros, porque ella ha ayudado a muchos y a mí mismo” (16:1,2). Resulta evidente que Febe era una mujer cristiana muy apreciada que por alguna razón iba de viaje a Roma. A propósito, Cencrea, el pueblo natal de Febe, es uno de los dos puertos que sirven a Corinto, lo que refuerza la conclusión de que Pablo escribió la epístola a los Romanos en esta última ciudad.

### ***Propósito***

A partir del hecho de que Pablo no había estado previamente en Roma, podemos concluir con certeza que no fue él quien fundó la congregación de esa ciudad. En realidad, no existe registro de ningún tipo de actividad apostólica vinculada con la fundación de ese grupo. La tradición de que Pedro se desempeñó en calidad obispo de Roma durante 25 años carece de fundamento y es altamente improbable. Debido al comienzo poco común de este grupo en Roma, es posible que Pablo enviara esta carta, al menos en parte, para proporcionarles el beneficio de su enseñanza apostólica.

La edificación espiritual que les deseaba impartir no era, de ningún modo, un esfuerzo de una sola parte, es decir, con Pablo como único proveedor de todos los beneficios para los romanos. Más bien, Pablo aspiraba, para cuando llegara a ellos, a un intercambio bilateral. No sólo dice: “Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis fortalecidos”; sino que inmediatamente añade: “esto es, para ser *mutuamente confortados por la fe del otro que nos es común a vosotros y a mí*” (1:11,12).

Es evidente que el gozo de Pablo por la fe de los romanos fue un factor importante para escribirles, pero la carta también tenía un propósito muy práctico. Pablo se estaba dirigiendo a los romanos en busca de ayuda y de apoyo en conexión con la labor misionera que planeaba para España y el occidente. A este respecto les solicita ayuda con toda franqueza al escribirles: “Pero ahora, no teniendo más campo en estas regiones, y deseando desde hace

muchos años ir a vosotros, cuando vaya a España, iré a vosotros, pues espero veros al pasar y ser encaminado hacia allá por vosotros una vez que haya disfrutado de vuestra compañía” (15:23,24).

Debemos darnos cuenta de que en la época de Pablo no existía ningún comité mundial de misiones que movilizara los recursos de toda la iglesia para respaldar materialmente a los que marchaban a la obra en el exterior. Recordemos que a veces Pablo ganaba su propio sustento haciendo tiendas (Hechos 18:2,3; 1 Tesalonicenses 2:9) o que recibió ayuda de fuentes privadas y de congregaciones individuales (1 Corintios 16:6,10,11; 2 Corintios 1:16; Tito 3:13; 3 Juan 5-8). Ahora, Pablo les pide ayuda a los romanos de una manera muy sincera. Puede ser que tuviera la esperanza de que Roma llegara a ser su base de operaciones en el Oeste, como lo había sido Antioquía de Siria en el Este.

### ***Destinatarios***

Ya hemos dicho que Pablo, que no había estado aún en Roma, no pudo ser el fundador de la iglesia de esa ciudad, y también hemos descartado que Pedro hubiera trabajado allí durante 25 años. La evidencia en respaldo de la idea de que este apóstol hubiera sido el fundador de la congregación de Roma es insuficiente, aunque posteriormente Pedro sellará allí su ministerio al morir como mártir.

Entonces, ¿cómo tuvo sus inicios la congregación romana? Quizás la mejor respuesta sea que no lo sabemos. Sin embargo, se pueden sugerir algunas posibilidades. Una teoría les da el mérito de este logro a los romanos que habían viajado a Jerusalén, “tanto judíos como prosélitos” (Hechos 2:10,11), y que estaban allí presentes el día de Pentecostés. Se presume que ellos regresaron a Roma para plantar la fe cristiana en la capital del imperio. Esto es completamente posible y, aunque no hubieran sido ellos el embrión original a partir del cual se desarrolló la iglesia, pueden haber sido los primeros representantes y divulgadores de la fe cristiana en ese lugar.

Una característica poco usual de la epístola a los romanos es el gran número de personas a las que Pablo saluda en el capítulo final, donde menciona por nombre a unas dos docenas. ¿Cómo podía conocer a tanta gente en un lugar que no había visitado aún? Es posible que la respuesta a esa pregunta nos proporcione también la posible solución al misterio de quién fundó la iglesia de Roma. En el mundo antiguo, el dicho “Todos los caminos llevan a Roma” era proverbial. Esa ciudad, la capital de un imperio en expansión, era el centro de una comunidad cosmopolita, animada y próspera. Era común que la gente de la época viajara largas distancias, aunque no era fácil ni cómodo; y mucha gente se trasladaba con frecuencia de un sitio a otro, a gran distancia. Piense, por ejemplo en el viaje de Aquila y Priscila que fueron desde el Ponto (en las cercanías del mar Negro) a Roma, Corinto (Hechos 18:1,2) a Éfeso (Hechos 18:18,19), y de aquí de regreso a Roma (Romanos 16:3).

Es posible que las personas que se nombran en el capítulo 16 de la epístola a los Romanos fueran personas que Pablo había conocido en el Oriente y que hubieran llevado a la iglesia su mensaje evangélico. Cuando estos individuos, por razón de negocios o motivos de interés público, se dirigieron posteriormente a Roma, llevaron consigo su cristianismo y se convirtieron en miembros prominentes de la comunidad cristiana en esa ciudad.

A propósito, hablar de una *comunidad* cristiana en Roma puede ser una terminología más apropiada que hablar de una *iglesia* cristiana romana, ya que no parece haber existido allí una congregación centralmente organizada. Más bien, parece que los lectores de la carta de Pablo eran una serie de grupos pequeños que se reunían en casas particulares. Las puede llamar iglesias, si quiere, o como dicen algunos “casas culto”. Varios de estos grupos parecen identificables en la sección que Pablo le dedica a los saludos (16:5,10,11,14,15).

Otro asunto que ha motivado algunas discusiones es la procedencia étnica de los lectores de Pablo en Roma. ¿Eran de origen gentil o judío? La opinión que se refleja en este comentario

es que, en esa época, la mayoría de los cristianos de Roma eran de origen gentil.

En respaldo de esta opinión se debe tener en cuenta que al comienzo de su carta Pablo se describe a sí mismo como un apóstol que ha recibido “la gracia y el apostolado, para conducir a *todas las naciones* a la obediencia de la fe por amor de su nombre”; e inmediatamente añade “entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo” (1:5,6). Más adelante, en el mismo capítulo, el apóstol da una razón de su interés en visitarlos al decirles que era “para tener también *entre vosotros* algún fruto, como lo he tenido *entre los demás gentiles*” (1:13). Incluso en los capítulos 9 a 11, que tratan tan directamente con la condición espiritual de la nación judía, Pablo, al hablar con respecto a la imagen metafórica de las ramas del olivo silvestre que son injertadas en el olivo cultivado, dice: “Hablo a vosotros, gentiles” (11:13).

Sin embargo, aunque probablemente los gentiles eran la mayoría, todavía quedaba una minoría judía muy influyente. Tal vez no nos deba sorprender la influencia de la comunidad hebrea; después de todo, Jesús le dijo a la mujer samaritana: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Añadamos a esto lo que también sabemos por el libro de Hechos acerca del modelo habitual de fundación de nuevas congregaciones cristianas. Comúnmente, el primer paso de Pablo era ir a las sinagogas judías de los centros urbanos y predicar allí siempre que se lo permitieran. Cuando los líderes de la sinagoga se oponían al mensaje de Pablo, cosa que sucedía regularmente, Pablo y su grupito de seguidores cristianos encontraban otros lugares de reunión: a menudo en casas particulares.

El tiempo de que Pablo disponía para guiar e instruir a esas congregaciones jóvenes era muy limitado; por lo tanto, cuando Pablo se trasladaba al siguiente campo misionero, la base del Antiguo Testamento que traían los ex miembros de la sinagoga les servía de excelente preparación para asumir posiciones de

liderazgo en la nueva congregación cristiana. De ese modo, aunque el número de judíos podía ser relativamente pequeño, el liderazgo judío era un factor significativo en las nacientes congregaciones cristianas, cuyos conversos provenían en su mayoría de la población gentil del lugar.

Pablo no pasa por alto el componente judío de la congregación romana; su incisiva predicación de la Ley, acusando a todos de carecer de la justicia que es válida delante de Dios, se dirige también a los que se identifican como judíos (2:17-24). En otro lugar se identifica con sus lectores judíos cuando les habla de Abraham como “nuestro padre” (4:1). Presenta su extenso discurso de tres capítulos con una sentida petición similar a la que hizo Moisés: “Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (9:3; vea también Éxodo 32:31,32). En conclusión, tanto los judíos como los gentiles son el objeto de la amorosa preocupación de Pablo en su carta a los romanos.

### **Contenido**

A diferencia de la mayor parte de la correspondencia que tenemos de la pluma del apóstol Pablo, la carta a los romanos no parece que se hubiera escrito para resolver un problema especial de la congregación ni para resolver un debate teológico. La carta es tranquila, desapasionada y, en algunos aspectos, su exposición, amplia y sistemática del plan de Dios para la salvación, nos hace pensar en un ensayo literario. El concepto de *justicia* domina a través de todo el escrito.

La falta de justicia del hombre natural (1:18–3:20) es compensada por la justicia que proviene de Dios, ganada por Cristo y recibida por el pecador por medio de la fe (3:21–5:21). Después de haber recibido la justicia de Cristo mediante la fe, el pecador justificado es impulsado a llevar una vida de justicia que se ajusta en grado cada vez mayor a la voluntad de Dios (6:1–8:39).

Después de un intermedio de tres capítulos en los que habla de la justicia de Dios en su trato con Israel (9:1–11:36), el apóstol habla de situaciones específicas en la vida de fe de los romanos. Entre ellas incluye el apoyo que les solicita para compartir las buenas nuevas de la justicia de Dios en el occidente, donde es necesario que se escuche el mensaje de la salvación. El bosquejo del contenido de la carta se puede dividir así:

- I. Introducción (1:1-15)
- II. Tema: la justicia que proviene de Dios (1:16,17)
- III. La injusticia de todos los hombres (1:18–3:20)
  - A. Gentiles (1:18-32)
  - B. Moralistas (2:1-16)
  - C. Judíos (2:17–3:9)
  - D. Resumen: todo el género humano (3:10-20)
- IV. La justicia acreditada: la justificación (3:21–5:21)
  - A. Justificación en Cristo mediante la fe (3:21–4:25)
    - 1. Demostración de la justicia de Dios (3:21-26)
    - 2. Establecimiento de la fe (3:27-31)
    - 3. Ejemplificación de la fe (4:1-25)
  - B. Los efectos de la justificación (5:1-11)
  - C. Resumen: la injusticia en el hombre en contraste con el don de la justicia de Dios (5:12-21)
- V. La justicia en la vida cristiana: la santificación (6:1–8:39)
  - A. Libertad de las garras del pecado (6:1-23)
  - B. Libertad del dominio de la Ley (7:1-25)
  - C. Libertad del temor a la muerte (8:1-39)
- VI. La justicia de Dios en su trato con “Israel” (9:1–11:36)
  - A. El libre albedrío de Dios (9:1-29)
  - B. La incredulidad de Israel (9:30–11:10)
  - C. La gracia de Dios a los gentiles (11:11-24)
  - D. Se revela el “misterio” del plan de Dios (11:25-36)

- VII. La práctica de la justicia (12:1–15:13)
  - A. Uso de dones y talentos (12:1-21)
  - B. Obediencia a las autoridades (13:1-14)
  - C. Consideración a los débiles (14:1–15:13)
- VIII. La justicia compartida con otros (15:14-33)
- IX. Conclusión (16:1-27)
  - A. Elogio y saludos (16:1-16)
  - B. Advertencia contra los falsos maestros (16:17-19)
  - C. Saludos finales y doxología (16:20-27)

### ***Significación impercedera***

Si alguien quisiera establecer una razón específica por la que Pablo escribió esta carta, parecería que preparar a los romanos para que fueran la base de respaldo de una futura obra misionera sería algo de prioridad en el pensamiento de Pablo. Es verdad que si los romanos iban a ser el ancla de esta nueva ola de evangelización dirigida hacia el occidente, ellos mismos deberían estar firmemente arraigados en las verdades básicas de la justificación y de la santificación.

Con el paso del tiempo, y con el beneficio de la sabiduría que da la experiencia, podemos decir con seguridad que Dios consideró apropiado beneficiar con esta carta a una audiencia mucho mayor que la de sus destinatarios originales en Roma. En su sabiduría, Dios proveyó y conservó una epístola que ha servido para edificar a sus lectores durante ya casi dos mil años, y continuará haciéndolo mientras existan pecadores que necesiten de su mensaje de ley y evangelio. Es verdad que todas las Escrituras son útiles y de beneficio hasta el último día; pero, quizás no sea una exageración decir que ninguna parte de ellas lo hace mejor que la carta a los Romanos. Lutero expresó este mismo aprecio en el prefacio a su traducción de esta epístola:

Esta epístola es la verdadera parte principal del Nuevo Testamento y el evangelio más puro. Es

digna de que todo cristiano no sólo la sepa de memoria palabra por palabra, sino también de que se ocupe en ella como su pan cotidiano del alma. Pues nunca puede llegar a ser leída o ponderada lo suficiente; y cuanto más se la estudia, tanto más preciosa y apetecible se vuelve. (*Obras de Martín Lutero*, Ediciones la Aurora, Vol. 6, página 129)

Ofrecemos el siguiente comentario orando para que esta obra maestra que es la epístola de Pablo pueda ser cada vez más preciosa para el lector.

*Saludos y presentación personal*

**1** Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, <sup>2</sup> que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras: <sup>3</sup> evangelio que se refiere a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, <sup>4</sup> que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos.

<sup>5</sup> Por medio de él recibimos la gracia y el apostolado para conducir a todas las naciones a la obediencia de la fe por amor de su nombre; <sup>6</sup> entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo. <sup>7</sup> A todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

En los tiempos de la antigüedad la fórmula que se usaba para comenzar las cartas era algo diferente de la que empleamos actualmente. Ahora el que escribe firma al final de la carta, mientras que los antiguos lo hacían al principio. La primera palabra del primer versículo de la carta a los romanos identifica a Pablo como el autor.

Un segundo aspecto, que antiguamente se ubicaba siempre al comienzo de las cartas, era la identificación del destinatario. Eso ocurre en el versículo 7 de esta epístola de Pablo, en la que a los destinatarios se les identifica como “a todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos”.

El tercer aspecto común en todas las cartas de la antigüedad era el saludo. Aquí en Romanos el saludo, “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”, es muy

similar a la frase con la que prácticamente se inician todas las cartas de Pablo en el Nuevo Testamento.

Lo que resulta poco común en esta epístola a los romanos es la gran atención que se le presta al primero de los aspectos, es decir, a la descripción que hace el autor de sí mismo y de su mensaje y que ocupa los versículos del 1 a 5. En ella Pablo se llama a sí mismo “siervo de Jesucristo”. Literalmente dice que es un esclavo, una persona que no sigue su propia voluntad, sino que cumple órdenes. Pablo estaba al servicio de Jesucristo; su tarea especial había tomado forma al haber sido “llamado a ser apóstol”. Por definición, apóstol es aquel que ha sido enviado. Pablo fue “llamado a ser apóstol”; por su propia cuenta nunca hubiera escogido serlo. Recordemos que anteriormente él había sido Saulo, el gran perseguidor de los cristianos; ese Saulo se oponía tanto a ellos que no sólo los perseguía en Jerusalén, sino que hasta salía a buscarlos más allá de los límites de la ciudad. En el transcurso de su viaje a Damasco para arrestar a los cristianos de aquel lugar, Jesús lo interceptó en el camino, lo dejó ciego y lo enfrentó bruscamente con un severo reproche, diciéndole: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4).

Pablo no decidió convertirse al cristianismo, sino que, más bien, Dios lo llamó y lo hizo “apartado para el evangelio” (Romanos 1:1). Cuando Ananías, el piadoso cristiano a quien el Señor envió para que atendiera al enceguecido Pablo, se negó a acercarse a ese flagrante perseguidor, Dios le dijo: “Ve, porque instrumento escogido me es éste para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de reyes y de los hijos de Israel” (Hechos 9:15). Pablo fue verdaderamente escogido por Dios y apartado para el evangelio.

Al mencionar el evangelio, Pablo pasa de la descripción de sí mismo a una amplia descripción de las buenas nuevas de las que era apóstol y servidor privilegiado.

Pablo describe su mensaje como el evangelio que “él [Dios] había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras:

evangelio que se refiere a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:2-4).

Al llamarse a sí mismo “siervo” de Dios, Pablo usa un término que era una descripción común de los profetas del Antiguo Testamento (Esdras 9:10,11; Jeremías 7:25; Daniel 9:6; Amós 3:7). Y es con buena razón que Pablo se identifica con los siervos de Dios del Antiguo Testamento: los profetas. El evangelio que predica es verdaderamente el mismo mensaje que ellos habían proclamado; ellos habían señalado al Mesías, al Cristo prometido, que iba a venir al mundo como Salvador y Redentor. El mensaje de Pablo proclama y ensalza al mismo Cristo que ahora ya ha venido. Él puede decir que su evangelio es el mismo que Dios “había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras... que se refiere a su Hijo” (Romanos 1:2,3). Al comienzo de su carta, Pablo les dice a los romanos que realmente no está diciendo nada nuevo; su mensaje corresponde con lo que los siervos de Dios, los profetas, ya habían predicho.

Y ¿en qué consistía este mensaje? En esencia, era la afirmación de que en Cristo, el verdadero Dios y el verdadero hombre estaban unidos en la misma persona. Pablo expresa esa verdad en un conjunto de expresiones paralelas (versículos 3 y 4). Sin embargo, ese paralelo se refleja mejor en la nota correspondiente al versículo 4 que aparece al pie de página en la Nueva Versión Internacional. La diferencia entre los dos textos radica en que la nota a que nos referimos dice: “según su espíritu de santidad” en tanto que en la versión Reina-Valera 1995 se lee: “según el Espíritu de santidad”.

Vea la diferencia en la nota al pie de página de la Nueva Versión Internacional: “espíritu” aparece en minúscula y se refiere al “espíritu de santidad” de Cristo, a diferencia del “Espíritu” con mayúscula, que se refería al “Espíritu Santo”. Literalmente, Pablo dice que su evangelio es un mensaje acerca del Hijo de Dios:

que, según la carne, nació de la simiente de David  
y  
que, según su espíritu de santidad, fue declarado  
Hijo de Dios.

Jesús *se convirtió* en verdadero hombre, la simiente de David, al nacer de María; pero desde la eternidad *siempre* fue verdadero Dios. No se convirtió en Hijo de Dios, sino que fue *declarado* como tal, lo que quedó demostrado poderosamente mediante su resurrección.

De los muchos milagros que hizo el Dios-hombre mientras estaba aquí en la tierra, el milagro supremo fue el de su resurrección después de haber muerto como nuestro sustituto. Su vida perfecta obtuvo la justicia para nosotros; su muerte inocente fue el pago por nuestros muchos pecados y delitos. El hecho de que Dios lo resucitara de entre los muertos prueba que es en verdad el Salvador, totalmente aceptable a su Padre celestial.

Pablo llama a este Dios-hombre “nuestro Señor Jesucristo”, expresión que entendemos como un título sencillo, que es bueno; pero en un sentido más amplio, cada una de las tres palabras que lo componen es individualmente significativa. El nombre *Jesús* significa “Salvador” y se le dio al hijo de María nacido en Belén. *Cristo* significa “el Ungido”, el Mesías, el Hijo de Dios, que consintió en revestirse de la naturaleza humana para poder morir como sustituto de los pecadores. Al hacerlo los redimió, los rescató, al precio de su sangre, de modo que ahora le pertenecen. Él es propietario, amo y señor de ellos. Pero la palabra clave que personaliza toda la expresión es el adjetivo posesivo *nuestro*. Mediante la fe recibimos todos los beneficios que él consiguió. Por la fe él es *nuestro* Señor, como lo fue de Pablo. Bajo la guía del Espíritu Santo Pablo llegó a aceptar a Jesucristo como su Señor y ahora lo anuncia como el corazón del mensaje evangélico que está a punto de compartir con sus lectores romanos.

La epístola de Pablo va dirigida “a todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos” (versículo 7).

Aunque no ha estado allí, como nos lo informará en breve (1:13), conoce a un número considerable de personas en esa ciudad; en el capítulo final de su carta, Pablo les envía sus saludos personales a alrededor de dos docenas de ellas. Sin embargo, el verdadero vínculo que lo une a sus lectores es que ellos, al igual que él mismo, son amados por el Señor, que los ha llamado a ser santos. En la manera como Pablo emplea el término, *santos* designa a los que llegan a serlo mediante la fe en Jesucristo; si se desea los podemos llamar creyentes.

Sobre la base de la fe común en Cristo, Pablo les puede extender el siguiente saludo: “Gracia y paz a vosotros, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (versículo 7). “Gracia” era el saludo habitual en el mundo de habla griega, en tanto que “paz” (*shalom*) lo era y es en el ámbito judío. Como esta carta fue escrita para una audiencia étnicamente mixta de judíos y gentiles, ambos saludos resultan apropiados. Sin embargo, viniendo de la pluma de Pablo, esos términos están muy lejos de ser un saludo común secular. En el vocabulario cristiano de Pablo, la *gracia* es la cualidad que hace que Dios tenga la buena voluntad, incluso el anhelo, de darles buenos dones a los creyentes. Y los dones de Dios, como el perdón de los pecados, la tranquilidad de conciencia y la certidumbre del reino celestial, les dan paz a los que son objeto de su gracia. De esta forma, gracia y paz van juntas como causa y efecto.

### *Gratitud de Pablo por la fe de sus lectores*

**<sup>8</sup> Primeramente doy gracias a mi Dios, mediante Jesucristo, por todos vosotros, porque vuestra fe se divulga por todo el mundo. <sup>9</sup> Dios, a quien sirvo en mi espíritu anunciando el evangelio de su Hijo, me es testigo de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, <sup>10</sup> rogando que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros,**

Ya hemos visto la fórmula que emplea Pablo para dar comienzo a sus cartas; otra característica que es común en ellas es la “oración de elogio” que incluye como segundo párrafo en casi todas sus epístolas. Por lo regular, Pablo emplea esa oración para alabar la fe y el crecimiento espiritual de sus lectores (se pueden encontrar ejemplos de este tipo en 1 Corintios 1:4; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses 1:2; 2 Tesalonicenses 1:3).

En esta carta, Pablo le da gracias a Dios por el crecimiento espiritual y la madurez en la fe que se evidencia en la vida de los cristianos de Roma. Tan prominente es esta fe que Pablo puede decir: “Porque vuestra fe se divulga por todo el mundo”. Con esta hipérbole o exageración intencional, Pablo llama la atención acerca del crecimiento significativo en la vida de fe de los romanos y le da gracias a Dios por esto, como lo hace regularmente. El apóstol afirma que los recuerda “sin cesar” en sus oraciones “siempre”.

Sin embargo, lo que más atrae nuestra atención es la fuerza de esta afirmación de Pablo en que pone a Dios por testigo de que piensa en ellos con regularidad. También es de notar la organización cuidadosa de sus palabras cuando dice: “Rogando que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros”.

Recordemos que esta carta a los romanos se escribió en Corinto. Como Pablo lo indica en su segunda epístola a los corintios, escrita poco antes de esta epístola a los romanos, se le había hecho necesario aclararles un gran malentendido a los corintios. Como resultado de un cambio en sus planes de viaje, Pablo no los había podido visitar tan temprana o frecuentemente como ellos esperaban, ¡y eso los había ofendido! Pablo no quería que se presentara una situación similar con los romanos; el hecho de que todavía no los hubiera visitado, no era por falta de interés de su parte. Bajo juramento, Pablo les asegura que los recuerda constantemente y ruega “que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros”. En

breve, el apóstol volverá sobre este asunto (1:13), pero antes de hacerlo explicará las razones por las que desea visitarlos.

### ***Los motivos de Pablo para desear visitar a los cristianos de Roma***

**<sup>11</sup> porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis fortalecidos;**

**<sup>12</sup> esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí.**

**<sup>13</sup> Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros para tener también entre vosotros algún fruto, como lo he tenido entre los demás gentiles, pero hasta ahora he sido estorbado. <sup>14</sup> A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. <sup>15</sup> Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.**

El deseo de Pablo de visitar a los cristianos de Roma se fundamenta en el más noble de los motivos: quiere hacerlo para poder impartirles “algún don espiritual” a fin de fortalecerlos en la fe que crece mediante el uso de los medios de gracia; y son estos medios los que desea compartir con ellos. Al llegar a este punto, en la oración de Pablo hay una interrupción que intriga; después de decirles que ansía verlos para poder fortalecerlos, le imprime un giro llamativo a su discurso. Lo hace para aclarar un error que podría surgir en la mente de sus lectores, es decir que en la visita ya inmediata las bendiciones fluirían únicamente de Pablo hacia ellos. En realidad, Pablo ve ese encuentro como una vía de doble sentido para un intercambio del que él también saldrá fortalecido. De modo que su viaje ha de ser para que los cristianos de Roma y él mismo resulten “mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí”. ¡La fe de ellos lo fortalecerá a él! Las palabras con que Pablo los elogia en los versículos 8 al 10 no son puros formalismos, sino que expresan lo mucho que aprecia la fe

de sus correligionarios. Un momento de reflexión nos permite descubrir aquí un cuadro que atrae y conmueve: Pablo, el gran misionero, encuentra que se fortalece y se anima con la fe de aquellos a quienes sirve. Pero aquí también tenemos una lección: debemos aprender a apreciar más plenamente la comunión de los creyentes con quienes el Señor nos permite asociarnos.

En concordancia con la preocupación que ha expresado previamente por los romanos, Pablo vuelve una vez más al asunto de no haberlos visitado con anterioridad, y sus palabras al respecto enfatizan la firme determinación que tiene de hacerlo: “No quiero hermanos, que ignoréis [significa: quiero que estén bien seguros] que muchas veces me he propuesto ir a vosotros,...pero hasta ahora he sido estorbado.”

Es indudable que muchas cosas le habían impedido a Pablo ir a visitar a la congregación de Roma con anterioridad. Más adelante y en esta misma carta el propio apóstol se encarga de identificar la causa principal de la demora (15:19-22), cuando nos dice que el trabajo misionero, aún por terminar en la región oriental del Mediterráneo (“desde Jerusalén... hasta Ilírico”), había sido la razón fundamental por la que le había sido imposible ir a visitarlos antes. Sin embargo, ahora que esa tarea estaba concluida, podía ir a los romanos “para tener también entre vosotros algún fruto, como lo he tenido entre los demás gentiles” (versículo 13).

Ya hemos notado en la introducción a la epístola a los Romanos que la iglesia o las iglesias cristianas de Roma estaban constituidas por una mezcla de grupos judíos y gentiles. Aunque un pequeño número de judíos bien versados en el Antiguo Testamento podía haber provisto mucho del liderazgo, la mayoría de los cristianos romanos era de origen gentil. Por eso Pablo puede decir que ansía “tener... algún fruto” entre ellos, de la manera que lo había tenido entre los *demás* gentiles.

Sin embargo, Pablo no se sentía restringido en el alcance de su ministerio. Aunque era principalmente misionero a los gentiles, nunca titubeó en acudir primeramente a la sinagoga judía cuando

llegaba a un nuevo campo misionero. Pablo alude al amplio alcance de su ministerio cuando dice: “A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.”

## TEMA DE LA EPÍSTOLA: LA JUSTICIA QUE PROVIENE DE DIOS (1:16,17)

---

**<sup>16</sup>No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree, del judío primeramente y también del griego, <sup>17</sup>pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: «Mas el justo por la fe vivirá».**

Aunque el texto de la epístola a los Romanos es inspirado por Dios, su división en capítulos y en versículos no lo es. La división en capítulos parece que se remonta al siglo XII, pero los versículos no aparecieron numerados hasta el siglo XVI, en el que las ediciones impresas de la Biblia llegaron a ser algo común. El asunto es que Pablo no tenía el propósito de que hubiera una división entre lo que ahora llamamos versículos 15 y 16. En realidad, en los textos griegos los versículos 15 a 21 están todos vinculados mediante conjunciones causales tales como: *porque*, *ya que*, y *pues*. Estas conjunciones habitualmente unen un concepto clave de la afirmación precedente con el razonamiento o la fundamentación que lo sigue.

Por lo tanto, el versículo 16 nos da la base para entender lo que se dijo en el versículo 15. Allí Pablo dijo: “Pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma”. El versículo 16 añade la razón: “[*Porque*] no me avergüenzo del evangelio” \*

Estar avergonzado del evangelio habría implicado que Pablo dudara en proclamarlo y que sintiera temor de hacer afirmaciones y promesas que podrían quedar sin cumplirse. De haber existido esa desconfianza, Pablo habría terminado avergonzado y

---

\* Esta razón (*Porque*) no aparece en traducciones menos literales como la Nueva Versión Internacional, Dios Habla Hoy y hasta en la Reina-Valera, edición de 1995.

desacreditado por la falsedad de sus afirmaciones y por las promesas que no podría cumplir.

Pero Pablo no duda en proclamar el evangelio, “porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree”. Cuando Pablo dice que el evangelio es poder, emplea la palabra griega *dynamis* de donde proviene la palabra española *dinamita*. El evangelio tiene esa clase de poder no porque se originara en Pablo (recordemos que él era simplemente un “siervo” [1:1]), sino porque verdaderamente es el poder de Dios. El evangelio brinda la mayor de las bendiciones posibles: la salvación eterna; y algo aún más sorprendente, esa salvación es para todo el mundo.

Cuando Pablo dice que el evangelio es “poder de Dios para salvación *de todo aquel que cree*” (versículo 16), no está limitando este poder, como si la salvación fuera solamente para unos y no para otros. Cuando habla de la salvación de “todo aquel que cree”, está hablando acerca del *cómo* de la salvación y no del *quién*. En breve Pablo volverá a hablar más sobre esto.

En el versículo 14 Pablo dijo que como predicador del evangelio se debía “a griegos y a no griegos”, en otras palabras, a todo el mundo. Ahora, en el versículo 16, el apóstol usa una terminología ligeramente diferente para hablar del alcance universal del evangelio, que es poder de Dios para todo el mundo: “del judío primeramente y también del griego”.

Histórica y cronológicamente se podría establecer un alegato a favor de la prioridad de la nación judía en el plan de Dios para la salvación. Dios escogió a Abraham de entre todas las familias de la tierra, e hizo de él una nación especial de la que iba a nacer el Salvador. El ministerio terrenal de Jesús estuvo mayormente limitado a sus compatriotas judíos, como se lo explicó a la mujer cananea (Mateo 15:24). En el pozo de Jacob, Jesús le dijo a la mujer samaritana: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Por lo tanto, se podría decir que el plan de Dios para la salvación era primero para los judíos, “al judío primeramente”.

Pero la salvación nunca fue sólo para la nación judía; la inclusión de los gentiles estuvo siempre en el plan de Dios (Isaías

60:1-9; Hechos 15:13-18). Sin embargo, la conversión masiva de los gentiles no sucedió hasta la llegada de la iglesia cristiana del Nuevo Testamento y el cumplimiento por parte de los apóstoles de la comisión que les dio Cristo de que les predicaran el evangelio a todas las naciones (Marcos 16:15). El evangelio era “al judío primeramente” y después “también al griego”, el mismo evangelio es válido para todos.

¿Por qué puede ser para todos? “Pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: ‘Mas el justo por la fe vivirá’” (1:17).

En el griego original, la expresión que se traduce como “la justicia *de* Dios” en la Nueva Versión Internacional expresa sencillamente la forma posesiva de *Dios*. Por lo tanto se podría traducir como “la justicia de Dios”, como lo hace la Reina-Valera. Pero esta traducción es ambigua; la ambigüedad consiste en que son posibles dos significados para esta justicia: en uno se trataría de la justicia que Dios tiene y por medio de la cual él mismo es santo y en el otro se trataría de la justicia que él exige de cada persona. Esta última forma de entenderla era la que tanto atribulaba a Lutero en su juventud, hasta llevarlo a airarse con Dios por exigir una justicia que ni siquiera el mejor de los esfuerzos humanos podía satisfacer.

Únicamente cuando comprendió el otro significado de la expresión “la justicia de Dios” fue que Lutero pudo encontrar paz para su alma atribulada. Ese otro significado es la justicia que Dios da. La Nueva Versión Internacional interpreta a su manera pero tiene razón cuando traduce la frase como “la justicia que *proviene de* Dios”.

El evangelio les puede dar la salvación a todos que creen porque es Dios quien da la justificación que todos necesitan. Los seres humanos pecadores no pueden producir nada útil, ¡es Dios en Cristo el que lo ha hecho todo! Mediante su vida perfecta como sustituto del pecador, Cristo obtuvo la justicia que todos le debemos a un Dios justo y santo; y por su muerte inocente en la

cruz, pagó por todas las faltas cometidas por nosotros y por todo un mundo de pecadores.

Ahora en el evangelio, Dios invita a los pecadores a que *acepten* la justicia de Cristo como la de ellos. Y cuando los pecadores *aceptan* por medio de la fe los méritos del Salvador, Dios los mira como si fueran justos y santos. Dios declara al pecador inocente de todas sus faltas. Es como un juez que perdona a un delincuente convicto. A este intercambio maravilloso por medio del que Cristo toma sobre sí nuestros pecados y nos da su justicia, se le llama *la justificación*. Tal como Pablo nos lo dice, esta manera de recibir la justificación proveniente de Dios es “por fe y para fe”, o como lo dice la Nueva Versión Internacional: “por fe de principio al fin”, sin ningún mérito de parte del pecador; sino únicamente por la gracia del Señor. Muchos siglos antes ya el profeta Habacuc había indicado esto mismo cuando dijo: “El justo por su fe vivirá” (2:4).

## LA INJUSTICIA DE TODOS LOS HOMBRES (1:18–3:20)

---

El punto central de la carta de Pablo a los romanos es la enseñanza de que la única justicia válida ante Dios es precisamente la que proviene de él, mediante la fe en Jesucristo. La necesidad de la justicia que proviene de Dios es universal puesto que, desde que Adán y Eva cayeron en el pecado, nadie es justo. Nadie puede permanecer ante el tribunal de Dios alegando que tiene los méritos personales necesarios para merecer el cielo, es decir su justicia personal. Por su propia naturaleza, ningún ser humano llega a alcanzar las justas y santas exigencias de Dios. Todos somos injustos.

En la sección siguiente (1:18–3:20), Pablo ilustra esta falta de justicia, clasificando a la humanidad en tres grupos principales. El primero está constituido por los pecadores manifiestos y descarados (1:18-32), a quienes los lectores de Pablo identificarían como gentiles incrédulos que llevan un estilo de vida que se caracteriza por su estado pecaminoso desvergonzado.

El segundo grupo que Pablo describe está constituido por los que viven con normas de conducta algo más elevadas y nobles. Los podríamos llamar moralistas, es decir, son personas que creen que llevar una vida moral les da fundamento para merecer un veredicto más favorable de parte de Dios. Estas personas están de acuerdo con que los pecados descarados que Pablo identifica y denuncia en el primero de los grupos mencionados resultan intolerables para Dios. Sin embargo, al no verse comprendidos entre los practicantes de estos pecados manifiestos, consideran que están en mejores condiciones ante Dios. Con base en esta conducta, que supuestamente es más aceptable, sienten que no están bajo la ira de Dios. Más adelante Pablo se encarga de aclarar este malentendido en 2:1-16.

El tercer grupo de personas a las que les falta la justicia asume que siempre la ha tenido. Ellos son los judíos. Muchos de ellos suponen que, como son descendientes de Abraham,

miembros del pueblo escogido de Dios y bendecidos con la revelación de su Palabra, tienen necesariamente que estar en el camino al cielo. Pablo hace ver claramente que la sola existencia de este vínculo externo no puede lograr ese fin (2:17–3:8).

Haciendo un resumen (3:9-20), Pablo concluye que nadie, ni gentil ni judío, posee la justicia que un Dios santo y justo exige con todo derecho. Esa justicia no se puede encontrar en la familia de la caída raza humana. Si es que va a haber alguna esperanza de solución, esta tendrá que provenir de fuera del hombre: de Dios mismo. En la siguiente sección, Pablo habla con énfasis de la manera en que se provee el remedio.

### *La injusticia de los gentiles*

**<sup>18</sup> La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad, <sup>19</sup> porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó: <sup>20</sup> Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa,**

Resulta útil tener en cuenta el paralelismo que existe entre los versículos 17 y 18. En el primero de ellos, Pablo afirmó que la justicia de Dios se revela en el evangelio, y en el segundo nos dice que “la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres”. La relación entre estos dos versículos se hace aún más evidente cuando recordamos que los pensamientos principales que se enuncian en los versículos 16 a 21 están unidos por conjunciones causales. Este detalle se ve en el “Porque” con que se inicia el versículo 16 en la versión Reina-Valera 1977, pero que se omite en la versión 1995 y en la Nueva Versión Internacional. La progresión del pensamiento de Pablo se puede seguir así: Si es que va a haber alguna justificación para la humanidad caída, tiene que provenir de Dios, “*porque* la ira de Dios se revela desde el cielo”. Es lo único que la humanidad

injusta puede esperar con toda razón con base en lo que ha hecho y continúa haciendo.

¿Por qué está Dios airado con los pecadores? Pues, porque ellos “detienen con injusticia la verdad”. Nuestra mente humana con frecuencia encuentra difícil aceptar que Dios esté airado con todos los pecadores; nos inclinamos a plantear preguntas con estas: ¿Es que algunas personas tienen más ventajas que otras? ¿Acaso no es cierto que algunos tienen ocasión de alcanzar un conocimiento más pleno de la voluntad de Dios en tanto que otros están en desventaja? Siendo así, ¿es justo de parte de Dios airarse por igual con todos?

Sobre este aspecto resulta muy útil seguir la lógica de Pablo. Él nos hace ver que la esencia del asunto no es la cantidad de conocimiento que tenga la gente; Dios no está airado porque tengan muy poco conocimiento, sino porque actúan en contra del conocimiento real que tienen. No es la ignorancia ni la falta de información la que los lleva a hacer el mal, sino la perversidad que existe de parte del pecador. El pecador se rebela contra Dios a sabiendas, lo desafía y le desobedece de modo consciente y deliberado. Es por eso que Pablo califica esta conducta como “impiedad”.

Sin embargo, ¿no es demasiado fuerte decir que esto es “impiedad”? De nuevo, la conjunción causal que emplea Pablo aquí resulta útil. El apóstol sostiene que los pecadores pueden ser acusados con razón de rebelión a sabiendas, porque están en posesión de “la verdad” que suprimen. ¿Y, como puede Pablo decir que esta verdad les es conocida y que la detienen (o que la obstruyen, como dice la Nueva Versión Internacional)? La respuesta está en: “*Porque* lo que de Dios se conoce les es manifiesto”. Y ¿cómo puede Pablo decir que les resulta manifiesto? Pues, *porque* “lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa.”

Las personas tienen un conocimiento natural de Dios escrito en su corazón, conocimiento que se completa y se refuerza con lo que Pablo añade ahora, es decir, por las pruebas obtenidas con sólo mirar alrededor, al mundo creado. Cualquiera puede ver que el mundo llegó a la existencia, no por una simple casualidad, sino por obra de algo mucho mayor, es decir, por obra de alguien con “eterno poder y deidad”. Únicamente el necio dice: “No hay Dios” (Salmo 14:1). Todos tienen información acerca de Dios, de modo que “no tienen excusa”.

En el contexto de esta carta resulta claro que Pablo dirige este veredicto principalmente contra los gentiles. Ahora prosigue para demostrar que detener (u obstruir) la verdad y seguir un curso de pensamiento equivocado lleva a malas acciones que tendrán resultados desastrosos para los pecadores gentiles.

**<sup>21</sup> ya que, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. Al contrario, se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. <sup>22</sup> Pretendiendo ser sabios, se hicieron necios, <sup>23</sup> y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.**

En el versículo 20, Pablo hizo esta observación que hace prestar atención: que los gentiles que están en franca rebelión contra Dios “no tienen excusa”. Y, ¿por qué puede decir el apóstol que no la tienen? *Porque* “habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias”. De nuevo el tema de Pablo no es cuánto conocían los gentiles a Dios ni con cuanta claridad sabían los gentiles acerca de Dios, sino que la clave está en que fueron en contra de lo que conocían con certeza. Porque, aunque en la creación podían ver sus cualidades invisibles, su poder eterno y su naturaleza divina, sin embargo, se negaron a glorificarlo o a reconocer que le debían gratitud por las muchas bendiciones temporales que recibían día tras día. Por eso, “se

envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido”.

Pablo usa verbos en voz pasiva cuando habla de que los gentiles se hicieron vanos y su corazón fue entenebrecido, lo que quiere decir que los pensamientos y el corazón de ellos estaban siendo influenciados por algo o por alguien. El asunto es: ¿quién los hizo vanos?, ¿quién les entenebreció el corazón? La respuesta es que fueron ellos mismos. Dos observaciones parecen respaldar esta conclusión. Notemos primeramente que los verbos en voz pasiva tienen a su alrededor un grupo de verbos en voz activa: Ellos (los gentiles) no glorificaban a Dios; no le daban gracias; decían que eran sabios; cambiaban la gloria de Dios por imágenes que eran mortales. Además, el énfasis de esta sección se concentra completamente en lo que los gentiles hacen en su estado natural impenitente. El asunto es que las personas que Pablo describe aquí no son unos desgraciados que fueron condenados de antemano por el decreto de Dios y que, por esto, nunca tuvieron ninguna oportunidad. Estas son personas que libremente eligieron el camino del pecado, a sabiendas. Ellos hacen lo que quieren. Más adelante, el versículo 32 nos habla de una manera más amplia de su afiliación con el mal. Dios no los “programó” para un estilo de vida malvado, pero sí responde de acuerdo a la elección que ellos mismos hicieron en favor de la maldad. Se hablará de esta respuesta en los versículos 24, 26 y 28.

Hasta qué punto se hicieron insensatos los gentiles es algo que se ilustra con un ejemplo que Pablo cita: “Pretendiendo ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.” Tengamos presente que aquí Pablo habla de personas que conocían a Dios pero que decidieron ignorar ese conocimiento. El resultado de esa errónea manera de pensar son las malas acciones y las malas decisiones. En su supuesta sabiduría actuaron tan neciamente que cambiaron la realidad del Dios inmortal por una apariencia, una imagen, de cosas frágiles y

mortales como personas, aves, animales y reptiles. ¡No fue de ninguna manera un cambio ventajoso!

**<sup>24</sup> Por lo cual, también los entregó Dios a la inmundicia, en los apetitos de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, <sup>25</sup> ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.**

Una de las verdades que hacen pensar en nuestro santo Dios es que, pese a su inalterable oposición al pecado y al mal, no emplea la fuerza para evitar que las personas pequen. La humanidad caída conserva la horrible capacidad de desafiar a Dios; y cuando las personas insisten en hacer el mal y oponérsele, él no se lo impide. Un ejemplo al respecto se puede ver en la capacidad de los gentiles para hacerse imágenes e ídolos para remplazar al verdadero Dios. Al hablar de esta necedad temeraria Pablo dice: “Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador”.

El hecho de que Dios no impidiera estas insensateces no significa que pasaron inadvertidas y sin castigo. Se dice que la virtud produce su propia recompensa; lo opuesto también es cierto: el vicio trae su propio castigo. Cuando la gente desafía a Dios dándole la espalda al desobedecer flagrantemente su santa voluntad, él no se lo impide, ni los castiga de inmediato, sino que más bien los deja revolcarse en sus pecados. Así ocurrió con los gentiles. Pablo nos dice que por eso “los entregó Dios a la inmundicia, en los apetitos de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos”.

A continuación Pablo se vuelve aún más explícito en relación a la “concupiscencia” de los gentiles.

**<sup>26</sup> Por eso Dios los entregó a pasiones vergonzosas, pues aun sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. <sup>27</sup> Del mismo modo también los hombres, dejando la relación natural con la mujer, se**

**encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío.**

Ciertamente la homosexualidad es un pecado repugnante y sumamente grave; pero de ninguna manera es el único pecado en el que Dios les permite caer a los pecadores descarados. En relación con el trato de Dios hacia esos depravados aparece a continuación todo un catálogo espantoso de vicios y maldades.

**<sup>28</sup> Como ellos no quisieron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer cosas que no deben. <sup>29</sup> Están atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y perversidades. <sup>30</sup> Son murmuradores, calumniadores, enemigos de Dios, injuriosos, soberbios, vanidosos, inventores de males, desobedientes a los padres, <sup>31</sup> necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia. <sup>32</sup> Esos, aunque conocen el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican.**

Sigamos el orden de los hechos: los gentiles tenían un conocimiento de Dios que no consideraron digno de conservar, así que rechazaron su guía y persistieron en su propio camino de maldad. En respuesta, “Dios los entregó a una mente depravada”. Lo que su mente depravada procedió a poner inmediatamente en práctica es lo que queda bosquejado en la devastadora lista que sigue a la cita anterior.

Pero esos pecadores no se contentaban con practicar en ellos mismos estas cosas; sino que se hundían en su maldad al propagar sus pecados y reclutar adeptos. “Esos, aunque conocen el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican.”

La práctica de la homosexualidad le sirvió a Pablo como prueba irrefutable para su alegato en contra de los gentiles (1:26,27). Ciertamente, la homosexualidad no es el único pecado, ni es necesariamente el peor ante un Dios imparcial, pero hasta en la actualidad sirve de ejemplo gráfico de la disposición mental malvada y perversa que Pablo describe en su carta a los romanos. Vivimos en una época en la que la gente no se contenta con vivir discretamente su “estilo alternativo” de vida, sino que lo defienden y lo fomentan abierta públicamente. Vemos marchas y campañas organizadas por los “derechos de los homosexuales” como si fuera algo que se les debe. En todo esto queda perfectamente claro que los que reclaman un cambio no sólo buscan aceptación para sí mismos, sino que están procurando ganar defensores que compartan su perversión. “No sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican”.

Ya sea que se trate de los gentiles dados al libertinaje en los tiempos antiguos o de sus versiones modernas, el razonamiento de Pablo sigue vigente: ¡De este grupo no se puede esperar ninguna justicia ante Dios!

### ***La injusticia de los “moralistas”***

Pablo acaba de concluir una sección ilustrativa acusando a los gentiles de sus bochornosos pecados y de su evidente falta de justicia. Ya que le dieron la espalda a Dios, el Señor los entregó a todo tipo de pecados y vicios que repugnan y degradan.

En esta sección Pablo hace como si le hablara a una persona que está de acuerdo con su denuncia de estos hacedores del mal. En efecto, la persona dice: “Pablo, tienes razón, la gente que hace cosas como éstas está definitivamente alejada de la gracia de Dios y se merece el terrible destino que le aguarda.”

El enfoque del moralista se fundamenta en el principio de que la gente tiene que llevar una vida mejor si es que quiere mejorar su imagen delante de Dios. La suposición del moralista es que él sabe lo que es mejor y lo hace; se cree más justo que los

demás. Por eso critica a otros y presume de aconsejarlos sobre cómo deben mejorar. La respuesta de Pablo es: ¡Espera un momento! No sea que por ese camino llegues ciertamente a condenarte a ti mismo.

**2** Por eso eres inexcusable, hombre, tú que juzgas, quienquiera que seas, porque al juzgar a otro, te condenas a ti mismo, pues tú, que juzgas, haces lo mismo. <sup>2</sup> Pero sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según la verdad. <sup>3</sup> Y tú, hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas y haces lo mismo, ¿piensas que escaparás del juicio de Dios? <sup>4</sup> ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y generosidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?

Con pretendida superioridad, el moralista juzga a los demás. En este caso condena las malas acciones que Pablo ha identificado como características de los gentiles. El apóstol no discute lo correcto de la evaluación que el moralista hace de la situación. Pablo está de acuerdo y nos dice: “Pero sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según la verdad.” Los pecados de los gentiles merecen castigo; sin embargo, el problema es que, en su arrogancia y presunción, el moralista no ve que él mismo está cometiendo el mismo tipo de pecado, y al hacerlo, cae en idéntica condenación; en realidad, bajo su propia condenación.

Pablo pone de manifiesto tanto la arrogancia como la lógica errónea del moralista cuando le dice: “¿Y tú, hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas y haces lo mismo, ¿piensas que escaparás del juicio de Dios?” Pablo no alberga en sus pensamientos absolutamente ninguna duda de que el moralista, con su actual forma de pensar, no escapará del juicio justo de Dios. Sin embargo, el moralista no lo sabe ni está de acuerdo, de modo que protestará diciendo: ¡Pero yo *no* hago las mismas cosas que hacen los gentiles!

Es por eso que Pablo, como el buen maestro que es, le hace otra pregunta relacionada con la anterior: “¿O menosprecias las

riquezas de su benignidad, paciencia y generosidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?”

El problema principal es que el moralista tiene un corazón impenitente; y esto es algo que se puede entender porque ha comparado su vida y su conducta con la conducta de los gentiles depravados. Al no practicar los burdos pecados de aquellos, se siente moralmente superior y confía en su vida, relativamente más moral, pensando que Dios lo acepta como él es.

Pero este tipo de persona se ha estado midiendo a sí misma con la medida equivocada. En lugar de fijarse en la mala conducta de los gentiles, debió ver la bondad, la tolerancia y la paciencia de un Dios amoroso que lo cuida día y noche. Y debió haber reconocido su obligación de amarlo de todo corazón, alma y mente, pero no lo ha hecho. En vez de hacerlo, al ignorar a este Dios bondadoso, paciente y tolerante, actúa realmente de manera opuesta. “Menosprecia” las riquezas de la gracia de Dios. Siendo así, el moralista no resulta mejor que los gentiles, que “detienen con injusticia la verdad” (1:18), que “no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias” (1:21), y que “no quisieron tener en cuenta a Dios” (1:28).

Pablo continúa para hacerle ver las inevitables consecuencias de este tipo de conducta, si es que no se arrepiente.

**<sup>5</sup> Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, <sup>6</sup> el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: <sup>7</sup> vida eterna a los que, perseverando en hacer el bien, buscan gloria, honra e inmortalidad; <sup>8</sup> pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia. <sup>9</sup> Tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, sobre el judío en primer lugar, y también sobre el griego; <sup>10</sup> en cambio, gloria, honra y paz a todo el que hace lo bueno: al judío en primer lugar y también al griego, <sup>11</sup> porque para Dios no hay acepción de personas.**

El moralista que confía en sus propios méritos se compara con la vida y la conducta de los gentiles descarriados y llega a la conclusión de que es considerablemente mejor que ellos. Se siente cómodo con su vida y con sus actos, y por lo tanto no ve ninguna razón para arrepentirse. Pablo le hace notar que esa complacencia es una falsa ilusión.

“Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido”, le dice Pablo, “atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios.”

El verbo que se traduce literalmente como “atesorar” (v. 5) significa “acumular” (NVI) bienes, cosas útiles y valiosas. Pero en su obstinada impenitencia, el moralista atesora ira para sí mismo. Las obras que él piensa que son buenas y aceptables en realidad son actos reprobables de superioridad y no cosas que le agraden a Dios. Esas obras son lo que uno de los padres de la iglesia, San Agustín, llamó “vicios resplandecientes”.

Pero, ¿por qué son vicios? No porque, en sí mismas, las acciones del moralista sean necesariamente malas, sino porque los motivos que tiene para llevarlas a cabo sean equivocados. Las diferencias entre las buenas obras que provienen de la fe y las malas obras motivadas por creerse moralmente superior y por un espíritu egoísta puede que no sean evidentes por ahora a la vista humana. Sin embargo, la diferencia es muy real y se volverá evidente para todos “el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” en que habrá “ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia”.

A partir de lo que Pablo nos ha dicho en esta carta, de que “el justo por la fe vivirá” (1:17), y por lo que dice en sus otras epístolas, resulta perfectamente claro que la salvación es un regalo proveniente de la gracia de Dios. Las Escrituras nos enseñan consistentemente que la salvación le llega al creyente por la fe, sin exigir de él ningún mérito ni cumplimiento de la Ley. Las buenas obras no consiguen la salvación, pero no por eso dejan de ser importantes; ellas son la manifestación de la fe, la evidencia física

de que esa fe, que es invisible, en realidad está presente y radica en el corazón del creyente. Las buenas obras dan prueba de que la fe está viva y activa. Recordemos la evaluación que hace Santiago cuando dice: “La fe, si no tiene obras, está completamente muerta” (2:17).

Notemos también el lugar que nuestro Salvador les da a las obras cuando describe el día del juicio (Mateo 25:31-46). La división entre “ovejas” y “cabritos” se hace puramente sobre la base de la fe o de la falta de fe en el corazón. Aunque invisible para nosotros, la fe es claramente visible al Dios omnisciente. Sin embargo, la confirmación de su veredicto justo se hace con base en los frutos de la fe, que son claramente visibles para todos.

En el caso de los justos, Dios explica la razón que tiene para ponerlos entre las “ovejas” cuando dice: “Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber...” (Mateo 25:35).

Cuando los injustos se quejan del veredicto negativo que se ha dictado en su contra, Dios muestra que los mide con la misma vara. También a ellos les aplica la norma de las obras como frutos de la fe. Solamente en este caso, la ausencia de buenas acciones prueba que es la falta de una fe viva la que los condena con toda justicia, a ocupar un lugar entre los “cabritos”.

Las buenas obras no son necesarias para la salvación, pero son un indicador importante de la presencia o ausencia de una fe salvadora. Las obras son la evidencia normal de una fe viva que Dios usa para evaluar imparcialmente a cada individuo, independientemente de su situación o nacionalidad. Por esto Pablo puede decir que habrá “tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, sobre el judío en primer lugar, y también sobre el griego; en cambio, gloria, honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío en primer lugar y también al griego, porque para Dios no hay acepción de personas.”

A través de todo el Antiguo Testamento Dios trató con los israelitas de una manera única, comenzando con la elección de Abraham para ser el padre de la nación especial de la que nacería

el Salvador. En efecto, Jesús nació como judío y durante su ministerio, que transcurrió casi por completo en suelo judío, dijo: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Es evidente que la nación judía tenía ventajas significativas que le hicieron decir anteriormente a Pablo, al hablar del poder del evangelio: “del judío primeramente y también del griego” (Romanos 1:16). Sin embargo, este mismo patrón, primeramente para los judíos y después para los griegos, también tiene vigencia en el veredicto final de Dios. Los judíos tenían mayores ventajas, pero mayores ventajas significan mayores obligaciones. Jesús dijo de sus compatriotas que no tenían fe: “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado” (Juan 15:22). Y vuelve a reafirmar el mismo principio cuando dice: “Porque todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará, y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:48).

Aunque el trato de Dios con las personas no es idéntico en cada caso, es decir en cuanto a la *cantidad* de bendiciones que le otorga a una persona en comparación con otra, el trato de Dios con todos sí es absolutamente justo y equitativo. A fin de cuentas, Dios juzgará a los individuos con base en la manera como respondan a su gracia. Esto es simplemente otra manera de decir que Dios busca y recompensa las acciones que fluyen de un corazón lleno de fe y de confianza en lo que el Hijo de Dios ha hecho. A la inversa, el Señor rechaza y castiga a todo aquel que ha despreciado su gracia en Cristo y pretende permanecer ante él con base en sus méritos personales. El juicio sobre la base de la fe, que se muestra en acción, es la norma fijada por Dios para su trato con cada uno, sea judío o gentil. Esto es así, “porque para Dios no hay acepción de personas”.

Mientras que este principio tiene vigencia tanto para la recompensa como para el castigo, Pablo amplía aquí únicamente el último aspecto, es decir, el veredicto negativo dictado por Dios contra los incrédulos, cuya vida no refleja la obediencia de la fe en Cristo.

**<sup>12</sup> Todos los que sin la Ley han pecado, sin la Ley también perecerán; y todos los que bajo la Ley han pecado, por la Ley serán juzgados, <sup>13</sup> pues no son los oidores de la Ley los justos ante Dios, sino que los que obedecen la Ley serán justificados. <sup>14</sup> (Cuando los gentiles que no tienen la Ley hacen por naturaleza lo que es de la Ley, estos, aunque no tengan la Ley, son ley para sí mismos, <sup>15</sup> mostrando la obra de la Ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia y acusándolos o defendiéndolos sus razonamientos.) <sup>16</sup> Así sucederá en el día en que Dios juzgará por medio de Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio.**

Resulta útil analizar la estructura de estos cinco versículos. Los versículos 14 y 15, que están entre paréntesis en la NVI, constituyen un pensamiento separado, “un aparte” que Pablo añade como respuesta anticipada a la objeción que pudiera surgir. \*

Si de momento dejamos a un lado los versículos entre paréntesis, será evidente que el pensamiento que se expresa en el 16 encaja directamente con los versículos 12 y 13, que nos hablan del veredicto condenatorio contra los pecadores. Veredicto que se llevará a efecto “en el día en que Dios juzgará por medio de Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio [de Pablo]”.

Lo que Dios juzgará en el día del juicio son los “secretos de los hombres”. Esta es otra forma de decir que el veredicto de Dios estará determinado por las motivaciones de las personas, por lo que las impulsó a llevar a cabo las obras y las actividades que marcaron su vida. No podemos ver los motivos de las personas; para nosotros son un “secreto”, a menos que por casualidad las personas los hagan evidentes a través de lo que dicen o de lo que hacen. Es verdad que existe una vinculación estrecha entre lo que la gente siente en su corazón y lo que hace, como lo expresa Pablo

---

\* Cambiamos la puntuación de estos versículos en la Reina Valera 1995 para que correspondan a la *New International Version* (en inglés).

cuando dice: “Todos los que sin la Ley han pecado, sin la Ley también perecerán; y todos los que bajo la Ley han pecado, por la Ley serán juzgados, pues no son los oidores de la Ley los justos ante Dios, sino que los que obedecen la Ley serán justificados.”

Hay una gran diferencia entre oír la Ley y obedecerla. Tal vez una ilustración nos ayude a aclarar este punto. Yo puedo estar totalmente convencido de la utilidad de limitar la velocidad en las autopistas a 90 kilómetros por hora; eso reduce el desgaste de mi vehículo, ahorra gasolina y salva vidas. Yo estoy de acuerdo con la ley que establece ese límite, y “oigo” lo que dice. Pero si he estado conduciendo a 115 kilómetros por hora en una zona donde solamente se permiten 90, y un policía de tránsito me obliga a detenerme a un lado de la vía, todo mi acuerdo con la ley no va a impedir que me imponga una multa. El policía ha observado mi conducta, es decir, mi falta de obediencia a la ley.

Así también será ante Dios. “Pues no son los *oidores* de la Ley los justos ante Dios, sino que los que *obedecen* la Ley serán justificados”. El mismo principio, la misma medida para juzgar, se aplica también al declarar injustos a los que lo son, porque: “Todos los que sin la Ley han pecado, sin la Ley también perecerán; y todos los que bajo la Ley han pecado, por la Ley serán juzgados.”

Notemos que en ambos casos Pablo habla de personas que han pecado y que bajo tal condición están sujetos al castigo. La diferencia (o más bien, la diferencia *aparente*) es que un grupo pecó “sin Ley” mientras que los otros pecaron “bajo la Ley”.

Pablo los divide en dos grupos debido a las diferentes circunstancias que los rodean: uno de ellos es judío y otro es gentil. Los judíos tenían el beneficio de la revelación de la Ley divina, particularmente en la Ley mosaica, que les fue dada mediante Moisés en el monte Sinaí. Los gentiles estaban “sin Ley” en el sentido de que no habían recibido ese conjunto específico de leyes dadas por Dios.

Pero, aun así, los gentiles sí pecaron y por lo tanto están sujetos a la ira y al castigo de Dios. A estas alturas Pablo está a la

expectativa de una objeción al respecto y esta es la queja: ¿Cómo puede un Dios justo castigar a los gentiles si ni siquiera tienen el beneficio de ser guiados por la Ley?

Pablo trata de esta queja en los dos versículos que constituyen un aparte (14 y 15) y de los que habíamos hablado con anterioridad. El apóstol hace ver que, aunque los gentiles no tenían las regulaciones mosaicas, no por esto estaban sin “Ley”, es decir, sin información acerca de la santa e inalterable voluntad de Dios.

“Por naturaleza” los paganos hacen las cosas que exige la Ley de Dios. Guiados por el conocimiento natural de Dios que está escrito en su corazón, ellos saben y deciden que está mal matar, robar, no respetar la autoridad y cosas semejantes. Eso no significa que tengan el pleno conocimiento de la voluntad de Dios; en el grado en que poseen un impulso natural para hacer las cosas de una manera moral, “son ley para sí mismos”.

Vinculado a lo anterior, existe un factor mediante el cual los gentiles demuestran que tienen “la Ley escrita en sus corazones”. Este factor es la actividad de la conciencia. La conciencia obra como una convicción innata de que existen ciertas reglas naturales de conducta que se deben seguir, ciertas cosas que se deben hacer y otras que no se deben hacer. Cuando la conciencia de un individuo juzga que sus acciones están en conformidad con las reglas, él se convierte en su propio defensor. Por otra parte, hay oportunidades en las que la persona sabe que está actuando contra la Ley que está escrita en su corazón y que hace lo que sabe que no debe hacer. Entonces, surge una voz dentro de sí mismo que acertadamente lo acusa y que lo declara culpable de pecado. Esa persona puede haber pecado “sin Ley [la revelación escrita de Dios]” pero sigue siendo culpable ante el Señor, porque consciente e intencionalmente lo ha desafiado y se ha rebelado contra el conocimiento natural de su Ley; conocimiento que resulta reforzado por la conciencia. De modo que quienes “sin la Ley han pecado, sin la Ley también perecerán”.

Dios se toma muy en serio el que se haga su voluntad y se guarde su Ley. Hacerla y guardarla relativamente bien no es

suficiente; recordemos que esta sección está dirigida al moralista, a la persona que cree que por no ser tan mala como los vulgares pecadores gentiles Dios la va a aceptar. Pablo deja perfectamente claro que el moralista, sea judío o gentil, también ha desobedecido a Dios y merece el castigo eterno. El moralista no posee la justicia que le permita estar ante Dios, y por lo tanto es tan malo como los obscenos pecadores gentiles a los que desprecia.

### *La injusticia de los judíos*

**<sup>17</sup> Tú te llamas judío, te apoyas en la Ley y te glorías en Dios; <sup>18</sup> conoces su voluntad e, instruido por la Ley, apruebas lo mejor; <sup>19</sup> estás convencido de que eres guía de ciegos, luz de los que están en tinieblas, <sup>20</sup> instructor de los ignorantes, maestro de niños y que tienes en la Ley la forma del conocimiento y de la verdad. <sup>21</sup> Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de robar, ¿robas? <sup>22</sup> Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? <sup>23</sup> Tú que te jactas de la Ley, ¿con infracción de la Ley deshonoras a Dios?, <sup>24</sup> pues, como está escrito: «El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros.»**

Estos ocho versículos, que forman un párrafo bastante complejo, se dividen en tres pensamientos principales. Hay cuatro cláusulas que en el texto original griego se expresan con “si” (vea la Biblia de las Américas) y que la versión Reina-Valera expresa en la forma de una afirmación y no como una condición. Esto sintetiza la presencia de una serie de ventajas que muchos judíos suponen poseer en virtud de la herencia de su raza. A continuación, los versículos 21 y 22 establecen cuatro preguntas para examinarse, cuyas respuestas resultarán sumamente incriminatorias para los judíos. Los dos últimos versículos (23 y 24) se pueden entender mejor como la evaluación negativa que Pablo hace de la situación de los judíos ante Dios. Este veredicto está respaldado por una cita tomada del Antiguo Testamento.

### ***Las supuestas ventajas de los judíos***

Pablo pone en orden una serie de pretensiones atrevidas que los judíos se inclinaban a sostener con respecto a sí mismos. La oración se puede sintetizar así:

si dices que eres judío;  
si te apoyas en la Ley y te glorías en tu relación con Dios,  
si conoces su voluntad estar de acuerdo en lo que superior,  
    porque has sido instruido por la Ley,;  
si estás convencido de que eres un guía para los ciegos,  
    una luz para los que están en la oscuridad,  
    un maestro para los niños,  
    porque tienes en la Ley la personificación del conocimiento y de la verdad-

Notemos que, de una u otra manera, casi todas las ventajas que se pueden apreciar en esta síntesis se centran en el conocimiento de la Ley revelada por Dios. Armados con estos conocimientos, los judíos se sienten superiores con respecto a los que son menos afortunados. De esta forma, se consideran a sí mismos como la personificación del conocimiento y de la verdad, y que están en condiciones de corregir a otros.

### ***Las preguntas del examen de uno mismo***

Curiosamente las cláusulas introducidas con “si” de Pablo, como aparecen en el griego original (versículos 17 al 20), no terminan de la manera que se espera en una oración condicional (si éste es el caso, entonces...). En vez de terminar con una conclusión, Pablo hace cuatro preguntas que tienen el propósito de hacer que los orgullosos judíos se examinen a sí mismos y analicen la supuesta superioridad de su posición.

En posesión de la ley de Dios, el judío se siente en condiciones de instruir a otros y de mostrarles lo errado de sus

caminos. Pero Pablo le pregunta: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?” En efecto, Pablo dice: Tú, que te proclamas capaz de enseñarles el camino correcto a los demás, ¿no deberías seguir tu propio consejo? ¿No es acaso cierto que debes hacer lo que pides que los demás hagan? La respuesta que se implica aquí y que se afirma unos versículos más adelante es: Ustedes *deberían* hacerlo, pero no lo hacen. En esencia, Pablo acusa a los judíos de hipocresía; el mismo cargo del que Jesús acusó a sus compatriotas una y otra vez.

El apóstol prosigue empleando el mismo tipo de pregunta: “Tú que predicas que no se ha de robar, ¿robas?” Y de nuevo el análisis de la situación sería: no debes, pero lo haces; aunque no lo hagas de modo físico y material tomando lo que le pertenece al prójimo, sí lo haces al desear apropiarte de lo ajeno, al codiciarlo.

“Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras?” No debes, pero lo haces: si bien no cometiendo el acto en sí, entonces al codiciar en tu corazón.

“Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio?” Este texto se traduce de modo algo diferente en la Nueva Versión Internacional donde “¿robas de sus templos?” aparece en lugar de “¿cometes sacrilegio?” \* Vale recordar que en la antigüedad no existían los bancos que hoy día conocemos; por esa razón los lugares sagrados, como los templos, con frecuencia se convertían en lugar de custodia de valores como metales preciosos y joyas. Sin embargo, no es probable que Pablo estuviera acusando a los judíos de asaltar literalmente estos sitios para robar sus tesoros. Aquí la interpretación más razonable parece ser que, aunque como nación los judíos proclamaban que aborrecían a los ídolos y a los dioses falsos, estaban demasiado dispuestos a adoptar las falsas enseñanzas y las repugnantes prácticas religiosas de sus vecinos paganos. De esa manera estarían robando ideas y costumbres de los templos. Sea cual sea la interpretación que adoptemos, la

---

\* El significado original de sacrilegio era robar del lugar santo; *sacrum, legere*.

pregunta de Pablo implica que mientras los judíos proclaman que aborrecían a los ídolos, no habían dejado de ser afectados por su influencia.

La versión Reina-Valera 1995 presenta el versículo 23 como una pregunta a continuación de las cuatro anteriores, cosa que es muy probable desde el punto de vista gramatical. Sin embargo, hay una alternativa que parece más probable dentro del contexto: la de considerar este versículo no tanto como una pregunta, sino como una afirmación.

El griego antiguo, en el que Pablo escribió sus epístolas, tenía ciertas prácticas que a nosotros nos parecen muy extrañas y terriblemente faltas de fluidez. Por ejemplo, no había ninguna división de palabras en el griego al escribir, sino simplemente una línea continua de letras. En los primeros siglos esas letras eran todas mayúsculas; con el paso de los años terminaron por escribirse todas en minúsculas. Además, durante siglos no se dispuso de puntuación o se la usó muy poco: ni comas, ni puntos, ni signos de interrogación. Había algunas palabras interrogativas que le indicaban al lector que había una pregunta, pero si la oración carecía de esa palabra, el lector tenía que decidir, a partir del contexto, si el escritor tenía el propósito de afirmar algo o de hacer una pregunta.

En el versículo 23 estamos frente a una decisión de ese tipo, puesto que depende del contexto. Partiendo del hecho de que el versículo siguiente proviene del Antiguo Testamento, que parece servir como una prueba para respaldar la afirmación anterior del apóstol, parece más apropiado entender el versículo 23 no como pregunta, sino como afirmación. Como una pregunta el versículo diría: “Tu que te jactas de la Ley, ¿con infracción de la Ley deshonras a Dios?” Sin embargo, vistas desde la perspectiva contextual, estas palabras del apóstol constituyen más bien una evaluación de la situación, una afirmación, que les da la respuesta apropiada a las cuatro preguntas anteriores. Entonces Pablo estaría diciendo: “Tú que te jactas de la Ley deshonras a Dios al infringirla”. En respaldo de este juicio severo, Pablo cita del

Antiguo Testamento: “Porque como está escrito: ‘El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros’”, pasaje que parece ser una adaptación de Isaías 52:5.

El razonamiento de Pablo es que, incluso con todas sus supuestas ventajas de tener la Ley, la nación judía como tal no alcanza la justicia que exige un Dios santo y justo. En lugar de honrar a Dios obedeciendo de buena voluntad sus preceptos que proclaman valorar tan altamente, sucede que al desobedecerlos ellos realmente hacen que el nombre de Dios sea blasfemado entre los gentiles.

Por el argumento de Pablo es evidente que no hay ninguna justicia que venga de manera automática por poseer la Ley; y, como Pablo añade ahora, el cumplimiento externo del rito de la circuncisión tampoco ayuda.

**<sup>25</sup> La circuncisión, en verdad, aprovecha si guardas la Ley; pero si eres transgresor de la Ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. <sup>26</sup> Por tanto, si el incircunciso guarda las ordenanzas de la Ley, ¿no será considerada su incircuncisión como circuncisión? <sup>27</sup> Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la Ley, te condenará a ti, que con la letra de la Ley y la circuncisión eres transgresor de la Ley.**

La circuncisión era la señal y el sello del pacto de Dios con Abraham y sus descendientes: la nación judía. Para el varón judío, aceptar la circuncisión significaba entrar en una relación de pacto con Dios; ese pacto implicaba dos cosas: la promesa que hizo el Señor de ser el Dios de Israel, y la promesa de Israel de ser el pueblo de Dios dedicado y consagrado a hacer su voluntad y a obedecer sus mandamientos.

Que un judío reclamara las promesas de Dios por medio del pacto que había sido sellado con la circuncisión, para después ignorar la voluntad de Dios en su vida y en su conducta, era una contradicción de los términos. Esa inconsistencia llevó a Pablo a hacer la siguiente observación: “La circuncisión, en verdad,

aprovecha si guardas la Ley; pero si eres transgresor de la Ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión.”

Por lo tanto se hace evidente que, en sí misma, la circuncisión no era la característica esencial de una relación apropiada con Dios. Ese factor esencial es la actitud del corazón que, a su vez, refleja en sí una vida de amor y de confianza en el Señor. Donde hay rectitud de corazón, (y esta rectitud puede existir sólo a través de la fe en el Salvador prometido), la circuncisión se convierte en un factor sin importancia. Pablo alude a este hecho al preguntar hipotéticamente: “Por tanto, si el incircunciso guarda las ordenanzas de la Ley, ¿no será considerada su incircuncisión como circuncisión?”

La respuesta a esta pregunta del apóstol es que estas personas serán ciertamente consideradas como verdaderos hijos de Dios. En realidad, y debido a esta obediencia al Señor nacida de la fe, se convertirán en jueces de los judíos que aunque circuncidados eran desobedientes. Pablo afirma: “Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la Ley, te condenará a ti, que con la letra de la Ley y la circuncisión eres transgresor de la Ley”.

Los judíos se inclinaban a poner su confianza en que poseían la Ley y en que eran circuncidados; pero éstas, la Ley y la circuncisión, meramente externas y formales, no podían proveer la justicia que Dios exigía. No tuvieron éxito en producir una relación apropiada entre el pecador y Dios. Esta relación no se puede establecer mediante la “letra da la Ley”, tiene que existir la fe obrada por el Espíritu Santo en el corazón de la persona. Esto es algo totalmente diferente que la simple aceptación de la circuncisión física. Por lo tanto, Pablo puede resumir su alegato contra estos judíos jactanciosos y satisfechos de sí mismos con la siguiente generalización:

**<sup>28</sup> No es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; <sup>29</sup> sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la**

## **del corazón, en espíritu y no según la letra. La alabanza del tal no viene de los hombres, sino de Dios.**

El último versículo, con la referencia a “la alabanza [que]... viene... de Dios” resulta perfectamente comprensible tal como es. Sin embargo, es interesante destacar que Pablo ha hecho un juego de palabras en esta oración. En hebreo la palabra para “alabanza” tiene un sonido muy parecido al del nombre “Judá”, del que se deriva el término *judío*. Para ver juegos similares entre “alabanza” y “Judá” vea Génesis 29:35 y 49:8.

### ***Tres objeciones de los judíos y las respuestas de Pablo***

Con toda claridad y energía, Pablo señala que el hecho de tener la Ley mosaica y la circuncisión no garantiza en sí, ni de por sí, que los judíos tengan un sitio reservado en el cielo. Esas formalidades externas no son lo que hace verdaderamente judía a una persona, en el sentido de ser alguien cuya “alabanza... viene... de Dios”. No, ese elogio encuentra respaldo en algo más; lo que es necesario es lo interior de un corazón creyente marcado por la verdadera circuncisión que es espiritual y no el cuerpo marcado por una circuncisión carnal.

En efecto, la respuesta de Pablo a los judíos es un llamado a que se arrepientan y a que abandonen sus orgullosas pretensiones de superioridad basadas en la posesión de la Ley y en la observancia de la circuncisión. Sin embargo, el orgullo de los judíos les impide arrepentirse y en lugar de esto oiremos tres preguntas desafiantes y resentidas que teóricamente fueron formuladas por los judíos que hacían objeciones. El apóstol se encarga de cada una de esas preguntas a medida que aparecen en los versículos 1, 5 y 9.

**3** ¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿De qué aprovecha la circuncisión? <sup>2</sup> De mucho, en todos los aspectos. **Primero, ciertamente, porque les ha sido confiada la palabra de Dios.** <sup>3</sup> ¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos?

## **Su incredulidad, ¿habrá hecho nula la fidelidad de Dios?**

**<sup>4</sup> ¡De ninguna manera! Antes bien, sea Dios veraz y todo hombre mentiroso; como está escrito:**

**«Para que seas justificado en tus palabras,  
y venzas cuando seas juzgado.»**

### ***Primera objeción de los judíos***

Ya Pablo ha señalado que ser descendiente de Abraham no equivale a tener un boleto de entrada al cielo. En realidad, los gentiles que son obedientes a la voluntad de Dios condenarán a los judíos que, teniendo la Ley y la circuncisión, son transgresores de la Ley (2:27).

Esta afirmación induce a los judíos a la siguiente objeción: “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío?” Pablo toma muy en serio esta pregunta y su respuesta se concentra en una sola ventaja (hay más, como Pablo lo hará ver en el capítulo 9, versículos 4 y 5). ¿Qué ventajas? Pablo responde: “De mucho, en todos los aspectos. Primero, ciertamente, porque les ha sido confiada la palabra de Dios.”

Todas las personas tienen cierto conocimiento de Dios por medio del conocimiento natural que está escrito en su corazón. Sin embargo, Dios honró a la nación judía revelándole su voluntad de modo escrito o, tal como diríamos hoy: “la puso por escrito”. En el monte Sinaí Dios hizo que Moisés grabara sus sagrados mandamientos en tablas: mandamientos que le mostraban a Israel sus pecados y la necesidad de un Salvador. Mediante los mensajes orales y escritos de sus numerosos profetas, Dios les repitió la promesa de enviar al Salvador que necesitaban los pecadores. Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, a quien Juan el evangelista llama “el Verbo” (Juan 1:1), para que revelara su mensaje de salvación, especialmente a los judíos. Con respecto “al Verbo” Juan dice expresamente: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (Juan 1:18). Es por esto que el escritor de la carta a los

Hebreos puede decir: “En estos últimos días [Dios] nos ha hablado por el Hijo” (1:2). Pablo reafirma su posición: la nación judía tuvo una ventaja significativa sobre todos los otros pueblos en virtud de que les fueron confiadas las Escrituras inspiradas, la verdadera palabra de Dios.

Al llegar a este punto el apóstol espera que sus adversarios planteen una objeción: “Si tener la palabra de Dios es una bendición tan grande” dirían ellos, “¿por qué es que tantos de los judíos van a ser condenados en el juicio tal como tú mismo (Pablo) lo has dicho anteriormente?”

Pablo les responde así: el problema reside en los que están perdidos porque no confiaron en la Palabra. El que ellos no crean en la palabra de Dios no significa que ella sea ineficaz. *La falta de fe* de los incrédulos no anula en modo alguno *la fidelidad* de Dios.

La palabra del Señor es segura y confiable, y la posesión de ella se debe considerar como una gran ventaja. Si alguna vez parece haber un conflicto entre lo que dice la palabra de Dios y lo que sugiere la lógica humana, entonces la persona sabia, es decir, el creyente, se pondrá de parte de Dios y dirá junto con el apóstol: “Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso”. Esa confianza en la palabra de Dios y esa sumisión a su mensaje se refleja en el enfoque del salmista en el Salmo 51. Pablo cita sólo una porción pequeña del salmo, asumiendo que sus lectores sabrán cuál es el contexto. Como sabemos, el Salmo 51 es aquél en el que el rey David, convicto de adulterio y de asesinato, tiene que reconocer su maldad y la justicia de Dios. Contrito y humillado, el soberano reconoce su culpabilidad y dice:

Porque yo reconozco mis rebeliones,  
y mi pecado está siempre delante de mí.  
Contra ti, contra ti solo he pecado;  
he hecho lo malo delante de tus ojos,

[Tras lo cual continúa con las palabras que Pablo cita al refutar la objeción de los judíos]

Para que seas reconocido justo en tu palabra  
y tenido por puro en tu juicio (Salmo 51:3,4).

### *Segunda objeción de los judíos*

**<sup>5</sup>Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios al dar el castigo? (Hablo como hombre.) <sup>6</sup>¿De ninguna manera! De otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo? <sup>7</sup>Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador? <sup>8</sup>¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): «Hagamos males para que vengan bienes»?**

Si, como dice el salmista, Dios es siempre “justo” cuando sentencia y “puro” cuando juzga, ¿no se desprende de aquí que cada pecador hallado culpable sirve para demostrar la justicia de Dios? La demostración de la culpabilidad del pecador prueba la justicia de Dios, y esto resulta en honor y gloria para el Creador. Entonces, ¿no equivaldría esto a favorecer a Dios? Y si es así, ¿por qué castigar al pecador, si a fin de cuentas, lo que hace glorifica a Dios?

Los versículos 5 y 7 reflejan la argumentación “como hombre” (humana) que se esconde bajo esta cadena de razonamientos grotescamente falsos e incluso blasfemos. La lógica del versículo 5 sugiere que si Dios prevalece siempre sobre el mal, entonces, lo que hace nuestra injusticia es destacar con todavía mayor claridad la justicia de Dios. Algo así como lo que hace un joyero cuando al exhibir una perla de gran precio la presenta sobre un tapete de terciopelo negro para que destaque aún más su radiante blancura. De igual manera, dice este argumento, nuestros pecados cumplen la función de hacer resaltar, por contraste, la justicia divina y a Dios mismo. En la comparación Dios se ve mejor.

El versículo 7 expresa una idea paralela, pero además hace surgir la cuestión de si hay realmente culpa cuando se peca. Alguien podría razonar de la siguiente forma: “Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador?” ¿Es que acaso el pecador no le hace un servicio a Dios cuando crea una situación en la que el Señor puede obtener gloria al mostrar su justicia? ¿Y es que acaso esto no le quita la culpa al que le proporciona gloria a Dios?

La respuesta de Pablo es tajante: “¡En ninguna manera! De otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?” Notemos que Pablo da por sentado el hecho de que Dios va a juzgar al mundo. Y esto será así tanto con judíos como con gentiles. Si Dios no puede castigar a los hacedores del mal como lo tiene que hacer al juzgar al mundo, entonces todos los males serían permisibles y cualquiera podría decir: “Hagamos males para que vengan bienes”.

Por lo visto, había personas que no sólo decían eso, sino que le atribuían a Pablo esa enseñanza blasfema. Quizás esa idea errónea había surgido de la mala interpretación (deliberada o inocente) de la enseñanza paulina de que la salvación es don gratuito de Dios que no exige méritos ni dignidad personales. Parece que eso se interpretó como que al pecador se le permitía hacer lo que le viniera en gana. Con respecto a los que malinterpretaron la gracia, distorsionaron la doctrina de la libertad cristiana y, para colmo de insultos, le atribuyeron a él la paternidad de esa falsedad, el apóstol dice simplemente “cuya condenación es justa”. Ciertamente, Dios juzgará al mundo y esas personas recibirán lo que se merecen con razón.

### *Tercera objeción de los judíos*

**9 ¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? ¡De ninguna manera!, pues hemos demostrado que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado.**

Pablo reprende de una manera punzante a los del bando judío que distorsionan su enseñanza acerca de la gracia de Dios y que

convierten la libertad cristiana en un libertinaje. Esta respuesta provoca una tercera objeción por parte de sus adversarios hebreos, que entonces preguntan: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos?”

Los traductores están divididos en cuanto a cómo interpretar la segunda pregunta. En la versión Reina-Valera 1995 que estamos comentando y en la Nueva Versión Internacional (en español), los términos son esencialmente los mismos, “¿Somos nosotros *mejores* que ellos?” Sin embargo, una nota al pie de página de la *New International Version* (en inglés) sugiere como alternativa la expresión: “¿Somos nosotros *peores*?”\* Evidentemente parecen afirmaciones contradictorias y opuestas ¿no es así? ¿Cómo es que dos interpretaciones tan diferentes pueden ser aspirantes legítimas a corresponder con lo que el apóstol quiso decir? Para encontrar una explicación, tendremos que enfrentarnos a algunos tecnicismos gramaticales. Veámoslos.

Tanto en inglés como en español, los verbos tienen dos voces: La *activa*, donde el sujeto efectúa la acción del verbo (el niño compró la pelota) y la *pasiva*, donde el sujeto recibe la acción del verbo (la pelota fue comprada por el niño). El idioma griego tiene una voz entre la activa y la pasiva, a la que se le ha llamado, aunque no muy creativamente, voz *media*. Esta voz implica que al realizar la acción el sujeto la efectúa en beneficio o interés propio (el niño se compró la pelota).

Una complicación adicional es que a veces la forma del verbo tanto en la voz pasiva como en la intermedia es similar, entonces el contexto es decisivo a la hora de determinar cuál de ellas era la que el autor quería emplear. Este es el tipo de situación con que nos encontramos aquí. El verbo griego con el que tratamos podría estar en la voz media, en la que diría: “¿Tenemos alguna ventaja para nosotros?” o en la pasiva, en la que diría: “¿Estamos siendo aventajados?” La traducción: “¿Somos nosotros mejores que ellos?” refleja que el verbo ha sido considerado como en voz

\* Vea también la nota en la Biblia de las Américas.

media; en tanto que la versión: “¿Acaso somos peores?” reflejaría que se le ha entendido como en voz pasiva.

Tanto los traductores de la versión Reina-Valera 1995 como los de la Nueva Versión Internacional (en español) optaron por la primera de estas dos alternativas. Basta reflexionar un momento para comprender que la respuesta a cualquiera de estas dos preguntas resulta en una misma y rotunda negativa. ¿Son los judíos mejores que las otras personas? ¡No, de ninguna manera! ¿Son entonces peores? ¡No, de ninguna manera!

¿Cuál es la razón para que esto sea así? Pablo nos responde: “Hemos demostrado que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo pecado.” Ambos grupos carecen de la justicia que Dios exige. Toda la sección previa desde el capítulo 1 versículo 18 en adelante ha sido una descripción abrumadoramente convincente de la bancarrota espiritual tanto de judíos como de gentiles.

Ambos grupos están “bajo pecado”, es decir, sometidos a la condición de ser dominados por el pecado; no se trata de una casualidad ni de un accidente que les suceda de vez en cuando, están impregnados del pecado y marcados por él. Es la fuerza dominante en la naturaleza de la vida humana tanto de judíos como de gentiles. Pablo fundamenta esta doble acusación en las Escrituras, que afirman el dominio *total* del pecado en la vida de *todo* hombre, mujer y niño.

### ***Resumen: la injusticia de todo el género humano***

#### ***Respaldo de las Escrituras***

<sup>10</sup> **Como está escrito:**

**«No hay justo, ni aun uno;**

**<sup>11</sup> no hay quien entienda,**

**no hay quien busque a Dios.**

**<sup>12</sup> Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;**

**no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.**

**<sup>13</sup> Sepulcro abierto es su garganta;**

**con su lengua engañan.**

**Veneno de víboras hay debajo de sus labios;**

**<sup>14</sup> su boca está llena de maldición y de amargura.**

**<sup>15</sup> Sus pies se apresuran para derramar sangre;**

**<sup>16</sup> destrucción y miseria hay en sus caminos;**

**<sup>17</sup> y no conocieron camino de paz.**

**<sup>18</sup> No hay temor de Dios delante de sus ojos.»**

Una lectura a la ligera de estos versículos podría dar la impresión de que esta sección es un solo pasaje que proviene de un mismo libro de la Biblia. Sin embargo, un examen más minucioso mostrará que no es así, sino que se trata de un conjunto de numerosos versículos del Antiguo Testamento ingeniosamente entretejidos. Todos ellos han sido juntados cuidadosamente para fundamentar la acusación de que la carencia de justicia que asedia a toda la familia humana es un fenómeno universal. Al lector se le invita a verificar la fuente de cada cita individual que Pablo ha recopilado; pero, por el momento, no hay necesidad de detenernos en esto. \*

Podemos verificar la acusación de Pablo si sencillamente tenemos presente su énfasis básico: absolutamente nadie es justo delante de Dios. Bajo el encabezado mayor se pueden notar algunos puntos de importancia menor en tres subdivisiones, en pecados de *pensamiento* (10-12a), *palabra* (13,14) y *obra* (12b-17). El versículo 18 identifica la raíz que es la causa de todos estos males: “No hay temor de Dios”.

La colección de citas que Pablo nos ha presentado comienza con la afirmación de que la fuente de los problemas humanos está en la abismal falta de comprensión y en una lamentable falta de aprecio por lo que Dios es y por lo que ha hecho por los pecadores. Citando al salmista, el apóstol Pablo nos dice:

---

\* Compárense los versículos 10-12 con el Salmo 14:1-3; 53:1-3 y Eclesiastés 7:20. Compárese el versículo 13a con el Salmo 5:9; el versículo 13b con el Salmo 140:3; el versículo 14 con el Salmo 10:7; así como los versículos 5-17 con Isaías 59:7,8 y Proverbios 1:16; el versículo 18 con el Salmo 36:1.

“No hay justo, ni aún uno;  
no hay quien entienda,  
no hay quien busque a Dios.  
Todos se desviaron,...  
no hay quien haga lo bueno,  
no hay ni siquiera uno.”

La falta de entendimiento, o un profundo mal entendimiento, se refleja en lo que la gente dice, y la lengua traiciona el mal que hay en la mente y en el corazón del pecador:

“Sepulcro abierto es su garganta;  
con su lengua engañan.”  
“Veneno de víboras hay debajo de sus labios;  
su boca está llena de maldición y de amargura.”

Los malos pensamientos y las palabras engañosas conducen a acciones malvadas y a menudo violentas:

“Sus pies se apresuran para derramar sangre;  
destrucción y miseria hay en sus caminos;  
y no conocieron camino de paz.”

Todas estas situaciones deplorables tienen su origen en una raíz común:

“No hay temor de Dios delante de sus ojos.”

**<sup>19</sup> Pero sabemos que todo lo que la Ley dice, lo dice a los que están bajo la Ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios, <sup>20</sup> porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la Ley es el conocimiento del pecado.**

En la epístola a los romanos, Pablo emplea con mucha frecuencia la palabra griega *nomos*, que básicamente se traduce como “ley”, pero permite una variación considerable en cuanto a la manera en que se usa y a lo que significa. Con frecuencia una consideración importante es: ¿tiene un artículo definido, en cuyo caso significa “la ley”, o está sin artículo definido, en cuyo caso

significa “una ley” en el sentido de una norma legal de carácter general? Esta diferencia en la construcción gramatical unida a su ubicación en distintos contextos determina una variación sustancial en el significado que tiene en un pasaje, comparado con el que tiene en otro.

Como ya se dijo, la expresión “una ley”, sin el artículo definido, se puede referir a cualquier sistema o norma legal. Si se emplea un artículo definido, como es el caso de “la ley”, con frecuencia, se refiere a la Ley mosaica que Dios le dio en el Sinaí a su pueblo escogido. Sin embargo, “la ley” también se puede referir al Pentateuco, los cinco libros de Moisés que abarcan desde Génesis hasta Deuteronomio. De igual modo, esta construcción gramatical de “la ley” también se emplea con relación a otros libros del Antiguo Testamento. Este último uso es menos común que los otros, pero hay algunos ejemplos claros de esto.<sup>6</sup>

La importancia de este detalle se hace evidente cuando nos damos cuenta de que en los versículos 19 y 20 Pablo emplea el término *nomos* cuatro veces con tres significados diferentes. Nos ocuparemos de las dos primeras formas en que Pablo emplea esta palabra antes de intentar seguir la lógica del razonamiento con que resume y concluye su afirmación.

Pablo dice: “Pero sabemos que todo lo que la Ley dice, lo dice a los que están bajo la Ley”. Al emplear aquí por vez primera el término *nomos* (que tiene el artículo definido en griego), Pablo usa “la Ley” para referirse al conjunto de pasajes que se citó anteriormente (3:10-18). Así, esos pasajes le dan a *nomos* un significado equivalente al Antiguo Testamento. Estas citas estuvieron primera y específicamente dirigidas al pueblo escogido de Dios, a los que estaban “bajo la Ley”, es decir, a los que estaban incluidos en el pacto regulado por la Ley mosaica. Por lo tanto, podríamos hacer una paráfrasis de este versículo, empleando los

---

\* “La Ley” que se cita en Juan 10:34 no está tomada del Pentateuco, sino del Salmo 82:6. Igualmente, la cita de Juan 15:25 proviene del Salmo 69:4; y la que aparece en 1 Corintios 14:21 es de Isaías 28:11,12.

dos significados que en él adopta el término *nomos*, al decir: “Pero sabemos que todo lo que dice el Antiguo Testamento, lo dice específica y directamente para los judíos que están bajo las leyes mosaicas”.

Ahora el apóstol prosigue con su conclusión lógica por lo que podríamos llamar un argumento que va “de mayor a menor”. Si la palabra de Dios culpa incluso a los “mayores” (su propio pueblo escogido) de no ser justos, entonces ¿qué esperanza queda para los gentiles, esos mismos gentiles a quienes Pablo describió como “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12)? Esta lógica es similar a la que Pedro usa cuando escribe: “Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que desobedecen al evangelio de Dios?” (1 Pedro 4:17).

El razonamiento de Pablo se basa en que si aún el pueblo escogido de Dios, con todas sus ventajas, no tiene ninguna justicia ni por derecho ni por mérito, mucho menos podrán tenerla los otros. De modo que toda boca debe permanecer en silencio. Entonces tanto judíos como gentiles, es decir, el mundo entero, debe rendirle cuentas a Dios.

Pablo avanza ahora a un punto muy importante con relación a la Ley cuando dice: “Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley” [NVI]. Este *por tanto* sirve de introducción a la conclusión que depende de que se entienda apropiadamente el término *nomos* que aparece dos veces en este versículo. En ambas ocasiones éste se presenta en el original sin el artículo definido (*la*), y de esta manera tiene el significado general de “una ley” o “cualquier ley”. Si tanto en la traducción de la Nueva Versión Internacional (“las obras que exige *la* ley”) como en la Versión Reina -Valera, Revisión de 1995, (“por las obras de *la* Ley”) se suprimiera el artículo “*la*”, mejoraría: “las obras exigidas por ley”. Pablo nos dice que nadie será declarado justo ante los ojos de Dios con base en las obras de la ley, sean de la clase que sean. No importa el código legal bajo el cual se esté o

se escoja estar; ya sea el de los gentiles, que siguen la ley natural escrita en su corazón; o el de los judíos, que cumplen con el código mosaico. En la perversión de su pecado, los gentiles “detienen con injusticia la verdad” en la medida en que la conocen (1:18); en tanto que los judíos, mientras se apegan hipócritamente de palabra a la revelación de la Ley, viven de espaldas a ella, y de esta manera se blasfema el nombre de Dios entre los gentiles (2:17-24). Ya se trate de judíos o gentiles el resultado es el mismo: a través de la obediencia a la Ley (que nadie logra), ni un grupo ni otro se puede presentar como justificado ante el tribunal de Dios.

En realidad, Pablo va más allá de esa afirmación cuando dice que la verdadera función de la Ley no es la de dar justificación para las personas, sino que su propósito es bien diferente. Por eso escribe: “Por medio de la Ley es el conocimiento del pecado”. Ahora bien, un conjunto de normas legales (y aquí *nomos* vuelve a aparecer en el original sin artículo definido y por lo tanto equivale a “cualquier ley”), tiene un efecto doble. De un lado, y sin ser ese su propósito, hace que los pecadores rebeldes la desobedezcan; del otro, proporciona un patrón de referencia que sirve para identificar y medir esa desobediencia; con esto, la Ley logra alcanzar su función principal que es la de guiarnos para que tengamos conciencia del pecado.

En los capítulos siguientes Pablo nos seguirá hablando mucho más acerca de esa doble función de la Ley; pero por el momento lo que quiere enfatizar es que tanto los judíos como los gentiles están igualmente bajo pecado, y que nadie es justo por sus propios méritos. En consecuencia, la humanidad es un caso desesperado; estamos indefensos y sin esperanza. De haber alguna esperanza no puede provenir de nosotros mismos, tiene que provenir de más allá de nosotros. ¡Gracias a Dios porque esta esperanza está disponible! Muy en breve, Pablo nos lo explicará.

## LA JUSTICIA ACREDITADA: LA JUSTIFICACIÓN (3:21–5:21)

---

Los pecadores no se pueden presentar ante el Creador provistos de la justicia que exige un Dios santo y justo. Solamente es posible adquirir esta justicia por medio de la gracia de un Dios que nos ama, que nos da la justicia gratuitamente, como regalo de su amor mediante la fe en Jesucristo. A este intercambio, mediante el que Dios borra la culpa de nuestros pecados y nos hace merecedores de la justicia de Cristo, se le llama *justificación*.

### *Justificación en Cristo mediante la fe*

**<sup>21</sup> Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: <sup>22</sup> la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él,**

El problema que Pablo nos describió en tanto detalle (1:18–3:20), consiste en que no puede haber justificación como consecuencia de tratar de cumplir la Ley. Nadie puede obtener ningún mérito delante Dios al cumplir imperfectamente un conjunto de normas, cualesquiera que ellas sean. Los pecadores no pueden hacer nada que le agrade a Dios y que sirva como base para que el Señor los recompense. Los pecadores no tienen la justicia que vale ante Dios.

Pero ahora se manifiesta una justificación totalmente maravillosa, que es exactamente la que el pecador necesitaba, pero que no podía alcanzar por sí mismo. Esta justificación es (a), de Dios y (b), aparte de la Ley.

Examinemos en primer lugar el último de éstos dos puntos. Se trata de la justificación “aparte de la Ley”. Ya hemos hablado del cambio que se produce en el significado del término “ley” (*nomos*) cuando éste aparece con o sin artículo definido. En esta oportunidad, el original aparece sin el artículo; los traductores de

la *New International Version* (en inglés) han reflejado esto apropiadamente, pero no ocurre así con la Nueva Versión Internacional (en español), ni con la Reina-Valera 1995 que empleamos en estos comentarios, pero ya sabemos que la lectura más precisa sería “ley aparte” o “sin ley”. Por tanto, esta justificación no está vinculada a la obediencia de *ninguna* ley. Entonces la conclusión es que no hay nada que los pecadores puedan hacer en favor de su propia justificación.

Pero, lo que es todavía más importante, no hay nada que una persona *tenga* que hacer. ¡Ya Dios lo ha hecho todo! La justicia “de Dios” se ha manifestado. Vale la pena repetir que todo esto es obra de Dios. Es por esto que esta justicia es válida por sí misma y tiene existencia propia sin que sea necesario ningún aporte humano. Por esto Pablo dice que esta justicia “se ha manifestado”.\*

¿Y cómo es que esta justicia se ha manifestado? Pablo nos dice que es una verdad “testificada por la Ley y por los profetas”. Aquí, *nomos* tiene el artículo definido y por tanto se refiere a una “Ley” específica que es, en este caso, el conjunto de información divinamente revelada que forman los cinco libros de Moisés o el Pentateuco. Así que, la Ley junto con los profetas son los términos que usa Pablo para el Antiguo Testamento.\*\* De modo que la justicia que viene de Dios es proclamada por las Escrituras, que a su vez dan testimonio de ella.

Hasta ahora, el apóstol ha establecido la existencia de una justicia precisamente del tipo que los pecadores necesitan; pero ¿cómo la pueden alcanzar? Pablo se encarga de responder diciéndonos que esta justicia de Dios llega “por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él”.

\* En 1:17 se puede apreciar que esta misma idea aparece expresada mediante un verbo diferente cuando Pablo nos dice que la justicia de Dios se “revela”.

\*\* Una designación similar aparece en Lucas 16:29. Casi al final del pasaje de la parábola del rico y Lázaro, en la que Abraham dice que los hermanos del rico deben oír a “Moisés y a los Profetas”, es decir, a la Escrituras del Antiguo Testamento.

Esta justicia que Dios da es precisamente “por medio de la fe en Jesucristo”. La fe, en el sentido de confianza y seguridad en la promesa de Dios, constituye la vía, el canal mediante el que esta justicia alcanza al pecador. O, para decirlo con una imagen algo diferente: la fe es la mano que recibe esta justicia de Dios.

La justicia, pues, nos llega de *una sola* manera y viene siempre de la *misma* manera para todos: por la fe, por creer. Cuando Pablo dice “para todos los que creen”, no limita el alcance de la justicia de Dios, como si su propósito fuera solamente para unos y no para otros. Debemos tener en cuenta que aquí Pablo trata de *cómo* es el plan de salvación de Dios (por fe), y no *para quienes*. Este último aspecto relacionado con la amplitud del misericordioso plan de Dios se tratará de inmediato.

**porque no hay diferencia,<sup>23</sup> por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios,<sup>24</sup> y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,**

Anteriormente, ya Pablo había señalado (2:11) que Dios no muestra favoritismo en su trato con los pecadores. Los que son desobedientes, todos están bajo su ira, lo mismo judíos que gentiles. Pero esta misma imparcialidad también se manifiesta cuando Dios les extiende a todos su gracia y su misericordia. En este aspecto del trato de Dios “no hay diferencia”, como nos lo dice Pablo.

¿Cómo es que Pablo puede decir esto? ¿En qué basa su afirmación? Al hablar por inspiración, el apóstol aporta el fundamento de lo que audazmente sostiene y nos dice: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia.” Siendo que “todos pecaron”, todos están ahora en consecuencia “destituidos de la gloria de Dios”. Como explicación de la segunda parte de esta línea de Pablo, que acabamos de ver, se ha sugerido que, por la caída en el pecado, la humanidad perdió la gloria que Dios le dio a toda la creación, la gloria que él verdaderamente quería que todos

tuvieran. Esta hipótesis es posible y corresponde sin forzarla con el significado de la expresión que le precede, es decir con: “Todos pecaron”.

Pero la palabra griega que aquí se traduce como “gloria” tiene otros significados según el contexto, ya que también se puede traducir como “alabanza”, usando este término en el sentido de aprobación. Un ejemplo ilustrativo de este empleo aparece en Juan 5:43,44 donde Jesús censura a sus incrédulos compatriotas al reprocharles: “Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniera en su propio nombre, a ese recibiríais. ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria [o aprobación] los unos de los otros y no buscáis la gloria [o aprobación] que viene del Dios único?”\*

Si usamos para “gloria” el significado que acabamos de ver, Pablo estaría diciendo: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la aprobación de Dios”. Que alguien no sea aprobado por el Omnipotente equivale a una seria acusación en su contra, pero a pesar de ello Pablo sigue con un planteamiento absolutamente sorprendente: “Todos pecaron... siendo justificados”. La gramática del griego original deja perfectamente claro en este pasaje que los que son justificados son los mismos “todos [los que] pecaron”. Es por esto que Pablo puede decir que con Dios “no hay diferencia”. Todos pecaron y todos son justificados.\*\*

---

\* Otros ejemplos de esta palabra con el significado de aprobación se pueden ver en Juan 12:42,43 y en 1 Tesalonicenses 2:6.

\*\* Otros pasajes que afirman el alcance universal del amor justificador de nuestro Padre celestial son los de Ezequiel 33:11; 1 Timoteo 2:3,4 y especialmente Juan 1:29 y 2 Corintios 5:19 donde al decir que quita “el pecado del mundo” y “no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” son afirmaciones equivalentes a declarar justos o justificar a todos los hombres. La contraparte de esta doctrina, es decir, la necesidad del arrepentimiento y de la fe por parte del individuo para poder recibir la bendición de Dios está bien documentada tanto en las cartas de Pablo (Romanos 3:28, Gálatas 2:15,16; Efesios 2:8) así como en el resto de las Escrituras (Génesis 15:6; Habacuc 2:4; Marcos 1:15).

¿Cómo puede ser esto? La respuesta es que Dios justifica, es decir declara justo al hombre, “gratuitamente por su gracia”. En esta expresión encontramos dos términos virtualmente sinónimos. Gratuitamente significa “de balde, sin costo, sin precio”. *Por su gracia* significa “como un regalo”. Debido a que nadie dispone de méritos que aportar, la justificación tiene que ser otorgada como un regalo. La declaración de justo es algo que se hace al pecador o para el pecador; no es lo que el pecador pueda hacer por sí mismo. Por lo tanto, recibir la justificación como un regalo es la *única* manera en que obra la justificación, y ésta es también la manera en que *siempre* obra.

Es necesario que seamos cuidadosos en no interpretar mal a Pablo cuando dice que todos son justificados, no sea que pensemos que todos serán salvados. Esta sería la falsa doctrina del universalismo.\* El hombre natural, como el pecador impío y terco que es, conserva la asombrosa capacidad de resistirse a la gracia de Dios. En su empecinada incredulidad, hay muchos que desgraciadamente rechazan aceptar los méritos de Cristo, y se perderán por siempre por su falta de fe. El veredicto solemne del Salvador, “el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16), se mantiene vigente. En el caso de los que se pierden, lo hacen porque en su incredulidad eligen rechazar la justicia que Dios ciertamente ha provisto también para ellos.

La enseñanza paulina de la justificación general, o *justificación objetiva* como también se le conoce, tiene implicaciones de gran alcance; en realidad es la esencia del evangelio. Pensemos en lo que implica personalmente para cada uno de nosotros: si todos los pecadores son justificados, entonces es seguro que usted también lo es, a pesar de todos los pecados y deficiencias que Satanás aduce para que usted quede descalificado. Debido a que “no hay diferencia”, Dios le asegura que su gracia es para todos, incluyéndolo a usted. La justicia que viene de Dios

---

\* Enseñanza falsa que afirma la salvación universal de todos los pecadores, incluyendo al propio Satanás.

está a nuestra disposición para que la aceptemos por medio de la fe.

La justificación general es de gran significado para nuestros esfuerzos de llegar a los demás y hacerles conocer el evangelio. Si todos han sido justificados, entonces no hay nadie a quien no nos podamos acercar con el evangelio de las buenas nuevas. De modo que les podemos decir a todos y a cada uno: “Todos tus pecados han sido perdonados por la muerte sustitutoria de Cristo. Él obtuvo que tú pudieras revestirte de su justicia.; allí está a tu disposición. Acéptala y cree” (vea Hechos 16:29-31).

Pablo ha hecho énfasis en que la fe es imprescindible para que los pecadores reciban la justicia de Dios. Pero para que sea una fe verdadera, entendida en el sentido de confianza y seguridad, se debe aferrar a algo. El objeto de la confianza debe ser el apropiado; Pablo nos va a hablar ahora sobre este tema.

**<sup>25</sup> a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre,**

La razón que lleva a Dios a justificar a los pecadores es su misericordia, y el método que ha seguido para esto es la redención. El término *redención* tiene el propósito de hacer que sus lectores piensen y tengan la idea de un esclavo, de un prisionero de guerra, un rehén, o quizás hasta de una persona secuestrada: cualquiera que necesite ser rescatado, es decir, ser comprado otra vez. El precio de esa compra sobrepasa cualquier recurso financiero que el cautivo pueda conseguir por sí mismo. Para que se pueda lograr el rescate, se hace necesario que alguien de fuera intervenga y ayude. ¡Esto es precisamente lo que Dios hizo! Y lo hizo “mediante la redención que es en Cristo Jesús” (3:24).

Dios es un Dios santo que no se desentiende del pecado ni pasa por alto las muchas infracciones del pecador como si se tratara de algo que no tiene importancia. En su Palabra, Dios se pronuncia clara y directamente sobre este asunto cuando dice: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). La vida del pecador estaba perdida; era necesario pagar por el pecado con la vida. Las

Escrituras vuelven a ser claras sobre el particular: “Sin derramamiento de sangre no hay remisión [de pecados]” (Hebreos 9:22). El pecado exigía la paga de un precio elevadísimo que debía ser pagado y ¡fue pagado! Dios envió a su propio Hijo para que fuera el sustituto que muriera en lugar de nosotros. Cristo se hizo verdadero hombre para que pudiera derramar su sangre como sacrificio y morir por los pecadores; o para decirlo con las palabras de Pablo: “Dios [lo] puso como propiciación”.

La terminología que Pablo emplea en este pasaje refleja el rito que Dios le había indicado al pueblo de Israel que observara anualmente en el gran día de la Expiación. Dios ordenó esta festividad como un recordatorio gráfico que le demostraba a Israel la necesidad de confesar sus pecados, transfiriéndolos simbólicamente a un chivo expiatorio que era llevado al desierto, llevando sobre sí los pecados del pueblo (Levítico 16:1-34, especialmente 20-22).

El propósito de Dios era recordarle a Israel que necesitaban un Salvador y fortalecer en ellos el anhelo por el Mesías prometido, el Redentor, que llevaría a cabo de modo real lo que el rito representaba simbólicamente.

Al escribirles a los romanos, es claro que Pablo habla desde el punto de vista del Nuevo Testamento en el que Cristo ya ha venido, se ha ofrecido como sacrificio y de este modo nos puso en paz con Dios. Por esto Pablo puede decir que todos han sido justificados por la gracia de Dios “por medio de la fe en su sangre [la sangre de Cristo Jesús]”.

### ***Demostración de la justicia de Dios***

El *motivo* que tuvo Dios para justificar a los pecadores es su gracia y su *método* es la redención. Ahora Pablo nos va a decir cuál es su *objetivo* o meta al hacerlo. El objetivo de parte de Dios es doble: de un lado, demostrar que él es justo; y de otro, que él es un Dios que justifica a los que tienen fe en Jesús.

**para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,<sup>26</sup> con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús.**

Dios es un Dios justo, y su integridad exige que reaccione negativamente ante el pecado y la desobediencia. Sin embargo, en su “paciencia” y longanimidad, no se precipita al tratar con los pecadores. A menudo su actuación es tan pausada que, en realidad los pecadores se pueden hacer la idea de que el pecado no es una cosa tan grave, y que Dios realmente no se preocupa tanto por esto; y que, a fin de cuentas, terminan pensando que Dios tal vez no haga absolutamente nada al respecto. Las experiencias anteriores con la aparente inactividad de Dios pueden ser mal interpretadas y puede parecer que “los pecados pasados” quedaron sin castigo, con base en que no ha habido ningún día de juicio obviamente reconocible.

Sin embargo, Pablo nos lleva a entender que esta valoración a la ligera del pecado es un error fatal. Si hubiera duda de esto, Pablo nos pide que le demos una mirada al trato que recibió Cristo por causa del pecado. Dios exigió la sangre de su Hijo para pagar el precio de los pecados de la humanidad. ¡El pecado es muy grave! ¡Es necesario que uno se arrepienta!

El apóstol predicó el mismo mensaje en Atenas llamando al pueblo a que se arrepintiera de la adoración de ídolos y dioses falsos. Les advierte: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberlo levantado de los muertos.” (Hechos 17:30,31; para una afirmación similar véase Hechos 14:16.)

Esta misma advertencia nos viene bien a nosotros que somos demasiado propensos a subestimar la gravedad de nuestras culpas

y pecados. Haríamos bien en prestarle atención al recordatorio del himno de Cuaresma que escribió Thomas Kelly:

Si te burlas del pecado,  
No sabiendo su poder,  
Dios aquí te lo ha quitado  
Con la culpa infame, cruel.  
El que así fue afligido,  
El que lleva carga tal,  
Del Señor es el ungido:  
Dios como hombre es al igual.  
(Culto Cristiano 58:3 “Afligido y castigado”)

Miremos lo que Dios permitió que le hicieran a Cristo como sustituto de los pecadores, y sabremos que Dios es un Dios justo que castiga el pecado.

Pero Dios tenía otro objetivo en mente cuando “puso [a Cristo] como propiciación” (3:25). No era solamente para “manifestar su justicia”, sino también para demostrar que él es quien “justifica al que es de la fe de Jesús”.

Más adelante en esta misma epístola Pablo escribe: “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios” (11:22). Aquí las dos cualidades son claramente evidentes; la severidad hacia el pecado se muestra en el castigo severo que se le impuso al Hijo de Dios por causa de los pecados que fueron echados sobre sus hombros inocentes, pero el pago por el pecado efectuado mediante la muerte de Cristo satisfizo las exigencias justas de Dios. Como prueba de esto, el Padre lo resucitó de la tumba en la mañana de la Pascua de Resurrección.

En Cristo se hizo justicia, y ahora, sin comprometer su integridad como Dios justo y santo, el Padre les puede mostrar bondad a los pecadores redimidos, a aquellos cuya culpa ha sido perdonada y cuya deuda ya ha sido pagada. En Cristo, Dios puede ver al pecador como justo y santo.

De esta manera, el sacrificio propiciatorio del Salvador cumple una doble función. De un lado, muestra que Dios es justo; y de otro, que “justifica al que es de la fe de Jesús”.

### ***Establecimiento del principio de la fe***

**<sup>27</sup> ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. <sup>28</sup> Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley.\***

Dios ha demostrado en Cristo que él justifica a los que tienen fe. Objetivamente, Dios ha declarado justo a todo el mundo (Romanos 5:18,19; 2 Corintios 5:19). Sin embargo, el beneficio de esta justificación general le llega al individuo mediante la fe, al creer y confiar en Cristo y aceptar los méritos que él ha ganado. A esta justificación personal e individual frecuentemente se le llama *justificación subjetiva* para diferenciarla de la anterior: la justificación *general*.

Hablando de esta justificación individual del creyente, Pablo hace el siguiente razonamiento: Si por definición la fe es la confianza y la seguridad en lo que otro ha hecho, entonces esto no puede ser de ningún mérito para quien confía y cree. No hay base para vanagloriarse por los beneficios recibidos.

Este es el aspecto que Pablo trata aquí: si el pecador hubiera guardado la ley de Dios y, por lo tanto, hubiera ganado algo por sí mismo, entonces tendría razones para jactarse. Pero éste no es el caso, porque no es con base en el principio (o “ley”) de cumplir la Ley moral que se alcanza la justificación, sino con base en aceptarla por fe como regalo gratuito de Dios. Pablo repite y hace énfasis en este principio (o “ley”) cuando dice “que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley”.

---

\* En estos versículos “ley” en la “[ley] de las obras” y “la ley de la fe” significa principio. Véase la Nueva Versión Internacional.

A propósito, este es el versículo donde en su Biblia en alemán, Lutero insertó la palabra *sólo*. Aunque este término no está en el texto griego, el contexto respalda abrumadoramente el sentido de que la justificación es por la fe *sola* e independiente de cualquier obra de la Ley.\*

**29 ¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles, 30 porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión.**

Recordemos que anteriormente Pablo había dedicado considerable espacio al asunto de la ventaja de los judíos en virtud del pacto que los vinculaba con Dios bajo las regulaciones de la Ley mosaica. Esta ventaja judía había sido descartada cuando el apóstol dijo que ante Dios no hay acepción de personas (2:11). Aquí Pablo vuelve brevemente a este tema. Está de acuerdo en que si tener y cumplir la Ley fuera esencial para una apropiada relación con Dios, entonces los judíos tendrían una ventaja. Pero una relación correcta con Dios no depende de la obediencia a la Ley, sino de tener fe; y como es mediante esta fe que se alcanza esta relación apropiada, entonces queda disponible por igual para *todos* los creyentes, tanto judíos como gentiles. Porque Dios es Dios tanto de los judíos como de los gentiles, ya que él “justificará *por la fe* a los de la circuncisión [judíos], y *por medio de la fe* a los de la incircuncisión [gentiles]”.

**31 Luego, ¿por la fe invalidamos la Ley? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la Ley.**

Pablo ha explicado claramente que la Ley no es la base sobre la que los pecadores se reconcilian con Dios; la reconciliación se

---

\* La defensa de Lutero con respecto a la añadidura de la palabra *sola* puede encontrarse en Obras de Martín Lutero, Ediciones La Aurora, Tomo VI, pp. 24-26, 30-36. Con relación al respaldo escritural del concepto de la fe *sola*, véase Efesios 2:8,9.

lleva a cabo por la fe sola. Pero, ¿significa esto que al exaltar la fe Pablo anula o rechaza de esa manera a la Ley como si fuera mala o inútil? Pablo responde: “¿De ninguna manera! Más bien, confirmamos la Ley” (“afianzamos la ley”, *New International Version* en inglés). En capítulos siguientes, especialmente el 6 y el 7, Pablo tendrá mucho más que decirnos acerca de la función apropiada de la Ley. Pero, por el momento, continúa enfatizando la prioridad de la fe. Para esto trae como primer ejemplo el caso de Abraham.

### ***Abraham como ilustración del principio de la fe***

Ya hemos visto que los destinatarios de la carta de Pablo eran un grupo mixto integrado por judíos y gentiles. Cuando el apóstol habla de “Abraham, nuestro padre” se incluye a sí mismo entre los lectores judíos y toca un punto crítico para el debate sobre la justificación, es decir, la salvación de Abraham. Consideremos en primer lugar que la salvación de Abraham y su presencia en los cielos es un hecho. Así lo asumía la opinión popular, y así lo confirman las Escrituras (por ejemplo, Juan 8:56 y Lucas 16:22). Él está en el cielo. Sencillamente la pregunta es: ¿cómo llegó allí?

El asunto resulta de importancia porque muchos judíos tenían a Abraham como ejemplo típico de un hombre que agradó a Dios por sus obras. Después de todo, este gran hombre había dejado su patria y había marchado a la tierra prometida siguiendo el llamado de Dios. Obedeció a Dios hasta el punto en que, de no habérselo impedido el Señor, hubiera sacrificado a su hijo Isaac. De él dijo el rey Josafat hablando con Dios: “tu amigo Abraham” (2 Crónicas 20:7). A los judíos les parecía que era el candidato principal para alcanzar la salvación con base en las obras y los logros personales.

**4** ¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? <sup>2</sup> Si Abraham hubiera sido justificado por las obras, tendría de qué gloriarse, pero no ante Dios, <sup>3</sup> pues ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia. <sup>4</sup> Pero al que trabaja no se

**le cuenta el salario como un regalo, sino como deuda; <sup>5</sup> pero al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.**

Pablo ha acabado de decirnos que en el asunto de disponer de la justicia que resulte válida ante Dios, todo el mundo la debe recibir mediante la gracia, como un regalo. Por lo tanto, la jactancia por los propios méritos queda excluida (3:27). Pero, ¿qué hay de esto con relación a Abraham?

Pablo comienza así: “Si Abraham hubiera sido justificado por las obras, tendría de qué gloriarse”. Pablo afirma el caso de un modo hipotético: “Si en realidad Abraham hubiera sido justificado por las obras...” Pablo no está admitiendo que Abraham haya sido justificado por las obras. Puede haber sido la opinión popular, puede haber sido el punto de vista de las personas acerca de la vida y de la conducta del patriarca, pero eso no es lo importante. ¿Cuál es el veredicto que verdaderamente cuenta ante los ojos de Dios?

Pablo nos dice que *ante Dios* Abraham no tiene nada de que enorgullecerse. ¿Cómo lo sabía el apóstol? Pues bien, lo sabía porque Dios lo ha dicho en su palabra. Las Escrituras dicen: “Creyó Abraham a Dios y [su fe] le fue contado por justicia”. Fijémonos en que Pablo considera que el Antiguo Testamento es la Palabra inspirada de Dios; por esto cita Génesis 15:6 como si el propio Dios estuviera hablando en ese momento. En su libro de Génesis, Dios dice que Abraham creyó (tuvo fe) y le fue “contado” (acreditado) por justicia.

El apóstol recurre a un ejemplo del mundo laboral para ilustrar lo que Dios quiere decir cuando habla de que él ha “contado” (o “se le tomó en cuenta”, NVI) a alguien como justificado. Si una persona está de acuerdo con su empleador para trabajar cada jornada por determinado salario, entonces su jornal al final del día es algo que el trabajador se ha ganado: “Al que trabaja no se le cuenta el salario como un regalo, sino como deuda”. Sería insultante si el empleador le dijera al trabajador que ha finalizado la labor objeto del acuerdo: “Aquí tienes, esto es un

regalo”; en ese caso, el dinero no es un regalo, sino una obligación contraída con el hombre que hizo el trabajo. Sin embargo, si la persona no trabaja, y pese a eso recibe algo al final de la jornada, lo que recibió se cuenta como un regalo.

Ahora Pablo pasa del ámbito laboral al espiritual y nos dice: “pero al que no trabaja, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”. Si una persona no ha hecho nada para ganarse la justicia, y Dios se la regala, le está acreditando justicia a esa persona. Esa fue la forma en que Dios trató con Abraham. Y éste es el término que Dios emplea en su palabra inspirada, donde dice: Y creyó y le fue “contado” por justicia. En conclusión: Abraham recibió la salvación como regalo mediante la fe, y no como recompensa por las obras.

### *David como ilustración del principio de la fe*

Para la nación judía, que eran los descendientes de Abraham, este patriarca era la primera prueba, el rey David sería la segunda. Su reinado fue en muchas maneras una época de gloria en la historia de Israel; por tanto, el testimonio de este rey respecto a los tratos de Dios con su pueblo sería de mucha importancia. Es el siguiente que Pablo cita a continuación para que entendamos cómo es que la justicia llega a los pecadores.

Dios le “acreditó” la justicia al creyente Abraham como un regalo sin que las obras entraran en consideración. Ahora Pablo añade el testimonio del rey David:

**<sup>6</sup> Por eso también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, <sup>7</sup> diciendo:**

**«Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas,  
y cuyos pecados son cubiertos.**

**<sup>8</sup> Bienaventurado el hombre a quien el Señor no culpa de pecado.»**

El texto que hemos visto está tomado del Salmo 32, donde el arrepentido rey David habla a medida que recuerda su lamentable pasado. Inicialmente terco e impenitente, David trató de quitarle importancia a su pecado e ignorarlo; pero esto no funcionó, por lo que ahora admite:

Mientras callé,  
se envejecieron mis huesos  
en mi gemir de todo el día,  
porque de día y de noche  
se agravó sobre mí tu mano;  
se volvió mi verdor  
en sequedades de verano (Salmo 32:3,4).

Quebrantado, David recurrió a lo único verdaderamente eficaz: buscar con fe al Dios que justifica a los impíos. David no tenía ningunas buenas obras que presentar, sino solamente iniquidades que debía confesar. Y esto fue lo que hizo:

Mi pecado te declaré,  
y no encubrí mi iniquidad.  
Dije: “Confesaré  
mis rebeliones a Jehová”,  
y tú perdonaste  
la maldad de mi pecado (Salmo 32:5).

Dios perdonó la culpa del pecado de David; el perdón gratuito, mediante la fe, sin la participación de obras de ningún tipo, ni ningún mérito, es precisamente el modelo del que Abraham se benefició. Este es el fundamento del clamor de júbilo y alivio de David (Salmo 32:1,2) que Pablo cita casi palabra por palabra.

Bienaventurados aquellos  
cuyas iniquidades son perdonadas,  
y cuyos pecados son cubiertos.  
Bienaventurado el hombre  
a quien el Señor no culpa de pecado.

### *La justificación aparte de la circuncisión*

Abraham y David fueron ampliamente bendecidos cuando Dios les acreditó su fe como justicia. Este modelo de salvación, por gracia mediante la fe, funcionó para ambas personas. Sin embargo, ambos eran judíos. Por lo tanto, podría surgir la cuestión de si esta justificación es algo que solamente funciona para la nación judía, o si es aplicable a las demás. Recordemos el carácter mixto de los destinatarios de esta epístola, que está dirigida a judíos y a gentiles que estaban en Roma. Por esto es especialmente para beneficio de sus lectores no judíos que Pablo hace esta pregunta:

**<sup>9</sup> ¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia.**  
**<sup>10</sup> ¿Cómo, pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión.** **<sup>11</sup> Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo cuando aún no había sido circuncidado, para que fuera padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia;** **<sup>12</sup> y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado.**

Nuevamente el caso de Abraham se convierte en una prueba muy importante de cómo Dios trata con su pueblo en cuanto a acreditarles la justicia. La pregunta es: “¿Cómo, pues, le fue contada [la justicia]?” O, para hacer la pregunta un poco más específica: ¿Fue antes o después de haber sido circuncidado? Pablo, inmediatamente responde: “No en la circuncisión, sino en la incircuncisión.”

Un vistazo a la secuencia de los hechos, tal como aparecen registrados en Génesis, comprueba lo correcto de la respuesta de

Pablo. En el capítulo 12 de Génesis se nos dice que Dios llamó a Abraham siendo éste de 75 años de edad y le prometió una tierra especial donde se iba a convertir en una gran nación que serviría de bendición a todas las familias de la tierra. De tiempo en tiempo, Dios le repitió esta promesa a Abraham. Una de las ocasiones en que se la reafirmó está registrada en el capítulo 15 del libro de Génesis. Es a esa renovación específica de la promesa que se hace alusión cuando se cita: “Abram creyó a Jehová y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6).

Tal como sabemos, humanamente hablando, Dios se tomó su tiempo para cumplir la promesa que les había hecho a Sara y Abraham de darles un hijo; eso era algo esencial para que Abraham se pudiera convertir en una gran nación. Cuando el patriarca era ya de 99 años, Dios le repitió nuevamente lo que ya antes le había prometido en un incidente que está registrado en el capítulo 17 de Génesis. En ese tiempo Dios confirmó su pacto con Abraham al instituir el rito de la circuncisión. Ese rito que Dios le ordenó debía ser cumplido por el propio Abraham y por todos los varones de su casa. Debemos tener en cuenta que la observancia de la circuncisión no fue lo que justificó a Abraham, pues tenemos el propio testimonio de Dios de que ya le había acreditado la justicia al patriarca hacía más de veinte años. De modo que la circuncisión era simplemente símbolo y señal de la justicia que ya le había sido concedida por fe, antes de que existiera el rito, mientras estaba, como Pablo nos dice, “en la incircuncisión”.

Abraham recibió la justificación antes y sin tener que haber pasado por la circuncisión, de lo que se desprende que ésta no se puede considerar como requisito para la salvación, ni como algo que obtenga algún mérito o favor ante Dios. Siendo este el caso, Pablo puede dar con toda lógica el siguiente paso. Si la circuncisión no es esencial, ya que solamente lo es la fe, entonces los creyentes gentiles, siendo incircuncisos, no están en desventaja ante un Dios que acredita la fe como justicia. Pablo explica en detalle las implicaciones de esto con la observación que hace al describirnos cómo Abraham recibió este sello de justicia estando

aún incircunciso: “Para que [Abraham] fuera padre de todos los creyentes no circuncidados [gentiles], a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia”. Dios no hace acepción de personas. Los creyentes gentiles son aceptables aun estando incircuncisos.

En consistencia con esta imparcialidad, Dios también acepta a los judíos que observan la circuncisión, siempre que no consideren la observancia del rito como algo necesario para la salvación, o que se hace para ganar méritos ante Dios. Los judíos son verdaderos hijos de Abraham si se acogen a la fe del patriarca, de quien Pablo dice que es “padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado”.

### *La justicia aparte de la Ley*

Pablo ha señalado claramente que Dios le imputó la justicia a Abraham antes de que el rito de la circuncisión fuera un requisito que el patriarca debía cumplir. Por lo tanto la circuncisión no fue algo que Abraham hizo para ganar el favor de Dios. Pero, ¿acaso hizo algo más? ¿Cumplió el patriarca con alguna obligación, o guardó alguna ley? Esto también lo descarta el apóstol.

**<sup>13</sup> La promesa de que sería heredero del mundo, fue dada a Abraham o a su descendencia no por la Ley sino por la justicia de la fe, <sup>14</sup> porque si los que son de la Ley son los herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa. <sup>15</sup> La ley produce ira; pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión.**

El hecho de que iba a ser “heredero del mundo” es simplemente la forma que Pablo utiliza para decir que Dios iba a convertir a Abraham en una gran nación a través de la que todo el mundo sería bendecido. La utilidad de emplear el término *heredero* se hace evidente cuando uno ve la manera en que Pablo usa este concepto de la vida diaria para ilustrar la verdad espiritual que nos

explica. Lo que Pablo dice es que un heredero no necesita hacer nada para que las estipulaciones de un testamento se hagan efectivas. Lo que en verdad es el factor determinante es la voluntad del testador y no las acciones del heredero. Sería una caricatura de la justicia civil si un tribunal le dijera a un heredero: “Su tío falleció y le dejó en su testamento parte de sus propiedades, pero usted va a tener que trabajar antes de que nosotros le permitamos tenerla.” En este caso, el testamento no sería de ningún valor para hacer que se cumplieran los deseos del testador que le había prometido las propiedades a su sobrino.

Lo mismo ocurrió con el pacto entre Dios y Abraham. En repetidas ocasiones Dios le había prometido hacer de él una gran nación. Si Abraham hubiera tenido que trabajar por su “herencia”, entonces su fe no habría tenido valor y la promesa de Dios no habría valido nada.

Es claro que muchos judíos pensaban que tener y guardar la Ley era esencial para poder ser el pueblo de Dios. Pablo señala que la Ley no logra ni puede lograr este objetivo, porque ella provoca más bien ira que bendición. En realidad, donde existe la Ley, se puede decir realmente que la culpa del pecador se hace mayor, porque consciente e intencionalmente traspasa un límite claramente definido. Es decir, transgrede una norma legal debidamente reconocida.

En la sección anterior (4:11,12), Pablo sacó la conclusión de que Abraham es el “padre de todos los creyentes”, ya sean circuncidados o incircuncisos. Al decir “por eso” al comienzo de la siguiente sección, Pablo llega a una conclusión similar: Ante Dios, Abraham es el padre de todos los creyentes, independientemente de la relación que pudieran tener o no con la Ley mosaica o con cualquiera otra. Sobre este asunto, el apóstol dice:

**<sup>16</sup> Por eso, la promesa es fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia, no solamente para la que es por la Ley, sino también para la que es de la fe**

**de Abraham. Él es padre de todos nosotros,<sup>17</sup> como está escrito: «Te he puesto por padre de muchas naciones.» Y lo es delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran.**

Los versículos 11 y 12 ya han anunciado lo que los versículos 16 y 17 nos confirman paralelamente al hablarnos de Abraham como padre de todos los creyentes, tanto judíos como gentiles. Sin embargo, en estos últimos, se advierte una progresión del pensamiento. El avance es que a Dios se le describe como merecedor de la confianza que la fe deposita en él. Esta confianza tiene su fundamento en que toda bendición proviene de Dios, y en que él puede, incluso, sacar vida de la muerte, algo que demostró claramente en su trato con Abraham y Sara.

**<sup>18</sup> Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia.»<sup>19</sup> Y su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara.**

**<sup>20</sup> Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios,**

**<sup>21</sup> plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.<sup>22</sup> Por eso, también su fe le fue contada por justicia.,**

Antes de volcarnos en el contenido de estos versículos debemos decir algo sobre la traducción del primero de ellos. Resulta que tal como hemos visto la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, nos dice: “El creyó en esperanza contra esperanza, *para llegar a ser* padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho.” En tanto, la Nueva Versión Internacional (en español) dice: “Contra toda esperanza, Abraham creyó y esperó, y de este modo llegó a ser padre de muchas naciones.” En ambos casos, parece como si el resultado deseado se hubiera logrado porque Abraham creyó, o creyó y esperó con

tanta firmeza e interés que resultó en méritos suficientes como para merecer el cumplimiento de la promesa. Si esto se entiende así, la paciencia y la persistencia con que Abraham mantuvo su esperanza podrían parecer buenas obras, como algo que él hizo para poder alcanzar la meta. Cualquier idea similar estaría evidentemente en conflicto con todo lo que Pablo ha explicado. Una traducción más acertada de este texto sería: “Abraham con esperanza creyó que, como se le había dicho, *se convertiría* en padre de muchas naciones”. Esta traducción no es sólo gramaticalmente sostenible, sino que concuerda con el énfasis que hace Pablo.

Dios les había prometido reiteradamente a Abraham y a Sara que ellos tendrían un hijo a través del que se iban a convertir en una gran nación. Sin embargo, el tiempo pasaba mientras Abraham y Sara esperaban que la promesa se hiciera realidad. Realmente, Dios había demorado tanto que su cumplimiento parecía haberse hecho no solamente improbable, sino físicamente imposible. Lo que Abraham esperaba con fe era realmente “contra esperanza”.

Con casi cien años de edad (para ser exactos 99, Génesis 17:1), Abraham se tuvo que enfrentar a la realidad de que en materia de procreación “estaba ya como muerto”. Sara era diez años menor que Abraham (Génesis 17:17); pero con respecto a esta situación ambos reconocían, como nos dice Pablo, “la esterilidad de la matriz de Sara”. Humanamente hablando, el cumplimiento de la promesa de que tendrían multitud de descendientes se había convertido en imposible. Sin embargo, “[Abraham] tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.”

Ya anteriormente habíamos descrito la fe salvadora como la seguridad y la confianza en las promesas de Dios. Notemos cómo esta definición se ve respaldada aquí. La fe de Abraham consistía en estar “plenamente convencido de que [Dios] era también poderoso para hacer todo lo que había prometido”. Humanamente hablando, la oportunidad de que Abraham tuviera muchos

descendientes parecía imposible, pero mientras más imposible parecía desde el punto de vista humano, más confiaba Abraham en que la promesa y el poder de Dios harían lo que había prometido. Su razonamiento era que si fuera necesario, Dios podía sacar vida de un muerto, lo que sabemos que Dios se encargó de hacer a su debido tiempo. El nacimiento de Isaac fue verdaderamente milagroso por tratarse de un niño procreado por padres “muertos”. La fe de Abraham no tomaba en cuenta las debilidades humanas, sino que con una confianza inquebrantable en el poder del Señor se mantenía dando “gloria a Dios”, “por eso, también su fe le fue contada por justicia”.

Pablo dice que Abraham es el padre de todos los creyentes (4:16), ya sean judíos o gentiles, esto los incluye a todos y a cada uno. Pero ahora el apóstol lo personaliza para sus lectores cuando explica todas las implicaciones de esta afirmación elemental.

**<sup>23</sup> Pero no sólo con respecto a él se escribió que le fue contada, <sup>24</sup> sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a los que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, <sup>25</sup> el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.**

Abraham recibió la justicia mediante la fe, pero esta bendición no quedaba restringida únicamente al patriarca. Esta misma manera de recibir la justicia y con ella la vida eterna funciona para todos los creyentes en Cristo, incluidos los lectores romanos de esta epístola “a quienes igualmente [la justificación] ha de ser contada”.

Con estas palabras Pablo no quiere decir que los romanos no estuvieran ya justificados al momento de leer esta carta, o que todavía esperaran la bendición de la justicia a través de Cristo. El empleo gramatical del tiempo futuro que acabamos de ver es simplemente una prolongación lógica de la promesa que le fue hecha a Abraham y extendida sucesivamente a todos los creyentes posteriores a los tiempos del patriarca. De modo que esta

acreditación de la justicia es y será para todos los creyentes de todos los tiempos.

La razón por la que esta justicia les puede ser acreditada está en que el objeto apropiado de la fe del creyente es Aquel “que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro”. Notemos nuevamente cómo se enfoca fuertemente el poder de Dios para dar vida a los muertos.

Cristo fue entregado por “nuestras transgresiones”, debido a que habíamos pecado y merecíamos la muerte. Sin embargo, en vez de exigir nuestra muerte, Dios envió a su Hijo Jesucristo a la tierra para que llevara la vida perfecta que nosotros no podíamos vivir y sufriera la muerte que nosotros debíamos haber sufrido. Con su vida obtuvo la justicia para nosotros y con su muerte pagó por nuestros pecados. En Cristo, Dios nos ve ahora como justos; en él hemos sido justificados.

La justificación del pecador es entonces un hecho ya cumplido y declarado por las palabras de Cristo cuando estando en la cruz exclamó: “Consumado es” (Juan 19:30). Como prueba y demostración de que había aceptado el sacrificio de la muerte de su Hijo para justificación de todos los pecadores, Dios lo resucitó de entre los muertos la mañana de la Pascua de Resurrección. Al hacerlo, Dios hizo una declaración para todo el mundo. Pablo sintetiza su afirmación de ley y evangelio en un verso claro de dos líneas:

“[Cristo] fue entregado por nuestras transgresiones,  
y resucitado para nuestra justificación”.

Podríamos hacer una paráfrasis de esta manera:

Cristo tuvo que morir porque nosotros habíamos  
pecado,  
pero fue resucitado porque ya habíamos sido  
justificados con su muerte.

A los romanos, a nosotros y a los hombres de todas las épocas, nuestro Dios Salvador nos ofrece la oportunidad de mirar

su obra redentora ya consumada y nos dice: acepta lo que he hecho por ti, y confía en esto como tu esperanza de justificación ante Dios.

### *Los efectos de la justificación*

**5** Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, <sup>2</sup> por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. <sup>3</sup> Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; <sup>4</sup> y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; <sup>5</sup> y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

“Justificados, pues, por la fe” es la frase introductora con la que Pablo nos llama de nuevo a que veamos otro vínculo importante. Esta vez es la conexión entre la justicia recibida de Dios (la justificación) y el efecto que ella produce en la vida del creyente.

Ya en varias ocasiones Pablo se ha referido a que la justificación es para *todos*; doctrina a la que frecuentemente se le llama: *justificación general*. Sin embargo, este carácter universal o general de la justificación es sólo una cara de la moneda. La contraparte necesaria de esta enseñanza de la justificación general es entender apropiadamente también la *justificación subjetiva*, es decir, la necesidad de la fe en el corazón de una persona para recibir las bendiciones que están allí objetivamente a su disposición para ella y para todos los demás en virtud de la obra que Dios ha llevado a cabo. El incrédulo que rechaza la justicia de Cristo, pierde estos beneficios que también están ciertamente a su disposición.

Pablo nos habla aquí de este primer grupo de creyentes, los que están justificados subjetivamente por la fe. A ellos les

aguardan grandes cosas en su nueva vida en Cristo. La primera bendición que Pablo menciona es *la paz*. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

Esta paz no es una simple emoción placentera en el corazón del creyente, sino que es una realidad objetiva, tiene una existencia totalmente independiente del creyente porque proviene de Dios. Dios la creó y la dio, porque es una paz que viene “por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

El pecador no puede hacer nada para crear esta paz. Veamos cómo unos versículos más adelante Pablo describe nuestra condición natural. Éramos “débiles”, “impíos” (5:6), “pecadores” (5:8) y “enemigos [de Dios]” (5:10). No podíamos hacer ningún aporte positivo, y nuestra situación era sin esperanza, pero Dios nos reconcilió con él “por la muerte de su Hijo” (5:10). Por esto es que nosotros podemos tener ahora su paz porque Dios efectuó esta reconciliación. Fijémonos nuevamente en que esta paz existe objetivamente y que está a disposición del pecador que la quiera recibir mediante la fe.

Además de este gran regalo de la paz con Dios hay otra bendición que surge a partir de la justificación del pecador: el acceso (“entrada”) a Dios. El pecador ahora está en libertad de acudir con todas y cada una de sus peticiones ante el trono de gracia de Dios. Pablo nos dice que todo esto es posible mediante nuestro vínculo con Cristo, “por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes”.

En lugar de hostilidad, miedo o ansiedad, ahora hay en la vida del creyente una paz tranquila, marcada por un acceso a Dios continuo y sin obstáculos. Pero esto es sólo el comienzo; hay mucho más: está la gloriosa esperanza del futuro. Pablo continúa: “Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. Así es que lo que ahora poseemos es sólo un pequeño anticipo del gozo indescriptible de compartir las glorias del cielo y de Dios mismo.

La consideración de este glorioso futuro hace soportables las cargas y las dificultades inevitables que se presentan en la vida de

cada cristiano. Sin embargo, estas cruces no sólo se vuelven llevaderas sino que incluso permiten que el creyente se regocije en medio de ellas, porque junto con esta esperanza sabe que Dios en su amor y su misericordia lo cuida. Hasta el propio sufrimiento puede traer bendiciones y resultados positivos en la vida del cristiano. Por esto, Pablo puede hacer la afirmación audaz de que nos regocijamos, no sólo en la esperanza de una gloria futura, “sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no nos defrauda; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”.

Varios pasajes de las Escrituras establecen una secuencia o cadena de virtudes.\* El orden en el que se enumeran las virtudes no es siempre el mismo, porque al parecer cada autor enfatiza de modo particular lo que quiere destacar. En este caso Pablo ha querido concluir mencionando *la esperanza*, que es realmente un sinónimo de *la fe* en el sentido de seguridad y de confianza.

Según la secuencia de Pablo, *la tribulación* produce “paciencia”, que capacita para resistir frente a la adversidad. Esta *paciencia* produce “entereza de carácter (NVI)”, una característica apreciable en el veterano que ha soportado y sobrevivido a los retos de las situaciones adversas. De aquí que este “entereza de carácter” conduzca a la “esperanza”, que no es otra cosa que la seguridad y la confianza.

Si depositamos la esperanza y la confianza donde no se debe, podemos terminar en el aire. Pero este no es el caso con la esperanza de la que Pablo habla, porque esta esperanza está depositada donde corresponde. La esperanza cristiana “no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”.

Esta esperanza es cierta porque Aquel en quien confía es merecedor y digno de confianza. En quien confiamos es en Dios,

---

\* Gálatas 5:22,23; Santiago 1:2-4; 1 Pedro 1:5-7.

y “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones”. La forma verbal que se emplea aquí para “derramado” deja claro que Dios ya lo había hecho antes y que su efecto continúa todavía en el momento presente. Dios envió su Espíritu Santo a nuestro corazón para llevarnos al conocimiento de su amor por nosotros. El Espíritu ha obrado en nosotros una fe que refleja la confianza en el eterno amor que Dios nos tiene.

Pero, ¿cómo puede esta esperanza estar tan segura del amor de Dios? Pablo exhorta a sus lectores pidiéndoles que consideren lo que el amor de Dios tuvo la buena voluntad de hacer, incluso bajo las circunstancias más adversas.

**<sup>6</sup> Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. <sup>7</sup> Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno. <sup>8</sup> Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.**

El verbo *amar* resulta prácticamente el único que se emplea tanto en inglés como en español para significar una amplia variedad de afectos. Así decimos: amamos a Dios, amamos a nuestro cónyuge, amamos a nuestra familia y amigos, amamos a los animales.

Por su parte, el idioma griego dispone de varios verbos para diferenciar, al menos parcialmente, los distintos grados y matices del afecto y del apego. Es importante darse cuenta de que la palabra que se usa en los versículos que acabamos de ver para referirse al amor de Dios es *ágape*, un término que expresa un amor unilateral, es decir, no recíproco, un amor que proviene enteramente de Dios. La humanidad rebelde no tenía las cualidades para congraciarse que conmovieran a Dios o que influyeran en él. No era como la amistad humana, en la que ambas partes aportan cualidades que hacen que se desarrolle un afecto mutuo. Esto no es así en el caso que Pablo nos describe, porque aquí todo lo bueno de la relación proviene de Dios.

Notemos primeramente la secuencia de los hechos. El apóstol dice: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.” Y al escribirles a los Gálatas dijo: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley” (4:4). Cristo vino cumpliendo el horario de Dios, y no porque así lo escogiera ni lo planeara algún ser humano.

Fijémonos además que Cristo vino cuando “éramos débiles”. Incluso si hubiéramos deseado que Cristo viniera, y sabemos que no fue así, nosotros no habríamos podido hacer nada al respecto. Pero, la peor situación era que, por naturaleza, no queríamos tener nada que ver con Dios ni con su Salvador porque éramos “impíos”. Sin embargo, por gente tan impía como somos nosotros, el Padre envió a su Hijo para que muriera a favor nuestro. Este es ese amor en un solo sentido del que difícilmente se puede encontrar una mínima aproximación en la experiencia humana. Notemos que en sus palabras el apóstol emplea un adverbio, “apenas”, y una frase adverbial, “con todo”, cuando escribe: “Ciertamente apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno”. Este versículo se ha interpretado de varias maneras. En la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se establece una diferencia entre hombre *justo* y hombre *bueno*.

El asunto es que aun si una persona tiene toda clase de razones de orden lógico y legal para esperar ayuda y apoyo de otros, sólo muy raramente ocurrirá que alguien se preste a morir por él. Por el hombre *de bien*, es decir, un hombre cuya posición de prestigio o poder hable fuertemente a favor de que se le deba librar de la muerte por causa del interés común, es posible que alguien “tuviera el valor de morir”. Sin embargo, en ambos casos, el mensaje es igualmente claro: si la ayuda consiste en que alguien muera en lugar de otro, no es humanamente razonable esperar que alguien se ofrezca a hacerlo.

Otros intérpretes se basan en la posibilidad lingüística de sustituir *hombre* por “causa”, especialmente en el segundo ejemplo. Con esto, el versículo nos diría que muy raramente alguien se presentaría a morir por una *persona* justa, sino que por

una buena *causa* “tuviera [alguien] el valor de morir”. Esto trae a la mente anécdotas como la del soldado que se lanza sobre una granada activada para proteger con su cuerpo a los integrantes de su escuadrón. Nuevamente, esto es algo que podría suceder pero con lo que ¡no se puede contar!

Cualquiera que sea la interpretación que uno escoja, esto no cambia lo esencial: por lo general, el amor humano no llega al punto de que alguien muera por su prójimo. Lo que no sucede entre los hombres, lo hizo Dios. “Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”

¿Quiere usted saber si Dios lo ama? Sólo tiene que mirar lo que él ha tenido la buena voluntad de hacer por nosotros. Cuando éramos no sólo “débiles” sino pecadores “impíos” activamente opuestos a él, Cristo murió por usted y por todos. Este amor que es desinteresado, que actúa sin esperar reciprocidad para manifestarse, es el amor de Dios. Por esto Pablo puede decir que Dios es un Dios que “justifica al impío” (4:5).

La justificación es una realidad presente que no solamente nos proporciona las inapreciables bendiciones de la paz, el gozo y la esperanza aún en medio del sufrimiento, sino que sus efectos se extienden al futuro.

**<sup>9</sup> Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira, <sup>10</sup> porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida., <sup>11</sup> Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.**

Mediante el uso de una forma verbal en futuro (“justificados en su sangre, por él *seremos salvos*”), Pablo deja bien claro que se está proyectando al porvenir. El amor de Dios derramado en nuestro corazón nos da una esperanza segura para el día del final y eterno juicio de Dios. Pablo respalda esta confianza con un

argumento que va de lo mayor a lo menor. La lógica es que si Dios hizo algo difícil, es seguro que hará también lo fácil. Prestemos atención a dos aspectos de índole negativa en la primera parte del versículo 10 y que constituyen dificultades que habría que resolver. De un lado, éramos *enemigos* de Dios; y del otro su Hijo colgó *muerto* en la cruz. Pero el poder misericordioso de Dios afrontó y solucionó exitosamente ambos obstáculos, ya que nos ha *reconciliado* con él y Cristo volvió a tener *vida*. De modo que Pablo razona: “Porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.” Por tanto, como amigos reconciliados con Dios, y con un Salvador viviente, tenemos todas las razones para esperar confiados el día del juicio.

Sin embargo, Pablo es una persona muy práctica y está preocupado por los problemas reales que apremian a sus lectores en la vida diaria. Por esto vuelve una vez más a las preocupaciones del presente. Les dice que la esperanza cristiana no es un castillo en el aire inalcanzable en el futuro, como algunos suponen, sino que, incluso ahora, proporciona reconciliación y vida. El apóstol les asegura: “Y no sólo esto [la esperanza del futuro], sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.”

***Resumen:***

***La injusticia del hombre trajo la muerte;  
la justicia de Dios nos trae la vida***

Para poder seguir la cadena de razonamientos que Pablo desarrolla aquí, resulta útil dar una mirada a la estructura de los versículos 12 a 21. La característica predominante en toda esta sección es una comparación mayor que Pablo establece al emplear la expresión comparativa “por tanto, como... de la misma manera”. Lo que resulta complicado es que la comparación que comienza con las palabras “por tanto, como” en el versículo 12 queda interrumpida, como veremos más adelante, y no se reanuda

ni completa hasta el versículo 18.\* Al llegar a ese versículo, nos resulta evidente que lo que Pablo pensaba en el versículo 12 era una afirmación como ésta: así como la desobediencia de Adán trajo el pecado y la muerte a toda la humanidad, de la misma manera la obediencia de Cristo trae la justificación y la vida a todo el género humano.

Intercalados entre los versículos 12 y 18, encontramos dos pausas que, a manera de paréntesis, abarcan los versículos del 13 al 14, y del 15 al 17. En la primera, versículos 13 y 14, el apóstol establece una semejanza o paralelo entre lo que hicieron Adán y Cristo; en la segunda, versículos 15 a 17, muestra el gran contraste entre las acciones de los dos, con el misericordioso regalo de Cristo que eclipsa y compensa el daño que el primer hombre le ocasionó al género humano.

**<sup>12</sup> Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. <sup>13</sup> Antes de la Ley ya había pecado en el mundo; pero donde no hay Ley, no se inculpa de pecado. <sup>14</sup> No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.**

Pablo dice que a través del pecado de un hombre (Adán) entró el pecado en el mundo. “Por cuanto todos pecaron”, la muerte que es la paga del pecado fue lo que siguió. Es precisamente a partir de este punto que Pablo se aparta momentáneamente del tema para ocuparse de la objeción que prevé. Alguien le podría decir: ¿Es que acaso todo el mundo realmente pecó tal como lo hizo Adán? ¿Qué hay de los que vivieron “desde Adán hasta Moisés”? En ese período no existía la Ley mosaica que fue dada en el monte Sinaí. ¿Es que acaso no habría una diferencia entre Adán, que había recibido un

---

\* Vea la nota en la Nueva Versión Internacional.

mandamiento específico de parte de Dios mismo, y los que vinieron después? ¿Puede alguien decir que “todos pecaron”? Pablo responde afirmativamente: “Antes de la Ley ya había pecado en el mundo”.

Y a esta afirmación el apóstol añade: “Pero donde no hay Ley, no se inculpa de pecado”. Es ciertamente difícil guardar un registro cuando no hay leyes específicas que midan la desobediencia de las personas. Recordemos una evaluación similar que hace Pablo en 4:15 donde dice: “Donde no hay Ley, tampoco hay transgresión”. Pero, independientemente de las infracciones individuales de reglas específicas, algo había entrado en acción en el mundo después de la caída. Ese algo es lo que se ha llamado el pecado original o heredado. Con su pecado, Adán les transmitió la condición pecaminosa a todos, de manera que todos nacen en un estado pecaminoso. El rey David se sintió en la necesidad de confesar: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5).\*

Es cierto que antes de que se diera la Ley mosaica el registro de los pecados individuales debió ser diferente, pero aun así todos eran pecadores. Podemos estar seguros de esto, razona Pablo, porque todos sufrieron la muerte, que es el castigo por el pecado. “No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aún en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.”

Lo que Adán hizo causó efectos sobre todos; y es, en este sentido, que él constituye un modelo o tipo del que “había de venir”, es decir, del Mesías prometido, el Cristo. Pablo está ahora a punto de reanudar su comparación original: “Así como lo que hizo Adán afectó a todos...” Pero antes de completar su afirmación con la semejanza entre Adán y Cristo, Pablo afirma primero que hay también algunas diferencias fundamentales entre los dos.

---

\* Vea también Génesis 8:21; Juan 3:6.

**<sup>15</sup> Pero el don no fue como la transgresión, porque si por la transgresión de aquel uno muchos murieron, la gracia y el don de Dios abundaron para muchos por la gracia de un solo hombre, Jesucristo. <sup>16</sup> Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó, porque, ciertamente, el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. <sup>17</sup> Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.**

El “don” que Cristo nos hace no es como la “transgresión” que Adán cometió; el regalo de Cristo excede en magnitud y en calidad a cualquier cosa que Adán pudiera haber hecho y que repercutiera sobre nosotros. Pablo nos habla de esto en las tres oraciones siguientes, que contienen básicamente el mismo mensaje. La repetición sirve para subrayar la diferencia que quiere destacar. Sin embargo, en las oraciones podemos notar características diferentes. Él dice: “Porque si por la transgresión de aquel uno muchos murieron, la gracia y el don de Dios abundaron para muchos por la gracia de un solo hombre, Jesucristo”. En el griego original, resulta evidente que en esta sección Pablo acumula varios términos para *don* y *gracia* a fin de destacar la generosidad de Dios. Es de notar en estas oraciones el empleo de la expresión “mucho más” que permite enfatizar la superioridad de los dones de Cristo.

Este pasaje resulta apropiado para ayudarnos a tomar conciencia del uso que les da Pablo a los términos *muchos* y *todos*. El primero significa simplemente que se trata de un grupo grande, que puede o no abarcar a *todos*, siendo el contexto lo que determina el alcance de cuántos son los incluidos bajo la expresión *muchos*. Pero cuando Pablo emplea la palabra *todos* nos informa que se incluye a la totalidad de un determinado grupo, que no tiene que ser necesariamente grande. Un ejemplo nos permitirá comprenderlo mejor: si decimos que “todas las personas de 90

años de nuestra congregación ya no salen de su casa”, es muy probable que este total sea numéricamente pequeño.

De los dos términos, el más difícil de entender es el uso que hace Pablo de *muchos* (un grupo grande). La cuestión esencial que debemos tener en cuenta es que el empleo de *muchos* no descarta la posibilidad de que esos “muchos” puedan ser realmente el cien por ciento de los que habla. Un ejemplo de esto lo tenemos cuando Pablo nos dice: “Si por la transgresión de aquel uno muchos murieron...” Con las raras excepciones de Enoc y de Elías, el índice de mortalidad de los humanos es del cien por ciento. De modo que al decirnos “muchos murieron”, el apóstol obviamente nos dice que *todos* (la totalidad), resultaron muertos.

El significado de esto se hace evidente de inmediato cuando Pablo afirma que los muchos que murieron (es decir, todos) son los mismos “muchos” para quienes sobreabunda la gracia de Dios y el don de Cristo. Y en la oración siguiente, nos dará a conocer que este don universal, que es para todos, no es otra cosa que la justificación.

El apóstol prosigue diciéndonos: “Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó, porque, ciertamente, el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación.” Adán y Cristo comparten una similitud porque afectaron a toda la humanidad con lo que hicieron. Sin embargo, la obra de Cristo es mucho mayor y superior. El legado de Adán emanó de un pecado cometido en el jardín del Edén; lo que Cristo hizo invierte el efecto de miles de pecados. Israel amontonó pecado sobre pecado en su desobediencia a la Ley mosaica; añadamos a esto las transgresiones de los gentiles contra el conocimiento natural de Dios escrito en su corazón y esto sumaría toneladas de faltas acumuladas a lo largo de la historia del mundo. *Un solo* pecado de Adán trajo *condenación* para todos, pero el don de Cristo, después de *muchas transgresiones*, resultó en *la justificación* para el mismo grupo.

Ahora Pablo añade una tercera oración: “Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.”

La comparación, o más bien el contraste, entre Adán y Cristo alcanza su punto culminante al tratarse el punto fundamental, es decir, el asunto de si será la vida o la muerte la que “reinará” sobre los seres humanos. La paga del pecado es la muerte, y por el pecado de un hombre, como dice Pablo, “reinó la muerte”. Pero esta situación es reversible; la muerte puede ser destronada por el don de Dios. Y aunque lo que hizo Adán resultó en la grave consecuencia de ponernos bajo el control de la muerte, la gracia de Dios en Cristo hace que no todo esté perdido. Por esto el apóstol exclama: “Mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”.

En el versículo 15 Pablo nos habló de la justificación universal que Cristo obtuvo para todos por medio de su muerte. Resulta importante notar cómo cambia aquí el alcance de lo que dice Pablo, pues no nos dice que la vida reinará en todos; lo que sería enseñar la doctrina anti-bíblica del universalismo. Pablo afirma claramente que el reino de la vida llega mediante “uno solo, Jesucristo”. Los que creen en él son “los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”. La salvación está disponible para todos, pero solamente la reciben de manera efectiva los que creen en el Salvador. La severa advertencia de Cristo en Marcos 16:16 se mantiene vigente: “El que no crea, será condenado”.

Tras tratar este tema del reino de la vida o de la muerte como alternativas para el pecador, Pablo regresa al asunto que le sirvió en primer lugar como introducción a toda esta sección. Así que al llegar a este punto completa la comparación que quedó interrumpida después del versículo 12.

**<sup>18</sup> Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que**

**produce vida. <sup>19</sup> Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos.**

En estas dos oraciones vemos por qué Pablo ha puesto tanto énfasis en los efectos transmitidos por el pecado de Adán, porque lo que hizo tuvo efecto en todo el mundo. Desde antes el apóstol ha destacado que cuando aún no existía Ley mosaica que violar y por lo tanto no podía incurrirse personal e individualmente en culpa por pecar voluntariamente, ya todos habían experimentado la muerte porque todos habían sido contaminados por el pecado que heredaron de Adán. La culpa del primer hombre se transmitió de él a los demás. Podríamos decir que la culpa de Adán fue imputada, o cargada, a la cuenta de sus descendientes.

La comparación de Pablo establece este punto importante: así como la transgresión de parte de Adán trajo la condenación para todos, de igual forma hay una contraparte bienaventurada. Mediante un proceso similar la conducta justa de un hombre, Cristo, llegó a ser acreditada al mismo mundo de pecadores que había sido infectado por el pecado del primer hombre, Adán. En virtud de lo que Cristo ha hecho por ellos, Dios los mira ahora como santos y sin culpa.

Los pecadores del mundo no han hecho nada para producir este cambio, no se han transformado a sí mismos para hacerse santos. Lo que ha sucedido es que, en Cristo, Dios los mira como si fueran santos. Los declara justos; es decir, los justifica, y por tanto aparecen ante él cambiados a un nuevo estatus.

Cuando Pablo dice que este es un proceso que trae “la justificación que produce vida” a todos los hombres, tenemos que tomar sus palabras al pie de la letra. Lo que Cristo hizo por los pecadores trae verdaderamente la vida, pero esta bendición debe ser aceptada por la fe. La salvación y la vida están al alcance de todos, pero la falta de fe las rechaza y pierde así las bendiciones que Dios ha provisto en su infinita misericordia.

Pablo continúa diciendo: “Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos.” Esta oración es prácticamente una repetición de la anterior con sólo unas pocas variaciones, entre ellas que “muchos” reemplaza al “todos” de la oración anterior, pero como habíamos dicho anteriormente, *muchos* simplemente significa que se trata de un grupo grande. Esto no contradice la información contenida en el versículo anterior, sino que simplemente afirma que en realidad este grupo grande incluye a todo el mundo.

En referencia a la totalidad del grupo, Pablo dice que “muchos serán constituidos justos”. Esta última expresión no significa que se conviertan verdaderamente en santos y sin pecado, sino más bien, que sus faltas han sido pagadas por Cristo, de modo que Dios ahora los puede mirar como si fueran sin pecado. El hecho de que el Creador los vea así refleja el cambio y la nueva situación con que aparecen ante él.

Es de notar que el versículo 18 introdujo esta sección con la conjunción “*así que*”, para indicar que cuando Pablo habla de que “muchos serán constituidos justos”, no se refiere al futuro, sino más bien a la *consecuencia lógica* de la obra de Cristo. Esta consecuencia, o vinculación, es en realidad el asunto que Pablo enseña e ilustra en la comparación que establece. De la misma forma en que lo hecho por Adán afectó a todos, de igual manera lógica se desprende que se puede esperar un efecto o consecuencia similar de lo que Cristo llevó a cabo. Esta consecuencia es que todos los pecadores “serán constituidos justos” a los ojos de Dios.

Es de notar a lo largo de toda esta sección el empleo frecuente de términos como “más” (5:17), “abundaron” (5:15), “abundancia” (5:17) y similares. Todos ellos son expresiones que destacan la gracia y la generosidad de Dios, nuestro Salvador. Por este motivo, no sorprende que, una vez más, la epístola establezca otra comparación empleando las palabras, “así como... así también...”, para demostrar que las bendiciones que nos trajo la obediencia de Cristo son mayores y más abundantes que el daño causado por la

desobediencia del hombre. Al proseguir, Pablo incluye no solamente los pecados de Adán, el hombre original, sino también la culpa de cada uno de los que desde el principio han ido contra la santa voluntad de Dios, como se expresa en su Ley. Con la suma de los pecados “de hecho” a los pecados “heredados”, la culpa acumulada alcanza una magnitud aterradora. Pero ni siquiera eso constituye un problema insuperable para la misericordia de Dios. Cuando el pecado del hombre aumentó, la gracia de Dios simplemente aumentó mucho más aún. El apóstol describe este fenómeno sorprendente con las siguientes palabras:

**<sup>20</sup> La Ley, pues, se introdujo para que el pecado abundara; pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia, <sup>21</sup> porque así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reinará por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.**

¡Así son de inmensos el amor y la gracia de Dios, nuestro Salvador! ¡Tan abundante es su misericordia para los pecadores caídos y merecedores de la muerte! Donde antes había reinado la muerte, ahí reina ahora la gracia, para traernos vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor. Como creyentes en Cristo y beneficiarios de su gracia, en este punto haríamos bien en prorrumpir en una doxología de alabanza como Pablo lo hace más adelante:

¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!

¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!,

porque ¿quién entendió la mente del Señor?

¿o quién fue su consejero?

¿Quién le dio a él primero,

para que le fuera recompensado?

Porque de él, y por él y para él son todas las cosas.

A él sea la gloria por los siglos. Amén.

(Romanos 11:33-36)

## LA JUSTICIA EN LA VIDA CRISTIANA: LA SANTIFICACIÓN (6:1—8:39)

---

El apóstol comienza el capítulo 6 de su carta ocupándose de un nuevo tema; pero antes de que pasemos a considerarlo resulta útil que volvamos sobre nuestros pasos para ver hasta dónde nos ha llevado la epístola de Pablo. Podemos revisar los dos puntos fundamentales que se han tratado hasta ahora de manera bastante fácil con base en las dos comparaciones fundamentales recién concluidas entre Adán y Cristo (5:12-21).

Lo que hizo Adán le trajo el pecado y la muerte a todo el mundo; ninguno de sus descendientes tiene, en su estado natural, ninguna justicia válida para presentarse delante de Dios. Recordemos al respecto la conclusión a que nos lleva Pablo en la parte más extensa de la primera sección de su carta (1:18-3:20). Judíos y gentiles han pecado por igual y, por lo tanto, todos se ven privados de la aprobación de Dios. No importa si la falta de justicia en que se incurrió deriva de la burda inmoralidad de los gentiles (1:18-32), de los moralistas que confían en sus propios méritos (2:1-16) o de la doble moral de los judíos, quienes vanagloriándose de tener la ley de Dios no la guardaban (2:17-29). A fin de cuentas, todos muestran los efectos del pecado de Adán; todos estaban sin justicia y carentes de la aprobación de Dios.

Pero, así como el acto de Adán tuvo el efecto de que la humanidad perdiera el estado de justicia, la acción de Cristo tuvo el efecto de recuperar la justicia para el mundo pecador (3:21—5:11). Cristo vino a la tierra a llevar la vida perfecta que los pecadores no podían vivir, y a sufrir la muerte que los pecadores debían haber sufrido por sus propios pecados. Por medio de la obra de este sustituto, ahora hay una justicia proveniente de Dios. Es por medio de la fe que los pecadores se pueden revestir de esta justicia.

Todos los creyentes en Cristo reciben esto que Lutero llamó “justicia ajena”. Es una justicia que les llega desde fuera y que les es acreditada sin ningún cambio interior ni mejoría moral de parte de quienes la reciben. Es Dios quien declara justo al creyente, de aquí que todo esto le llegue al creyente por gracia y únicamente como un regalo de Dios.

Vale la pena repetir que todas estas cosas le llegan al creyente sin que éste haya cambiado ni mejorado. Sin embargo, después de convertirse por fe en un hijo de Dios y de haber recibido el don pleno y gratuito de la salvación, su vida experimenta un cambio marcado, una transformación fundamental. Esa revolución en la vida del creyente lo lleva a ajustarse cada vez más a la voluntad de Dios. A esta nueva vida en la fe con frecuencia se le llama *santificación*, y es ella la que se convierte en el foco de atención de Pablo en los próximos tres capítulos de su epístola.

Ya desde que Pablo inicia su exposición, resulta evidente que la energía impulsora de los continuados esfuerzos del creyente por seguir la voluntad de Dios es la misma que lo llevó primero a la nueva vida cristiana. Esta fuerza poderosa es la muerte y resurrección de Cristo, que lo liberan de su antigua vida de desobediencia y lo capacitan para una nueva vida de obediencia a Dios. Pablo tratará las tres diferentes etapas de esta recién encontrada libertad que, aunque distintas, comparten cierta simultaneidad. Estas etapas son:

Libertad de las garras del pecado (capítulo 6);

Libertad del dominio de la Ley (capítulo 7);

Libertad del temor a la muerte (capítulo 8).

### *Libertad de las garras del pecado*

**6** ¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? <sup>2</sup> ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? <sup>3</sup> ¡O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su

**muerte?, <sup>4</sup> porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.**

Pablo ha hecho la sorprendente afirmación de que donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia (5:20). Pablo se adelanta a quienes, empleando una lógica perversa, podrían razonar: si éste es el caso, entonces ¿por qué no seguir pecando para que la gracia aumente todavía más? Pablo descarta este pensamiento con una respuesta tajante y en términos perfectamente claros: “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”

¿Cómo morimos al pecado? Pablo responde a esta pregunta con otra, cuya respuesta es muy evidente: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” Notemos aquí que Pablo asume la consideración fundamental de que el bautismo es un medio de gracia con capacidad para efectuar o llevar a cabo aquello para lo que fue instituido. Lo que el bautismo hace es poner a la persona bautizada en contacto con Cristo; o para ser más específico, hacer al bautizado partícipe de la muerte y sepultura de Cristo. “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo”. Esta estrecha conexión con Cristo a través del bautismo será un tema que se repite a lo largo de toda esta sección. En realidad la frase preposicional “con él” ocurre cuatro veces en los versículos del 4 al 8.

La segunda consideración fundamental que hace Pablo es que el estar vinculados “con él [Cristo]” produce un cambio. Mediante el bautismo, fuimos sepultados *con él* para muerte “a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”. Recordemos que la muerte y la resurrección de Cristo fueron las bases de la justicia que el Padre nos acreditó para hacernos hijos suyos, aptos para su reino.

Pero las consecuencias de esta muerte y de esta resurrección van aún más lejos, pues ellas son el poder que capacita a los hijos de Dios a llevar una nueva vida de fe. En ella, ya el creyente no está en rebelión contra los mandatos divinos persistiendo en el pecado, sino que resulta capacitado para hacer lo que es grato a Dios mediante la obediencia fiel a su voluntad.

Pablo continúa:

**<sup>5</sup> Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; <sup>6</sup> sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, <sup>7</sup> porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado.**

Cuando Pablo dice: “Si fuimos plantados juntamente con él...”, usa una oración condicional, pero el contexto deja claro que el contenido de esta oración no es de ninguna manera hipotético ni incierto. Es por esto que la misma oración se podría traducir como: “*Ya que* fuimos plantados juntamente con él...”\*

El énfasis general de esta sección, nuestra unión con *Cristo* en su muerte, es similar al de la anterior. Pero avanzando algo más en el desarrollo de este concepto, Pablo se vuelve más explícito al decirnos *qué* murió en nosotros y *cómo* murió. Lo nuestro que murió con Cristo a través del bautismo era “nuestro viejo hombre” que resultó “crucificado”.

La crucifixión era una forma horrenda de ejecución que estaba reservada para los peores criminales. Ese tipo de muerte resulta apropiada para “el criminal” en que cada uno de nosotros se convirtió al seguir la inclinación de Adán y Eva, nuestros primeros padres. Nuestro antiguo yo o nuestro “viejo Adán”, como se le llama con frecuencia, es la naturaleza pervertida con que nacemos y que siempre se inclina hacia el mal. Dios condenó esta condición pecadora del hombre cuando después del diluvio

---

\* Vea la Reina Valera Actualizada.

prometió que: “No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre, porque *el corazón del hombre inclina al mal desde su juventud*” (Génesis 8:21). Aquí, en su carta a los romanos, Pablo habla de esta naturaleza humana pecadora como “el cuerpo del pecado” que debía ser “reducido a la impotencia, a fin de que no sirvamos más al pecado”.

El versículo 7 nos da las razones en que Pablo fundamenta la afirmación anterior. Los traductores de la *New International Version* (en inglés) emplean un guión para aislar este versículo presentándolo como si se tratara de una observación entre paréntesis que dice: “porque cualquiera que ha muerto ha sido liberado del pecado” (vea también Dios Habla Hoy). Es una afirmación general que es verdad de cualquier persona fallecida. La muerte le pone fin a cualquier respuesta humana a los estímulos del exterior; en consecuencia, es cierto que una persona muerta ya no puede pecar más.

Pero tanto la Nueva Versión Internacional en español, como la Reina-Valera, Revisión de 1995, dan una traducción alternativa basada en el hecho de que el pronombre indefinido griego equivalente a *cualquiera* no se usa aquí. El original dice simplemente “*el que* ha muerto”. De modo que no estamos necesariamente frente a una generalización que se refiera a cualquiera que haya fallecido, sino que se puede referir a una persona específica, y esta persona es Cristo.

La muerte de Cristo centraliza la atención de toda esta sección donde aparece como la razón que capacita al cristiano para la nueva vida. Es esencial que el creyente se apropie de la muerte de Cristo mediante el bautismo para el cambio que debe ocurrir si es que va a llevar una nueva vida como hijo de Dios.

Además, a Pablo no le resulta ni nuevo ni extraño el concepto de que Cristo resultó liberado del pecado mediante la muerte, pues ya dijo prácticamente lo mismo en 4:25. Allí el apóstol nos dice que el Salvador tuvo que morir porque nosotros habíamos pecado, pero que pudo resucitar porque con su muerte había pagado plenamente por nuestras faltas, y ahora ya estamos justificados.

Cristo ha acabado con el pecado de una vez por todas. Si tenemos en cuenta que en el versículo 7 ha quedado establecido que fue la muerte de Cristo la que nos trajo la liberación del pecado (*nuestro* pecado), entonces podemos apreciar el cuidado con el que Pablo nos conduce al siguiente razonamiento.

**<sup>8</sup>Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, <sup>9</sup> y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. <sup>10</sup>En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas;, pero en cuanto vive, para Dios vive.**

Si alguien cae en un sueño profundo y está totalmente ajeno a lo que sucede, podemos decir que “está muerto para el mundo”. Estar muerto con respecto a algo, significa que eso no nos causa ninguna impresión y que no influye sobre nosotros ni nos controla. Esta es la situación entre Cristo y el pecado.

Nuestro Salvador murió por el pecado; ya se hizo el pago por el pecado y ahora el pecador ya ha sido justificado. Al derrotar al pecado, la paga del pecado, que es la muerte, ha sido igualmente derrotada (1 Corintios 15:55-57). La muerte ya no tiene ningún poder sobre Cristo; él vive ahora y por siempre una existencia gloriosa, de santidad y gozo “para Dios”. Éste es el tipo de vida que Pablo tiene en mente para el cristiano cuando dice: “Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él”.

Nuevamente Pablo nos vuelve a decir: “Y *si* morimos con Cristo...”, de manera que todo lo contenido en la oración condicional de 6:5 también se aplica aquí. En la mente de Pablo no hay dudas de que a través del bautismo nos unimos a Cristo en su muerte. Ya que (“si”) esto es así, también tomamos parte en su resurrección y por lo tanto nos unimos a él en una nueva vida. Esta es ya la tercera ocasión en que Pablo se refiere a nuestro vínculo con Cristo en su muerte (5:5, 6,8); pero esta vez el énfasis no es sólo en la muerte del Salvador, sino también especialmente en su vida y en la perspectiva de que participemos de la vida santa que ahora Cristo lleva para Dios.

Comenzando con la expresión “así también”, Pablo nos llevará ahora al tema de llevar una vida para Dios. La vida de Cristo se debe reflejar en la nueva vida de fe y gratitud para con el Señor que debe llevar el cristiano.

**<sup>11</sup> Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.**

**<sup>12</sup> No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; <sup>13</sup> ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. <sup>14</sup> El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia.**

Después de llamar la atención a la resurrección de Cristo de entre los muertos y su subsecuente vida, vivida para Dios, Pablo les aplica esta verdad a los creyentes. Aquí es importante que capturemos la secuencia de los acontecimientos: Cristo marchó adelante, murió y fue resucitado a una nueva vida que ahora vive para Dios. El cristiano ha sido unido con Cristo en su muerte mediante el bautismo, y con él también ha vuelto a la vida. Fijémonos en las formas verbales en voz pasiva: el cristiano *ha sido unido* a Cristo, y *ha sido resucitado* con Cristo. Se le ha dado nueva vida. Ya se hizo todo lo necesario para que el cristiano tenga una nueva vida.

Por todo lo anterior, Pablo ahora guía al cristiano a responder de una manera agradecida por todo lo que se ha hecho a favor de él. Lo que Cristo ha hecho *por* él y sigue haciendo *en* él, ahora lo capacita a responder con una vida de obediencia alegre a Dios.

Cuando existe esta nueva vida en el cristiano, se hace posible y apropiado dar dirección al “nuevo hombre”. Es por esto que Pablo usa imperativos para dar guía y dirección al “nuevo hombre” del cristiano. Aunque usa varios imperativos, básicamente se agrupan en tres pares.

Primeramente Pablo se dirige a la nueva actitud o percepción que el cristiano tiene de sí mismo. Él dice: “Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”. En virtud de este vínculo con Cristo, que murió al pecado de una vez por todas, los cristianos ahora se pueden contar como “muertos al pecado”. Pero con Cristo, que resucitó de entre los muertos, así el cristiano también puede considerarse a sí mismo como “vivo para Dios”.

Esta perspectiva o actitud mental impulsa al cristiano a una vida de acción. Al mismo tiempo, un segundo par de imperativos lo alientan a no permitirse acciones negativas: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad...” Resistirse al pecado es una actividad constante del cristiano. Contrariamente a lo que algunos enseñan, el pecado y la tentación de pecar no abandonan al cristiano en toda su vida. Pablo mismo se lamenta de esta situación en su propia existencia (Romanos 7:18,19), y nosotros ni siquiera nos debemos atrever a pensar que nos vamos a librar de ella (1 Pedro 5:8).

Sin embargo, el negarse a que “reine... el pecado” en nuestra vida, y el no ofrecerle nuestro cuerpo como instrumentos de iniquidad es solamente parte de la vida cristiana. El tercer par de mandatos de Pablo está encaminado a alentar la acción positiva de ponernos al servicio de Dios. En vez de sucumbir al pecado, Pablo dice: “Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”.

Cuando Pablo habla de presentar “vuestros miembros” parece que usa la analogía de un hijo de Dios que llevaba la ofrenda del sacrificio de un animal al altar del Señor en tiempos del Antiguo Testamento. Es claro que a lo que Pablo se refiere es al empleo que les damos a nuestras manos, pies, oídos y otros órganos. En los capítulos 12 al 14, el apóstol nos dará algunos ejemplos

prácticos de cómo los cristianos se pueden ofrecer a Dios en una vida diaria de amor y de servicio a los demás.

Ya hemos subrayado la importancia que tiene la sucesión de los acontecimientos para entender apropiadamente la exhortación de Pablo a que llevemos una vida cristiana. Los que no se han convertido no se pueden considerar como muertos al pecado ni pueden hacer buenas acciones que le agraden a Dios. Esto puede suceder únicamente *después* que la obra redentora de Cristo ha sido aceptada por medio de la fe, dando así lugar a la nueva vida que Pablo nos llama a vivir. El dar a alguien un mandamiento, es decir, aplicar la Ley, nunca producirá los resultados gratos que le agradan a Dios y que Pablo nos apremia a hacer. El propio apóstol nos lo indica al decir: Porque “el pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia.” Las buenas obras no pueden ser el resultado de mandamientos ni de exigencias. Solamente el aprecio por lo que Dios ha hecho en su gracia por nosotros puede crear la motivación apropiada. Cuando existe este aprecio, se evidenciará invariablemente en nuestra vida con el surgimiento y el desarrollo de buenas obras que son, por su naturaleza, verdaderamente agradables a Dios.

**<sup>15</sup> ¿Qué, pues? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera! <sup>16</sup> ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerlo, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte o sea de la obediencia para justicia? <sup>17</sup> Pero gracias a Dios que, aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina que os transmitieron; <sup>18</sup> y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.**

El apóstol ha hecho la sorprendente afirmación de que el pecado no debe ser el amo de sus lectores romanos y da como razón que ya no están bajo la Ley, sino bajo la gracia. Hay que reconocer que este enfoque es un desafío a la sabiduría convencional. Por lo regular, la gente piensa que las leyes y las

regulaciones son una necesidad para mantener el orden, y que de otro modo habría un caos y una anarquía totales.

Lo anterior resulta indiscutiblemente cierto cuando se trata de mundanos no regenerados; pero Pablo les habla a cristianos que han llegado a conocer a su Salvador y que han recibido una nueva vida espiritual mediante la fe en él. Las acciones de su nueva vida serán motivadas por el aprecio hacia lo que la gracia de Dios ha hecho a su favor, y no por el temor al castigo por haber quebrantado la Ley.

Sin embargo, Pablo prevé que esta explicación no será satisfactoria para todos y espera una objeción por el estilo de la que se expresó anteriormente. Recordemos que, cuando dijo que donde el pecado abundó sobreabundó la gracia (5:20), surgió la pregunta: ¿entonces, por qué no seguir pecando?

Una lógica similar se aplica a esta situación y algunos razonarían que, si no están bajo la Ley y si no existen restricciones, entonces ¿por qué no seguir pecando? De nuevo Pablo replica: “¡De ninguna manera!” Hacerlo sería pura tontería que los convertiría en esclavos del pecado.

Es útil que recordemos una enseñanza fundamental de Jesucristo con respecto al tema de la adhesión a un señor. Recordemos ante todo lo que Cristo nos dice: cada cual tiene un señor; la neutralidad es imposible. “El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12:30). Fijémonos también en que nadie puede tener dos señores, “porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro” (Mateo 6:24).

Aquí Pablo actúa con el mismo principio de adhesión a un señor cuando dice: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte o sea de la obediencia para justicia?”

No hay nadie sin señor, ni nadie que pueda servir a dos señores. Pero uno sí puede cambiar de señor. Pablo dice: “Pero gracias a Dios que, aunque erais esclavos del pecado, habéis

obedecido de corazón a aquella forma de doctrina que os transmitieron; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.”

Al igual que todos los demás, los romanos por propia naturaleza nacían llevando sobre sí la mancha del pecado de Adán; a esto le añadían la culpa de los incontables pecados que voluntaria y deseosamente habían cometido. Eran esclavos del pecado. Pero, ¿qué cambió esta situación? Fue la sincera obediencia (fe) con que aceptaron las enseñanzas que les presentaron los leales predicadores del evangelio. En otras palabras, este cambio de señores fue el resultado de un mensaje: el de la muerte sustitutoria de Cristo por los pecadores y su triunfante resurrección. La confianza en Cristo puso a los creyentes bajo otro amo, o como Pablo dijo: “Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”.

**<sup>19</sup> Hablo como humano, por vuestra humana debilidad: así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia.**

**<sup>20</sup> Cuando erais esclavos del pecado, erais libres con respecto a la justicia. <sup>21</sup> ¿Pero qué fruto teniais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. <sup>22</sup> Pero ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación y, como fin, la vida eterna, <sup>23</sup> porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro.**

El versículo 19 es muy afín al pensamiento expresado anteriormente en el versículo 13. Pablo ha vuelto una vez más sobre este tercer grupo de imperativos al exhortar a los cristianos a ofrecerse a sí mismos al servicio del Señor. Este concepto que el apóstol les expone no resulta particularmente seductor ni fácil de

entender; por tanto, se empeña en explicárselo de la manera más clara y atractiva posible. Para esto recurre a una ilustración; dice: “Hablo como humano, por vuestra humana debilidad”.

“Hablo [hablar] como humano” significa que usa un ejemplo de la vida diaria. Recurre a un aspecto común y bien conocido del antiguo mundo grecorromano: la esclavitud. De inmediato veremos que se trata de una ilustración muy útil. La esclavitud tenía, por supuesto, características que hacían que las personas, con su natural deseo de libertad, la aceptaran con dificultad. Todos queremos estar al mando de nuestros propios asuntos y ser nuestros propios jefes. La esclavitud era simplemente lo opuesto a ese deseo; ser esclavo significaba perder la voluntad propia para cumplir las órdenes de otro.

Sin embargo, en el análisis final, eso es exactamente lo que Pablo (o más bien Dios) le pide al cristiano. El hijo de Dios se debe convertir en esclavo, siervo de la justicia. “Así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia.”

Nuevamente Pablo presenta un argumento poderoso al usar una comparación lógica con los términos “así como... así ahora”. Con el mismo afán y celo con que los romanos acostumbraban entregar su cuerpo a la impureza antes de su conversión al cristianismo, así ahora se empeñan en buscar la justicia. Este pensamiento que Pablo expresa es fascinante, también para nosotros. Con el mismo interés con que el mundo se empeña en alcanzar metas erradas y egoístas como la riqueza, el poder, la fama y el placer, nosotros ahora debemos procurar dedicarnos a hacer la voluntad de Dios. Esta orden constituye un reto que no resulta del agrado de nuestro viejo Adán, pues significa permitir que sea Dios quien nos guíe y dirija, ahogando nuestra propia voluntad. El abandonar esta facultad: nuestra voluntad para seguir la de otro es, por definición, hacerse siervo o esclavo de ese otro. Esto es precisamente lo que Pablo dice cuando escribe: “Presentad vuestros miembros para servir a la justicia”.

¿Por qué querría alguien convertirse en siervo? Veamos las alternativas disponibles como Pablo las bosqueja; recordemos que Cristo indicó que estas son solamente dos. Por una parte todo el mundo tiene que tener un señor. Mateo 12:30 nos dice que no existe la neutralidad desinteresada hacia Dios. Por la otra, nadie puede servir a dos amos (Mateo 6:24). O tenemos a Dios por señor, o tenemos a otro; esta es la ineludible alternativa con la que Pablo hace que se enfrenten sus lectores. “Cuando erais esclavos del pecado, erais libres con respecto a la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte.”

Antes de ser cristianos, los romanos estaban “libres con respecto a la justicia”, no sentían el poder inhibitor de la santa voluntad de Dios refrenándolos del mal a fin de que llevaran una vida decente, casta, honesta y laboriosa. Estaban libres del control de la justicia, pero esclavizados por el pecado.

Pablo pregunta: “¿Qué fruto teníais...?” La fuerza del verbo griego que se emplea en el original sugiere un significado como el de: “¿Qué ganancia obtenían de este estilo de vida?” Viéndolo desde el punto de vista de un obrero asalariado, la pregunta sería: “¿Con qué te quedas para llevar a casa después de todo lo que te descuentan del pago?” Si volvemos a situar la cuestión en el plano espiritual Pablo estaría preguntando: “¿Qué beneficio permanente obtuvieron de estar libres del control de la justicia?”

La respuesta es, por supuesto, obvia: “Porque el fin de ellas [aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis] es muerte”. No hay que ser un mago de las finanzas para darse cuenta de que a ese ritmo de recuperación de los valores sobre esa inversión, la de la libertad para pecar, el negocio no resulta muy favorable, pues termina en la muerte.

Ahora Pablo vuelve a enfocar la otra alternativa: “Pero ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación y, como fin, la vida eterna”. Resulta esencial que notemos que los verbos están aquí en voz pasiva: “*Habéis sido libertados... y hechos [o han sido hechos]*”

siervos de Dios”. Los romanos no escogieron por sí mismos un nuevo señor; sino que el nuevo Señor los escogió a ellos: al costo tremendo de sí mismo. El Señor sufrió y murió para pagar por los pecados de ellos, librándolos así de la esclavitud del pecado, de manera que puedan vivir bajo su señorío en su reino sirviéndole en eterna justicia. Esta “servidumbre” nos conduce ahora a la vida recta y, más tarde, a la vida eterna en los cielos.

¿Cuál es la mejor alternativa? La respuesta es obvia; aún antes de que Pablo nos dé su evaluación: “porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”. De la misma manera que los resultados son diferentes, también lo son las formas de obtenerlos. La muerte es algo que los pecadores se pueden ganar por sí mismos; ella es la paga debida por sus muchos pecados. Por otra parte, la vida eterna es el regalo de Dios, que es disponible sólo en Cristo Jesús nuestro Señor. Mediante la fe en él, esta dádiva es absolutamente segura porque está garantizada por la promesa de Dios. Por lo tanto, resulta lastimosamente necio que echemos nuestra suerte con el pecado para aceptar su esclavitud y sufrir la muerte, cuando tenemos una alternativa gloriosa y bienaventurada en Cristo.

### ***Libertad del dominio de la Ley***

En la sección que se acaba de terminar, Pablo exhortó a los romanos, con base en su vínculo bautismal con Cristo (6:3-23), a considerarse muertos al pecado y libres de su esclavitud. En el capítulo 7 el apóstol nos hablará de una liberación similar, pero esta vez es la libertad del cristiano con respecto a la *Ley*.

Ya hemos hecho hincapié anteriormente en el hecho de que la palabra griega que usualmente se traduce como “ley” (*nomos*) reclama algunas consideraciones especiales. Este término puede adoptar varios significados, y a menudo existe entre ellos una diferencia importante que queda indicada por la presencia o la ausencia del artículo definido. Cuando Pablo dice: “pues hablo a los que conocen de leyes [*nomos*]”, el término en cuestión aparece sin artículo en griego. Por tanto no se refiere a una ley específica,

sino que usa la palabra en el sentido de un conjunto general de leyes. Pablo reconoce el mérito de sus lectores por saber cómo funciona el sistema legal.

La progresión del pensamiento del apóstol en esta sección es la siguiente: en el versículo 1 establece el principio legal sobre el que quiere que se concentre la atención de sus lectores; en los versículos 2 y 3 da un ejemplo ilustrándolo; y en el 4 establece el vínculo de la verdad espiritual que él desea enseñar, es decir, que la salvación de los cristianos es independiente de cualquier exigencia legal.

**7 ¿Acaso ignoráis, hermanos (hablo con los que conocen de leyes), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive?**

El principio legal que Pablo establece es claro, simple y directo. Una ley, cualquiera que sea, tiene autoridad sobre la persona mientras ésta viva. La ley les impone obligaciones únicamente a los que están vivos, y no tiene ninguna autoridad sobre los fallecidos. Estos últimos están tanto literal como figurativamente “muertos para la Ley”: ni cumplen órdenes ni responden. Lo que Pablo nos quiere hacer ver es que la muerte cambia la relación de la persona con la Ley.

Para ilustrar esta verdad, el apóstol recurre a un ejemplo de la vida diaria, tomándola de la legislación matrimonial comúnmente vigente en cualquier sociedad organizada.

**<sup>2</sup> La mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley que la unía a su marido. <sup>3</sup> Así que, si en vida del marido se une a otro hombre, será llamada adúltera; pero si su marido muere, es libre de esa ley, de tal manera que si se une a otro marido, no será adúltera.**

El principio establecido teóricamente en el versículo 1 queda prácticamente ilustrado en estos dos versículos que acabamos de ver. La muerte del consorte deja al sobreviviente en libertad de

volver a casarse. Tanto en la teoría como en la práctica el resultado es el mismo: la muerte cambia la situación quebrantando el poder de la ley. Pablo prosigue para demostrar que este principio legal de la vida diaria tiene su contraparte en el aspecto espiritual, donde la muerte también produce cambios al desatar las ataduras de la Ley. Pablo destaca esta similitud cuando escribe:

**<sup>4</sup> Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.**

El cristiano está “muerto a la Ley”. Ha ocurrido un fallecimiento, de modo que ha cesado el dominio de la Ley sobre el cristiano que queda en libertad de establecer una nueva relación, o como lo dice Pablo: “Para que seáis de otro”.

Para entender lo que el apóstol dice aquí debemos volver y explicar algunos de los elementos que Pablo ha incorporado en este versículo. Notemos primeramente que aquí “Ley” tiene un artículo definido. Por lo tanto, se debe entender como una ley específica: la ley de Dios a la que están sujetos los hombres y que exige con razón el castigo de cada pecado. Estar sometido al poder corrector de esta Ley es la condición natural de cada hombre, mujer y niño desde la caída de Adán.

Como lo indica la ilustración de Pablo, lo único que libera de la Ley es la muerte; pero lo maravilloso del plan de salvación de Dios es que no requiere que el pecador muera. En lugar de esto, Dios proveyó un sustituto: su Cordero para el sacrificio, para que muriera en lugar del pecador. Los efectos de la muerte del sustituto se le acreditan al pecador sin que éste tenga que morir realmente, como lo merecería con justicia por causa de sus pecados. En vez de esto, está “muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo” sacrificado en el Calvario.

Notemos cómo volvemos directamente al pensamiento del capítulo 6 con su énfasis en nuestro vínculo con Cristo mediante

el bautismo, a través del que somos muertos y sepultados con Cristo (6:3,4). Como quiera que esta muerte ha ocurrido, tanto en favor de los romanos como de nosotros, Pablo puede decir: “También vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo”.

De modo que, por la gracia de Dios, el dominio que la Ley ejercía sobre nosotros ha terminado, abriéndonos una nueva y grandiosa posibilidad, la de ser “de otro, del que resucitó de los muertos”. Tal como la mujer cuyo esposo ha muerto queda libre para casarse de nuevo, así la muerte del pecador a la Ley y a su dominio le permite una nueva unión con aquel “que resucitó de los muertos”, es decir, con Cristo.

Ya con anterioridad Pablo había exhortado a sus lectores a liberarse de la esclavitud del *pecado* para llevar una vida que dé como fruto “la santificación” (6:22). A los que han sido liberados del dominio de la *Ley* el apóstol les dice aquí básicamente lo mismo. Cristo sufrió y murió por nosotros para librarnos de la Ley, y Pablo nos dice que fue “a fin de que llevemos fruto para Dios”. Vivir para Dios, llevar una vida de santidad y dar fruto para Dios, son expresiones que describen la nueva vida de fe y buenas obras que sigue a nuestra liberación de las exigencias de la Ley, liberación que fue llevada a cabo por Cristo.

No hace falta decir que en nuestra nueva existencia, liberados de la Ley, ésta no puede ser la fuerza que nos impulse a vivir para producir fruto para Dios. En realidad, una persona sujeta a la Ley produce frutos muy diferentes.

**<sup>5</sup> Mientras vivíamos en la carne, las pasiones pecaminosas, estimuladas por la Ley, obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. <sup>6</sup> Pero ahora estamos libres de la Ley, por haber muerto para aquella a la que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.**

Pablo tiene mucho cuidado en no decir que la ley de Dios sea algo malo. Leamos con cuidado sus palabras para que capturemos

el énfasis que está en “*la carne, las pasiones pecaminosas, estimuladas por la Ley*”, que son el problema. Ellas, y no la Ley, resultan en que el pecador produce “fruto para muerte”. Muy en breve Pablo nos dirá mucho acerca del papel y del lugar apropiado de la Ley. Por el momento, se concentra solamente en una sola cosa, es decir, que la Ley no es ni la motivación ni la energía que capacita al cristiano para llevar una vida de santidad. Esta habilidad tiene que venir de otra fuente diferente: del Espíritu. “Pero ahora estamos libres de la Ley, por haber muerto para aquella a la que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra [la Ley]”.

Al hablar del “régimen nuevo del Espíritu” debemos darnos cuenta de que lo es sólo en el sentido de que viene a continuación de la etapa anterior que estaba bajo el control de la Ley. Un planteamiento muy similar, con relación al nuevo estatus del cristiano después de ser liberado del pecado, se puede ver en 6:14. Allí Pablo escribió: “El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia.” El Espíritu Santo obra en el creyente para que éste aprecie la gracia de Dios, y este aprecio se refleja en una nueva vida de amor y servicio al Creador y a nuestro prójimo. A propósito, esta es la primera vez que el apóstol menciona al Espíritu Santo en esta carta. En el capítulo siguiente nos hablará en detalle acerca de la obra del Espíritu.

Pablo se da cuenta de que algunas de las cosas que ha dicho cuando exhorta a los cristianos a aceptar ser liberados de la Ley podrían parecer negativas y descorteses acerca de la ley de Dios. Algunos hasta se podrían preguntar: ¿Será tal vez que la Ley es mala? Pero Pablo se anticipa a esta reacción de sus lectores y por lo tanto hace la pregunta:

**<sup>7</sup> ¿Qué, pues, diremos? ¿La Ley es pecado? ¿De ninguna manera!**

Quizás el comentario que muy probablemente suscitaría esta pregunta sería la descripción que da el apóstol de la situación

anterior del creyente. Pablo dice que cuando estábamos bajo la Ley, “las pasiones pecaminosas, estimuladas por la Ley, obraban en nuestros miembros”.

Si las pasiones pecaminosas fueran estimuladas por la Ley, ¿es quizás entonces la ley de Dios la responsable por el pecado? Pablo lo niega resueltamente, pero todavía le resta la tarea de explicar el vínculo que existe entre la Ley y el pecado. Lo hará en el párrafo siguiente. Pablo divide el material así: en los versículos 7 a 13, recordará el papel de la Ley en su vida anterior y del 14 al 25 hablará de su vida actual como cristiano.

El apóstol comienza su defensa de la ley de Dios a partir del ejemplo de los buenos servicios que le prestara a él mismo anteriormente en su vida. Destaca la función útil que desempeña al alertar a las personas acerca de cuál es la voluntad de Dios, para que puedan saber lo que es malo y lo eviten.

**Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley; y tampoco conocería la codicia, si la Ley no dijera: «No codiciarás».**

Aunque Pablo usa la primera persona del singular a lo largo de todo este capítulo, lo que describe es válido para la vida de cualquier persona; pero al parecer, por razones de tacto, el apóstol limita sus comentarios a sí mismo. Así se protege contra cualquiera que se pudiera sentir acusado o confrontado por lo que dice acerca de la Ley. Pero lo que es aún más importante es que esto les otorga credibilidad a las observaciones de Pablo. Él sabe de lo que habla por experiencia propia. ¡Él pasó por todo esto!

Para ilustrar el beneficio de la Ley en su vida, Pablo escoge el ejemplo de la codicia. La palabra que usa para “codicia” es un término neutro que simplemente significa “deseo”. De este modo, podría ser un buen deseo como en el caso del uso que le da Jesús cuando en la tarde del Jueves Santo les dijo a sus discípulos: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca!” (Lucas 22:15).

Pero el término también puede significar un amplio rango de deseos malvados, incluyendo a menudo la idea de lujuria así como

el concepto de “codicia” en el sentido en que se emplea en el Noveno y el Décimo Mandamientos; es decir, tener un fuerte deseo de apropiarse de lo que le pertenece al prójimo.

Sin duda, Pablo había reconocido cuando era joven que robar era equivocado. Sin embargo, no habría reconocido el amplio alcance de la voluntad de Dios, no se habría dado cuenta de que no solamente es malo *apropiarse* de lo ajeno, sino que también es malo *desear* tener lo ajeno o considerar apropiarse de lo que le pertenece al prójimo.

La Ley benefició a Pablo al señalarle lo que era malo y peligroso, de modo muy similar a como nos beneficia un guardabosques al advertirnos que hay un barranco inmediato a la senda por la que ascendemos.

Por esto, la Ley fue en sí misma algo que ayudó a Pablo, hasta que el maldito pecado apareció en escena para hacer mal uso de la buena ley de Dios.

**<sup>8</sup> Pero el pecado, aprovechándose del mandamiento, produjo en mí toda codicia porque sin la Ley, el pecado está muerto.**

**<sup>9</sup> Y yo sin la Ley vivía en un tiempo; pero al venir el mandamiento, el pecado revivió y yo morí.**

Pablo dice que “sin la Ley, el pecado está muerto”. En dos ocasiones anteriores, el apóstol ha expresado un pensamiento similar (4:15; 5:13). Pero la esencia de éste no es que el pecado sea inexistente cuando la Ley no ha sido proclamada, sino que la actividad del pecado es diferente cuando no hay un mandamiento específico que transgredir. El versículo se puede parafrasear del siguiente modo: sin ley el pecado está *aletargado*. El pecado está allí, pero necesita saltar una barrera para poder mostrarse cómo es. La Ley establece esta barrera, y el pecado incita al pecador a pasar por encima de ella. Diciéndolo de otra forma, la Ley o el mandamiento proporcionan “la oportunidad”. Esto fue lo que ocurrió en la vida de Pablo por lo que se ve obligado a admitir que

“el pecado, aprovechándose del mandamiento, produjo en mí toda codicia”.

Si hay en un parque una banca recién pintada que tiene un cartel que advierte: NO TOQUE: PINTURA FRESCA, es tan seguro como que un día sigue a otro que la gente se va a acercar a tocarlo para comprobar. La culpa de la transgresión no es del letrero, sino de la obstinación malsana del transeúnte. Sin embargo, el resultado final puede ser que la medida destinada a proteger y ayudar apareciera como si ella fuera el problema. El aviso que era para ayudar parece ser la causa de las manos manchadas y de la ropa echada a perder. Así fue en la vida de Pablo; cuando llegó a su conocimiento el mandamiento que anunciaba la voluntad de Dios, entonces el pecado adormecido “revivió”.

**<sup>10</sup> Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte, <sup>11</sup> porque el pecado, aprovechándose del mandamiento, me engañó, y por él me mató.**

**<sup>12</sup> De manera que la Ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.**

No es la ley de Dios la que es mala; sino que el pecado es el villano. Se vale de toda clase de razonamientos engañosos, entre los que tenemos: va a ser agradable; todo el mundo lo hace; nadie saldrá lastimado por esto; es necesario para sobrevivir en un mundo en que la competencia es brutal; y cosas por el estilo. El pecado anima engañosamente a saltar la barrera, hasta que el pecador cae en la trampa. Cuando su víctima ha caído, el pecado se vuelve contra ella enfrentándola con la pena de muerte, que es la consecuencia justa de la desobediencia a la voluntad divina expresada en la Ley. Por esto, Pablo les puede decir a los corintios que “el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la Ley” (1 Corintios 15:56). Este poder resuena en las palabras de

Romanos 6:23 que dicen: “La paga del pecado es muerte”. De modo que la Ley, dada para servir de ayuda, termina en realidad trayendo la muerte.

Entonces ¿es la Ley el problema? ¡De ninguna manera! Sigamos el hilo del pensamiento del versículo 11 cuya esencia resulta más clara si suprimimos los modificadores que la acompañan. Así tendríamos: “El pecado... me engañó, y... me mató”. El pecado es el villano; y no la Ley. “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.”

La Ley puede ser buena; pero, ¿qué hay acerca de su aspecto mortal? Ciertamente es una característica que no se puede ignorar. Pablo habla de esto con una pregunta teórica:

**<sup>13</sup> Entonces, ¿lo que es bueno vino a ser muerte para mí? ¡De ninguna manera! Más bien, el pecado, para mostrarse como pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que el pecado, por medio del mandamiento, llegara a ser extremadamente pecaminoso.**

No se niega aquí que la Ley condena a muerte al pecador, pero hasta este veredicto de muerte cumple un propósito útil. Al mostrar cuán grave es el pecado, se convierte en un llamado al arrepentimiento. Cuando veo las discrepancias entre lo que Dios me pide en su Ley y lo que hago en mi vida, me doy cuenta de cuán desmedidamente pecaminoso soy y en qué problema estoy. Necesito ayuda. Necesito un Salvador. Afortunadamente este Salvador está al alcance de todos en la persona de Jesucristo.

La necesidad de un Salvador del pecado no desaparece cuando la persona se vuelve cristiana. La conversión a la fe en Cristo no nos da una base a partir de la que nosotros mismos podamos hacernos lo suficientemente buenos como para llegar a ser aceptables ante Dios por nuestra propia cuenta. No es así; sino que por la fe en Cristo aceptamos la justicia perfecta que él ha ganado para nosotros y que Dios le acredita al creyente. Dios mira al creyente como perfectamente santo y lo declara justo. Por lo tanto la justificación ya se ha completado cien por ciento.

Sin embargo, la nueva vida en la fe, el caminar del cristiano con Dios, es un estado permanente de transformación. La vida de santidad del cristiano, a la que a menudo se le llama *santificación*, aumenta y madura a medida que el creyente participa continuamente de los nuevos derramamientos de la gracia y de la bondad del amor de Dios.

El hecho mismo de que sea necesario hablar de crecimiento y maduración indica que la santificación cristiana es un proceso continuo que nunca acaba de completarse en tanto se vive en la tierra. En realidad, la vida cristiana se ve afectada por frecuentes recaídas en el pecado que reclaman arrepentimiento y perdón. La primera de las Noventa y Cinco Tesis de Lutero comienza con este mismo pensamiento al decir: “Cuando, nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo: ‘Haced penitencia...’, ha querido que toda la vida de los creyentes fuera penitencia”\*

No nos debe sorprender que el pecado continúe resurgiendo en nuestra vida, porque incluso el gran apóstol Pablo tuvo que admitir la fuerza continua del pecado en su vida.

**<sup>14</sup> Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado. <sup>15</sup> Lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago. <sup>16</sup> Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la Ley es buena. <sup>17</sup> De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que está en mí.**

Ha existido considerable discusión entre los estudiosos de la Biblia con respecto a lo que Pablo quiere decir con las palabras: “Yo soy carnal, vendido al pecado”. Algunos consideran que no se puede hacer una afirmación tan fuerte acerca del cristiano; por lo tanto suponen que Pablo habla de la etapa anterior a su conversión, es decir, al período descrito en la sección anterior (7:7-13) cuando Pablo captó el significado pleno de la ley de Dios.

---

\* Obras de Martín Lutero, ediciones la Aurora, tomo I, p. 7. “Haced penitencias” es una traducción de la Vulgata. Una mejor traducción del griego sería “arrepentíos”. Vea la nota al pie de la página de esta cita, y Mateo 4:17.

Sin embargo, parece más probable que la clave de este pensamiento de Pablo consista en la comprensión de la naturaleza doble del cristiano, la que Lutero describe como “al mismo tiempo santo y pecador”. Esto significa que el nuevo “yo”, nacido de la fe, está todo el tiempo bajo el asedio de la antigua naturaleza pecadora del viejo Adán. De modo que el “yo” nuevo y el “yo” viejo persisten en actividad durante toda la vida terrenal del cristiano.

Esta coexistencia de la nueva y de la antigua naturaleza en la vida del cristiano concuerda con lo que Pablo les describió a los gálatas cuando les escribió acerca de cómo éstas se “oponen” dentro de cada hijo de Dios. A este respecto el apóstol les dice: “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne, porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (Gálatas 5:16,17).

Debido a que es el Pablo ya convertido al cristianismo el que se lamenta en los versículos 17 a 24 por el hecho de que sigue pecando cada día, asumimos la interpretación de que el cristiano es una combinación del nuevo y del viejo yo. Sin embargo, debemos destacar que aunque ambos cohabitan en el creyente, no por eso ocupan en éste la misma posición. La verdadera identidad del cristiano no radica en su antigua naturaleza pecaminosa, sino en su nuevo “yo”, y a éste es al que Pablo se refiere cuando hace uso de ese pronombre personal. Cuando ése no es el caso, como ocurre en el versículo 18, Pablo nos pone sobre alerta al cambio.

Debido a que Pablo advierte en sí un componente “carnal” en virtud de la naturaleza pecaminosa que se aferra a él (tal como ocurre con todos los cristianos), tiene que admitir que continúa pecando diariamente. En realidad, tan tenaz es el dominio del viejo Adán, que Pablo se describe a sí mismo como “vendido al pecado”. No obstante, esto no significa que el apóstol esté bajo el control del pecado. Recordemos que el dominio del pecado resultó quebrantado por la muerte de Cristo, muerte que el creyente comparte mediante el bautismo. El pecado no se enseñorea en la

vida de Pablo, aunque una y otra vez su antigua naturaleza pecadora le eche a perder sus mejores intenciones. Por esto es que reconoce: “Lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago”.

La expresión “lo que hago, no lo entiendo” quizás resulte una versión algo desorientadora. Pablo comprendía plenamente lo que hacía, o más bien, lo que *no* estaba haciendo. El problema al traducir este versículo está en el hecho de que estamos, otra vez, con un verbo que admite varios significados de acuerdo al contexto en que se encuentra. Visto literalmente, el apóstol escribió: “Yo no reconozco lo que hago”. El verbo griego no significa solamente “saber algo”. Muy a menudo este término implica la idea de saber mediante la experiencia personal, íntimamente, con afecto y aprobación. Por lo tanto, aquí se podría traducir: “Yo no *apruebo* lo que hago; porque lo que quiero hacer, no lo hago, sino que lo que no quiero, eso es lo que hago.”

Recordemos que Pablo está en medio de la defensa de la ley de Dios a la que ha descrito como “santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (7:12). Éste es el tema que el apóstol está tratando cuando ahora continúa: “Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la Ley es buena”. Esta oración de nuestra Versión Reina-Valera, Revisión de 1995, traduce fielmente el sentido y la fuerza del griego original de modo aún más claro que como lo hace la *New International Version* en inglés.

La lógica de este razonamiento se puede ilustrar con un ejemplo tomado de un individuo desgraciadamente adicto a las drogas, cuya vida es un caos: esta persona no encuentra quien le dé empleo, está a punto de perder su casa, sus hijos sufren y su esposa lo amenaza con abandonarlo. Agobiado por los remordimientos el drogadicto reflexiona acerca de su situación y dice: “No quiero seguir así; las leyes del país son justas cuando prohíben el mal uso de la droga en el que he caído”. Pablo razona de un modo similar. Al no querer hacer las cosas malas que Dios prohíbe, en realidad reconoce que la Ley es santa y el mandamiento santo, justo y bueno.

Pero, entonces ¿cómo es que puede explicarse que Pablo continúe pecando cuando sabe que Dios lo prohíbe y acepta que el Señor es justo al prohibirlo? El apóstol responde: “De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que está en mí.”

Esto no es una evasiva de parte de Pablo, sino una evaluación precisa de su situación. Ya hemos visto cómo el cristiano retiene a través de toda su vida terrenal la antigua naturaleza pecadora junto al nuevo y verdadero ser que creó en él el Espíritu Santo cuando lo llevó a la fe en Cristo. Este nuevo “yo” está totalmente de acuerdo con la voluntad de Dios y quiere hacer las cosas que Dios quiere que se hagan. También sucede así en el caso de Pablo. Su nuevo ser, su “hombre interior” (7:22), se deleita en la ley de Dios. Por tanto, el problema no está ni en el nuevo ser del cristiano, ni en la ley de Dios; sino en el pecado que actúa vilmente a través de la antigua naturaleza pecaminosa, que todavía se mantiene aferrada a la vida de cada creyente.

**<sup>18</sup>Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. <sup>19</sup>No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. <sup>20</sup>Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que está en mí.**

Los versículos 15 a 17, ya comentados, guardan un estrecho paralelismo con los versículos 18 a 20. En estos últimos se advierte que Pablo no se identifica a sí mismo con el nuevo “yo”; sino que al hablar de “mi carne” lo hace refiriéndose al viejo Adán (su antigua “naturaleza pecaminosa”, NVI).

Sería incorrecto decir que “no existe nada bueno en la vida del cristiano”. Desde la perspectiva de su nuevo ser, el cristiano es perfectamente santo y aceptable ante Dios como su propio Hijo, cuya justicia él ve y mira en el creyente. En estos versículos, sin embargo, Pablo habla de la otra parte de la combinación, es decir, de la naturaleza pecaminosa del convertido.

## Resumen

Ahora, Pablo procede a evaluar la situación en que se encuentra (y junto con la suya la de todos los demás cristianos).

**<sup>21</sup> Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, <sup>22</sup> pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; <sup>23</sup> pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.**

**<sup>24</sup> ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? <sup>25</sup> ¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!**

Ya hemos visto en varios sitios el cuidado que se requiere para captar el significado apropiado del término griego *nomos*. Éste aparece cinco veces en los versículos 21 a 23, y en cada una de esas ocasiones los traductores lo han interpretado como “Ley”. No es que eso sea un error craso, pero parece que Pablo intenta darnos tres matices distintos de esta palabra. La distinción de estos significados aumentará nuestra comprensión de lo que el apóstol enfatiza. Analicemos individualmente cada una de las cinco ocasiones en que Pablo la usa para precisar el significado que encaja en cada contexto, y entonces reestructuraremos esta sección.

Pablo dice: “Hallo esta [nomos]”. El apóstol ha indicado en versículos anteriores que la combinación que existe en su interior entre el viejo Adán y el nuevo “yo”, es algo que él no puede cambiar. Éste es un principio fijo que establece un patrón o norma en su vida. Por lo tanto, Pablo ve en su existencia la *regla* de que aunque quiera hacer el bien, el mal está presente en él.

Esta regla causa tensión en la vida del apóstol porque como lo dice: “Según el hombre interior, me deleito en la [nomos] de Dios”. Es indudable que aquí el término en cuestión se refiere a la santa voluntad de Dios que se ha revelado en su Palabra; de manera que en este caso lo traduciremos por *ley*, tal como se hace habitualmente.

Hay un principio, o norma, que guía en la vida de Pablo que lo hace desear hacer la voluntad de Dios; sin embargo, el apóstol continúa diciendo: “Pero veo otra [nomos] en mis miembros.” Junto a este impulso positivo, o regla de conducta, persiste otra *regla*. Ésta desgraciadamente es negativa.

Este patrón negativo “se rebela contra la [nomos] de mi mente”. Antes de tratar de cómo interpretar aquí esta versión del término, debemos tomar en consideración otro concepto. Éste es el uso que Pablo hace de la terminología con que designa lo que nosotros hemos llegado a llamar “el nuevo yo” del creyente. El apóstol expresa este concepto de varias formas. En el versículo anterior lo llamó “el hombre interior”. En este versículo y en el 25 se referirá a su nuevo yo, o ser interior, como su “mente”.

Por esto Pablo ahora habla de un patrón negativo de conducta que actúa dentro de él y que lucha contra el nomos de su nuevo yo. Pero aquí Pablo usa el término en un tercer sentido (además de los de “regla” y “ley”). Ahora, se refiere a la fuerza o *control* que el nuevo “yo” de Pablo trata de ejercer en la lucha contra la tentación. Desgraciadamente, estos esfuerzos del nuevo yo con demasiada frecuencia fracasan, y Pablo sucumbe al mal que actúa en los miembros de su cuerpo. Entonces él se convierte en “cautivo a la [nomos] del pecado que está en mis miembros”. Como en la cláusula anterior, la acepción de “control” es la que encaja mejor en este contexto, con la diferencia de que esta vez se refiere al control ejercido por el pecado.

Si volvemos atrás para reconstruir el pasaje que hemos estado comentando, y lo hacemos poniendo en lugar del *nomos* original de las Escrituras las palabras que veremos escritas en tipo itálico, tendríamos que Pablo nos estaría diciendo: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta *regla*: que el mal está en mí, pues según el hombre interior, me deleito en la *ley* de Dios; pero veo otra *regla* en mis miembros, que se rebela contra el *control* de mi mente, y que me lleva cautivo del *control* del pecado que está en mis miembros.”

En el cristiano, el verdadero “yo” es el nuevo, que se deleita en la ley de Dios y quiere hacer la voluntad del Señor. Pero el pecado sigue atravesándose en su camino y arruinando sus mejores esfuerzos. Tan terrible frustración hace que el cristiano se sienta totalmente desgraciado y que exclame junto con Pablo: “¡Miserable de mí!; ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?” Pero tanto para nosotros como para Pablo, hay una solución al problema: el perdón de los pecados ganado por el sacrificio perfecto de Cristo.

Siendo uno de los que confía en la promesa del perdón pleno y gratuito, Pablo exclama: “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!” En su carta a los corintios, el apóstol prorrumpe en una expresión triunfal similar a ésta cuando dice: “Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

Pablo no ha perdido la esperanza; sin embargo, concluye este párrafo de resumen con una descripción realista de sí mismo y de cada cristiano:

**Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado.**

La santificación perfecta es algo que solamente ocurrirá en el cielo y que resulta imposible aquí en la tierra.

### ***Libertad del temor a la muerte***

Pablo terminó el capítulo anterior con la afirmación trascendente de que en la vida del cristiano el pecado es un factor permanente. Sin embargo, la sangre inocente de Cristo, nuestro sustituto, ha sido derramada en pago por nuestras faltas. Debido a que este sacrificio nos ha ganado el perdón de los pecados, Pablo puede continuar su carta a los romanos con un optimista “Ahora, pues”, cuando escribe:

**8 Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la**

**carne, sino conforme al Espíritu, <sup>2</sup> porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. <sup>3</sup> Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, <sup>4</sup> para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.**

Para los creyentes en Cristo no hay condenación por el pecado, debido a que una fuerza mayor y más poderosa que éste ha aparecido en la escena. Mediante Jesucristo, “la ley del Espíritu de vida” nos libera de “la ley del pecado y de la muerte”.

Nuevamente, nos las tenemos que ver (dos veces en este versículo) con el vocablo flexible *ley* (*nomos*). En ambas oportunidades el significado de “control” será el que mejor encaje en el contexto. Usando este significado para *nomos* podríamos parafrasear la oración así: Mediante Jesucristo, el *control*, o regla, del Espíritu Santo, que da vida, me liberó del *control* del pecado que acarrea muerte.

¿Cómo es que el pecado acarrea la muerte? Respuesta: al invocar la santa ley de Dios. Pablo les escribió a los corintios: “El agujón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la Ley” (1 Corintios 15:56). En su carta a los romanos el apóstol les dice: “La paga del pecado es muerte” (6:23).

Pero ahora dice que ha sido liberado del control del pecado portador de la muerte. ¿Cómo ocurrió este cambio? Ciertamente que no fue a través de la Ley, pues el pecado recurre a ella para aplicar la pena de muerte a los pecadores, sino por medio de la obra del Espíritu Santo, que lleva a los hombres a la fe en Cristo dándoles así la vida.

Notemos que aquí hablamos de la Ley como expresión de la santa voluntad de Dios como se revela en la Biblia. Éste es el sentido en el que Pablo emplea esta expresión en el versículo 3 cuando dice: “Lo que era imposible para la *Ley*, por cuanto era

débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne.”

La Ley es realmente poderosa. Es la voz de Dios que distingue el bien del mal y castiga severamente a los que desobedecen sus mandatos. Pero a pesar de su gran poder, en último análisis la Ley es incapaz de hacer que la gente haga lo que es justo. La naturaleza pecadora con que los humanos nacen tiene la sorprendente capacidad de rebelarse contra Dios y de volverle la espalda a sus justas demandas. El hombre puede quebrantar la ley de Dios, de modo que, debilitada por la naturaleza pecadora, la Ley nunca podría hacer justo al género humano ante Dios.

Pero lo que la Ley no podía lograr en nuestra vida, lo logró la intervención de Dios por nosotros “enviando a su Hijo, en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”. El propio Hijo de Dios se encarnó para poder sufrir y morir como sacrificio por el pecado ¿Qué fue lo que este sacrificio logró? Pablo usa la terminología sorprendente de que en Cristo, Dios “condenó al pecado” en el pecador. El pecado siempre está dispuesto a acusar y a condenar. Una vez que ha atraído y seducido al pecador para que caiga en el mal, el pecado apela a la Ley y le aplica al culpable todo el peso de su condena. El pecado es rápido para condenar; pero esta rápida disposición del pecado a condenar fue invertida por Dios, quien, en Cristo, “condenó al pecado”. Nuestro Padre celestial hace callar al pecado, que ya no tiene ninguna acusación legítima que presentar contra el pecador, porque en Cristo se ha cumplido el misericordioso propósito de Dios. Él envió a su Hijo “para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros”. La vida santa y sin pecado de Cristo obtuvo para nosotros la justicia que no podíamos alcanzar, y su muerte inocente pagó por cada uno de los pecados que hemos cometido. Por tanto, Dios nos mira ahora como justos, sin que el pecado tenga ningún fundamento para acusar al creyente. Un Dios justo puede ahora desestimar la acusación en contra nuestra, porque ya han sido cumplidos plenamente los requerimientos que

en justicia la Ley exigía de nosotros.

Pero Dios tuvo un segundo propósito cuando nos acreditó la justicia de Cristo; este era que nosotros nos pudiéramos convertir más plenamente en individuos que “no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. Después de todo, es el Espíritu de vida el que nos ha liberado del control del pecado que lleva a la muerte.

Pablo nos sigue mostrando las diferencias entre el modo de pensar de los que viven “conforme a la carne”, y de los que “son del Espíritu” (8:5); estas son tan radicales que bien pudieran presentarse en forma de columnas paralelas como es usual en casos tan contrastantes.

**<sup>5</sup> Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. <sup>6</sup> El ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz, <sup>7</sup> por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden; <sup>8</sup> y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.**

A primera vista, la connotación negativa de los versículos 7 y 8 parece no tener contraparte positiva, tal como ocurre en el caso de los dos versículos anteriores. Sin embargo, el modo de pensar positivo, que es el principal motivo de preocupación de Pablo y lo que él quiere destacar, encuentra lugar en los versículos 9 y 10:

**<sup>9</sup> Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios está en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. <sup>10</sup> Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justicia. <sup>11</sup> Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús está en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que está en vosotros.**

En varios lugares hemos invertido tiempo y esfuerzos para tratar de determinar las gamas precisas de significado de la palabra flexible *ley* (*nomos*). Existe otra palabra griega de características similares en cuanto a flexibilidad de usos, pero no desconcertante como la anterior, y es *pneuma*. Habitualmente este término se traduce como “espíritu”, pero en este caso la tarea es determinar cuándo se debe emplear con “E” mayúscula y cuándo con “e” minúscula. Si usamos la mayúscula, entonces la palabra se refiere al Espíritu Santo, y si la empleamos con “e” minúscula, estaremos hablando del “espíritu” que hay dentro de la persona; lo que podríamos llamar “corazón”, o “mente”, e incluso “modo de pensar”.

Ambos significados (con minúscula o con mayúscula) están estrechamente relacionados cuando se les emplea en referencia a los cristianos, en cuyo caso *pneuma* se referirá a la nueva naturaleza espiritual que han recibido, es decir, a la nueva mente y al nuevo corazón.

Sin embargo, como es bien sabido, no puede haber vida espiritual en alguien a no ser que el Espíritu Santo haya creado esa vida. Por lo tanto, en esos casos cuando la conversación se centre en la vida espiritual obrada por el Espíritu Santo, no estaríamos muy errados al emplear “E” mayúscula o “e” minúscula, pues el resultado final sería muy similar. Pero hay una regla general que con frecuencia es de buena ayuda: si en la oración en cuestión se contrasta “la carne”—expresión que la Nueva Versión Internacional (en español) traduce frecuentemente como “naturaleza pecaminosa”—con el “espíritu”, es probable que el apóstol haya preferido el uso de espíritu con “e” minúscula. En este caso, se referirá a la naturaleza espiritual del cristiano en oposición a la naturaleza pecaminosa, o, lo que es lo mismo: el nuevo ser en contraste con el viejo Adán.\*

---

\* Muchos traductores, incluyendo los de la *New International Version* (en inglés), tienden a emplear en exceso Espíritu con “E” mayúscula. Como ejemplos de sitios en los que el empleo de la minúscula es correcto, véanse los versículos 10, 15 y 16 de este capítulo en la *New International Version*.

En el versículo 9 encontramos este contraste entre la carne (“la naturaleza pecaminosa”, NVI) y el espíritu. Por lo tanto sería apropiado destacar esta diferencia traduciéndolo del siguiente modo: “Sin embargo, ustedes son controlados no por la naturaleza pecaminosa, sino por su naturaleza espiritual,\* si el Espíritu de Dios vive en vosotros”. Aquí, en el segundo uso de la palabra *pneuma* (“el Espíritu de Dios”) es evidente que el empleo de la “E” mayúscula resulta apropiado. No es solamente que el *pneuma* esté específicamente identificado con el Espíritu de Dios, sino que no puede haber vida espiritual en la persona a menos que haya sido obrada previamente por el Espíritu Santo. Pablo subraya esta obra importante del Espíritu al añadir: “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.” En el versículo 11 explicaremos más sobre este nombre de “Espíritu de Cristo”.

Note que cada una de las cuatro oraciones que integran los versículos 9 a 11 es una oración condicional. Sin embargo, en el griego original su construcción gramatical deja claro que no son de ninguna manera hipotéticas ni dudosas. En realidad, son tan ciertas que los “si” se pueden sustituir por “*ya que*” o “*porque*” para obtener el significado que Pablo quería transmitir.

La observación con respecto a la certeza de estas oraciones es especialmente importante en los versículos 10 y 11 que son los que tienen la clave del énfasis de este pasaje. Recordemos que este capítulo lleva el título de “Libertad del temor a la muerte”. Una libertad muy importante que el Espíritu Santo les da a los cristianos es la libertad de la muerte: tanto de la muerte espiritual como de la física. Pablo se encarga de tratar este tema en ese orden comenzando con la libertad de la muerte espiritual, y dice al respecto en el versículo 10: “Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justicia.”

---

\* Vea la *New International Version*. La versión española traduce: “Según el Espíritu”.

En la mente de Pablo no hay ninguna duda de que Cristo habita en el corazón de sus lectores mediante la fe obrada por el Espíritu Santo. Es por esto que el apóstol puede actuar suponiendo que los destinatarios de su carta poseen vida espiritual, y por esto les dice que “el espíritu [pneuma] vive” en ellos (versículo 10). Esto constituye un cambio importante con respecto a la situación anterior en que la totalidad de su ser y de su existencia consistía en oscuridad espiritual y muerte; separados de Dios tal como lo estaban desde la Caída. Ahora, el Espíritu (con “E” mayúscula) les había dado un nuevo espíritu (con “e” minúscula) al guiarlos a aceptar los méritos de Cristo proporcionándoles así la vida espiritual. Esta vida espiritual de que disfrutaban desde ahora durará por toda la eternidad “a causa de la justicia”, es decir, debido a la justicia de Cristo que les es acreditada por medio de la fe.

Pero hay más: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús está en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que está en vosotros.”

En el versículo 9, Pablo habló del “Espíritu de Cristo”; en el versículo 11 habla del Espíritu Santo como el Espíritu “de aquel que levantó de los muertos a Jesús”, es decir, de Dios el Padre. Es de destacar que lo que confesamos en el Credo Niceno concuerda con estos dos versículos, porque allí decimos que creemos en el Espíritu Santo “que procede del Padre y del Hijo”.

Note además que aunque el término Dios *trino* no aparece en las Escrituras, tenemos aquí, en una misma oración, una clara referencia al conjunto de sus tres personas. Este Dios trino es el dador de la vida física futura que tendremos mediante una resurrección comparable a la que el Padre hizo por su Hijo en la mañana de la Pascua de Resurrección.\* Todo esto es posible “si, [o más bien, *debido a que*] el Espíritu de aquél que levantó de los muertos a Jesús está en vosotros” (Romanos 8:11).

\* Juan el Evangelista expresa en el quinto capítulo de su evangelio una secuencia de pensamientos paralelos en que los versículos 24 a 27 hablan de la vida espiritual presente, en tanto que los versículos 28 y 29 hablan de la vida física futura.

**Hijos y herederos**

**<sup>12</sup> Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; <sup>13</sup> porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.**

**<sup>14</sup> Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios,**

El “así que” de Pablo nos invita a nosotros, sus hermanos y hermanas en la fe, a sacar una conclusión: el Espíritu Santo nos ha librado de la muerte y nos ha dado vida tanto en lo físico como en lo espiritual. ¿Cómo debemos vivirla? Obviamente, la respuesta es que esta vida debe transcurrir en estrecha conexión con el Espíritu que nos la ha dado.

Al elaborar su respuesta a esta pregunta, el pensamiento de Pablo se vuelve hacia otro don del Espíritu con el que ésta guarda relación. Los traductores de la *New International Version* (en inglés) introducen un guión en el punto en que Pablo hace este giro en su pensamiento y esto nos permite identificarlo. Para alcanzar el mismo fin, nuestra versión Reina-Valera 1995 coloca entre coma (,) y punto y coma (;) la cláusula explicativa: “no a la carne, para que vivamos conforme a la carne”. La respuesta simple y directa a la interrogante antes planteada sería: así que, hermanos, tenemos la deuda [u obligación] de *vivir bajo la guía del Espíritu*.

Pero antes de abordar esta “obligación” positiva, Pablo se ha detenido a señalar aquello a lo que no estamos obligados. Cuando el apóstol vuelve más adelante al aspecto positivo de la situación, no se detiene en la obligación, sino que más bien se dirige directamente a tratar de otra bendición que el Espíritu (con “E” mayúscula) le da a nuestro espíritu (con “e” minúscula): esta es la condición de hijos.

Al hablar primero del aspecto negativo, Pablo nos dice: “Hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne, porque si vivís conforme a la carne, moriréis”. Pablo lo hace sin olvidar el peso del capítulo anterior en que se

lamentaba del hecho de que aún continuaba pecando diariamente. El nuevo “yo” de Pablo lucha valientemente contra el pecado impidiéndole actuar sin estorbo o quedar al mando. Él no vive “conforme a la carne”. Tomando prestada una expresión del versículo siguiente podemos decir que el apóstol no es “guiado” por la naturaleza pecadora. Permitir que sea ésta la que guíe equivaldría a volver a la muerte de la que el Espíritu ya lo libró; sería una negación de la fe y caer de la gracia. En una palabra, sería perder la justicia por la que Cristo murió para imputársela a él.

Por otra parte, “si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”; porque “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios.” En las palabras iniciales de esta oración tenemos un ejemplo del uso de *pneuma* que fácilmente se podría entender tanto si se usa “E” mayúscula o “e” minúscula en “espíritu”. De manera literal, Pablo dice: “Mas si por [*pneuma*] hacéis morir las obras de la carne, viviréis”. Teniendo en cuenta que esto establece un contraste con la “naturaleza pecadora” (la carne), fácilmente se puede entender que aquí *pneuma* equivale a la “naturaleza espiritual” del cristiano, que hace morir las malas obras de la carne. Sin embargo, reconociendo que esta naturaleza espiritual se hace posible solamente por medio de la obra del Espíritu Santo, no se equivocaría al pensar que este “hacer morir las malas obras de la carne” es consecuencia de la acción del Espíritu Santo que vive en nosotros. Los traductores, tanto de la versión Reina-Valera 1995 que comentamos como los de la Nueva Versión Internacional, han preferido esta última interpretación.

Es cierto que Pablo habla de la obligación que tiene el cristiano de poner freno a las “obras de la carne”, pero esto no se ve como una carga o algo que *tenemos* que hacer. Más que insistir en esto, el apóstol se apresura a ofrecernos la motivación evangélica y las razones adecuadas para este proceder.

**<sup>14</sup>Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios, <sup>15</sup>pues no habéis recibido el espíritu de**

**esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!»<sup>16</sup> El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.<sup>17</sup> Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.**

Las cinco ocasiones en que se hace uso de *pneuma* en estos versículos vuelven a constituir una interesante mezcla de su empleo con minúscula o con mayúscula. Es indudable que cuando Pablo dice que “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios”, estamos ante un caso en el que *pneuma* se debe traducir como “Espíritu” con “E” mayúscula. Sin embargo, en la oración que le sigue parece más probable que el propósito de Pablo en ambos casos se expresara empleando “espíritu” con “e” minúscula. Literalmente el apóstol escribe: “Pues no habéis recibido el [pneuma] de servidumbre para recaer en el temor, sino que habéis recibido un [pneuma] de adopción como hijos.” Los dos usos están al mismo nivel, ambas se deben traducir con la *e* minúscula, “espíritu”.

Ante todo, notemos qué es lo que Pablo descarta aquí cuando emplea las palabras: “No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor”. La mayoría de los cristianos de Roma eran de procedencia gentil, pagana. Pablo los lleva a considerar los tiempos desdichados en que, antes de conocer a Cristo, adoraban a dioses falsos. Ellos se habían sentido obligados a tratar de ganarse el favor de estos dioses duros y exigentes al cumplir con los sacrificios que les imponían y al llevar el tipo de vida que exigían. En caso de no cumplir, temían la ira de los dioses ofendidos.

Con la obra del Espíritu Santo en su corazón, ya todo eso se había convertido en algo del pasado. Ahora conocían a un Dios misericordioso, que lo había hecho todo y que les había dado todo como regalo por medio de Cristo.

Ahora tenían ni el corazón ni la mente de un esclavo, sino de un hijo. Pablo les dice: “Habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ‘¡Abbá, Padre!’” Abbá es simplemente la palabra aramea para “padre”, y sería la forma común que usaría un niño para dirigirse a su progenitor al pedirle algo. Los niños no se detienen a pensar cuál será el momento apropiado para interrumpir lo que sus padres están haciendo, sino que con plena confianza les piden lo que necesitan cuando lo quieren. Éste es el tipo de relación confiada que el Espíritu Santo les infunde a los creyentes, de manera que se puedan acercar a Dios “con valor y plena confianza, como le piden los hijos amados a su amoroso padre”. Esta comparación que acabamos de emplear fue la que usó Lutero al comentar la Invocación al Padrenuestro.

¿Cómo es que los creyentes saben que pueden hacer esto? El apóstol se encarga de respondernos cuando dice: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.” Esta confianza no es arrogancia ni presunción, sino que es permisible y apropiada, pues somos *hijos* de Dios y él es nuestro *Padre* celestial. Mediante los medios de gracia, a través de la Palabra y de los sacramentos, el Espíritu Santo obra en nuestro corazón, en nuestro “espíritu”, la convicción y la seguridad de que somos hijos de Dios (vea 1 Juan 4:13).

Ser hijos de Dios, a los que se nos permite llamar a Dios nuestro Padre, tiene algunas implicaciones absolutamente inconcebibles. Si somos “hijos de Dios”, entonces en virtud de tener el mismo Padre resulta que el Hijo de Dios es nuestro hermano. Además, somos destinados a recibir todas las bendiciones que el Padre le otorga a su Hijo. Pablo intenta darnos un indicio de lo que esto significa cuando nos dice: “Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo”.

Todo lo que Cristo resucitado, triunfante y ascendido a los cielos ha recibido de su Padre, también nos pertenece a nosotros. Todo está al servicio de su iglesia, y esto nos sostiene y nos protege incluso ahora. Pero la plena expresión de esto sólo tendrá lugar cuando las glorias del cielo reemplacen permanentemente a las

pruebas y tribulaciones de este mundo. Entonces veremos con nuestros propios ojos la herencia que ahora tenemos por fe. Por esto, Pablo dice que somos “herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados”.

Aquí se aprecia nuevamente una oración condicional, pero la construcción gramatical griega deja bien claro que el asunto tratado está fuera de dudas. Nuestra herencia es algo seguro, tan cierto como que también tendremos que sufrir si vamos a seguir la guía del Espíritu en un mundo perverso y pecador. A pesar de ser inevitable, este sufrimiento no nos debe causar preocupación. Los pesares de la vida presente no se comparan con el glorioso futuro que les aguarda a todos los creyentes en Cristo.

**<sup>18</sup>Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse, <sup>19</sup>porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. <sup>20</sup>La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. <sup>21</sup>Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.**

La gloria que nos espera en el cielo es algo que “en nosotros ha de manifestarse”; como tal, corresponde al futuro y es en gran medida de una cantidad desconocida, tanto para Pablo como para nosotros. No podemos ni conocerla ni comprenderla a plenitud, ni se nos puede describir adecuadamente debido a que no tenemos experiencias similares. Aquí el apóstol tampoco intenta describirlas sino que, más bien, nos da una idea de la grandeza y de la gloria del cielo al mostrarnos la ávida anticipación y el anhelo ardiente que causa no sólo en los hijos de Dios, sino en toda la creación, tanto animada como inanimada. Él dice: “El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”.

Al abordar este pasaje el intérprete enfrenta varias dificultades. Ya hemos notado antes que aquí estamos tratando de cuestiones proféticas; Pablo habla de lo que vendrá en el futuro; pero aunque el bosquejo general resulta claro, todavía faltan los detalles.

Un segundo factor es que Pablo emplea en el pasaje un recurso literario que se llama personificación, por medio del cual les atribuye cualidades y características personales, como pensar y sentir, a elementos no humanos. Así nos habla del “anhelo ardiente de la creación” (versículo 19) y de que “toda la creación gime a una” (versículo 22). No se nos revela cómo es que la creación hace esto, ni cómo es que Pablo lo sabe. Consuela saber que no tenemos realmente necesidad de dar respuesta a estas preguntas. Tampoco aquí el propósito principal de Pablo es el de darnos una descripción detallada de la “actitud” de la creación durante su curso en un mundo manchado por el pecado. El énfasis del apóstol se deja ver con claridad en el versículo 23 donde la anticipación de la gloria por parte del creyente se convierte en el verdadero foco de atención de esta sección.

Pablo nos dice que la creación aguarda “la manifestación de los hijos de Dios”. Resulta imposible que en el mundo diario podamos decir con certeza quién es hijo de Dios. Es verdad que la idolatría manifiesta o la impiedad grosera pueden dejar claro que algunos no están en el camino de la salvación. Pero hay muchos individuos honorables y destacados cuya condición real no podemos determinar. Quién está y quién no está entre los “hijos de Dios” será algo de conocimiento público solamente el día del juicio cuando Jesús separe formalmente a las ovejas de los cabritos.

Pablo dice que la creación aguarda con anhelo el día del juicio en que se identificará a los creyentes, porque ese día la creación se verá liberada de la “vanidad” o de la “frustración” (como lo dice la Nueva Versión Internacional). El apóstol escribe: “La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Por tanto, también

la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”

A la creación se le describe como frustrada porque su bondad y su abundancia disminuyeron como consecuencia de la caída del hombre en el pecado. Desde ese momento ha experimentado un constante deterioro y se halla sometida a “la esclavitud de corrupción”. Esta frustración aumenta porque la creación no estaba destinada a esto, ni este declinar le sobrevino por su “propia voluntad” o como también se podría traducir: “debido a su propia *premeditación*”. No, la voluntad de Dios fue maldecir a la tierra para que produjera espinos y cardos. De este modo se volvió difícil trabajar y así les sirvió de recordatorio constante a Adán y a sus descendientes de la gravedad de su pecado (vea Génesis 3:17-19).

Ahora Pablo nos da una breve visión de lo que le aguarda a la creación en el futuro cuando nos dice que fue sometida a su presente estado de frustración “en esperanza. Por tanto también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”

Las Escrituras hablan claramente acerca de un nuevo cielo y de una nueva tierra en los que habitará la justicia (2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1-4). Sin embargo, esto no aclara de manera definitiva si serán de un nuevo material o si se tratará de una renovación y restauración del mundo ya existente. Aquí la forma en que Pablo habla sobre esto se inclina a pensar en términos de restauración. Pasajes como el de 2 Pedro 3:10-13 le dan más cabida a la idea de que el mundo actual será destruido y reemplazado por otro. Aunque es interesante, no nos resulta esencial saber esto. Como veremos, tampoco es el énfasis principal de Pablo aquí, cuando regresa al verdadero punto de interés, que es la suerte de los creyentes.

**<sup>22</sup> Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. <sup>23</sup> Y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros**

**mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo,**

Sin entrar en detalles adicionales, Pablo afirma que toda la creación ha estado gimiendo en anhelante expectativa de que las cosas sean enmendadas en el día del juicio. Cuando el apóstol continúa diciendo “y no sólo ella...”, está empleando una forma abreviada de una expresión más completa que sería: *no sólo la creación es la que gime de esta manera*, “sino que también nosotros mismos... gemimos”. Con esto, Pablo ha llegado al punto en el que desea que los cristianos romanos se centren, es decir: que perseveren pacientemente bajo el sufrimiento mientras aguardan por el gran día del Señor.

El primer paso que da Pablo para fortalecer a los romanos en esta paciente espera por la herencia consiste en llamarles la atención acerca de lo que ya han recibido. Esto lo hace al referirse a ellos como las personas “que tenemos las primicias del Espíritu”. En tiempos del Antiguo Testamento, Dios le había ordenado a su pueblo que le ofreciera los primeros frutos de la cosecha (Éxodo 23:19; Deuteronomio 26:1-11). Para los creyentes que de buena gana le ofrecían al Señor lo primero de sus cosechas, esto implicaba la seguridad y la confianza de que Dios les daría más en lo porvenir. En este sentido “las primicias” eran consideradas como una señal, prenda o pago inicial de Dios, por el cual el Señor les aseguraba que les iba a dar el resto de la cosecha.

Pablo se vale de esta ilustración cuando habla del Espíritu Santo como las primicias de Dios. El envío del Espíritu Santo al corazón de los creyentes constituye el pago inicial de parte de Dios asegurándoles que también les dará el resto de lo que se les ha prometido.

Lo que los cristianos de Roma esperaban anhelantes, y lo que Dios les había prometido, era la “adopción [como hijos]”. Éste es el mismo término que Pablo empleó anteriormente en el versículo 15, pero con un significado diferente. En el primer caso quería decir ser llevados o incorporados a la familia de Dios,

convirtiéndose en sus hijos y herederos. Aquí Pablo les habla de la plena realización de lo prometido por Dios al respecto, por tanto, el apóstol define lo que esta “adopción [como hijos]” significa al añadirle “la redención de nuestro cuerpo”. Esta redención ocurrirá en la resurrección final cuando los creyentes sean resucitados con un cuerpo glorificado para vivir con Dios para siempre. Esta gloriosa esperanza debe fortalecer a los cristianos de Roma y debe fortalecernos a nosotros que, como ellos, gemimos interiormente en ansiosa anticipación del gran día de Dios.

No nos debe sorprender el hecho de que los cristianos vivan en la esperanza del cumplimiento de las promesas de Dios que, sin embargo, no ven durante el transcurso de su vida. Después de todo la esperanza es parte integral del plan de salvación de Dios. La fe sola salva; pero la fe, que es esencialmente la seguridad y la confianza en las promesas de Dios, también le da al cristiano una base para una esperanza confiada y segura.

**<sup>24</sup> porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperarlo? <sup>25</sup> Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.**

La fe y la esperanza se combinan para obrar en el cristiano la paciencia con que aguarda la llegada del tiempo propicio de Dios. Pero la fe fluctúa, y la esperanza tiende a flaquear con demasiada facilidad cuando la espera se alarga, especialmente en el sufrimiento. Conocedor de esto, el apóstol introduce una segunda defensa infinitamente mayor contra el desánimo: Pablo vuelve al Espíritu Santo; la figura central de este capítulo.

**<sup>26</sup> De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. <sup>27</sup> Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.**

En la misma medida en que la esperanza demuestra que es una barrera contra el desaliento y el cansancio que nos asedia en tiempos de sufrimiento, así el Espíritu Santo nos ayuda en nuestras debilidades cuando no sabemos por lo que debemos orar. Una y otra vez los cristianos se encuentran sin saber qué hacer preguntándose cuál será la voluntad de Dios para ellos ante esta o aquella situación, lamentándose: “¡Si solamente supiera qué es lo que el Señor quiere que haga; si supiera la razón por la que debo orar!” En ocasiones como éstas el Espíritu Santo interviene y hace por nosotros lo que nosotros somos incapaces de hacer. “El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”.

En el versículo 23 eran los hijos de Dios los que gemían; ahora es el Espíritu Santo el que lo hace. Los intérpretes de la Biblia están divididos en cuanto a si es que las peticiones del Espíritu Santo son formuladas sin palabras, es decir, indecibles, o si es que son habladas en términos que sobrepasan el habla humana. El asunto deja de ser importante a partir de que nos damos cuenta de que las peticiones resultan entendidas por aquel a quien van dirigidas, independientemente de la forma en que se hagan. Dios el Padre, que examina nuestro corazón, “sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”.

Los “santos”, por quienes el Espíritu Santo intercede, no son especialmente piadosos ni buenos cristianos, sino los que son santos por su fe en Cristo; en otras palabras: todos los creyentes. Por lo tanto, la ayuda en la oración es un servicio que el Espíritu Santo les presta a todos los cristianos. Eso no nos libera del mandato ni de la exhortación de Dios a que oremos, pero suple lo malo o escaso de nuestras oraciones. A diferencia de nuestras oraciones torpes, las oraciones del Espíritu Santo siempre resultan acertadas y “conforme a la voluntad de Dios”.

### ***Más que conquistadores***

Ya hemos visto en varios lugares que una sola palabra griega puede tener varios significados; ejemplos de esta flexibilidad los

tenemos en palabras como *ley (nomos)* y *espíritu (pneuma)*. La elección del significado afectará lo que uno entiende en el pasaje. Sin embargo, existen otras causas para estas variaciones. A consecuencia de un ligero cambio en la forma de una palabra al copiarla a mano, se puede modificar su función en la oración; por ejemplo, la diferencia de una letra puede cambiar el sujeto de un verbo en su objeto. Bajo la guía providencial de Dios, estas variaciones en el texto no han sido causa de doctrinas falsas, pero dan un matiz ligeramente diferente a la oración en que esto ocurre.

Un ejemplo de este tipo de variación lo tenemos en el versículo 28 que nuestra versión Reina-Valera, Revisión de 1995, traduce como sigue:

**28 Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados**

Esta cita aparece en forma ligeramente diferente en la Nueva Versión Internacional (en español) donde una nota al pie de página presenta la variante que aparece en la Reina-Valera 1995. Las dos formas son igualmente fundamentadas en los manuscritos antiguos. De todas formas, cualquiera de las variantes textuales refleja básicamente el mismo pensamiento.

El vínculo entre este versículo y el anterior consiste en que ni la ansiedad mientras aguardamos el día del juicio, ni los vacíos en nuestra vida de oración, ni ningún otro problema pueden amenazar seriamente nuestra condición espiritual, porque somos objetos del amor de Dios que nos escogió desde la eternidad. Ya sea que leamos este texto en la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, que dice: “a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien” o según la Nueva Versión Internacional (en español) en que se lee: “Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman”, el mensaje es el mismo: el resultado exitoso está seguro y confirmado.

Pero, ¿de quiénes habla Pablo? ¿Para quiénes resulta verdad lo que ha dicho? Cuando el apóstol dice que las cosas cooperan

para bien de aquellos que aman a Dios, esta afirmación nos hace sentir incómodos. La razón es que inmediatamente nos preguntamos si es que amamos a Dios lo suficiente como para que podamos ser incluidos en esa categoría. Pero Pablo nos calma de inmediato diciéndonos que en todo esto no importa lo que *nosotros* hagamos, sino lo que *Dios* ha hecho por nosotros. Todas las cosas obran para el bien de aquellos “que conforme a su propósito son llamados”.

Los creyentes en Cristo pueden y deben descansar seguros de que Dios se ha ocupado misericordiosamente de todo cuanto tiene que ver con la salvación de ellos, encargándose activamente de esto desde la eternidad. Ahora Pablo hilvana una cadena de acontecimientos que hacen que la herencia prometida a los hijos de Dios sea absolutamente segura y cierta.

Romanos 8:29,30

**<sup>29</sup> A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. <sup>30</sup> Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.**

La secuencia de acontecimientos a que Pablo se refiere en estos dos versículos se extiende desde la eternidad pasada, alcanza el presente y se proyecta infinitamente hacia la eternidad futura. El apóstol comienza esta serie de sucesos diciendo: “A los que antes conoció, también los predestinó”. Cuando comentamos Romanos 7:15, hicimos énfasis en que el verbo griego *conocer*, no significa solamente tener información o saber, sino que implica mucho más. En ese idioma esta palabra implica tener un conocimiento íntimo obtenido por experiencia personal y que refleja la aprobación y la aceptación de la cosa o persona que es conocida. En las palabras de Jesús: “Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!”, que aparecen en Mateo 7:23, se aprecia todo el alcance y la fuerza de este verbo que, usado aquí

con una connotación negativa, es parte de esta expresión que dirige a los falsos maestros. Jesús no está diciendo que no estuviera al tanto de la actividad de estos impostores; él sabía exactamente lo que enseñaban. El asunto está en que nunca los reconocerá como suyos. Por lo tanto el rechazo es la consecuencia lógica de que Jesús no los “conoce” o los desaprueba.

Exactamente lo opuesto es verdad de los que Dios conoce con aceptación y aprobación. Ellos son suyos, son sus escogidos. Pero Pablo dice algo de mayor relevancia aún que la simple afirmación de que Dios conoce a los suyos. El hecho es que Dios “antes conoció”, desde la eternidad; es decir, que por su misericordia Dios nos escogió desde antes, desde la eternidad, antes de que tuviéramos la oportunidad de mover un dedo o de hacer cualquier cosa para ganar su favor y aprobación. ¡Eso es gracia! Pablo desarrolla la doctrina de la gracia de manera más completa cuando les escribe a los efesios esta enseñanza: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Efesios 1:3-5; ver también 2:8-10).

¿Cuál era la meta o el objetivo de Dios al escoger a los elegidos? Pablo dice que Dios “los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. El propósito misericordioso de Dios fue hacerlos conforme a Cristo, quería que los creyentes compartieran las bendiciones ilimitadas que con todo derecho están ahora en posesión de nuestro Salvador. Al incorporar a los elegidos a su familia haciéndolos *hijos de Dios*, el Padre honró a Cristo, *el Hijo de Dios*, dándole muchos hermanos.

“Y a los que [Dios] predestinó, a éstos también llamó”. Desde la eternidad Dios predestinó a los elegidos para que compartieran las bendiciones de su Hijo. Para que esto fuese así, los llamó

durante su vida terrenal. A través de los medios de gracia, mediante la Palabra y los sacramentos, los invita a aceptar la justicia de Cristo para convertirse así en hijos de Dios y herederos del cielo.

“Y a los que [Dios] llamó, a éstos también justificó”. El llamado de Dios se efectúa mediante los medios de gracia. Al actuar mediante ellos, el Espíritu Santo obra la fe a través de la que el creyente acepta la justificación que Cristo ganó para todo el mundo. Recordemos que con anterioridad habíamos destacado la diferencia entre justificación general y la personal (también llamadas justificación objetiva y subjetiva). En esta sucesión de acontecimientos, Pablo habla acerca de la aceptación personal de esta justicia ganada por Cristo, mediante la que Dios declara al creyente justo, santo y aceptable como hijo y heredero.

“Y a los que [Dios] justificó, a éstos también glorificó.” Plenamente justificados y seguros bajo el cuidado protector y misericordioso de Dios, los creyentes ya están tomando parte en la gloria de Dios. Sin embargo, el pleno disfrute y percepción de la misma es algo que no tiene lugar antes de la llegada del día del juicio final. La glorificación plena de los creyentes ocurrirá solamente en el cielo. No obstante, lo que Dios promete es tan válido como si ya estuviera cumplido; y por esto Pablo dice “glorificó” en pasado al añadir este eslabón final a la cadena de certidumbres inquebrantables que marcan la totalidad del transcurso de la existencia cristiana.

Dios ha hecho absolutamente todo lo que es necesario para nuestra salvación. En su misericordia nos conoció de antemano, nos predestinó, nos llamó, nos justificó y nos glorificó. ¿Cómo vamos a responder ahora al amor y a la misericordia de Dios nuestro Salvador? Pablo se encarga de contestar en los pocos versículos que siguen: respondamos con una confianza segura y sin temores, sin miedo a la condenación, aunque nos acusen los enemigos (versículos 32-34), sin temor de que podamos ser separados del amor de Dios sean cuales sean las circunstancias que enfrentemos en la vida (versículos 35-39).

**<sup>31</sup> ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? <sup>32</sup> El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? <sup>33</sup> ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. <sup>34</sup> ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.**

Pablo se pregunta: “¿Qué, pues, diremos a esto?”, y se responde a sí mismo con media docena de otras preguntas cuyas respuestas son todas perfectamente evidentes.

“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” Una vez más, la oración condicional no es dubitativa. Uno la puede traducir adecuadamente diciendo: “*Puesto que Dios está por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? La respuesta es: ¡por supuesto que nadie! Con Dios de nuestra parte, no existe nadie que pueda triunfar en contra nuestra.*”

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” El argumento que aquí se expone se vuelve desarrollar nuevamente en un sentido de mayor a menor. Si (o más bien *ya que*) Dios hizo lo mayor al entregar su propio Hijo a la muerte para ganarnos la salvación, ¿no hará él todas las cosas menores y más fáciles a fin de que realmente las lleguemos a alcanzar?

En las dos preguntas siguientes, que son las últimas, Pablo se sitúa en el ambiente de un tribunal y pregunta: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.” La palabra griega correspondiente al término escogidos es *eklekton*, “los elegidos”. Ellos son aquellos a quienes Dios conoció antes y los predestinó, y a quienes durante su tiempo en este mundo justificó. ¿Quién tiene posibilidades de oponerse a que Dios lo haya decidido así?

“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de

Dios, el que también intercede por nosotros.” La acusación de Satanás en contra nuestra tendría mucho peso ante cualquier corte judicial si no fuera por tres cosas que son: 1) Cristo Jesús murió en pago por nuestros pecados; la deuda ya ha sido cancelada. 2) Aún más, el Padre ha aceptado el pago, lo que resultó probado al resucitar a su Hijo en la mañana de la Pascua de Resurrección. 3) Bien lejos de estar de acuerdo con Satanás en que los pecadores justificados deben ser condenados por el Padre, Cristo, sentado a su diestra y teniendo toda la atención de éste, intercede por nosotros. Con este abogado que defiende nuestra causa ante un juez favorable, no hay posibilidad de que se decida en contra nuestra ni de que recaiga sobre nosotros un veredicto adverso.

Es por todo esto que podemos dejar de lado, a nivel de tribunal, el ataque malévolo y frontal de Satanás, pues nunca tendrá éxito. Pero, ¿qué hay del agotamiento y del desgaste de cada día en la vida del cristiano? ¿No sería posible, o incluso probable, que nos cansemos y nos desanimemos en el largo camino? ¿Qué ocurrirá con las persecuciones y las dificultades? ¿No nos afectarán? Todo esto constituye un motivo de grave preocupación que Pablo trata al hacer las siguientes preguntas:

**<sup>35</sup> ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada?**

**<sup>36</sup> Como está escrito:**

**«Por causa de ti somos muertos todo el tiempo;  
somos contados como ovejas de matadero.»**

Pablo no les da a los romanos, ni nos da a nosotros, ninguna seguridad de que no habrá cosas como los problemas, las dificultades, las persecuciones ni el hambre. El apóstol más bien parte de la presunción de que esas cosas ocurrirán, y cita las Escrituras en respaldo de su razonamiento. A través de la cita que emplea, Pablo nos dice que nuestra situación es como aquella de la que escribió el salmista en el Salmo 44:22: Somos como ovejas llevadas al matadero. Tampoco nos debe sorprender esto; el propio

Jesús les dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, *tome su cruz* y sígame” (Mateo 16:24).

La situación parece desesperada pero, ¿nos separará de Dios nuestro Salvador? Pablo contesta:

**<sup>37</sup> Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.**

**<sup>38</sup> Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, <sup>39</sup> ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.**

Lejos de ser vencidos, seremos nosotros los vencedores y conquistadores. ¡En realidad, Pablo promete aún más! Literalmente, dice que seremos “más que vencedores” o “súper conquistadores”. Sin embargo, esta condición no será mérito nuestro, porque no será el resultado de cualquier cosa que hagamos, ni será consecuencia de nuestra devoción y amor por el Señor. Más bien, la cosa es completamente al revés. “Somos más que vencedores por medio de aquél que nos amó.” Cuando es su amor el que gana la victoria, entonces absolutamente nada en la creación “nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”. Ni las fuerzas del mal (la muerte ni los principados, “demonios” en la NVI) ni ninguna distancia ni dimensión (altura ni profundidad) pueden borrar ni contrarrestar el amor que Dios tiene por nosotros. A donde quiera que vayamos, y sean cuales sean nuestras circunstancias, el amor de Dios estará presente para protegernos (vea Salmo 139). Así es el amor que el Dios trino nos ha prodigado y nos continúa prodigando. Él nos escogió desde la eternidad, nos llama ahora en la fe, y nos mantendrá en ella hasta que alcancemos la gloria eterna.

## LA JUSTICIA DE DIOS EN SU TRATO CON “ISRAEL” (9:1—11:36)

---

Pablo terminó el capítulo 8 con la firme certidumbre de que nada puede separar al creyente en Cristo del amor de Dios. Los cristianos se pueden sentir seguros al saber que son objeto del cuidado y del amor de Dios que los escogió desde la eternidad para la vida eterna.

Aunque la epístola de Pablo fue muy reconfortante para los lectores romanos, esta verdad también iba a levantar una pregunta de mucha importancia. El grupo a quien iba dirigida esta carta, un grupo mixto integrado por judíos y gentiles, estaba consciente de que en general la iglesia cristiana crecía mediante la adición de conversos *gentiles*. La nación judía tendía a mantenerse distante del cristianismo o a serle abiertamente hostil. Basta con que veamos el libro de Hechos para apreciar el vigor y la persistencia de la oposición de los judíos que Pedro y los Doce experimentaron en Jerusalén (Hechos 5:17,18) y que Pablo y sus colaboradores enfrentaron en la obra misionera mundial (Hechos 9:23-25; 13:6-8; 17:5-14).

Pero si en su rechazo de Cristo los judíos quedaban en su mayor parte fuera de la iglesia cristiana y de sus bendiciones, ¿qué iba a ocurrir entonces con su categoría de ser el pueblo escogido de Dios? ¿Qué había entonces con lo que él les había prometido en el Antiguo Testamento? Pablo se encarga de tratar el asunto en la sección siguiente, que abarca los capítulos 9 a 11.

### *El libre albedrío de Dios*

Cuando Pablo proclamó a Jesús de Nazaret como el Cristo, el Mesías prometido, predicó un mensaje que de ninguna manera era agradable para el modo de pensar de los judíos. Ver a Jesús como el cumplimiento del Antiguo Testamento, con sus ritos y ceremonias cuidadosamente señaladas, parecía presentar una amenaza a las tradiciones y a las costumbres judías. Realmente,

cuando Pablo regresó a Jerusalén después de completar su tercer viaje misionero, Santiago y los hermanos cristianos de Jerusalén le advirtieron del peligro que representaban para su vida sus enemigos judíos de esa ciudad. La comunidad ortodoxa judía percibía a Pablo como un individuo hostil a sus costumbres y virtualmente antisemita (Hechos 21:17-21). En realidad, como el propio apóstol lo afirma enfáticamente, nada podía estar más lejos de la verdad.

**9** **Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, <sup>2</sup> que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón, <sup>3</sup> porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; <sup>4</sup> que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la Ley, el culto y las promesas. <sup>5</sup> A ellos también pertenecen los patriarcas, de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.**

Lejos de ser antisemita en su trato con los de raza judía, Pablo siente “gran tristeza y continuo dolor” en su corazón debido a que ellos han rechazado al Mesías prometido. Pablo enfatiza este pensamiento con una afirmación triple: “Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo”.

Pero la verdadera prueba de su amor por la nación judía aparece en la afirmación que hace a continuación. Recordemos que después del incidente que implicó la adoración de Israel del becerro de oro, Dios había amenazado con destruir a la rebelde nación judía y con hacer de Moisés una gran nación (Éxodo 32:9,10). De un modo que recuerda el ofrecimiento de Moisés (Éxodo 32:31,32), Pablo ahora dice: “Deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor de mis hermanos, los que son mis parientes según la carne”. Si fuera posible, Pablo preferiría perderse él mismo condenado eternamente, si solamente sus “hermanos” de su propia raza, el pueblo de Israel, se pudieran

salvar. Así era la vehemencia con la que Pablo anhelaba la salvación de los suyos.

Tampoco la salvación de los israelitas es una esperanza irreal. Fijémonos en todas las ventajas que Dios les dio. Por ejemplo: “la adopción” como hijos. De entre todos los pueblos de la tierra, fue únicamente con respecto a los judíos que Dios dijo: “Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi *hijo*” (Oseas 11:1).

Segundo: “[Suya es] la gloria”, palabra con la que Pablo parece referirse a *la gloria del Señor*. Ese fue un fenómeno único mediante el que Dios hizo conocer su presencia entre los israelitas. El Antiguo Testamento se refiere a ella en numerosos pasajes; un ejemplo representativo es el del capítulo 9 de Levítico. Allí, después de decretar cuáles animales se debían ofrecer para el sacrificio, Moisés le dice al pueblo: “Jehová se manifestará hoy a vosotros” (versículo 4). Y el relato continúa: “Ellos llevaron delante del Tabernáculo de reunión lo que mandó Moisés; vino toda la congregación y se puso delante de Jehová. Entonces Moisés dijo: ‘Esto es lo que mandó Jehová; hacedlo, y la gloria de Jehová se os manifestará....’ Luego entraron Moisés y Aarón en el Tabernáculo de reunión. Cuando salieron, bendijeron al pueblo, y la gloria de Jehová se manifestó a todo el pueblo. Salió fuego de la presencia de Jehová y consumió el holocausto con las grasas que estaban sobre el altar. Al ver esto, todos los del pueblo alabaron y se postraron sobre sus rostros” (versículos 5,6,23,24). Esta “gloria de Jehová” no apareció de esta forma entre ninguna otra nación.

Tercero: “[De ellos es] el pacto”. Dios estableció numerosos pactos con su pueblo escogido: con Abraham (Génesis 15:17,18), con Moisés (Éxodo 19:5,6), con David (2 Samuel 7:8-16), a través de Jeremías (31:31-40), por medio del profeta Ezequiel (34:25-31). Por su propia naturaleza, estos pactos convirtieron a Israel en un pueblo especial.

Cuarto: “[De ellos es] la promulgación de la Ley”. Israel tuvo la ventaja de saber con exactitud, tanto a través de los Diez

Mandamientos dados en el monte Sinaí (Éxodo 20:3-17) como por medio de los cinco libros de Moisés (Deuteronomio 31:24-27), lo que Dios esperaba de ellos.

Quinto: “[De ellos son] el culto y las promesas”. Otras naciones siguieron el conocimiento natural de Dios que había en su corazón para establecer sus propios ritos en la adoración de sus dioses. Israel no sólo tenía sus formas de adoración indicadas por Dios y agradables a él, sino que su adoración estaba llena de significado. Esta adoración ofrecía el consuelo que únicamente podía ofrecer el hecho de tener la promesa de un Salvador del pecado.

Sexto: “[De ellos son] los patriarcas, de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”. Otras naciones tuvieron sus filósofos y sus sabios, pero sólo Israel tuvo héroes de la fe como Abraham, Isaac, Jacob, Judá, David y Salomón. Estos no sólo creyeron y anunciaron las promesas de Dios, sino que ellos mismos eran portadores de la Simiente prometida. En cuanto a su naturaleza humana, Jesús nació judío y descendiente directo de los patriarcas. Pero también era más, ¡mucho más! Era el Cristo prometido “el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén”.

Pablo no tiene prejuicios contra los suyos, los de raza judía. ¡Todo lo contrario! Más bien, les concede un lugar principal en el mundo. En realidad, ellos constituyen la nación que, en virtud de haber sido la portadora del Mesías prometido, ocupa un lugar central en la historia del mundo. Pero con todo este prestigio nacional y con todas estas ventajas dadas por Dios, ¿por qué es que tan pocos de ellos están a tono con lo que está sucediendo mediante la expansión mundial de la iglesia cristiana? Antes de darnos su respuesta, Pablo le corta al paso a una concepción totalmente errónea.

**<sup>6</sup>No que la palabra de Dios haya fallado, porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, <sup>7</sup>ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos suyos, sino: «En**

**Isaac te será llamada descendencia.»<sup>8</sup> Esto es: no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que son contados como descendencia los hijos según la promesa,<sup>9</sup> pues la palabra de la promesa es ésta: «Por este tiempo vendré y Sara tendrá un hijo.»**

Pablo nos dice que, si muchos de los judíos no están en el redil cristiano, no se debe a que Dios no fuera serio cuando les dio su Palabra y su promesa. Como nación, Israel retiene las numerosas ventajas previamente enumeradas; esas promesas todavía son válidas. El problema no está en Dios y su Palabra, sino en que, en su mayor parte, los miembros individuales de la raza judía han despreciado y rechazado, en su incredulidad, las promesas. Eso es lo que el apóstol nos quiere decir con su afirmación paradójica de que no todos los que son descendientes de Israel son israelitas.

“Israel” es el nombre que le dio Dios al patriarca Jacob después de que éste luchara con Dios y prevaleciera mediante la fe (Génesis 32:28). Es por eso que a todos los descendientes físicos de Jacob se les llamó israelitas. Pero como ya Pablo indica desde aquí y como dirá en mayor detalle más adelante, no todos los descendientes de Jacob son verdaderos israelitas. Los verdaderos israelitas son los que se aferran en fe al Salvador que Dios le prometió a Jacob. Por lo tanto, el “verdadero Israel” es el Israel *espiritual*, los creyentes que miran en fe al Mesías prometido, a Cristo. Lamentablemente, la mayoría de los compatriotas de Pablo no aceptaron a Jesús de Nazaret como el Mesías prometido; por lo tanto el apóstol tiene que decir que no todos los que son físicamente israelitas son el verdadero Israel (espiritual). Esta expresión es similar a la que nosotros podríamos decir: no todos los cristianos son verdaderos cristianos. El hecho simple de ser miembro de una congregación cristiana no es ninguna garantía de fe, ni de que haya vida espiritual en el corazón.

No todos los descendientes de Jacob (Israel) son verdaderos israelitas. Volviendo dos generaciones atrás, desde Jacob hasta

Abraham, Pablo repite el mismo pensamiento cuando dice: “Ni por ser descendientes de Abraham, son todos [los judíos] hijos suyos [de Abraham]”.

Cuando Abraham tenía 75 años de edad, Dios le prometió hacer de él una gran nación. Diez años más tarde, aún estaba sin hijos. En un intento mal dirigido de ayudar a Dios a cumplir su promesa, Sara sugirió que el patriarca tomara a su sierva egipcia como esposa sustituta. El resultado de esta relación fue el nacimiento de Ismael, hijo de Abraham y de Agar.

La confabulación de Sara, Abraham y Agar resultó efectivamente en el nacimiento de un niño, pero éste no era el cumplimiento de la promesa de Dios. Pablo observa al respecto que “no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que son contados como descendencia [de Abraham] los hijos según la promesa”. Ismael era hijo natural de Abraham, pero no era el escogido por Dios. Podríamos decir que Dios no había elegido cumplir su promesa mediante ese niño; la selección de Dios había sido otorgada a un descendiente de Abraham y de Sara. Citando Génesis 18:10,14 Pablo dice: “Pues la palabra de la promesa es esta: ‘Por este tiempo vendré y *Sara* tendrá un hijo””. Por decisión de Dios, o por haberlo elegido así, esta afirmación sería verdad: “Tu descendencia se establecerá por medio de Isaac” (versículo 7, NVI).

Hay que tener presente que Pablo habló del caso de Isaac e Ismael para ilustrar el tema de la elección divina. Pablo percibe que algunos de sus lectores pudieran tomar el atajo de la lógica y llegar a conclusiones equivocadas. Esta conclusión equivocada que él quiere evitar es la idea de que exista alguna razón que los humanos puedan discernir para explicar por qué Dios hace lo que hace: en otras palabras, que la elección de Dios depende de lo que la persona haga o no haga. Pablo desacredita esta idea con un segundo ejemplo también tomado de la vida de los patriarcas.

**<sup>10</sup> Pero no sólo esto, pues también Rebeca concibió de un solo hombre, de Isaac nuestro padre. <sup>11</sup> No habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal (para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama), <sup>12</sup> cuando Dios le dijo a Rebeca: «El mayor servirá al menor.» <sup>13</sup> Como está escrito: «A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.»**

Al considerar el caso de Isaac e Ismael, sería fácil que cualquiera razonara del siguiente modo: por supuesto que Dios no escogería a Ismael, éste no tenía la madre apropiada, pues era hijo de una joven esclava egipcia, mientras que Isaac tenía la ventaja de haber nacido de Sara, la verdadera esposa del patriarca.

Para eliminar la posibilidad de que se vea el mérito en la vida y en las acciones de un individuo como la base para ser elegido por Dios, Pablo recurre al caso de Jacob y Esaú. El trato de Dios con ellos deja bien claro que la elección de Dios se produce “no por las obras sino por el que llama”, es decir, no por obras ni méritos humanos, sino por la soberana elección de Dios.

Isaac, antepuesto a Ismael por Dios para que fuera el portador de la línea mesiánica, se casó con Rebeca, y el Señor los bendijo con los gemelos Jacob y Esaú. Realmente Esaú fue el primero en nacer (Génesis 5:25) y era de esperarse que se le diera prioridad. Pues “no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal (para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama), cuando Dios le dijo a Rebeca: ‘El mayor servirá al menor’”.

El recibir la primogenitura otorgada al que nacía primero tenía ventajas en el liderazgo familiar y en la herencia de los bienes; pero en el caso de la familia del patriarca, había otro factor en juego. La elección de Jacob en lugar de Esaú le otorgaba la gran distinción de que fuera Jacob, y no Esaú, el que sería el portador de la promesa y el antepasado del Salvador. ¿Por qué esa distinción recayó en Jacob? No fue por ninguna dignidad ni valor que tuviera Jacob en sí mismo, sino porque Dios quería que fuera así. Esta fue su decisión soberana.

Pablo cita al profeta Malaquías (1:2,3) para mostrar la diferencia tan marcada que estableció Dios entre los dos; y lo hace al decir que el asunto es “como está escrito: ‘A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí’”. Los intérpretes de la Biblia han luchado con esta cita. Con bastante frecuencia se da la explicación de que *aborrecí* se debe entender aquí como “amé menos”. El problema con esta interpretación es que cuando uno suaviza arbitrariamente el significado de *aborrecí* para hacerlo menos intenso, entonces también entra en duda el valor de la palabra opuesta que le acompaña: *amé*. ¿Puede *amé* significar algo menos que devoción total? Si es así, ¿cómo afecta esto a la expresión: “Porque de tal manera amó Dios al mundo...”?

Una mejor explicación es permitir que ambos términos conserven su significado pleno y vean así la cualidad doble mostrada por Dios, que también es justo y santo. Como un Dios justo y santo, está airado con razón con el pecado y odia al pecador. Pero, ¿quiénes son los pecadores a los que Dios odia? Recordemos cuán convincentemente Pablo había dicho con anterioridad que todos los individuos son pecadores y que carecen de la justicia válida ante Dios. Por tanto todos ellos están, por naturaleza, bajo su ira. Pero Dios también es amoroso y misericordioso, tan inalterablemente opuesto al pecado que odia, que en su amor dio a su propio Hijo para que muriera como el único pago aceptable por los pecados de todo el mundo.

De modo que ambas afirmaciones son verdad: Dios odia al pecador; Dios ama al pecador. En el análisis final de esta cita de Malaquías resalta la tensión que existe entre la Ley y el evangelio. La Ley proclama el odio de Dios contra el pecado y contra el pecador expresado en las palabras del salmista cuando le dice a Dios: “Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad” (Salmo 5:5). Pero el mismo Dios que no puede tolerar el pecado también afirma solemnemente: “Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (Ezequiel 33:11). Este es el mismo Dios de quien Pablo ha dicho: “Pero Dios

muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

El Señor odia el pecado y a los pecadores, y el Señor los ama profundamente y quiere que sean salvos. La solución de esta paradoja aparente se encuentra en la cruz del Calvario. Allí, el sacrificio perfecto de Dios hizo posible, de una vez por todas, que un Dios justo y santo aceptara a los pecadores: a los pecadores creyentes con sus pecados perdonados.

Sin embargo, siendo totalmente sinceros, es probable que esta respuesta no nos satisfaga por completo, ni responda a conformidad nuestra, al raciocinio de la pregunta ¿Por qué Jacob y no Esaú? También nosotros quisiéramos hacer la pregunta que Pablo espera de parte de sus lectores.

**<sup>14</sup> ¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? ¿De ninguna manera!, <sup>15</sup> pues a Moisés dice: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y me compadeceré del que yo me compadezca.» <sup>16</sup> Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia,**

Resulta casi inevitable que en cualquier discusión sobre la doctrina de la elección se haga la pregunta: ¿Es que Dios es justo? De una manera más específica: ¿Resulta justo que Dios condene a la gente de algún continente remoto que no ha oído el evangelio o que no ha tenido las mismas ventajas que nos ha dado a nosotros?

Al tratar estos temas debemos tener en cuenta dos aspectos. Primeramente, nos debemos fijar en que la Biblia habla sólo de una elección para salvación; ella no menciona nunca una doble elección en que algunos son designados desde la eternidad a ser condenados, pues esto crea una situación en que ellos nunca tendrán la oportunidad de ser salvos. Algunos han interpretado mal en este sentido los versículos 18 y 22 de este capítulo, los que se tratarán posteriormente en el contexto correspondiente.

En segundo lugar, note aquí la verdadera pregunta, que es el área donde se podría cuestionar legítimamente la justicia de Dios: ¿por qué tiene Dios que ser *misericordioso*? Después de todo, castigar al hacedor del mal no es más que simple y llanamente hacer justicia. Y recordemos que en los tres primeros capítulos Pablo ha dejado en claro, más allá de toda sombra de duda, que por naturaleza *todos* están bajo la ira de Dios y por tanto merecen su castigo.

Los gentiles tienen el conocimiento natural de Dios escrito en su corazón, pero, rebeldemente, suprimen este conocimiento. Es por esto que “la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad, porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó” (Romanos 1:18,19). El moralista se cree superior a los demás, pensando que su conducta externa es un poco mejor que la de los demás. Éste tiene que oír el veredicto de Dios: “Por eso eres inexcusable, hombre, tú que juzgas, quienquiera que seas, porque al juzgar a otro, te condenas a ti mismo, pues tú, que juzgas, haces lo mismo” (Romanos 2:1). Y a los judíos que se enorgullecen de tener la Ley se les advierte solemnemente: “Tú que te jactas de la Ley, ¿con infracción de la Ley deshonras a Dios?, pues, como está escrito: ‘El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros’” (Romanos 2:23,24).

Todos han pecado y deben ser justamente castigados por su desobediencia. Tiene sentido, lo podemos entender. Lo que no podemos comprender es por qué Dios todavía es misericordioso con estos pecadores. Sin embargo, esta es la cualidad que Dios revela acerca de sí mismo cuando le dice a Moisés: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y me compadeceré del que yo me compadezca”. A partir de la propia declaración de Dios sobre sí mismo, Pablo saca la conclusión ineludible de que “no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”.

Esta afirmación nos obliga a luchar con algunos conceptos de mucho peso como son la misericordia y la gracia. Nos resulta muy fácil decir: “Soy salvo por gracia”; es algo que brota fácilmente de nuestros labios. Pero detengámonos a pensar en lo que realmente significa: “Yo no hice absolutamente nada para merecer la salvación, pues era tan malo como cualquier otro. Dios lo hizo todo de puro regalo”. Pablo tiene razón cuando les dice a los efesios: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (2:8,9).

Y ¿cuál es el “don” que la gracia de Dios nos ha dado? Pablo nos da la respuesta en la oración inicial de su carta a los efesios: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (1:3-5).

Desde la eternidad, “antes de la fundación del mundo”, Dios nos escogió para que fuéramos sus hijos. ¿Y por qué lo hizo? Lo hizo porque esto era “conforme al puro afecto de su voluntad”. En otras palabras, porque éste era su deseo.

Este análisis de la situación no es exclusivo de Pablo, Santiago dice lo mismo en un pasaje bien traducido en la Reina-Valera 1995, donde dice: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer” (1:18). Nosotros podríamos hacer una paráfrasis de esto: “Porque él así lo quiso, nos hizo sus hijos.” ¿Qué hijo ha decidido alguna vez ser concebido y nacer? Así no es como suceden las cosas ni en el mundo biológico ni en el espiritual; nuestra vida espiritual, es decir, el convertirnos en hijos de Dios, “no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”.

La voluntad soberana de Dios, cuyo fundamento es su misericordia, se cumplirá. Todo lo que ocurre en este mundo es guiado y controlado por él en interés de sus elegidos. Incluso las cosas malas que la gente malvada lleva a cabo por placer malsano

son empleadas por un Dios compasivo para cumplir su propósito misericordioso. Un ejemplo que viene al caso es el trato de Dios al faraón en tiempos del Éxodo.

**<sup>17</sup> porque la Escritura dice al faraón: «Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.» <sup>18</sup> De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece.**

Vuelva a leer cuidadosamente el versículo 17 para notar bien lo que sí dice y que es lo que no dice. El aspecto que se enfatiza es la *misericordia* de Dios en acción. Dios actúa desplegando su poder de modo que su nombre “sea anunciado por toda la tierra”. La liberación de Israel que Dios llevó a cabo fue un despliegue misericordioso de su poder, destinado a que muchos depositaran su confianza en él como su Señor o para fortalecer la fe débil de los creyentes al permitirles ser testigos de su amoroso cuidado por ellos. Y ciertamente cumplió este propósito misericordioso. La victoria de Dios sobre el faraón no sólo fue conmemorada en los cantos de liberación entonados por Moisés (Éxodo 15:1-18) y por su hermana María (Éxodo 15:21), sino que este despliegue de la poderosa protección de Dios se convirtió en un tema que se repitió en todo el Antiguo Testamento y fortaleció a muchos espíritus desfallecientes.

Pero fijémonos también en lo que el versículo 17 *no* dice. No oímos a Dios diciendo que él haya puesto al faraón en un puesto de autoridad con el propósito de condenarlo. Pero qué hay del versículo 18: “De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece.” ¿Acaso esto no introduce un giro negativo en el asunto? Realmente lo hace; pero este giro se vuelve más comprensible si tomamos en consideración la fuerza del verbo griego que se usa aquí. La traducción: “De quien quiere [Dios], tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece” hace que el razonamiento nos suene autoritario, casi caprichoso. Sería conveniente que se conservara el énfasis del verbo griego

con respecto a la voluntad de Dios. Esto se podría lograr con una traducción así: “Por lo tanto, Dios tiene misericordia de quien es su voluntad tenerla, y endurece a aquel a quien es su voluntad endurecer.”

Al hablar de la voluntad de Dios, debemos distinguir entre lo que se ha llamado su *voluntad antecedente* y su *voluntad consecuente*. El empleo de esta terminología técnica no ayuda a explicar el *por qué* Dios hace lo que hace, pero sí nos ayuda a concentrarnos en *lo que* hace.

Las Escrituras están llenas de declaraciones que nos dicen claramente que es la voluntad de Dios que todos sean salvos. Mediante el profeta Ezequiel, Dios dice: “Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (Ezequiel 33:11). En el Nuevo Testamento la contraparte de esto sería el claro testimonio de Pablo a Timoteo: “Dios, nuestro Salvador,... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3,4). Resulta claro que es la voluntad básica o antecedente de Dios que todos lleguen a la fe en su Hijo y, de este modo, sean salvos eternamente.

Sin embargo, los humanos pecadores y perversos conservan la asombrosa capacidad de resistirse a la gracia de Dios. Con empecinada incredulidad pueden rechazar la justicia que Cristo ha ganado para ellos. Un Dios justo y santo no puede permitir que esta maldad y rebelión quede impune. Por lo tanto, junto con la dulce promesa del evangelio: “El que crea y sea bautizado, será salvo”, se yergue la afirmación severa de la Ley: “Pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). La condenación de los malvados es también la voluntad de Dios; pero en este caso es su voluntad consecuente, es decir, como consecuencia de la rebelión y del rechazo de los pecadores.

Es esta voluntad consecuente o resultante de Dios la que vemos dirigida contra el faraón. Es verdad que los milagros y maravillas que fueron hechos por Moisés y Aarón mediante el

poder de Dios constituyeron señales para los hijos de Israel de que Moisés era ciertamente el líder designado por el Señor. Pero en el análisis final, los milagros y las plagas fueron realmente un mensaje para el faraón y para sus consejeros (Éxodo 7:1,2). Dios se estaba revelando a sí mismo al faraón e invitándolo a que lo aceptara. El soberano egipcio tenía que responder y lo hizo; al rechazar repetidamente a Dios y al endurecer su corazón contra él. El texto hebreo resulta aquí de mucha ayuda por las estructuras verbales que emplea. Primero, utiliza formas que indican que el faraón endureció su corazón (Éxodo 8:15,32). Sin embargo, cuando se trata de la etapa en que ya su tiempo de gracia se había agotado, entonces se nos dice que fue Dios el que endureció el corazón del faraón (Éxodo 9:12; 10:1,20,27).

La voluntad de Dios de antemano (voluntad antecedente) no fue que el faraón se perdiera, pero sí fue su voluntad resultante (consecuente) el castigar su terca incredulidad. Vale la pena destacar que en todo este asunto la buena y misericordiosa voluntad de Dios se cumplió al desplegarse su poder y proclamarse su nombre en toda la tierra, para aliento y fortaleza de muchos fieles creyentes a través de todas las edades. Además, el caso del faraón sirve para ilustrar la seguridad que Pablo les había transmitido previamente a los romanos: “Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (8:28).

Si resulta que el propósito bueno y misericordioso de Dios se cumple incluso cuando castiga a los hacedores del mal como el faraón, ¿no es cierto que todas las personas son manipuladas por Dios como títeres? En vez de ser obradores del mal que son culpables por resistirse a la voluntad de Dios, ¿no sería mejor darles el mérito por hacer que la causa de Dios progrese? Pablo prevé esta clase de pregunta.

**<sup>19</sup> Pero me dirás: «¿Por qué, pues, inculpa? ¿Quién ha resistido a su voluntad?»**

Esta es una pregunta impertinente, y como tal merece y recibe la aguda reprimenda con que el apóstol la responde. De modo tajante, Pablo dice: “¡Tenga cuidado con lo que dice, señor!”

**<sup>20</sup> Pero tú, hombre, ¿quién eres, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: «Por qué me has hecho así»? <sup>21</sup> ¿Acaso no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?**

Pablo responde: “¡La criatura no tiene derecho a hablarle de esa manera a su Creador!” De la misma forma en que el barro no puede tomar decisiones en lugar del alfarero, ni la tabla puede discutir con el carpintero, igualmente resulta inapropiado para el humano poner en tela de juicio lo que Dios hace. El enfoque de Pablo concuerda con lo que Dios dice a través del salmista: “Estad quietos y conoced que yo soy Dios” (Salmo 46:10). Todo lo que Dios hace es bueno y justo porque él es Dios. ¡Y punto!

Pero a esta brusca reprimenda el apóstol le añade una respuesta más razonada, calculada con la intención de que quien pregunta tenga elementos para pensar. Formula dos preguntas retóricas cuyas respuestas son tan evidentes que no tiene que darlas.

**<sup>22</sup> ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción? <sup>23</sup> Él, para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria. <sup>24</sup> A estos también ha llamado, es decir, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles.**

Para captar el hilo del pensamiento de Pablo en estas dos preguntas debemos aclarar tres puntos importantes. Primero tratémoslos separadamente y después reuniremos esta sección en una traducción amplificada o paráfrasis.

Primero notemos que la pregunta que se plantea en estos versículos se puede considerar encabezada por la expresión “Y

qué, si”, que aparece al principio del 22 y manifiesta una refutación cortante, como cuando decimos: “¿Y a ti qué te importa si...?”\* Por ejemplo: un empleado llega tarde a su trabajo una mañana. Cuando el jefe le habla más tarde acerca del asunto, el aludido se defiende diciendo: “¿Qué importa si llegué un poco tarde? Ya terminé todo el trabajo, ¿o no?” La razón que da el empleado es que no hizo nada gravemente mal. El mismo tono defensivo se encuentra en la pregunta de Pablo: “¿Está Dios haciendo algo mal si...?”

En segundo lugar, demos un vistazo a la acción de Dios que se pide que sea evaluada por el crítico. Sigamos la cláusula principal de la oración y será como si oyéramos que Pablo pregunta: “¿Hizo Dios algo malo cuando en su gran paciencia toleró los vasos de [su] ira?”\*\* Es evidente que la respuesta es: ¡Absolutamente no! El versículo siguiente resulta paralelo a éste por la lógica que tiene: “¿Hizo Dios algo malo si actuó de tal manera que las riquezas de su gloria fueran conocidas por los vasos de su misericordia?”\*\*\* De nuevo, la respuesta no puede ser más que una sola: ¡Claro que no!

En tercer lugar, debemos comprender quiénes son los “vasos” que son objeto de la atención de Dios. Ambos, tanto los de “su ira” como los de “su misericordia” son considerados como “preparados” por Dios en nuestra versión Reina-Valera, Revisión de 1995. El empleo de esta palabra *preparar* es en ambos casos una elección desafortunada porque deja la impresión de que ambos grupos reciben el mismo trato. En ambos casos, o se les hizo algo a ellos, o se hizo algo por ellos. Pero éste no es el caso. Los traductores de la Reina-Valera han usado la misma expresión española, *preparar*, para traducir los dos verbos griegos, *katardidzo* y *pro-hetoimadtzo* respectivamente. Además, el

---

\* Conforme a la versión paralela en inglés, la Nueva Versión Internacional repite la pregunta del versículo 22 con las palabras “qué si” en del versículo 23.

\*\* “Los que eran objeto de su castigo” NVI).

\*\*\* “Los que eran objeto de su misericordia” (NVI).

segundo de estos verbos tiene el prefijo *pro*, que significa “hacer de antemano” y del que carece el primero.

De modo que del segundo grupo, es decir, de “los vasos de misericordia”, se nos dice con claridad que Dios los preparó de antemano para gloria. Esto constituye la elección de los escogidos por Dios, su elección eterna a la salvación, tal como se describe en Efesios 1:3-6.

Los del primer grupo, aquellos con quienes Dios está airado, no fueron preparados por él desde la eternidad para ser condenados. La situación de éstos resulta paralela a la del faraón. Aunque la intención más seria de Dios era salvarlos (voluntad antecedente), ellos la rechazaron. Endurecieron su corazón como lo hizo el faraón, y por esto a un Dios justo y santo no le quedó otra alternativa que la de mostrar su ira y ejercer su voluntad consecuente para castigar a los que hacen el mal. Ellos mismos se convirtieron en “vasos de ira” y por esto están “preparados para destrucción”.\*

Pero, aunque son merecedores del castigo, y aunque es la voluntad consecuente de Dios el mostrar su ira en contra de ellos, Dios “soportó con mucha paciencia [estos] vasos de ira”. Por lo tanto, Pablo pregunta: ¿Fue inapropiada la reacción de Dios? ¿Está mal que Dios tenga paciencia?

Ahora tratemos de integrar estos pensamientos en una traducción amplificada o paráfrasis. En sentido general, las palabras en *itálicas* reflejarán las ampliaciones del comentarista.

Versículo 22: *¿Debe considerarse a Dios culpable si, con mucha paciencia, soporta a los que por no creer en él y por rechazarlo se hicieron dignos de ser destruidos, aunque sea su voluntad consecuente el mostrar su ira justa contra estas personas y hacer conocer su poder?*

---

\* Una situación paralela se aprecia en los muchos verbos en voz activa que se emplean en Romanos 1:21-23 para describir la rebelión de los incrédulos contra Dios. Únicamente después de que estos han rechazado al Señor, es que oímos: “Por lo cual, también los entregó Dios...” (1:24,26,28).

Versículo 23: Y, *¿está mal* si Dios obra de tal manera que hace conocer la grandeza de su gloria a los que son objeto de su misericordia, personas a las que él, *por designio de su voluntad* (Santiago 1:18) de antemano—*en realidad antes de la fundación del mundo* (Efesios 1:4)—preparó para gloria?

Versículo 24: Cuando hablo de “vasos de misericordia”, me refiero a nosotros, *a aquellos que son justos mediante la fe en Cristo* (9:30,31), *el verdadero Israel*, a quienes ha llamado, no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles.

Una de las grandes preocupaciones de Pablo que está recogida en los capítulos 9 a 11 es que sus compatriotas, los miembros de la nación judía, se encuentran perdidos. El rechazo que la mayoría han hecho de Cristo, del cristianismo, le inquieta profundamente y, por lo tanto, el apóstol se siente obligado a hacer ver que, solamente por el hecho de que son descendientes de Abraham por nacimiento y por sangre, y por esto miembros físicos de la nación que Dios escogió para que fuera portadora del Salvador, no significa que todos ellos estén automáticamente en camino al cielo. Si rechazan al Mesías, al Salvador nacido de entre la propia raza de ellos, morirán en sus pecados y se perderán eternamente a pesar de la herencia y los genes que tienen.

Esto fue lo que Pablo explicó anteriormente en este capítulo cuando dijo: “No todos los que descienden de Israel son israelitas” (versículo 6). En el sentido de ser hijos de Dios, no todos los judíos son israelitas (una idea similar se puede ver en 2:28,29.) Los verdaderos israelitas son los que aceptan al Salvador y siguen los pasos de Abraham, su padre espiritual.

De aquí se desprende que, siendo la salvación no por nacimiento sino por fe, entonces el verdadero Israel se debe hallar también entre los gentiles que son creyentes. Ellos también se cuentan entre los escogidos a quienes Dios ha preparado de antemano para gloria. Esto es algo que Pablo señala claramente

cuando dice de manera específica que: “[Dios] ha llamado, es decir, a nosotros, no sólo de los judíos, *sino también de los gentiles.*”

Pablo recurre a las Escrituras para sustanciar su discusión con respecto a la doble ciudadanía del verdadero Israel. Mientras que Oseas le sirve para ilustrar la inclusión de los gentiles, la cita de Isaías indica que no todos los descendientes físicos de Abraham están entre los salvados, sino solamente un “remanente”. Pablo comienza con dos citas tomadas del profeta Oseas.

**<sup>25</sup> Como también en Oseas dice:**

**«Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo,  
y a la no amada, amada.**

**<sup>26</sup> Y en el lugar donde se les dijo:**

**“Vosotros no sois pueblo mío”,  
allí serán llamados “hijos del Dios viviente”.»**

Aunque en las circunstancias originales las palabras de Oseas fueron dirigidas a la nación judía, Pablo las adapta aquí para que sirvan como ilustración del amor que Dios, misericordiosa e inmerecidamente, les ha mostrado a los gentiles. El versículo 25 toma de Oseas 2:23, en tanto que el 26 refleja lo que se dice en Oseas 1:10. El sentido de ambas referencias es el mismo: Los gentiles, que fueron en un tiempo ajenos a Dios y que parecía que en ningún modo habían sido escogidos por él, se han convertido ahora en su pueblo amado y en “hijos del Dios viviente”.

Entretanto, la nación judía, tan altamente favorecida por Dios, ha desaprovechado en gran medida su gracia. Al respecto el profeta Isaías se ve obligado a emplear un tono que difiere totalmente del de Oseas.

**<sup>27</sup> También Isaías proclama acerca de Israel: «Aunque el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo, <sup>28</sup> porque el Señor ejecutará su sentencia sobre la tierra con justicia y prontitud.»**

Dios mantuvo la promesa que le hizo a Abraham de hacer del patriarca una gran nación, dándole una descendencia tan numerosa como la arena que hay a la orilla del mar y las estrellas del cielo. Pero no todos los que descienden de Abraham y de Jacob (Israel) son verdaderos israelitas. En realidad, el profeta nos lleva a entender que la mayoría de los israelitas que lo son físicamente no están en el campo bendecido del Israel espiritual. Solamente un *remanente* será salvo, dice el apóstol, citando a Isaías 10:22,23; e incluso va un paso más allá y, de nuevo con Isaías, compara a la mayoría del Israel físico con las ciudades condenadas de Sodoma y Gomorra.

**<sup>29</sup>Y como antes dijo Isaías:  
«Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado  
descendencia,  
como Sodoma habríamos venido a ser,  
y a Gomorra seríamos semejantes.»**

En este comentario negativo resulta importante notar también el elemento positivo. Dios nos ha “dejado descendencia”. La salvación en Cristo es también para los miembros de la nación judía, si sólo quisieran aceptarla.

### ***La necesidad de la fe y la culpa de la incredulidad***

Pablo ha dicho que los gentiles constituyen el nuevo pueblo de Dios, mientras que la nación judía, que había sido históricamente escogida por el Creador, ha quedado reducida a un “remanente”. Pablo se pregunta: “¿Qué, pues, diremos?” ¿Qué conclusiones se pueden sacar con base en las condiciones ampliamente diferentes en que ambos grupos se encuentran ahora? Pablo se encarga de dar las respuestas que corresponden a cada uno.

**<sup>30</sup> ¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; <sup>31</sup> mientras Israel, que iba tras una ley de justicia, no**

**la alcanzó.<sup>32</sup> ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la Ley, de modo que tropezaron en la piedra de tropiezo,<sup>33</sup> como está escrito:**

**«He aquí pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de caída;**

**y el que crea en él, no será defraudado.»**

Pablo se pregunta acerca de los gentiles diciendo: “¿Qué, pues, diremos [acerca de los gentiles]?” Y se responde: “Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe”.

Nunca hubo, en ningún momento de la historia, ni arrepentimiento ni cambio de corazón entre los gentiles, que llevara a Dios a decir que ya era tiempo de incorporarlos convirtiéndolos en un componente principal de su iglesia. No, los gentiles seguían andando despreocupadamente en su camino sin ningún interés especial de obtener justicia ante Dios, ni siquiera lo buscaban. ¡Todo ocurrió de una manera completamente diferente! Fue Dios quien los encontró a ellos. En su misericordia, Dios los había escogido desde la eternidad. Y ahora, a su debido tiempo, les envió mensajeros del evangelio que les proclamaran la justicia que Cristo había ganado mediante su vida perfecta y su muerte inocente en la cruz. Dios les estaba anunciando a los gentiles el perdón de los pecados en que se revolcaban. Mediante la obra del Espíritu Santo, el Señor los guió al arrepentimiento de sus pecados y a que aceptaran en fe el regalo de su perdón. Al aceptar esta justicia dada por Dios como el único derecho a permanecer ante un juez justo y santo, los gentiles no estaban haciendo nada bueno ni aportando nada de valor; simplemente habían aceptado la salvación como un don de Dios.

Pablo trata ahora del siguiente grupo como preguntándose también con respecto a los judíos “¿Qué, pues, diremos [de Israel]?” A esto se encarga de responder: “Mientras Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó” ¿Por qué no? “Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la Ley, de modo que tropezaron en la piedra de tropiezo”.

En contraste con la indiferencia moral y la despreocupación de los gentiles, los judíos se preocupaban mucho de la justificación y la procuraban con toda energía. Pero lo hacían de modo equivocado: “Porque iban tras ella... como por obras de la Ley”. Pensaban *que tenían que hacer* lo que Dios exigía en su santa Ley y, por lo tanto, se esforzaban arduamente en servirle mediante una justicia de la Ley. Pero, desgraciadamente, en la misma medida en que creían haber guardado la ley de Dios y pensaban que le eran aceptables en virtud de sus propios méritos, rechazaban la idea de que necesitaban un redentor o salvador del pecado. Rechazaban la sugerencia de que necesitaban ayuda de afuera. Cuando Jesús los enfrentó con sus pecados y les exigió que se arrepintieran, se encolerizaron. Cuando les dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6), se sintieron ofendidos. Y cuando se proclamó como el pan de vida descendido del cielo que tenía que ser comido (aceptado por fe) dijeron: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?” (Juan 6:60). Como resultado de esto, “muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con él” (Juan 6:66). Para ellos Cristo y sus enseñanzas se habían convertido en “una piedra de tropiezo”.

Sin embargo, este rechazo no sería una sorpresa total para los lectores romanos de Pablo. Después de todo, ya los profetas lo habían predicho en el caso del Israel incrédulo, como lo dice Pablo al juntar dos citas que toma de Isaías 8:14 y de 28:16 con las que nos dice: “Tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: ‘He aquí que pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de caída; y el que crea en él, no será defraudado’”.

La Nueva Versión Internacional (en español) podría desorientar cuando habla de Dios poniendo a Cristo como una roca “que *hace caer*”. Esto podría mal interpretarse, pues deja la impresión de que desde el principio el Señor podría haber tenido la intención de que la gente tropezara con esta roca, cayera y se perdiera. Ya se ha señalado desde antes que, en verdad, las Escrituras hablan de los que Dios escogió desde la eternidad para salvación, pero nunca dice que haya escogido a otros para

condenación. Esta idea tampoco se encuentra en Isaías, aunque a primera vista podría parecerlo.

Resulta útil saber que en el griego original se usan en los versículos 32 y 33 las mismas dos palabras que se traducen correctamente en la Reina-Valera, versión de 1995, como “piedra de tropiezo”. En la línea siguiente ocurre una expresión de dos palabras que se traduce como “una roca que *hace caer*” en la Nueva Versión Internacional. En este último fragmento, la traducción literal de las dos palabras en cuestión es “roca de ofensa”. Por esto se describe a Cristo como una roca con la que la gente se da por ofendida y por lo tanto tropieza.

Antes de que intentemos hacer una paráfrasis de la totalidad de la cita de Isaías, debemos ver otra cosa más. Ya vimos que Pablo ha combinado dos pasajes de este profeta. La segunda *y* (que aparece encabezando la última línea del versículo 33) los vincula a ambos; pero esto no significa que vincula dos pensamientos *paralelos*, sino que expresa un *contraste* entre las dos partes de la cita de Isaías. Por esto sería mejor emplear en lugar de la “*y*” la conjunción adversativa “*pero*”.

Al incorporar estas ideas en una paráfrasis o traducción amplificada de la cita escucharemos que mediante el profeta Isaías, Dios nos dice lo siguiente:

He aquí, que yo establezco a Cristo en mi iglesia  
como una roca

con la que la gente tropieza y con la que se  
ofende

y tropieza (Isaías 8:14),  
pero aquel que confía en él

nunca será avergonzado (Isaías 28:16).

La pregunta de Pablo era: ¿Qué, pues, diremos? Su propia respuesta es doble. De un lado, los gentiles, sin ningún esfuerzo de su parte, han sido llevados al redil de Dios sólo por su gracia a través de la fe en Cristo. Por otra parte, los judíos han perdido su condición de favorecidos debido a que, en ciega incredulidad,

insistieron en tratar de ganar la salvación en sus propios términos al guardar la Ley en lugar de confiar en los méritos de Cristo.

Sin que esto satisfaga la lógica y la razón humana, la ineludible verdad que el apóstol comparte con nosotros es que, si somos salvos, es únicamente por la gracia de Dios, y si nos perdemos, se debe a nuestra propia falta, como resultado de nuestra propia incredulidad.

### ***La incredulidad de Israel***

Volviendo específicamente al caso de Israel, todavía hay esperanzas. La palabra de Dios no ha fallado, ni han caducado sus promesas. Pero, tal como lo señala Pablo, el asunto de la culpable incredulidad de Israel debe ser examinado.

**10** **Hermandos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios es por la salvación de Israel, <sup>2</sup> porque yo soy testigo de que tienen celo por Dios, pero no conforme al verdadero conocimiento. <sup>3</sup> Ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios, <sup>4</sup> pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.**

El versículo inicial del capítulo 10 corre paralelo al párrafo inicial del capítulo 9. Allí, Pablo afirmó solemnemente que tenía “gran tristeza y continuo dolor” en su corazón debido a la condición de perdidos de sus “hermanos... que son israelitas”. Aquí, el apóstol repite mucho de lo ya dicho: “El anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios es por la salvación de Israel”.

Algunos de nuestros problemas y de nuestras faltas son de naturaleza tan delicada y sensible, que tal como dice el refrán, “sólo nuestro mejor amigo se atrevería a hablarnos de esto”. Pablo se comporta como tal, y armándose de valor dice algunas cosas incómodas pero muy necesarias respecto de la vida espiritual de los judíos. Aunque como grupo nacional los judíos tenían “celo por Dios”, este sentir estaba mal situado y mal dirigido.

El análisis que Pablo hace de la situación en que se encuentran los judíos aparece en el versículo 3, donde emplea de nuevo el verbo griego que traducimos como “conocer” y del que ya hemos hablado varias veces señalando su marcada flexibilidad. En este texto su uso no está limitado al significado de “conocer” en el sentido de tener conocimiento de algo, sino que implica tener conocimiento “*con aprobación y aceptación*”. El apóstol dice con respecto a los judíos: “Ignorando [no conociendo con aprobación y aceptación] la justicia de Dios... no se han sujetado a la justicia de Dios”; sino que más bien anduvieron “procurando establecer la suya propia”, un intento que resultó al mismo tiempo imposible e inapropiado.

El hecho de que establecieran su propia justicia resultaba imposible, porque Dios exigía la obediencia perfecta a la santa ley de Dios. Cualquier cosa por debajo de esto sería inútil, e indudablemente, aun cuando se esforzaran al máximo, la humanidad caída no podría alcanzar la perfección. Por tanto, en vez de lograr la justicia por sí mismos, todo lo que los pecadores pueden alcanzar es la ira y el castigo de Dios.

El intento de guardar la ley de Dios también resultaba tonto e inapropiado por consistir en una tentativa de volver a hacer lo que ya Cristo había hecho por ellos. Con su vida de obediencia perfecta, ya Jesucristo había cumplido todas las exigencias de la santa ley de Dios, por lo que Pablo puede decir que “el fin de la Ley es Cristo”. Sin embargo, los compatriotas de Pablo estaban actuando como si el cumplimiento de la Ley fuera todavía *el* requisito para la salvación.

Pablo continúa para mostrar la diferencia marcada entre las dos vías para alcanzar la salvación: la de la Ley que implica el hacer, y la justicia por la fe que simplemente se recibe.

**<sup>5</sup> Moisés escribe así de la justicia que es por la Ley: «El hombre que haga estas cosas vivirá por ellas.» <sup>6</sup> Pero de la justicia que es por la fe, dice así: «No digas en tu corazón: “¿Quién subirá al cielo?” (Esto es, para traer abajo a**

**Cristo.)<sup>7</sup> Ni digas, “¿quién descenderá al abismo?” (Esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos.)»<sup>8</sup> Pero ¿qué dice?: «Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón.» Ésta es la palabra de fe que predicamos:<sup>9</sup> Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo,<sup>10</sup> porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.**

Con frecuencia se dice que en realidad sólo existen dos religiones en el mundo, nada más que dos planes para obtener la salvación. Uno es ser salvo por habérsela ganado uno mismo y el otro es recibir la salvación como un regalo. La intención de Pablo es establecer que la Ley corresponde a la primera de las dos categorías mencionadas cuando cita de Levítico 18:5: “guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, porque el hombre que los cumpla, gracias a ellos vivirá”.

Es claro que si una persona pudiera guardar la ley de Dios y hacer lo que ella exige, entonces la salvación realmente se podría alcanzar de esa manera. Pero si la persona no llega a cumplir lo que exige la Ley, que es lo que ocurre con todos los pecadores, entonces la Ley se convierte en maldición contra quien pretende, pero no logra, ganar la salvación mediante ella. Deuteronomio 27:26 no suaviza la expresión cuando dice: “Maldito el que no confirme las palabras de esta Ley para cumplirlas” (vea además Gálatas 3:10). ¡Este camino sólo lleva al desastre!

Intentar ganar la “justicia que es por la Ley” constituye una opción imposible. La alternativa que Pablo presenta es “la justicia que es por la fe”. Pablo emplea el recurso literario de la personificación y le atribuye la facultad de hablar a la justicia, que comienza haciendo una recomendación negativa: “No digas en tu corazón: ‘¿Quién subirá al cielo?’ (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ‘¿quién descenderá al abismo?’ (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos).”

Usando expresiones extraídas de Deuteronomio 30:12-14, la justicia por fe dice: No te embarques en un curso de acción en el que trates de erigirte un salvador por ti mismo, como si tuvieras que ir al cielo y bajar a Cristo a la tierra. O no presumas que tienes que ir al abismo para traer a Cristo de vuelta de entre los muertos. Tratar de crear el propio salvador es una tarea tonta e imposible.

Pero, ¿qué es lo que favorece la salvación por la fe? ¿Cuál es el plan adecuado para obtener la salvación? Este plan adecuado es aquel que confía en un mensaje que se aferra a la promesa. Es tener la justificación recibida mediante la seguridad y la confianza en el mensaje del evangelio, mensaje que se proclama en la Palabra, como lo enseñan Pablo y sus colaboradores.

El apóstol pregunta: “¿Pero qué dice [la justificación por la fe]?” La respuesta es: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo”.

La salvación no es asunto de hacer o de ganar, sino de recibir. Es decir, es confesar con nuestros labios que “Jesús es el Señor” y creer confiadamente en que Dios lo resucitó de entre los muertos como nuestro Salvador y sustituto.

Jesús descendió a la tierra para llevar la vida perfecta que los pecadores no podían vivir: él guardó la Ley por ellos. Llevó una vida perfecta para obtener la justicia que los pecadores necesitaban. Además, él sufrió la muerte que los pecadores merecían debido a sus múltiples transgresiones y con su propia sangre pagó por el incumplimiento de la Ley de que ellos eran culpables. Mediante su obediencia perfecta, Cristo ganó la justicia que necesitamos para nuestra salvación.

Cristo ya lo ha hecho todo. La Palabra nos anuncia esta gloriosa verdad y la misma Palabra obra la fe en nuestro corazón para creer y aceptar la justicia de Cristo. Es la Palabra la que crea la confianza que nos hace decir: “Este Jesús es *mi* Señor.”

Tomando nuevamente de Deuteronomio 30:14 Pablo nos dice: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón”. En

la práctica, el orden boca-palabra está invertido en relación a como el apóstol lo coloca aquí. Primeramente, la Palabra penetra al corazón creando en éste la fe; entonces, si se trata de una fe viva y verdadera, se muestra en la confesión oral del creyente. Pablo emplea el orden cronológico de corazón a boca cuando repite esta gran verdad en el versículo 10 que dice: “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”.

**<sup>11</sup> La Escritura dice: «Todo aquel que en él cree, no será defraudado», <sup>12</sup> porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que lo invocan; <sup>13</sup> ya que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo.**

Cuando Pablo se refiere a lo que “la Escritura dice” vuelve nuevamente a la cita de Isaías 28:16 que ya había mencionado anteriormente al final del capítulo 9. Como lo vimos anteriormente al comentar este capítulo, en teoría solamente pueden existir dos opciones para alcanzar la salvación. Estas son: mediante las obras o mediante la fe; por méritos o por gracia; por hacer o por recibir.

Pablo nos dice que la Palabra está cercana a nosotros, y esta palabra dice que “todo aquel que en él [Cristo] cree, no será defraudado”. Cuando el juicio final se haya llevado a cabo y se haya asentado el polvo de la batalla, el veredicto será siempre favorable a quienes hayan confiado en la misericordia de Dios manifestada en Cristo. Los creyentes no quedarán frustrados, ni turbados, ni avergonzados por haber confiado en alguien que no era merecedor de esa confianza. No, ellos nunca se avergonzarán por haber confiado en las promesas de Dios.

Esto será así porque la salvación no depende del aporte humano, sino de la gracia y de la misericordia de Dios. Confiada y audazmente, Pablo proclama la verdad de que “no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que lo invocan”.

Dios lo ha hecho todo. El hombre no ha hecho nada, ni necesita hacerlo. Lo que nos corresponde a nosotros es

simplemente recibir el gran don de Dios al aceptar y creer sus promesas; o como Pablo dice, siendo de “los que le invocan [a Dios]”.

Lograr que los pecadores empecinados y rebeldes lleguen a desconfiar de sus propios méritos y confíen únicamente en la justicia de Cristo significa salvar un obstáculo significativo. No obstante, Dios, en su bondad y misericordia, ha tenido en cuenta esta situación. Mediante una serie de cuatro preguntas que se relacionan entre sí, Pablo nos resume los pasos que Dios ha dado en su misericordia y su bondad para llevar al hombre a invocarlo.

**<sup>14</sup> ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? <sup>15</sup> ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: «¿Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!»**

Adoptando el orden inverso, Pablo enumera los pasos necesarios para guiar al hombre a invocar el nombre de Dios. Formula cuatro preguntas retóricas cuyas respuestas resultan evidentemente negativas. ¿Cómo puede alguien invocar confiadamente a Dios cuando no cree ni tiene fe en él? Obviamente, no pueden ni lo harán. Y, ¿cómo pueden llegar a creer y confiar en el Señor a menos que oigan el mensaje de la gracia de Dios en Cristo? Nuevamente, la respuesta es que no pueden creer en el mensaje a no ser que lo oigan primero. Y ¿cómo van a oír el mensaje sin que alguien se lo predique? Y ¿cómo predicarán a menos que sean enviados?

Estas cuatro preguntas le permiten a Pablo aclarar que se ha hecho todo lo necesario. Dios mismo se encargó de eso. No sólo dio la instrucción general de que los cristianos debían compartir el evangelio, sino que también estableció específicamente el ministerio público. Envío a los apóstoles y a sus colaboradores, y todavía hoy el Señor sigue enviando a quienes son llamados como obreros de la predicación a proclamar el mensaje del amor de Dios

en Cristo. Este mensaje ha sido oído, su poder vivificante se hace evidente en la vida y en el corazón, porque la Palabra obra la fe que capacita al creyente para invocar el nombre del Señor.

Dios lo ha hecho todo para lograr que su mensaje sea proclamado, un mensaje que conduce al hombre a invocar el nombre del Señor. Dos versículos más adelante, exactamente en el 17, Pablo resume este proceso cuando dice: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”

Por su parte, Dios ha hecho todo lo necesario; pero todavía hay un problema. Recordemos que en esta sección que comienza en el capítulo 9 Pablo trata la situación inquietante en que se encuentra la nación de los judíos. Ellos eran el pueblo escogido de Dios. De ellos vendría el Mesías en cumplimiento de la profecía. Pero la mayoría de los compatriotas de Pablo no estaban en el redil cristiano. ¿Cómo interpretarían esto tanto el apóstol como sus lectores? ¿Ha fracasado la palabra de Dios?, o ¿ha renegado Dios de sus promesas?

Pablo esclarece la situación más allá de todo error posible. Dios *no* tiene la culpa, él lo ha hecho todo bien. Ha dado a conocer las buenas nuevas de la salvación. Mensajeros con “hermosos” pies (de Isaías 52:7) han anunciado y compartido las buenas nuevas de la salvación de Cristo. No, la falta no es de Dios. El problema está en otra área.

**<sup>16</sup> Pero no todos obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?» <sup>17</sup> Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.**

**<sup>18</sup> Pero yo pregunto: ¿Acaso no han oído? Antes, bien, «Por toda la tierra ha salido la voz de ellos y hasta los fines de la tierra sus palabras.»**

Pablo afirma categóricamente que la falla no está de parte de Dios que ha hecho anunciar su mensaje salvador, sino de parte del pueblo judío, cuya vasta mayoría se negó a aceptar las buenas nuevas.

Éste tampoco era un problema que hubiera aparecido recientemente en la época de Pablo. Ya en su tiempo, el profeta Isaías se quejaba: “¿Quién ha creído a nuestro mensaje?” (Isaías 53:1). Esta no es una pregunta en busca de información, sino una queja en cuanto a la acogida o, más bien, la falta de acogida, que enfrentaba el mensaje del profeta. Prácticamente, Isaías se quejaba de que nadie creía el mensaje.

Recordemos cuál es el mensaje de Isaías del capítulo 53. Habla del Siervo sufriente de Jehová, el Mesías, que iba a ser rechazado en persona, de la misma manera en que estaba siendo rechazado el mensaje del profeta acerca de él. Hablando proféticamente, Isaías dice: “[Cristo fue] despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento; y como escondimos de él el rostro, fue menospreciado” (53:3).

Cuando unos setecientos años más tarde Cristo vino a su pueblo, lo que Isaías predijo se cumplió con toda la exactitud que el profeta había dicho que ocurriría. Juan, el evangelista, resume el rechazo de los judíos al Mesías prometido con un comentario breve y conciso: “A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron” (Juan 1:11).

Pablo experimentó la misma mezcla de apatía y antagonismo hacia su mensaje evangélico, lo que expresa suavizando deliberadamente la magnitud del rechazo cuando dice: “Pero no todos obedecieron al evangelio”. Es verdad que lo que Pablo quiere decir es que muy pocos judíos llegaron a la fe en Cristo.

¿Cómo es que ocurrió esto? ¿Sería posible que la mayoría de los judíos no supieran acerca del cumplimiento de las promesas mesiánicas de Dios? Para seguir esta posibilidad con sus lectores, Pablo continúa preguntándose: “¿Acaso no han oído?” Pregunta a la que él mismo se responde diciendo: “¡Sí, por cierto!”

Tomando ahora las palabras del Salmo 19:4, el apóstol afirma:

Por toda la tierra ha salido la voz de ellos  
y hasta los fines de la tierra sus palabras.

En el contexto original, el salmista se estaba refiriendo a *los cielos* que cuentan la gloria de Dios y *el firmamento* que anuncia la obra de sus manos. Pablo emplea la misma terminología transfiriéndola a la proclamación del evangelio, y afirma que las buenas nuevas del perdón de los pecados en Cristo Jesús son algo que ha sido realmente divulgado en todo el mundo. Por lo tanto, los judíos, compatriotas de Pablo, no se pueden disculpar diciendo que no han oído el mensaje.

Procediendo con todo tacto, Pablo pasa a examinar otra posibilidad en compañía de sus lectores ¿Podría ser que los judíos no hayan captado el significado de lo que han oído?

**<sup>19</sup> También pregunto: ¿No ha conocido esto Israel?**

**Primeramente Moisés dice:**

**«Yo os provocaré a celos con un pueblo que no es pueblo; con pueblo insensato os provocaré a ira.»**

**<sup>20</sup> E Isaías dice resueltamente:**

**«Fui hallado por los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí.»**

**<sup>21</sup> Pero acerca de Israel dice: «Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde.»**

¿No ha conocido esto Israel? Pablo responde a esta pregunta procediendo en sentido lógico de lo menor a lo mayor. Lo que el apóstol destaca es que si aún los gentiles, a los que se les tenía en poca estima, podían entender y aceptar el mensaje del evangelio, entonces con seguridad que la muy favorecida nación judía también podría captarlo.

Pablo desarrolla su lógica al citar las Escrituras. En Deuteronomio 32 Moisés le advierte a Israel contra abandonar al Señor que los sacó de Egipto. Mediante Moisés, Dios les hace saber que los castigará por cualquier infidelidad hacia él, permitiendo que sus vecinos paganos predominen sobre ellos. Este es el trasfondo al que se refiere la amenaza de Dios recogida en el versículo 21:

“Yo también provocaré sus celos con un pueblo  
que no es pueblo,  
los irritaré con una nación insensata.”

En comparación con su propia situación de nación más favorecida, Israel tendía a mirar a los gentiles como “un pueblo que no es pueblo”. Y debido a que Dios había escogido revelarse directamente a Israel, e incluso darle por escrito su santa voluntad en el monte Sinaí, los judíos podían pensar fácilmente que tenían la ventaja espiritual. Comparativamente los gentiles parecían ser “una nación insensata”.

Pero he aquí que estos gentiles, supuestamente un grupo de segunda categoría, han entendido y aceptado el evangelio. Es con referencia a ellos que Dios dice mediante Isaías: “Yo me dejé buscar por los que no preguntaban por mí y fui hallado por los que no me buscaban” (Isaías 65:1).

Los gentiles, menos favorecidos, habían entendido y aceptado el mensaje; pero con respecto a Israel con todas sus ventajas, el profeta lamentablemente dijo: “Extendí mis manos todo el día a un pueblo rebelde” (Isaías 65:2).

La pregunta de Pablo era: “¿No ha conocido esto Israel?” La inevitable conclusión a la que llegó es que si hasta los gentiles podían entender el mensaje y ser salvos, entonces seguramente que los israelitas también lo podrían hacer. Lamentablemente Pablo tiene que concluir que sus compatriotas son un pueblo obstinado y desobediente que deliberadamente se niega a aceptar lo que han oído y entendido.

### ***El plan misericordioso de Dios***

Como Pablo lo mostró en el capítulo anterior, Israel se había caracterizado por ser un pueblo desobediente y obstinado, firmemente dedicado a la oposición al evangelio. Humanamente hablando, esta situación era sombría e incluso sin esperanza. Y hubiera permanecido así para los humanos, si no fuera por un Dios misericordioso. Pablo hace que fijemos nuestra atención en la

gracia maravillosa de nuestro amoroso Padre celestial, que en su fidelidad está decidido a salvar a la terca y rebelde Israel, aunque fuera solamente un remanente.

### *El estatus actual de Israel*

**11** Por tanto, pregunto: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? ¡De ninguna manera!, porque también soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. <sup>2</sup>No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció. ¿O no sabéis lo que dice la Escritura acerca de Elías, de cómo se quejó ante Dios contra Israel, diciendo: <sup>3</sup>«Señor, a tus profetas han dado muerte y tus altares han derribado; sólo yo he quedado y procuran matarme»? <sup>4</sup>Pero ¿cuál fue la divina respuesta? «Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal.» <sup>5</sup>Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. <sup>6</sup>Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia. Y si es por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no sería obra.,

<sup>7</sup>¿Qué, pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos; <sup>8</sup>como está escrito: «Dios les dio espíritu insensible, ojos que no vean y oídos que no oigan, hasta el día de hoy.» <sup>9</sup>Y David dice:

«Sea vuelto su banquete en trampa y en red,  
en tropiezo y justo castigo.

<sup>10</sup>Sean oscurecidos sus ojos para que no vean,  
y agóbiales la espalda para siempre.»

Por lo que Pablo describe, resulta obvio que Israel como nación, estaba en serios problemas. ¿Es que quizás Pablo se debía dar por vencido con respecto a ellos? O, usando una pregunta más apropiada: ¿los había abandonado Dios? El apóstol responde con un resonante ¡no!

Para demostrarlo, Pablo se presenta a sí mismo como primera prueba indudable. Si en principio Dios hubiera excluido a los judíos del cielo, entonces el propio Pablo hubiera sido desaprobado. Es él mismo quien nos dice: “Porque también soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció”. Además de Pablo estaban otros muchos judíos como él, incluyendo a Pedro y a los demás apóstoles; resultaba obvio que Dios no había rechazado a su pueblo.

Como segunda prueba de igual categoría que demuestra la capacidad de Dios para obrar su salvación bajo circunstancias difíciles, Pablo les recuerda a sus lectores cuál era la situación en tiempos de Elías (1 Reyes 19). Pese al éxito que Dios le proporcionó a Elías en contra de los profetas de Baal, Israel como nación no cerró filas tras él, sino que en vez de esto, ayudaron y animaron al enemigo. En este lamentable estado de cosas, Elías se desahoga quejándose: “Señor, a tus profetas han dado muerte y tus altares han derribado; sólo yo he quedado y procuran matarme.”

Pese al punto de vista pesimista de Elías, aún quedaba dentro del Israel físico, un remanente del verdadero Israel. No menos de siete mil habían permanecido fieles al Señor. Pablo compara esta situación con la de su propia época cuando dice: “Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia.”

Ese remanente, como todos los creyentes verdaderos, existe debido a la gracia de Dios, y no porque algunos hayan obrado para salvarse y se merezcan la salvación. Ésta es por puro regalo de Dios, recibido por fe y sin la participación de las obras. En realidad, actuar de otra manera haciendo entrar en escena a las obras o el mérito, es arruinar el don gratuito de Dios y perder su favor.

Pensar que tenían que ganarse la salvación guardando la santa ley de Dios era el error en el que Israel se mostró tan propenso a

caer. Recordemos el análisis que Pablo había hecho previamente de la situación de judíos y gentiles: “¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mientras Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la Ley” (9:30-32).

Ciertamente, Israel buscó afanosamente la justicia, pero trataron de alcanzarla del modo equivocado y, por lo tanto, no la obtuvieron. Cuando Israel insistió en continuar sin la gracia de Dios, se colocó en una situación insostenible. El apóstol utiliza en el versículo 8 palabras tomadas de Deuteronomio 29:4 y de Isaías 29:10 en tanto que en el 9 cita del Salmo 69:22,23 de modo que escribe: “Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos; como está escrito: ‘Dios les dio espíritu insensible, ojos que no vean y oídos que no oigan, hasta el día de hoy.’ Y David dice: ‘Sea vuelto su banquete en trampa y en red, en tropiezo y justo castigo. Sean oscurecidos sus ojos para que no vean, y agóbieles la espalda para siempre.’”

Cuando la gente se niega a aceptar la voluntad de Dios, llega el momento en que ya no puede continuar recibéndola ni aceptándola, y entonces se establece el endurecimiento espiritual (véase el caso del faraón, tratado en relación con 9:16-18. Véase también Isaías 6:9,10).

### ***Ramas injertadas***

Los seres humanos impenitentes y no regenerados no pueden rechazar impunemente la gracia de Dios, sin traer sobre sí mismos el juicio a que se hacen merecedores por esa conducta. Las Escrituras advierten con toda claridad: “El que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Pero, ¿Dios ha elegido esto? ¿Dios prefiere que el pecador se pierda? Pablo va a tratar este asunto en detalle.

**<sup>11</sup> Pero yo pregunto: ¿Será que los israelitas, al tropezar, cayeron definitivamente? ¿De ninguna manera! Al contrario, debido a su transgresión vino la salvación a los gentiles, a fin de provocarlos a celos. <sup>12</sup> Y si su transgresión ha servido para enriquecer al mundo, y su caída, a los gentiles, ¿cuánto más lo será su plena restauración?**

Pablo pregunta: ¿Era el propósito de Dios librarse del empecinado y desobediente Israel? ¿Es que estaba en sus planes que Israel debía caer?\*

Con su obstinada resistencia al evangelio, Israel se había hecho profundamente culpable; Pablo califica llanamente este rechazo del evangelio como “caída”, o como dice la Nueva Versión Internacional “transgresión”. Esto constituía una ofensa con base en la cual Dios debió haberlos borrado de una vez por todas de su libro de la vida. Pero, maravilla de maravillas, ¡el Señor puede usar incluso la condición pecaminosa y la perversidad humanas para hacer avanzar sus misericordiosos propósitos! Pablo nos hace ver dos resultados positivos de la desobediencia de Israel cuando dice: “debido a su transgresión vino la salvación a los gentiles, a fin de provocarlos a celos”.

La primera gran bendición que Dios trajo mediante el desprecio de Israel por el evangelio es que “vino la salvación a los

---

\* La Reina Valera, versión de 1995, dice: “¿Será que los israelitas, al tropezar, *cayeron definitivamente?*”, que se parece a la traducción de la Nueva Versión Internacional: “¿Acaso tropezaron para *no volver a levantarse?*”. El griego original dice literalmente: “¿Acaso tropezaron para que cayesen?” Las frases en *italica* en la versión de 1995 y en la Nueva Versión Internacional son una añadidura de los traductores, y esto es aceptable siempre que no implique la idea de que numéricamente todo miembro de Israel como nación, tarde o temprano se recobrará. Pablo siempre habla en términos de que se salvará un “remanente”. La misma observación se aplica al final del versículo 12, en el que la Reina Valera y la Nueva Versión Internacional traducen “plena restauración” y el texto original dice sólo “su plenitud”. Se habla más sobre estos en los comentarios correspondientes a los versículos 14 y 25.

gentiles”. Recordemos cómo esta verdad queda ilustrada en el incidente del primer viaje misionero de Pablo registrado en Hechos 13. En esa oportunidad, Pablo le predicó el evangelio de Cristo a una congregación mixta de judíos y gentiles conversos en la sinagoga de Antioquía de Pisidia. Esa audiencia receptiva invitó a Pablo y a Bernabé para que les hablaran nuevamente el siguiente sábado. Lucas registra lo sucedido: “El siguiente sábado se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando. Entonces Pablo y Bernabé, hablando con valentía, dijeron: ‘A vosotros, a la verdad, era necesario que se os hablara primero la palabra de Dios; pero puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles.’” (Hechos 13:44-46; vea Hechos 18:6 en que aparece un incidente similar en Corinto).

Hablando del concepto de celos, del que previamente había hablado por su alusión a Deuteronomio 32:21, Pablo ahora llama la atención de sus lectores hacia un hecho sorprendente: la intención de Dios es, les dice el apóstol, que cuando los israelitas vean las bendiciones del evangelio que han llegado sobre los creyentes gentiles, los judíos sientan “celos”. Es decir, que ellos se deben detener a reflexionar y a evaluar nuevamente la situación, lo que daría esperanzas de que aceptaran el evangelio para que de esa manera también puedan compartir las grandes bendiciones de la vida y de la salvación que mediante la fe en Cristo habían pasado a ser posesión de los gentiles.

Más adelante, en los versículos 33 a 36, Pablo prorrumperá en la plenitud de una doxología o cántico de alabanza, maravillado ante la misericordia y la sabiduría de Dios que ha diseñado un plan tan creativo e ingenioso. De momento el apóstol se limita simplemente a manifestar en alta voz su admiración: si Dios puede hacer que de la “transgresión” de Israel se deriven estas bendiciones, ¡cuanto más no logrará mediante un Israel creyente y obediente! En reverente asombro Pablo exclama: “Y si su

transgresión ha servido para enriquecer al mundo, y su caída, a los gentiles, ¿cuánto más lo será su plena restauración?\*\*\*

**<sup>13</sup> Hablo a vosotros, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, <sup>14</sup> por si en alguna manera pudiera provocar a celos a los de mi sangre y hacer salvos a algunos de ellos, <sup>15</sup> porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?**

**<sup>16</sup> Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas.**

Una primera lectura de los versículos 13 a 16 podría dar la impresión de que se trata esencialmente de una repetición de los pensamientos que se expresaron en los versículos 11 y 12. Ciertamente tienen mucho en común. La “caída” del versículo 11 equivale a la “exclusión” de que se habla en el 15. “Para enriquecer...a los gentiles” que se menciona en el versículo 12 encuentra su contraparte en “la reconciliación del mundo” que aparece en el versículo 15. Si en el 12 “para enriquecer al mundo” es ocasionada por la caída de Israel, en el 15 “su plena restauración” es comparada nada menos que con una resurrección, es decir, con “vida de entre los muertos”.

Pero las palabras de Pablo no son una simple repetición sino que, en cierta forma, cambian el enfoque de lo que está tratando. Los versículos 11 y 12 eran comentarios generales dirigidos a una audiencia mixta, integrada por una mezcla de gentiles y judíos, que comprendía a sus lectores romanos. Ahora el apóstol los enfoca de modo más específico al dirigir su atención más directamente hacia sus lectores gentiles. Cuando se dirige a ellos

---

\* Igual que en el versículo 11, con la frase “plena restauración”, la Reina Valera 1995 y la Nueva Versión Internacional dan una traducción más amplia que la del texto literal en griego: “su plenitud”. Como anteriormente habíamos comentado acerca del versículo 11, la añadidura es aceptable siempre y cuando no implique la idea de que cada individuo de la nación de Israel será salvo tarde o temprano.

en segunda persona, les dice: “Hablo a vosotros, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol de los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pudiera provocar a celos a los de mi sangre y hacer salvos a algunos de ellos, porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿que será su admisión, sino vida de entre los muertos?”

Gran parte de esta sección repite los razonamientos que fueron bosquejados previamente, pero, al personalizarlos, Pablo les muestra a los gentiles el modo en que ellos encajan dentro de la estrategia de Dios. Llamado por el Señor a ser el misionero por excelencia a los gentiles, Pablo lleva a cabo con todo celo su ministerio entre los no judíos, totalmente resuelto a ganar para Cristo a tantos gentiles como fuera posible. Hablando en términos humanos, cuanto mayor fuera el número de los gentiles convertidos, mayor sería la reacción de los judíos. Casi como una repercusión ante las bendiciones que verán descender más y más sobre los gentiles cristianos que son sus vecinos, los judíos se sentirán también atraídos a Cristo y sus bienaventuranzas, aunque sea por envidia.

Pablo anhela vivamente la salvación de todo su pueblo y participa ávidamente en este plan de “sicología invertida” que Dios ha ideado. Sin embargo, el apóstol nunca pierde de vista la realidad inculcada por los profetas de Dios cuando hablaron en el Antiguo Testamento acerca de que sólo un remanente del pueblo sería salvo. Pablo está totalmente comprometido en la evangelización de los gentiles, y al mismo tiempo tiene la esperanza, con relación a los judíos, de “hacer salvos a algunos de ellos”. No obstante, Pablo se da cuenta de que cuanto más se esfuerza en despertar los “celos” de los judíos, podrá lograr solamente la salvación de “*algunos* de ellos”. El apóstol en ningún momento se forma la idea de una conversión masiva de todos los descendientes biológicos de Abraham.

Sin embargo, este realismo no significa que Dios se haya retractado de las promesas que le hizo a Israel o que no tome en serio el deseo de salvarlos. Al explicar cómo encajan los gentiles

en los planes de Dios, Pablo establece una vez más la prioridad de Israel.

Para describir el estatus de la nación israelita, el apóstol se vale de dos ilustraciones. La primera la toma de las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. Una parte de las primicias del grano cosechado debía de ser horneado, convertido en pan y ofrecido al Señor. Dios le había dicho a Moisés que le ordenara al pueblo: “De lo primero que amaséis, presentaréis una torta como ofrenda; como la ofrenda de la era, así la ofreceréis” (Números 15:20). El ofrecer los primeros frutos al Señor santificaba el resto de la cosecha, o como Pablo nos lo dice: “Si las primicias son santas, también lo es la masa restante”.

Sin embargo, en el contexto de nuestro estudio, Pablo no habla de una cosecha de granos dada por Dios, sino de su pueblo escogido. Si los primeros frutos (Abraham y los patriarcas) son santos, entonces todos los que le siguen (los descendientes de Abraham) también lo son. Eso no equivale a decir que individualmente cada israelita fuera “santo”, sino que a Dios le interesaba seriamente el proveer “santificación” para todos ellos a través del Mesías prometido.

La segunda breve ilustración empleada por Pablo proviene del ámbito agrícola: “Si la raíz es santa, también lo son las ramas”. Esta descripción resulta paralela a las ilustraciones anteriores. La importancia de la raíz sobre las ramas y el vínculo entre una y otras le sugiere al apóstol otra forma de mirar la relación entre los patriarcas escogidos por Dios y la nación judía que de ellos desciende. Esta ilustración, más breve que la anterior, es ampliada y convertida por Pablo en una extensa comparación que, como sabemos, es una figura del lenguaje. Mediante este recurso el apóstol no sólo logra representar a Israel como “ramas”, sino también a los gentiles.

### ***Una advertencia a los gentiles***

**<sup>17</sup> Si algunas de las ramas fueron desgajadas y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas y has sido**

**hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo,<sup>18</sup> no te jactes contra las ramas; y si te jactas, recuerda que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.**

**<sup>19</sup>Tal vez dirás: «Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado.» <sup>20</sup>Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. Así que no te jactes, sino teme,<sup>21</sup> porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará.**

El tema predominante de los capítulos 9 a 11 ha sido la amorosa preocupación de Pablo por sus conciudadanos judíos que por lo general se han negado a aceptar el evangelio que él predica. Dios había cumplido su pacto del Antiguo Testamento, pero muchos de los judíos, en realidad la mayor parte de ellos, insistían en continuar bajo los reglamentos del Antiguo Testamento. Mientras esperaban al Mesías que ya había venido, los judíos se continuaban preocupando por guardar las reglas mosaicas. Con todo lo desalentador y deprimente que eso era para Pablo, él no perdió nunca de vista el hecho de que la misericordia de Dios hacía que permaneciera un remanente destinado a la salvación. Además, este remanente aumentaría cuando muchos de los judíos se unirían a las filas del cristianismo movidos por la envidia que les provocaba ver que los gentiles recibían las bendiciones del evangelio.

Sin embargo, antes de volver a este pensamiento optimista con respecto a Israel, Pablo les dirige una severa advertencia a los gentiles al decirles que no permitan que las circunstancias favorables en que se encuentran les hagan pensar que son de algún modo superiores a Israel. Los mantiene en su lugar al explicar la ilustración anterior acerca de la raíz de un árbol y las ramas.

De acuerdo con la figura del lenguaje que Pablo usa, Israel se puede comparar a un olivo plantado en un huerto. Los patriarcas son las raíces; y sus descendientes, los integrantes de la nación judía, son las ramas. Debido a la incredulidad e infidelidad individuales del pueblo escogido, muchas “ramas” del árbol fueron arrancadas por Dios.

Sorprendentemente, el Señor ha tomado a los gentiles, ramas de un olivo *silvestre* que no es del huerto, y las ha injertado en el olivo cultivado que representa al pueblo de Dios. Por lo tanto, en consideración a su procedencia humilde, los gentiles no tienen fundamentos para jactarse de la mejoría notable de su suerte. Debido a esto Pablo les advierte: “Si algunas de las ramas fueron desgajadas y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas.”

Si los gentiles se ven inclinados a jactarse, no solamente olvidan su origen “silvestre” y humilde, sino que también mal interpretan su situación actual. Fallan en darse cuenta de la deuda permanente que tienen y de la dependencia en que están de las bendiciones que les han sido dadas por Dios a través de la nación judía. Las ramas gentiles de los cristianos todavía dependen de las raíces judías. El propio Jesús, que era judío, se lo dijo muy francamente a la mujer samaritana cuando estaban junto al pozo de Jacob: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22).

Es por esto que al advertir contra el orgullo y la arrogancia a los gentiles, el apóstol enfatiza dos puntos. En el primero les dice a los gentiles que ellos no son contribuyentes, sino receptores. Las ramas no sustentan a la raíz, sino al revés. Ustedes, las ramas gentiles, extraen fuerza y sustento de lo que es esencialmente una bendición *judía*.

El segundo punto es sorprendente porque es franco y directo. Pablo alerta a los gentiles acerca del hecho aleccionador de que Dios también los puede desgajar a ellos con la misma facilidad con que desgajó a los miembros infieles de la nación judía. El apóstol dice que “si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará”.

Los fundamentos para esta observación sería están en la naturaleza del plan de salvación de Dios, cuya característica esencial es la aceptación o el rechazo de Cristo por el individuo. El Israel infiel se negó a aceptar a Cristo y fue desgajado “por su incredulidad” en tanto que los gentiles están en pie “por la fe”. Lo

determinante ante nuestro Dios y Salvador es la presencia o ausencia de fe.

Ahora Pablo invita a sus lectores a reflexionar en la doble implicación de lo que acaba de decir acerca de Dios. De una parte, la forma en que el apóstol ha descrito a Dios ante los gentiles debe servir de fundamento para que éstos le teman (versículo 20), o más apropiadamente: para que le tengan un “temor reverente”, pero para Israel también es la base para *la esperanza*.

**<sup>22</sup> Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad, pues de otra manera tú también serás eliminado. <sup>23</sup> Y aun ellos, si no permanecen en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. <sup>24</sup> Si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?**

En este párrafo, Pablo llama la atención acerca de dos atributos notablemente diferentes de Dios. Él es un Dios justo y santo que, para ser fiel a sí mismo, necesariamente debe castigar todo pecado y maldad. Sin embargo, al mismo tiempo, Dios es amoroso y misericordioso, y guiado por su corazón misericordioso les da todo beneficio y bendición a los pecadores indignos.

Al escribirles a sus lectores romanos, el apóstol utiliza expresiones muy breves para referirse a estas cualidades del Creador y dice: “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios”. Como cualquier portavoz leal de Dios que es al mismo tiempo justo y misericordioso, Pablo debe anunciar claramente las dos cualidades. Debe anunciar tanto la Ley como el evangelio; como lo hizo Cristo cuando dijo: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16).

Esta disyuntiva ante un Dios a la vez justo y misericordioso es la que Pablo considera cuando describe el estatus contrastante

de los judíos incrédulos y de los gentiles creyentes. Refiriéndose a las situaciones totalmente diferentes en que se encuentran ambos, Pablo habla de “la severidad ciertamente para con los que cayeron [los judíos], pero la bondad para contigo [gentiles], *si permaneces en esa bondad.*”

Esta última cláusula es de importancia fundamental. Es la bondad de Dios y no el mérito de los gentiles lo que constituye la base de las bendiciones que reciben. En caso de que perdieran esto de vista y comenzaran a jactarse de sí mismos, entonces, también ellos serían desgajados. Así es la severidad de Aquel que actualmente les muestra su benignidad ilimitada.

A la inversa, el Dios santo y justo que ahora muestra su severidad hacia el empecinamiento y la incredulidad de los judíos, es, al mismo tiempo, amoroso y misericordioso y está muy interesado en que ellos se salven. Nada le gustaría más que mostrarles su bondad. Por eso Pablo puede continuar: “Si no permanecen en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar.”

Lo que ha mantenido a los judíos separados de las bendiciones de Dios, no es otra cosa que la falta de fe que han mostrado, y no una falta de bondad de parte de Dios. Si los judíos aceptaran en fe al Mesías que Dios les ha enviado en la persona de Jesús de Nazaret, el Señor los “volverá a injertar”.

Dios quiere y puede hacerlo. En realidad, él no solamente lo puede hacer sino que le sería fácil salvar a los judíos. Pablo sugiere que eso sería aún más fácil que salvar a los gentiles, y fundamenta esa atrevida manera de hablar al destacar lo que es la práctica habitual en el mundo de la horticultura. “Si tú [gentil] fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos [los judíos], que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?”

La práctica común es utilizar una variedad rústica y poco productiva de árbol e injertar en ella ramas fructíferas de una variedad más noble y pródiga. Pero Dios hizo lo opuesto; para llevar a los gentiles a la salvación tomó de esas ramas silvestres

injertándolas en un olivo cultivado. Si Dios puede ir “contra naturaleza” y lograr la salvación de los gentiles “silvestres” al injertarlos, “¿cuánto más éstos [los judíos] que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?” Y así serán nuevamente salvos.

*Se revela el “misterio” del plan de Dios*

**<sup>25</sup>No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: el endurecimiento de una parte de Israel durará hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. <sup>26</sup>Luego todo Israel será salvo, como está escrito:**

**«Vendrá de Sión el Libertador,  
que apartará de Jacob la impiedad.**

**<sup>27</sup>Y éste será mi pacto con ellos,  
cuando yo quite sus pecados.»**

La palabra griega *mysterion*, generalmente traducida como “misterio”, no es una palabra rara en el Nuevo Testamento. Aparece tres veces en los evangelios, dos en Romanos, cerca una docena y media de veces en el resto de las cartas de Pablo y en cuatro oportunidades en el Apocalipsis. Su significado básico en todos estos pasajes no es el de que se refiera a algo “misterioso” en el sentido de que no puede ser entendido. Más bien, el término expresa lo que los seres humanos nunca hubieran podido averiguar ni comprender por sí mismos si Dios no se lo hubiera revelado. Una vez revelado, el asunto puede ser fácilmente captado por la mente humana.

En su sentido más básico, este “misterio” es el plan de salvación mediante el que nuestro amoroso Padre celestial envió a su único Hijo para que fuera el Salvador de todo el mundo. Si Dios no lo hubiera revelado, el entendimiento humano, oscurecido por el pecado, nunca hubiera podido elaborar un plan como éste ni hubiera podido pensar siquiera que fuera posible. Representativo del significado de la palabra *misterio* sería el uso

que hace Pablo de este término al describir su ministerio en relación con el pueblo de Laodicea. Les dice a los colosenses, pero refiriéndose a los laodicenses: “Lucho para que sean consolados sus corazones y para que, unidos en amor, alcancen todas las riquezas de plena entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre y *de Cristo*, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (2:2,3).

En Efesios, encontramos otro ejemplo de *misterio*, entendido como la sabiduría de Dios, originalmente oculta, pero ahora revelada. Allí el misterio revelado consiste en la inclusión de los gentiles en la iglesia cristiana del Nuevo Testamento. Ese misterio, revelado a Pablo, ahora es compartido por él. Cuando le escribe a la congregación de Éfeso le dice: “Seguramente habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros, pues por revelación me fue declarado *el misterio*, como antes lo he escrito brevemente...*que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*” (3:2,3,6).

La interpretación más apropiada de *misterio* en el pasaje de Romanos que estamos tratando, consiste en considerar que éste radica en la unión de judíos y gentiles en la iglesia cristiana. Más adelante volveremos a este punto en nuestra exposición. Sin embargo, hay otra variedad de *misterio* que debemos tener presente. Esta posibilidad es que el misterio del que Pablo habla aquí es la explicación del “endurecimiento” que ha tenido lugar en los compatriotas judíos de Pablo. Específicamente Pablo dice que ha acontecido “el endurecimiento de *una parte* de Israel”. Este último concepto requiere explicación y también volveremos nuevamente a ocuparnos de él.

Un recto entendimiento del término *misterio*, como Pablo lo emplea, resulta de importancia crítica para esta sección de Romanos debido a que el apóstol se fundamenta en el mismo para establecer su conclusión cuando dice: “Y así [de esta manera] todo Israel será salvo [NVI]”. Básicamente, se han avanzado tres

interpretaciones para explicar lo que el término “todo Israel” podría significar; ellas son:

- a. “Todo Israel” se refiere a la nación que descende de Abraham (según esto, todas las personas de origen judío terminarían por ser salvas).
- b. “Todo Israel” se refiere a la iglesia cristiana, a la suma total de todos los elegidos de Dios, tanto judíos como gentiles.
- c. “Todo Israel” se refiere a los elegidos de Dios de entre la nación judía y, por tanto, este remanente de judíos sería salvo.

La interpretación según la cual “todo Israel” incluye a todas las personas judías, a primera vista puede parecer una interpretación lógica del pasaje. Sin embargo, el contexto de Romanos no permite sustentar esa opinión; varias de las afirmaciones de Pablo la descartan. Por ejemplo, fijémonos que en 9:27 el apóstol cita el veredicto de Isaías con respecto al Israel infiel. El profeta se lamenta, diciendo: “Aunque el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo.” El término *remanente* no le da cabida a la idea de una conversión masiva de todos los judíos. Recordemos que en 11:13,14 Pablo habla del misericordioso designio de Dios de hacer que Israel sintiera envidia de las bendiciones que les son dadas a los gentiles. Allí Pablo nos dice: “Por cuanto yo soy apóstol de los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pudiera provocar a celos a los de mi sangre y hacer salvos a algunos de ellos”. Al decir “algunos”, ya no es posible pensar que se esté refiriendo a la salvación de todos ellos.

La segunda interpretación, la de que “todo Israel” se refiere a la suma total de los elegidos de Dios, tanto judíos como gentiles unidos en la iglesia cristiana, resulta defendible. Esto es posible porque la misma no fuerza al lenguaje de Pablo ni tiene un sentido que la lleve a entrar en conflicto con el resto de las Escrituras.

El propio Pablo nos empuja a examinar con mayor detenimiento el término *Israel* si es que vamos a entender lo que nos dice en 9:6, donde se lee: “No todos los que descienden de Israel son israelitas”. Pablo no es culpable de hablar aquí en dos sentidos, sino que quiere decir que no todas las personas que son israelitas de nacimiento lo son verdaderamente en el sentido de ser creyentes que verdaderamente son hijos de Dios. El siguiente versículo repite la misma idea usando una terminología ligeramente diferente. El apóstol continúa, diciendo: “Ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos suyos”. Por lo tanto, el término *Israel* puede tener un significado amplio o estrecho.

La restricción del alcance de los términos *Israel* e *israelita* para referirse a los creyentes judíos también parece subrayar el elogio que Jesús hace de Natanael cuando dijo de él: “¡Aquí está un verdadero israelita en quien no hay engaño” (Juan 1:47).

En su carta a los gálatas, Pablo unifica a los creyentes gentiles con los creyentes judíos cuando termina su epístola con una afirmación que resume el tema: “Para nada cuenta estar o no estar circuncidados; lo que importa es ser parte de una nueva creación. Paz y misericordia desciendan sobre todos los que siguen esta norma, y sobre el Israel de Dios” (Gálatas 6:15,16, NVI).

Sumemos a este hecho que al escribirles a los efesios Pablo llama la atención sobre esta misma combinación de judíos y gentiles cuando les explica el término *misterio*. Allí les dice que el misterio que fue enviado a proclamarles consiste en que gentiles y judíos están al mismo nivel en la iglesia cristiana del Nuevo Testamento. Por esto la expresión “todo Israel será salvo”, como aparece en Romanos, se puede referir a la suma total de todos los elegidos de Dios, judíos y gentiles, unidos en la iglesia cristiana.

Sin embargo, el marco y el contexto del pasaje de Romanos que estamos considerando parece favorecer ligeramente la tercera de las interpretaciones antes señaladas, es decir, aquella en que “todo Israel” se refiere a los elegidos de Dios de entre la nación judía. Recordemos que desde el versículo 17 Pablo les ha estado dirigiendo severas advertencias a los altamente favorecidos

gentiles para que no se jacten contra los aparentemente menos afortunados judíos. En el versículo 18 advirtió: “No te jactes”, y en el versículo 20 aconseja: “No te jactes, sino teme”. En el versículo 22 le oímos decir: “Si permaneces en esa benignidad, pues de otra manera tú también serás eliminado”.

Pablo continúa con una advertencia paralela en contra de la arrogancia. Notemos que saca a relucir el tema del “misterio” para que no haya lugar a la altanería por parte de sus lectores gentiles. Y dice: “No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: el endurecimiento de una parte de Israel durará hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles.”

En efecto, Pablo les está diciendo: “Gentiles, ¡esperen un minuto antes de caer en conclusiones erróneas con respecto a los judíos! Es cierto que Israel ha experimentado endurecimiento, pero esto es sólo *en parte*.” Tomada fuera de contexto, la expresión *en parte* se presta a dos interpretaciones posibles. Una sería que todos los israelitas se han endurecido parcialmente, lo que llevaría lógicamente a la conclusión de que cuando este endurecimiento parcial que les afecta sea quitado, entonces todo Israel, es decir todos y cada uno de los judíos, serán salvos. En realidad, hay algunas personas que lo entienden de esta manera. Pero a partir de la referencia de Pablo a que Dios va a restaurar sólo un “remanente” y “(hará) salvos *a algunos de ellos*”, el apóstol mismo descarta la posibilidad de una conversión masiva de todos los judíos.

Con la expresión, “el endurecimiento de una parte de”, Pablo dice que no todos los miembros de la nación judía se han endurecido, sino solamente algunos de ellos. Es cierto que muchos judíos se han opuesto categóricamente a Cristo y a su evangelio y por lo tanto no serán salvos, pero los gentiles se equivocan si piensan que *todos* los judíos están en esa situación. No, porque entre los de la nación judía *hay* los que serán llevados al redil. Puede ser que esas personas todavía no sean creyentes. En realidad, es posible que sean enemigos del evangelio, pero por la

gracia de Dios *algunos* de ellos llegarán a formar parte del redil de creyentes. El molino de Dios está funcionando. Hay un proceso que está en marcha. Individualmente, uno por uno, los judíos se volverán a Cristo “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”.

La participación de los gentiles es indiscutiblemente una característica distintiva de la iglesia cristiana del Nuevo Testamento. Y esto continuará hasta el fin de los tiempos cuando todos los gentiles elegidos se hayan incorporado a ella. Realmente, una de las señales del fin de los tiempos es la predicación del evangelio hasta en los más remotos rincones de la tierra habitados por naciones gentiles. Jesús mismo profetizó: “Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14).

El misterio que Pablo comparte con sus lectores romanos de origen gentil es que durante toda la era del Nuevo Testamento, los judíos, a pesar de todas las apariencias en contra, ciertamente serán llevados a la iglesia cristiana junto con los gentiles. Pablo dice que así “todo Israel será salvo”. O si se hace una paráfrasis: De esta forma, la suma total de los elegidos de Dios de entre la nación judía será llevada a la iglesia cristiana, aunque en la actualidad pueda parecer como si Dios los hubiera desechado.

Para repetir lo que ya hemos dicho antes, no sería bíblicamente incorrecto el entender por “todo Israel” a la suma total de todos los elegidos de Dios, tanto judíos como gentiles. Sin embargo, en este pasaje el foco de atención parece que se centra en los elegidos de entre los judíos. Este enfoque se mantiene, e incluso se refuerza con el pasaje de Isaías que el apóstol presenta como respaldo: “Como está escrito: ‘Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.’”

Considerando el marco en que Isaías pronunció sus palabras, el “Jacob” de quien sería quitada la impiedad parece entenderse mejor que se refiere al remanente creyente de Israel. Que el profeta no se está refiriendo a cada uno de los miembros de la nación judía,

sino más bien a los elegidos, queda claro cuando consideramos la profecía de Isaías en toda su extensión. “Vendrá el Redentor a Sión y a *los que se vuelven de la iniquidad* en Jacob” (Isaías 59:20). Lamentablemente, no todos se convertirán, pero los elegidos lo harán.

El que el enfoque de Pablo sea en los judíos elegidos, y no principalmente en los gentiles, se ve reforzado también por la forma en que el apóstol continúa. Dirigiéndose a los gentiles, les dice:

**<sup>28</sup> Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de sus padres, <sup>29</sup> porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.**

**<sup>30</sup> Como también vosotros erais, en otro tiempo, desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, <sup>31</sup> así también estos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia, <sup>32</sup> pues Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos**

Estos versículos contienen muy poco acerca de lo que Pablo no haya hablado con anterioridad. Resume sus razonamientos a medida que se acerca al final de esta sección. Básicamente reúne los puntos fundamentales del misterio que ha tratado y examinado.

Pablo nos recuerda que la inmensa mayoría de los judíos se han convertido en “enemigos” del evangelio. Como resultado de esto, y hablando en sentido general, Dios se lo quitó a ellos y se lo dio a los gentiles. Por lo tanto, el que Israel rechazara el evangelio ha sido una gran bendición, algo caído del cielo para los gentiles que ahora se encuentran disfrutando de las bendiciones de la iglesia cristiana del Nuevo Testamento. Este giro de los acontecimientos ocurrió, como Pablo se lo dice a sus lectores romanos, “por causa de vosotros [NVI]” es decir, para beneficio de los gentiles.

Pero los gentiles no son la única preocupación de Dios, que no ha abandonado a su pueblo escogido, ni se ha retractado de las promesas que le hizo en época tan temprana como la de sus tratos con los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Dios ha permanecido fiel a sí mismo y a sus promesas. De modo que, “en cuanto a la elección, [los judíos] son amados por causa de sus padres, porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”.

Como el hombre de la parábola que preparó un gran banquete y envió una y otra vez a sus siervos a los caminos y a las encrucijadas para traer a sus invitados (Mateo 22:1-14; Lucas 14:15-24), Dios está atento a recibir una respuesta a su misericordiosa invitación; él tiene un plan en el que están incluidos unos y otros, los judíos y los gentiles. El apóstol no deja dudas de esto cuando escribe: “Como también vosotros [gentiles] erais, en otro tiempo, desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos [los judíos] ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia.”

Como consecuencia de la “desobediencia” de los judíos, el evangelio alcanzó a sus oyentes gentiles, a quienes Pablo les dice: “También vosotros eráis, en otro tiempo, desobedientes a Dios”. Los gentiles desobedientes no estaban en busca de Dios cuando casi a falta de una alternativa el evangelio llegó a ellos. Los gentiles no aportaron nada; no había en ellos ningún valor ni mérito. Aparte de la ilimitada misericordia de Dios, no había ninguna otra razón para que ellos hayan recibido el evangelio. Pero Dios envió su Espíritu Santo a la vida de ellos para llevarlos a arrepentirse de sus pecados manifiestos y a volverse en fe a la justicia que Cristo había ganado también para ellos. De esta forma, los gentiles también recibieron las bendiciones del perdón de los pecados, la paz con Dios, y el gozo de brindarle un servicio de amor a él y al prójimo.

Pablo personaliza las grandes bendiciones que les han sido dadas a los gentiles, hablándoles en segunda persona a sus lectores romanos. Todas esas cosas han venido, les dice, “por la

misericordia concedida a vosotros”. Esa misericordia es el único factor causal de su buena fortuna actual. Sin embargo, esa misericordia tiene un doble efecto: de una parte constituye una preciosa bendición para los gentiles cristianos, y de otra es causa de envidia entre los judíos que ven cómo la gracia de Dios en Cristo se derrama sobre los gentiles. En consecuencia, los judíos se sienten impulsados a reconsiderar la necia desobediencia que les está haciendo perder las bendiciones de Dios. Esta reconsideración los lleva a una buena disposición a ver como si fueran nuevos los misericordiosos regalos de Dios, y a pensar en términos de aceptarlos como regalos de su misericordia y no como recompensas por la condición o los méritos personales.

Pablo dice que el desarrollo de este proceso continuo en el corazón y en la mente de la nación judía es exactamente el propósito de Dios. Todo esto está sucediendo por designio de Dios, de manera que “por la misericordia concedida a vosotros [los gentiles], ellos también [los judíos] alcancen misericordia”.

La *misericordia* es la única vía de esperanza para quienes no tienen méritos, porque son desobedientes; evidentemente no tienen ningún mérito. Por medio de la santa ley de Dios, ambos, los judíos y los gentiles, han sido convictos de desobediencia. Pero el veredicto de culpabilidad se ha decretado con el más misericordioso de los propósitos. Pablo dice: “Pues Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos”. Esta inclusión de todos no significa que la totalidad de ellos aceptará en realidad a Cristo y sus méritos como su esperanza de salvación, aunque ese sea el deseo de Dios (1 Timoteo 2:3,4). Pablo no predica el universalismo, como si a fin de cuentas todo el mundo se fuera a salvar ya sea que acepten o no a Cristo; más bien, lo que Pablo dice es que el propósito de Dios es noble y misericordioso, su gracia se extiende a todos aún a pesar de su desobediencia.

En el telón de fondo de esa gran verdad se podría sintetizar la línea del pensamiento de Pablo en los capítulos 9 a 11 como sigue: Ya que todo proviene de la misericordia de Dios hacia los que aceptan a Cristo y sus méritos, los creyentes gentiles no tienen

fundamento para enorgullecerse debido a sus circunstancias favorables; y de otra parte, los judíos creyentes no tienen por qué desesperarse, aunque por el momento su situación les pueda parecer deprimente.

La misericordia de Dios en Cristo está a cargo de todo. El reconocimiento de esta gran verdad solamente puede provocar una respuesta, es decir, una doxología de alabanza:

**<sup>33</sup> ¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!  
¡Cuán insondables son sus juicios  
e inescrutables sus caminos!,**

El plan de Dios es un misterio en el sentido de que nosotros nunca hubiéramos sido capaces de planear o concebir algo similar. Incluso después de que Dios, en su infinita sabiduría, lo concibiera, nosotros nunca hubiéramos podido desentrañarlo si no nos hubiera sido revelado por su misericordia. Pero incluso, después de esto, nunca habríamos sido capaces de creerlo ni de aceptarlo si Dios no hubiera enviado a su Espíritu Santo para que obrara esa fe en nuestro corazón. Los caminos de Dios sobrepasan en mucho nuestras limitadas capacidades humanas.

**<sup>34</sup> porque, ¿quién entendió la mente del Señor?  
¿o quién fue su consejero?  
<sup>35</sup> ¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado?,**

Reflejando el pensar de Isaías (Isaías 40:13) y el de Job (41:11), Pablo formula tres preguntas retóricas, cada una de las cuales nos lleva a reconocer que nadie en absoluto le dio ningún tipo de ayuda a Dios en la elaboración de este maravilloso plan de salvación en el que predomina la misericordia. Por lo tanto sólo se puede reaccionar de una sola forma, y ésta es dándole toda la gloria al Dios trino.

**<sup>36</sup> porque de él, por él y para él son todas las cosas.  
A él sea la gloria por los siglos. Amén.**

## LA PRÁCTICA DE LA JUSTICIA (12:1-15:13)

---

Comenzando con el capítulo 12, Pablo le da un énfasis un poco diferente a su carta a los romanos. Hay quienes tienden a dividir todas las epístolas de Pablo en dos partes, una sección “doctrinal”, seguida por otra sección “práctica”. Los que piensan así dirían que en el capítulo 12 comienza la segunda porción mayor de su carta: la parte práctica que trata de la santificación o del estilo de vida cristiano.

Esta división no es necesariamente errónea ni es inapropiada; en realidad Pablo aborda en esta sección el tema práctico de la santificación. Sin embargo, este no resulta precisamente un tema nuevo. Recordemos que el apóstol ya ha hablado de la santificación, la conducta recta en la vida del cristiano, en los capítulos 6 a 8. Sin embargo, en esos capítulos habló de la santificación en términos más abstractos; habló de ella en el aspecto doctrinal, como la contraparte de la doctrina de la justificación, es decir, la manera en que el pecador obtiene la justicia que vale ante Dios.

En esta etapa de su carta, y después de haber concluido la digresión de tres capítulos en los que trató del lugar de Israel en el plan de Dios, ahora Pablo dirige la atención de los romanos al tema importante de la vida diaria del cristiano. Haciendo un bosquejo a grandes rasgos de los asuntos que se tratarán, se podría decir que, en primer lugar, el apóstol les pide a sus lectores que examinen el uso que están haciendo de los dones y talentos que Dios les ha dado (capítulo 12). Después los induce a analizar sus actitudes hacia el gobierno y las autoridades (capítulo 13), y finalmente, trata del tema siempre delicado de la forma en que los cristianos fuertes en la fe deben tratar a sus hermanos y hermanas más débiles (capítulos 13 y 14).

## *Uso de dones y talentos*

**12** Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. <sup>2</sup> No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Pablo terminó la sección anterior con una afirmación acerca del sorprendente alcance de la misericordia de Dios. Lo hizo con la afirmación audaz de que “Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos” (11:32). Esta gracia de Dios ha alcanzado la vida de sus lectores romanos. Si ellos son gentiles, fue la gracia de Dios la que transfirió el evangelio de los judíos desobedientes a los gentiles inmerecedores. Dios bendijo ricamente la predicación del evangelio a los gentiles, de manera que al ver los judíos la ilimitada misericordia de Dios para con los gentiles, se volvieran al evangelio y de este modo se convirtieran en receptores de la misma misericordia que Dios les había mostrado a los gentiles.

Hablándoles ahora a todos sus lectores, tanto judíos como gentiles, Pablo dice: “Os ruego *por las misericordias de Dios* que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto.” Su motivación no debe ser la de cumplir con los requisitos legales para ganar así el favor de Dios, sino, más bien, la de dar una respuesta agradecida a lo que la misericordia de Dios ha hecho a favor de ellos.

En tiempos del Antiguo Testamento, Dios le pidió a su pueblo que llevara sacrificios de animales en distintas circunstancias y situaciones. Esos animales debían ser matados en una ceremonia y le debían ser ofrecidos formalmente al Señor. De esa forma, lo sacrificado se convertía simbólicamente en propiedad de Dios.

Pablo les pide ahora a los romanos y nos pide a nosotros, los cristianos de la época del Nuevo Testamento, que nos ofrezcamos

nosotros mismos como sacrificios vivos. Notemos aquí las diferencias radicales con el Antiguo Testamento; ya no se trata de traer algo como sustituto, sino de que el cristiano se ofrezca a sí mismo, no como un sacrificio muerto, sino como un sacrificio vivo, capaz de responder a la misericordia de Dios con un servicio que sea “santo, agradable a Dios”. A este sacrificio, hecho de corazón y no como una actitud exterior, Pablo lo llama “servicio de adoración espiritual [NVI]”.

El intento inicial de parte de Pablo para identificar y describir este servicio a Dios implica algo negativo y algo positivo. Primeramente, el apóstol dice: “No os conforméis a este mundo”. Conformarse al mundo es todo lo que los mundanos no regenerados saben hacer. La conducta habitual en ellos es la de rebelarse contra Dios y seguir su propio camino. Y cuando en sus mejores momentos tratan de servirle a Dios, lo hacen mal, porque tratan de ganar su favor e influenciarlo procurando comprar el acceso a su misericordia bienaventurada.

Como todos los pecadores no regenerados, los lectores de Pablo habían vivido de esa forma, pero ahora Pablo les dice: ¡Basta de eso! No continúen adaptándose al mundo, sino sean transformados por la renovación de vuestra mente. En esencia, Pablo les está describiendo el nuevo estado de mente y de corazón que sigue a lo que llamamos conversión o regeneración. Este es el cambio de mente y de corazón que tiene lugar en una persona cuando llega a conocer a Cristo como Salvador y Redentor. El apóstol les escribió a los Corintios: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Corintios 5:17). Esa nueva criatura comprende las perspectivas y actitudes del creyente, y lo capacita “para que [compruebe] cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Nuevamente, la comprobación y la aprobación de la voluntad de Dios implican, tal como Pablo lo destaca a continuación, un aspecto positivo y otro negativo:

**<sup>3</sup> Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.**

**<sup>4</sup> De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, <sup>5</sup> así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos los miembros los unos de los otros.**

En concordancia con la “gracia” o don del ministerio público que le ha sido dada a Pablo, el apóstol comparte un consejo útil con sus lectores. Hablando en sentido negativo les dice: “Cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener”. Y luego se envuelve al lado positivo y dice: “Sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno”.

La segunda parte de esta respuesta positiva presenta ciertas dificultades. En ninguna parte hablan las Escrituras de que la fe salvadora sea dada en diferente medida a distintas personas. La fe salvadora salva, y nadie es más salvo que otro por haber recibido mayor medida de fe.

Un factor que contribuye a la dificultad de este versículo está en la traducción que hemos citado antes. Nuestra versión Reina-Valera, Revisión de 1995, y otras, que traducen el texto original como “la medida de fe” transmiten la idea de que la fe está sujeta a una medida. Sin embargo, el idioma original permite que las palabras “de fe” se entiendan como posesiva, de manera que la fe no sería el objeto de la medida sino el sujeto, es decir: *la medida que la fe emplea*. A partir de este último entendimiento, este consejo doble se podría leer de la siguiente forma: Cada persona que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura conforme a la medida o norma que la fe dada por Dios emplea.

¿Qué norma o medida emplea la fe para asignar el valor o mérito apropiado al papel individual de cada cristiano? Pablo

sugiere que la función que cada cristiano desempeña en la iglesia es similar al papel que individualmente desempeña cada parte o miembro del cuerpo humano. “De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.” La Nueva Versión Internacional traduce las últimas palabras como: “Y cada miembro [del cuerpo] está unido a todos los demás”; esta es la relación armoniosa que existe entre cristianos cuando cada uno usa el don o talento que le ha sido dado por Dios para el bien común.

**<sup>6</sup> Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada: el que tiene el don de profecía, úselo conforme a la medida de la fe; <sup>7</sup> el de servicio, en servir; el que enseña, en la enseñanza; <sup>8</sup> el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con generosidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.**

Pablo enumera siete dones: profecía, servicio, enseñanza, exhortación, contribución [“el que reparte”], liderazgo [“el que preside”] y misericordia. Podría haber tratado del asunto con menos de siete, lista que, sin duda, hubiera podido hacer más larga o más corta según hubiera querido. Pero el asunto de Pablo es simplemente este: no pienses demasiado alto de ti mismo; y por otra parte, no desprecies ni descuides los dones que Dios te ha dado. Emplea más bien un sano juicio para usar fielmente los varios dones que Dios te ha dado para el bien común.

Aunque no tenemos que entrar a considerar cada uno de los dones individuales enumerados en la lista, el primero de ellos, el de profecía, ha suscitado algunas preguntas. Antes que nada, profetizar no significa necesariamente la predicción del futuro; como se le emplea en las Escrituras, el término quiere decir anunciar la voluntad de Dios, voluntad que ya puede haberse cumplido o que se podría cumplir en el futuro. Por tanto, “profetizar” básicamente significa dar a conocer la voluntad de Dios.

La segunda parte de la exhortación del apóstol con respecto a la profecía necesita alguna aclaración. Como aparece traducida en la versión que usamos en este comentario y en otras, esta segunda porción del texto en cuestión se asemeja a “la medida de la fe” que analizamos con anterioridad. Nuestra Versión Reina-Valera, Revisión de 1995, dice textualmente: “el que tiene el don de profecía úselo conforme *a la medida de la fe*”. Por su parte, la Nueva Versión Internacional, tanto en inglés como en español, en lugar de “la fe” dice “su fe”. Se debe destacar que el original no tiene el posesivo “su” sino simplemente el artículo “la”; además de esto, en las Escrituras, la palabra fe no se limita a significar únicamente “seguridad y confianza por parte de un creyente individual”. La *fe* también se puede referir al mensaje que se cree, es decir, al evangelio. Sin duda alguna, éste es el sentido con el que se emplea en Gálatas, cuando se nos dice que la iglesia cristiana de Judea no conocía personalmente a Pablo, sino que simplemente había oído decir que: “Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica *la fe* que en otro tiempo combatía” (1:23). Pablo predicaba el evangelio. Por tanto, la exhortación del apóstol en la carta a los romanos se podría expresar de otra manera: “si el don de la persona es el de profecía (el anuncio público de la Palabra), úselo conforme a la proporción de la fe (de acuerdo con el evangelio).

### ***Amor***

El empleo recto de los siete dones dados por Dios parece limitarse en su aplicación a actividades de carácter más bien público en el seno de la congregación cristiana. Haciendo uso de “la gracia que me es dada” (12:3), Pablo continúa para dar más consejos y ánimo en un área ligeramente más amplia. Todas las otras instrucciones que ahora se añaden, encajan bajo el título general de mostrar “amor fraternal” (versículo 10) a los “santos” (versículo 13).

**<sup>9</sup> El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo y seguid lo bueno. <sup>10</sup> Amaos los unos a los otros con amor**

**fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. <sup>11</sup> En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; <sup>12</sup> gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación, constantes en la oración. <sup>13</sup> Compartid las necesidades de los santos y practicad la hospitalidad.**

Nuevamente vemos que se empareja un elemento negativo con uno positivo. En una sección que insta al amor, resulta casi sorprendente escuchar que el apóstol diga: “Aborreced lo malo”. Sin embargo, esto no es más que la contraparte lógica de la otra mitad del mensaje: “Seguid [amad] lo bueno”.

Otro aspecto importante de esta sección es que se caracteriza por un estilo muy llamativo que, estando presente en el original, no se pierde en la traducción del versículo 9. Fijémonos en la brevedad de las oraciones que es como si hubieran sido cortadas con un hacha. Como idioma, el griego era admirablemente apropiado para encadenar oraciones largas y equilibradas mediante el empleo de palabras que las unen. Era verdaderamente poco frecuente la presencia de cláusulas independientes, o frases en forma de lista, que permanecieran como unidades aisladas sin el empleo de conjunciones gramaticales. Sin embargo, éste es el estilo literario que Pablo emplea desde aquí hasta el final del capítulo, lo que da por resultado un conjunto de frases cortas y entrecortadas, que algunos han llamado “exhortaciones diversas”, que consisten en una serie de afirmaciones individuales que se suceden una a continuación de la otra, como una lista entrecortada de acápite o como los temas secundarios de un bosquejo. Los cinco temas catalogados en los versículos 12 a 15 son un ejemplo típico:

- (Estén) Gozosos en la esperanza;
- sufridos en la tribulación;
- constantes en la oración;
- compartiendo las necesidades de los santos;
- practicando la hospitalidad.

Continuando en este estilo, Pablo da más instrucciones breves e individuales en la siguiente sección:

**<sup>14</sup> Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. <sup>15</sup> Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran. <sup>16</sup> Unánimes entre vosotros; no seáis altivos, sino asociaos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión**

En las dos secciones anteriores, Pablo les dio consejo a sus lectores romanos acerca del uso de los dones *entre los creyentes*, tanto en público como en privado. Al incluir ahora consejos sobre cómo reaccionar ante los que “os persiguen”, es evidente que el apóstol se está adentrando en el terreno de la sociedad en general incluyendo a los elementos no cristianos que no entienden ni aprecian el cristianismo. En total, Pablo hace ocho exhortaciones contando tanto las positivas como las negativas:

- Bendecid a los que os persiguen;
- bendecid, y no maldigáis.
- Gozaos con los que se gozan,
- llorad con los que lloran.
- Tened unanimidad de sentimientos entre vosotros;
- no seáis altivos,
- sino asociaos con los humildes.
- No seáis sabios en vuestra propia opinión.

Nada de lo enumerado en esta lista es posible para la condición natural de los no regenerados. Estas cosas a las que Pablo exhorta son decididamente virtudes *cristianas*; no son cosas que se hacen para ganar el favor de Dios. En vez de esto son propiamente consecuencias del favor que Dios ya les ha mostrado en Cristo y mediante Cristo a los creyentes. Recordemos que el apóstol comenzó este capítulo guiando a sus lectores a lo que únicamente puede motivar y producir acciones gratas a Dios. Para esto, los instó, “por las misericordias de Dios, que [presentaran sus] cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (12:1).

Ninguna de estas virtudes a que exhorta el apóstol es especialmente fácil para el cristiano. El problema es que el creyente sigue siendo estorbado por el viejo Adán: la naturaleza pecadora que se aferra a los hijos de Dios a todo lo largo de su vida.

Como se dijo antes, ninguna de estas virtudes, a las que Pablo nos llama, es fácil para el cristiano. Una especialmente difícil es la de reaccionar apropiadamente a la oposición y a la persecución que tienen lugar como consecuencia de nuestra fe en Cristo. Y sin embargo, Pablo dice: “Benedicid a los que os persiguen; bendicid y no maldigáis”. El consejo de Pablo resulta tan definitivo que en medio de una sección caracterizada por oraciones breves y tajantes el apóstol dedica los cinco versículos siguientes a ampliar el asunto y a motivar a sus lectores para que respondan apropiadamente a la oposición anticristiana que, inevitablemente, caerá sobre ellos.

**<sup>17</sup>No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. <sup>18</sup>Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.**

**<sup>19</sup>No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: «Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.» <sup>20</sup>Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, pues haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza.**

**<sup>21</sup>No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.**

En primer lugar, notemos que Pablo exhorta a los romanos a no ser vengativos y a no ser causantes de problemas. Más bien, “si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”. Cuando Pablo dice: “*Si* es posible...”, aclara de inmediato que no siempre será posible vivir en paz con todo el mundo. De esto se encargarán el diablo y la maldad del mundo al ponernos frente a frente con situaciones a las que simplemente tendremos que oponernos.

Pero aunque la confrontación y los problemas sean inevitables porque ocurren situaciones en las que sufrimos daño y pérdidas, Pablo nos dice: “No paguéis a nadie mal por mal... No os venguéis vosotros mismos”.

¿De dónde va a sacar el cristiano la fortaleza necesaria para esta respuesta? En primer lugar, no sólo del ejemplo, sino especialmente de ser capacitados por el poder de Cristo. Recordemos que aun cuando lo estaban clavando en la cruz, Jesús intercedió por sus ejecutores con la oración: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

Pablo añade a lo anterior una segunda consideración: hay un Dios justo y santo con toda autoridad que está a cargo, aunque los malos lleven a cabo su maldad. A los cristianos no les corresponde corregir todas las cosas en el mundo; no les deben pagar a los malvados con la misma moneda, ni vengarse. Todo eso finalmente se resolverá ante el tribunal eterno de Dios. Es por esto que recurriendo a Deuteronomio 32:35 el apóstol dice: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: ‘Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.’”

Pero todavía queda una tercera consideración, que exhorta a bendecir y tratar con generosidad a los enemigos y malhechores. Esta motivación es la esperanza de llevarlos al arrepentimiento y por lo tanto ganarlos para Cristo y su evangelio. Después de pedirles a los romanos que no se venguen por sí mismos, Pablo les dice: “Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, pues haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza.”

Cuando un enemigo del cristianismo ha descargado su ira sobre un cristiano y le ha hecho daño, la respuesta bondadosa de éste, siendo contraria a lo que se pudiera esperar, puede hacer que el enemigo reflexione acerca de su conducta. Si el que hace el mal a su vez ve lo errado de su proceder y se arrepiente de su actitud malvada, la pena y el remordimiento por su acción malvada lo harán sentir como que “le arde la cara de vergüenza” (Proverbios

25:22). De esta forma, el “bien” del cristiano habrá vencido el “mal” del enemigo y se habrá alcanzado la meta que es el propósito de Pablo. Seguramente que las cosas no siempre saldrán así de favorables; y sin embargo, éste debe ser el objetivo del cristiano, como Pablo lo indica al concluir esta sección con una aplicación general: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.”

### ***Obediencia a las autoridades***

“Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (12:1). Una parte muy importante de nuestro servicio espiritual a Dios es el respeto y la obediencia que les debemos a sus representantes: las autoridades que ha colocado sobre nosotros, como lo ordena su Cuarto Mandamiento. Por lo tanto, Pablo ahora dirige nuestra atención hacia esta fase importante de la vida cristiana.

**13** **Sométase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. <sup>2</sup> De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos.**

Pablo enuncia una profunda verdad cuando por inspiración del Espíritu Santo hace la observación de que no hay autoridad excepto la establecida por Dios. En última instancia, todas las personas y todas las cosas le pertenecen a Dios. Él es el Creador, y nosotros sus criaturas. Él tiene toda la autoridad, y es él quien la distribuye a sus representantes en la tierra según le parezca conveniente. Debido a que Dios hizo el mundo y todo lo que hay en él, les pudo decir con todo derecho a Adán y Eva: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y *sometedla*; *ejerced potestad sobre* los peces del mar, las aves de los cielos y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28). En realidad, Dios

sencillamente les estaba delegando su autoridad a Adán y a Eva cuando les dio potestad sobre los animales inferiores de la creación.

Del mismo modo, Dios ha delegado ciertos aspectos de su autoridad sobre determinadas áreas y a varios niveles, con el fin de proveer una estructura ordenada para la sociedad humana. Como base para esto, el Cuarto Mandamiento trata de la autoridad que Dios les ha dado a los que lo representan aquí en la tierra.

Es evidente que no todo el mundo tiene la misma área de responsabilidad. Por ejemplo, los padres tienen con respecto a sus hijos una responsabilidad distinta a la que tienen los maestros de éstos en la escuela; pero unos y otros son representantes de Dios y por lo tanto merecen honor y respeto en sus respectivas áreas de responsabilidad.

Sin embargo, Pablo no dirige sus observaciones única ni principalmente a los niños; el respeto a las autoridades es algo que se exige de todos. “Sométase *toda persona* a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas.”

En el contexto en el que Pablo escribe, sus instrucciones a los romanos incluyen en especial el respeto por al gobierno secular. Esto se vuelve quizás más notorio cuando nos damos cuenta de que, en la época de Pablo, el gobierno civil de Roma era indudablemente pagano en su totalidad. En realidad, si como suponemos en la introducción de este comentario, la epístola a los romanos fue escrita en Corinto, en el invierno del año 58, entonces Nerón habría sido el emperador de Roma cuando Pablo la escribió. ¡Nerón difícilmente fue un ejemplo de liderazgo benevolente y generoso! Y sin embargo, Pablo dice: “Quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos.”

No hay duda de que la “condenación” de que Pablo habla se refiere principalmente al castigo que los tribunales les impondrían a los delincuentes o infractores de la ley. Pero quien se rebela contra la autoridad secular se está enrumbo en un sentido muy

real por un camino que lo lleva a chocar con Dios mismo, que es el autor y el que indica toda autoridad.

Pablo no se anda con miramientos; basa la exigencia de obediencia al gobierno, con toda justicia, en el derecho que tiene Dios a poner figuras de autoridad sobre nosotros. Pero el apóstol emplea otro enfoque para invitar a una obediencia voluntaria y de buena gana al llamar la atención sobre el propósito misericordioso y bueno que tiene Dios al colocar autoridades sobre nosotros.

**<sup>3</sup> Los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno y serás alabado por ella, <sup>4</sup> porque está al servicio de Dios para tu bien.**

Vivimos en una era de considerable temor y desconfianza hacia el gobierno. Es cierto que parte de esos sentimientos tienen sus raíces en el hecho de que los representantes de Dios son seres humanos débiles y pecadores, que a veces no lo representan adecuadamente. Pero, con mucho, la mayor razón para el miedo y la ansiedad ante las autoridades es la conciencia de culpabilidad. Las personas que saben que no andan en conformidad con la ley reconocen que deben ser debidamente castigadas por su desobediencia. Es por eso que les temen a aquellos ante quienes tienen que responder, ya sea el supervisor del trabajo, el policía de tránsito o el inspector de impuestos.

Pablo pregunta: “¿Quieres, pues, no temer a la autoridad?” Y él mismo responde: “Haz lo bueno, y seréis alabado por ella; porque está al servicio de Dios para tu bien”. El gobierno y la autoridad civil son dones de la bondad y misericordia de Dios, mediante los que nos ha querido bendecir, y ciertamente lo ha hecho. A pesar de las fallas y de los defectos de los líderes a nivel local, estatal o nacional, hemos sido bendecidos grandemente. Se nos permite llevar una vida cristiana sin hostigamiento y proclamar nuestra fe sin que se nos lo impida. Éstas son las bendiciones inapreciables por las que les debemos otorgar el mérito a los

representantes de Dios y por lo que diariamente le debemos dar gracias a nuestro Dios misericordioso.

El interés primordial de Dios al proporcionarnos una autoridad gubernamental es el de bendecirnos con una existencia pacífica y ordenada. Por eso es el deber de los representantes de Dios alentar y alabar a los que actúan correctamente. Pero cuando la paz corre peligro debido a los transgresores de la ley, los representantes de Dios tienen que intervenir para restaurar el orden y castigar a los malhechores. Al actuar así, no sólo lo hacen con permiso de Dios, sino de acuerdo con el mandato divino. El gobierno es servidor de Dios.

**Pero si haces lo malo, teme, porque no en vano lleva la espada, pues está al servicio de Dios para hacer justicia y para castigar al que hace lo malo. <sup>5</sup> Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia,**

El gobierno ha sido establecido para representar a Dios. Cuando la ciudadanía de una ciudad o país desobedece a su gobierno, resulta que, en última instancia, a quien están deshonrando es a Dios y provocando su justa ira. Por lo tanto, cuando Pablo dice que el gobierno es “vengador [NVI]”, no habla de venganza personal de parte de las autoridades civiles; más bien lo que el apóstol está señalando es que la ira *de Dios* contra el pecado y la desobediencia son la base del castigo que correspondientemente se aplica.

Notemos la negativa del texto: “Porque *no en vano* lleva la espada”. En otras palabras, Dios le ha confiado al gobierno la tarea de castigar a los malhechores y cuenta con que se tomen medidas disciplinarias contra ellos, incluso hasta el punto de usar “la espada”. La espada no se usa simplemente para reprender o para procurar rehabilitarlos. La espada mata. Pablo enseña claramente que el gobierno ha sido investido con el derecho de imponer la pena capital. Eso no significa que el estado tenga necesariamente que hacer uso de ese derecho, pero sí indica que están equivocados

los que dicen que el gobierno no debe aplicar nunca esta pena.

Es cierto que el uso de “la espada” está destinado a infundir el temor al castigo en la gente. Pero el temor no es la única, ni siquiera la principal barrera disuasiva contra la desobediencia. Pablo dice que, más bien, es necesario que la obediencia sea “no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia”.

Los cristianos consideran al gobierno civil como representante de Dios que lleva a cabo su voluntad en lugar de él. Por tanto, los cristianos, para mantener su buena conciencia, honrarán a estos representantes como honran a Dios.\*

**<sup>6</sup> pues por esto pagáis también los tributos, porque las autoridades están al servicio de Dios, dedicadas continuamente a este oficio. <sup>7</sup> Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.**

Se dice con frecuencia que nada es seguro con excepción de la muerte y de los impuestos. Estas dos certidumbres también eran conocidas en tiempos de Pablo, por lo que emplea la última de ellas, el pago de los impuestos, para ilustrar la obediencia al gobierno. El pago de esas obligaciones generalmente se considera como un deber cívico fastidioso. Aun siendo así, se vuelve tolerable si se le considera como algo que se hace por respeto a “las autoridades [que] están al servicio de Dios, dedicadas continuamente a este oficio [gobernar]”. El propósito único de estos, dice el apóstol, es la tarea que les fue dada por Dios de servir y beneficiar a la sociedad.

Sin embargo, la obediencia al gobierno no está restringida únicamente al pago de impuestos. Pablo generaliza: “Pagad a

---

\* Es verdad que Pablo supone que el gobierno representa propiamente al Dios de quien deriva su designación. En caso de que las autoridades civiles exijan cosas que sean opuestas a la voluntad divina, entonces el cristiano tendrá que seguir su conciencia y “obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29).

todos lo que debéis”. Pagar los distintos tipos de impuesto (sobre los ingresos, las propiedades, ventas, combustible, etc.) es una actividad medible y tangible, pero existe otra aún más importante que resulta intangible, que implica no sólo nuestras manos y los libros de contabilidad, sino también y especialmente el corazón; Pablo nos llama no sólo a una obediencia formal y externa, sino a contribuir con el tributo aún mayor de un corazón agradecido y bien dispuesto. Un corazón como éste honra y respeta genuinamente a los líderes y a las autoridades que representan a Dios en las muchas posiciones de servicio desde las que diariamente nos sirven.

### *El amor: la respuesta cristiana*

**<sup>8</sup>No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros, pues el que ama al prójimo ha cumplido la Ley, <sup>9</sup> porque: «No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás», y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» <sup>10</sup> El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor.**

Pablo pasa de la sección anterior a la presente dedicada al amor empleando en su versículo inicial, que acabamos de ver, un juego de palabras que nuestra Versión Reina-Valera 1995 traduce muy fielmente del original: “No *debáis* a nadie nada, sino el amaros unos a otros”.

Recordemos que en la sección anterior, Pablo exhortó a sus lectores a pagar “a todos lo que [deben]... tributo... impuesto... respeto... honor”. Estas son obligaciones que se pueden y tienen que llevar a cabo. Pero ahora el apóstol añade una obligación que nunca se verá cumplida, una cuenta que nunca se cancelará como “Plenamente Pagada”. Esta es la del “amaros unos a otros”. Pablo destaca el fundamento de esto cuando dice: “el cumplimiento de la Ley es el amor”. Se puede parafrasear la lógica paulina al decir: “Ama porque esto es lo que Dios quiere que hagas.”

Pablo continúa para hacernos ver que todos los mandamientos de Dios exhortan al amor. Pablo cita cuatro de ellos y resume el resto con una cita de Levítico: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (19:18). Cada mandamiento exige amor a Dios o a nuestro prójimo; por eso Pablo dice: “el cumplimiento de la Ley es el amor”.

Al oír a Pablo hablar del cumplimiento de la Ley, no olvidemos que nos encontramos en la sección de su carta en la que habla de la respuesta de los cristianos a lo que Dios ha hecho por ellos. Con anterioridad, en los capítulos 3 a 5, Pablo explicó claramente cómo es que el pecador obtiene la justicia verdaderamente válida ante Dios; no es por guardar la Ley, sino por aceptar en fe la obra de la obediencia perfecta que Cristo llevó a cabo. El mérito de Cristo es lo único que hace que la persona sea aceptable a Dios.

En gratitud por haber sido aceptado por Dios, el cristiano ahora quiere mostrar su disposición a llevar una nueva vida en conformidad con los mandamientos divinos. Esta vida refleja el amor a Dios y a nuestro prójimo que es a lo que Pablo nos exhorta.

Este amor constituye una motivación poderosa para una vida de santidad. Sin embargo, existe otra consideración que también moldea la vida del cristiano. Esta consideración es el interés por nuestro propio bienestar espiritual.

**<sup>11</sup> Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. <sup>12</sup> La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz., <sup>13</sup> Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y libertinaje, no en contiendas y envidia. <sup>14</sup> Al contrario, vestíos del Señor Jesucristo y no satisfagáis los deseos de la carne.**

Para los cristianos de todas las generaciones, “conociendo el tiempo” no debe ser de sueño espiritual. Realmente, la oportunidad

de llevar una vida de amor y servicio a Dios y a nuestro prójimo se reduce cada vez más con el transcurso de los días. James Montgomery, autor de himnos religiosos, lo explicó muy bien cuando escribió: “Cada día que pasa andamos más cerca de casa” (*Christian Worship* 213:2; traducción libre al español).

Siguiendo la misma línea de razonamiento, el apóstol observa que “ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”. El cumplimiento pleno de nuestra salvación, ya sea a la hora de la muerte o del regreso de Cristo, es siempre inminente. ¡Podría ser hoy mismo! Por lo tanto, en vista del rápido pasar del tiempo, el mensaje se vuelve claro: aprovechad la oportunidad de llevar una vida de justicia. El apóstol afirma esto en una combinación de lo negativo y de lo positivo. “Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz.”

Desechar las obras de las tinieblas significa evitar las cosas repugnantes que la naturaleza pecadora se inclina a hacer cuando piensa que actúa encubierta por la oscuridad y que nadie la podrá ver. La lista que hace Pablo de estas cosas es representativa, sin pretender enumerarlas a todas. Pero Pablo exhorta a sus lectores (y a nosotros) a evitar las orgías, las borracheras, la inmoralidad sexual, el libertinaje, las contiendas y la envidia. Como ya se dijo, Pablo no está enumerando cada uno de los pecados posibles. El apóstol dejaría que nosotros hiciéramos la lista para incluir nuestras propias tentaciones y nuestros pecados más frecuentes.

La contraparte de *desechar* las “obras de las tinieblas” es *vestirse* con “las armas de la luz”. O como también nos dice: “Vestíos del Señor Jesucristo” (“Revístanse... del Señor Jesucristo”, Nueva Versión Internacional en español).

De nuevo, el pintoresco lenguaje del escritor de himnos Nicolás L. von Zinzendorf nos resulta útil cuando dice: “Tu sangre, ¡oh Cristo!, y tu justicia mi gloria y hermosura son; feliz me acerco al Padre eterno, vestido así de salvación” (Culto Cristiano 218:1). Pablo usó una imagen similar cuando les escribió a los Gálatas: “Todos sois hijo de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los

que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestido” (3:26,27).

Ser revestido de Cristo significa, primero y por encima de todo, aceptar por fe la justicia que Cristo ha ganado para nosotros. Ataviados con esa vestidura gloriosa, tenemos la justicia válida ante Dios, y de este modo tenemos la seguridad de nuestra salvación eterna. Pero tener la justicia de Cristo por fe, implica aún más; también nos capacita y nos da el poder de llevar una nueva vida, marcada por la verdadera santidad en nuestra vida y conducta diarias.

Aunque esta vida y conducta no es lo que nos salva, la santidad no constituye simplemente una característica opcional de la vida cristiana; es identificación y señal de que nuestra fe está verdaderamente viva y activa. ¡Y esto resulta importante! Santiago lo afirma con toda claridad: “Así también la fe, si no tiene obras, está completamente” (2:17).

Ahora nos podemos dar cuenta de por qué Pablo le dedica casi cuatro capítulos de su carta (del 12 al 15) a la santificación, es decir, a la santidad de vida por parte de los hijos redimidos de Dios. La santificación es una parte inseparable de la vida cristiana; su falta constituiría una señal indicadora de una crisis tan severa que haría dudar de la vitalidad misma de la fe. Por eso hacemos bien en luchar fervientemente con la ayuda del Espíritu Santo, para prestar atención al doble llamado del apóstol, que de una parte nos pide que desechemos las obras de las tinieblas, y de otra nos exhorta a ponernos la armadura de la luz. Hagámoslo así, más aún ahora que vemos aproximarse el día del Señor. A fin de cuentas “la noche está avanzada y se acerca el día”.

### ***Consideración por los cristianos débiles***

A través de toda esta carta, el apóstol habla de la justicia. Es cierto que su tema principal es la justificación ganada por la redención perfecta obrada por Jesucristo y recibida individualmente por medio de la fe en el corazón de cada creyente.

Pero Pablo también habla de otro tipo de justicia, es decir, de la nueva vida de justicia practicada por el creyente regenerado. Pablo ha dejado bien claro que el cambio a una nueva vida de santidad es la consecuencia inevitable de que el creyente haya recibido la justificación de Cristo mediante la fe.

Pablo ya nos ha dado dos ejemplos de esta santidad de vida cristiana. Recordemos que en el capítulo 12 Pablo alentó a los cristianos a hacer uso fiel de los dones peculiares que ha recibido cada uno de ellos para beneficio de los demás. En el capítulo 13, el apóstol exhortó a actuar con una obediencia alegre al gobierno y a todos los que son autoridad. En los capítulos 14 y 15 el apóstol añadirá un tercer ejemplo de esta justicia. Aquí nos ilustra la justicia cristiana en el siempre delicado tema de la convivencia apacible y armoniosa de los cristianos fuertes en la fe con aquellos de sus hermanos y hermanas que son más débiles en este aspecto.

### *Instrucciones para los débiles y para los fuertes*

**14** Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones. <sup>2</sup> Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, sólo come legumbres. <sup>3</sup> El que come de todo no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido. <sup>4</sup> ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerlo estar firme.

<sup>5</sup> Uno hace diferencia entre día y día, mientras que otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa. <sup>6</sup> El que distingue un día de otro, lo hace para el Señor; y el que no distingue el día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y también da gracias a Dios.

<sup>7</sup> Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí.

<sup>8</sup> Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el

**Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. <sup>9</sup> Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir: para ser Señor así de los muertos como de los que viven.**

**<sup>10</sup> Tú, pues ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?, porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo,, <sup>11</sup> pues escrito está:**

**«Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla,  
y toda lengua confesará a Dios.»**

**<sup>12</sup> De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.**

Una característica notable de la carta de Pablo a los romanos es la atención individualizada que les brinda a los judíos y a los gentiles como grupos individualmente identificables dentro de la congregación cristiana. Fundirlos y hacer de ellos un conjunto armonioso constituyó una empresa formidable. Es cierto que la gran característica común fue la fe que compartían en Cristo. Los cristianos, tanto gentiles como judíos, lo miraban como su única esperanza de salvación, sin añadir ningún mérito ni contribución de su parte. Por lo tanto, estaban en realidad perfectamente unidos ante Dios.

Pero aparte de esta base doctrinal de suprema importancia que les servía de núcleo unificador, persistía toda una verdadera legión de diferencias étnicas y culturales. Es verdad que esas diferencias no constituían un obstáculo para la verdadera unión espiritual entre ellos, pero en cuanto a la vida congregacional diaria significaban discrepancias que tenían que ser consideradas y tratadas. Eso es lo que hace Pablo cuando exhorta a los cristianos fuertes en la fe diciéndoles: “Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones.”

Fijémonos en que Pablo limita específicamente el asunto que trata designándolo como “opiniones”. En la Nueva Versión

Internacional este término se traduce como “discusiones”. El término en cuestión se refiere a asuntos donde las dos partes pueden sostener legítimamente diferentes opiniones. Como ejemplo inmediato y práctico de un terreno en el que se pueden presentar esas diferencias, Pablo señala la selección de los alimentos.

Durante siglos los judíos habían estado viviendo bajo las leyes ceremoniales que les fueron dadas por Dios en el Antiguo Testamento, que distinguían claramente entre alimentos puros e impuros. Por ejemplo, comer cerdo estaba prohibido. Estas leyes del Antiguo Testamento eran, sin embargo, un mecanismo de enseñanza determinado por Dios para la nación judía solamente hasta la venida del Mesías prometido (Colosenses 2:16,17). Con la llegada de la era del Nuevo Testamento, estas leyes dejaron de ser obligatorias, pero aunque los judíos cristianos sabían y entendían plenamente las implicaciones espirituales del nuevo pacto, no les resultaba tan fácil cambiar sus hábitos alimentarios, y esto les tomaría algún tiempo.

Los gentiles, que no habían estado nunca bajo las leyes ceremoniales, siempre habían comido cerdo; sin embargo, si los gentiles continuaban con ese hábito en presencia de los judíos cristianos, o si los presionaban a participar en una comida que incluyera alimentos “impuros”, habrían puesto bajo tensión las relaciones dentro de la congregación. En casos como ese, los gentiles, que hacían cómodamente un uso pleno de su libertad cristiana al comer cualquier cosa y de todo, eran, por así decirlo, más maduros que los cristianos judíos que todavía tenían ciertas reservas. Por lo tanto, los gentiles eran los hermanos fuertes que debían actuar con consideración por los más débiles. La diferencia era en cuanto al grado de madurez, y no en cuanto a la presencia o ausencia de la fe salvadora. Esta situación es resumida por Pablo cuando dice: “Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, solo come legumbres.”

Como se le describe, la situación puede desembocar potencialmente en dos problemas. Los gentiles fuertes, que comían

alegremente cualquier cosa, podrían mirar con desdén a los indecisos judíos como si fueran una especie de tontos espirituales. Pablo advierte en contra de esto diciendo: “El que come de todo, no menosprecie al que no come”.

Por otra parte, los judíos podrían mirar con desaprobación a los gentiles y quejarse contra los que comían de todo sin prestarle atención al menú. Así podrían decir: “¡No deberían hacer eso! Comer alimento ceremonialmente puro complace más a Dios que participar de esas otras cosas”. Con eso, los judíos fácilmente se podrían convertir en críticos que juzgaran impropriamente los actos de los gentiles. A los hermanos judíos más débiles Pablo les dice: “El que no come no juzgue al que come, porque Dios le ha recibido.”

Con esta observación final, “porque Dios lo ha recibido”, Pablo aborda la esencia del asunto: Dios no se preocupa por lo que uno come. Puede ser que usted tenga algunas reservas en cuanto a las ostras servidas en su propia concha, o en cuanto a filete de serpiente, o con respecto a las orugas cubiertas de chocolate, pero Dios no ha prohibido nada de eso. Cada creyente es “criado” de Dios, y si él, como “señor”, está satisfecho, “¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerlo estar firme”.

Partiendo del ejemplo de los alimentos Pablo ahora pasa a otro terreno: el de la santidad especial de un día con respecto a otro. Parece lógico pensar, dado el marco de gentiles y judíos con que Pablo trata, en el cambio del día de adoración del sábado para el domingo. A este respecto también los judíos habían vivido por siglos bajo el estricto régimen de las leyes ceremoniales que ordenaban seis días de labor y un séptimo, el sábado, como día de descanso, en el que no se debía trabajar. Todo esto cambió cuando Dios envió su descanso del sábado en la persona de Jesucristo. Los creyentes en Cristo quedaban ahora libres de escoger un nuevo día de descanso y adoración, como lo hicieron al cambiar el servicio semanal de adoración del sábado para el domingo en

reconocimiento a la resurrección del Señor. Nuevamente, el hacer el cambio tomó algún tiempo, y requirió de ajustes en el pensamiento de algunas personas.

Sin hacer uso de los términos *débil* y *fuerte*, Pablo alude a las opiniones diferentes que prevalecían en ambos grupos cuando dice: “Uno hace diferencia entre día y día”. Cualquier elección es aceptable. El único requisito es que quien esté a favor de determinado día esté plenamente convencido en su mente de hacerlo para la gloria de Dios. Que “cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa. El que distingue un día de otro, lo hace para el Señor.”

Así como hizo en el versículo 4, donde indicó que la base en la que se fundamenta la confraternidad entre todos los creyentes es el hecho de que todos somos “criados” de Dios, así Pablo aquí llama la atención a nuestra condición común de que “del Señor somos”, ya sea en la vida o en la muerte. “Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos.”

La universalidad de la muerte le sugiere especialmente al apóstol otro rasgo compartido en común por los cristianos. Todos y cada uno tendremos que dar cuentas de nosotros mismos a Dios, que es justo y santo. Mirando hacia el gran día de nuestro propio juicio, ¡cuán necio resulta tomarnos el trabajo de preocuparnos en juzgar a nuestros hermanos! Pablo reafirma este pensamiento prudente cuando escribe, agregando a sus palabras las del profeta Isaías. “Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir para ser Señor así de los muertos como de los que viven. Tú, pues ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?, porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, pues escrito está: ‘Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios.’ De manera que cada uno de nosotros dará cuenta a Dios de sí.”

### ***Instrucciones a los fuertes en la fe***

En dos oportunidades en la sección anterior que estaba dirigida tanto a los cristianos fuertes como a los débiles, el apóstol Pablo apeló a los factores comunes que unen a los cristianos: todos somos siervos del mismo Señor, y todos tenemos que enfrentar personalmente el juicio de Dios.

Pero ahora Pablo se vuelve más específico y les habla de modo más directo e intencionado a los cristianos fuertes en la fe. Especialmente en vista de la aproximación del juicio final, Pablo exhorta a los fuertes a ser de ayuda a sus hermanos cristianos más débiles. El versículo inicial del capítulo 15 resume bellamente toda la sección con la siguiente exhortación: “Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles”.

Notemos que Pablo habla de “flaquezas” de parte de los débiles. Estas flaquezas no son pecados ni aberraciones doctrinales que los fuertes deban disculpar ni pasar por alto. Esto no es así, porque el apóstol todavía se refiere a aquellas “opiniones” o “discusiones” (NVI) de que habló en 14:1 y sobre las que puede resultar legítimo que dos cristianos mantengan opiniones diferentes; como por ejemplo qué alimentos comer o qué día de adoración observar. En estos asuntos, le toca al cristiano fuerte y maduro mostrarse considerado con el débil.

En esta porción de la carta de Pablo a los cristianos de Roma dirigida a los que son fuertes en la fe, encontramos que el apóstol divide sus comentarios en dos secciones. En la primera, que comprende los versículos 13 a 23, predomina una fuerte exhortación de sentido negativo, encaminada a que los fuertes se abstengan de poner cualquier estorbo u obstáculo en la senda de los creyentes débiles. En la segunda (15:1-6), el sentido es decididamente positivo, proveyendo la motivación y la fuerza para una conducta considerada y grata a Dios de parte de los fuertes en la fe hacia sus hermanos creyentes más débiles.

Veamos primero toda la sección negativa, destacando las muchas prohibiciones que contiene. Al agruparlas, resaltará que

todas ellas advierten contra el gran perjuicio de que un hermano fuerte induzca a uno débil a ir contra su conciencia, haciéndole pecar al incurrir en lo que, de por sí, sería neutro y permisible. Inducir a pecar a un hermano constituye una ofensa grave que amerita todas las advertencias que Pablo enumera al respecto.

**<sup>13</sup> Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano. <sup>14</sup> Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo; pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es. <sup>15</sup> Pero si por causa de la comida tu hermano es entristecido, ya no andas conforme al amor. No hagas que por causa de tu comida se pierda aquel por quien Cristo murió. <sup>16</sup> No deis, pues, lugar a que se hable mal de vuestro bien, <sup>17</sup> porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. <sup>18</sup> El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres.**

**<sup>19</sup> Por lo tanto, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación. <sup>20</sup> No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias; pero lo malo es comer algo que haga tropezar a otros. <sup>21</sup> Mejor es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que ofenda, debilite o haga tropezar a tu hermano. <sup>22</sup> ¿Tienes tú fe? Tenla para ti mismo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. <sup>23</sup> Pero el que duda sobre lo que come, se condena a sí mismo, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.**

Ahora vamos a delinear la cadena de razonamientos de Pablo juntando los versículos que respaldan el concepto fundamental que el apóstol presenta. En primer lugar, y recurriendo de nuevo al ejemplo del alimento, Pablo deja bien establecido que habla acerca de asuntos que son, en sí mismos, ciertamente neutrales e indiferentes. En el versículo 14 Pablo dice: “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo”. Dos versículos más

adelante incluye esta libertad alimentaria en lo que llama “vuestro bien” y en el versículo 20 hace la generalización: “Todas las cosas a la verdad son limpias”. Es por esto que no hay nada de malo en que el cristiano fuerte coma el alimento en cuestión.

Sin embargo, el problema aparece cuando el cristiano fuerte en la fe, al usar de su libertad cristiana para comer cualquier cosa, presiona al débil para que éste coma lo que en su corazón cree que Dios ha prohibido. “Todas las cosas a la verdad son limpias”, dice el apóstol, “pero lo malo es comer algo que haga tropezar a otros.”

Este “tropezar” del hermano débil tiene lugar cuando actúa contrariamente a su conciencia. Recordemos que Pablo dice: “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo”; sin embargo, agrega: “pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es”. El apóstol amplía esta idea cuando dice en el versículo 23: “Pero el que duda sobre lo que come, se condena a sí mismo, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.”

El hermano débil piensa que no debe comer de este u otro tipo de alimento; pero sigue adelante, y pese a esto lo come, inducido a esto por el hermano fuerte. Aunque este comer es en sí mismo permisible hasta para el hermano débil, al hacer lo que considera que está prohibido, el hermano débil se rebela contra Dios, y por lo tanto se involucra deliberadamente en un pecado destructivo para el alma. Para evitar la tragedia de que se pierda un alma ganada para la salvación por la sangre de Cristo, Pablo exhorta a los hermanos fuertes a ejercer el máximo cuidado: “No destruyas la obra de Dios por causa de la comida.” Y luego añade: “Todas las cosas a la verdad son limpias; pero lo malo es comer algo que haga tropezar a otros. Mejor es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que ofenda, debilite o haga tropezar a tu hermano.”

El cristiano fuerte sabe que, ante Dios, tiene todo el derecho a participar de cualquier clase de alimento; pero, por causa del amor, no hará uso de este derecho si es que con esto puede confundir o desorientar al hermano débil. Es por esto que Pablo

aconseja: “¿Tienes tú fe? Tenla para ti mismo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba.”

Después de concluir esta sección bastante extensa constituida fundamentalmente por exhortaciones de sentido negativo, Pablo pasa ahora a las de carácter positivo. En esta sección él provee el incentivo y la motivación necesarios para el tratamiento adecuado de los cristianos débiles en la fe. Esta motivación consiste básicamente en apremiar a sus lectores a que valoren lo que Cristo ha estado dispuesto a hacer por ellos.

**15** Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. <sup>2</sup>Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación, <sup>3</sup>porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: «Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí.» <sup>4</sup>Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza. <sup>5</sup>Y el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, <sup>6</sup>para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Nuestra versión Reina-Valera 1995 nos da fielmente el equivalente literal de lo que se expresa en el idioma de origen del texto cuando traduce: “Los que somos fuertes debemos... no agradarnos a nosotros mismos”. El punto que Pablo quiere destacar es que no nos debemos guiar simplemente por nuestro propio interés haciendo lo que nos agrade. Más bien, la guía de nuestros actos debe ser la preocupación por el prójimo; debemos hacer por su bien “en lo que es bueno, para edificación”. Esta perspectiva con respecto a los demás no se produce de modo natural; todos nosotros somos muy protectores de nosotros mismos y velamos en primer lugar por nuestro propio yo.

Entonces, ¿dónde debemos buscar la fortaleza para elevarnos por encima de nuestras inclinaciones naturales egoístas? La respuesta, nos lo dice Pablo, está en Cristo; que no se agradó a sí mismo, sino que se dedicó por completo a velar por el interés de los otros. Su situación fue como la que el salmista describe: “Sobre mí han recaído los insultos de tus detractores” (Salmo 69:9, NVI). Lo que le sucedió al salmista a causa de seguir la voluntad de Dios, no fue sino una prefiguración atenuada del supremo “insulto” que cayó sobre Cristo por cumplir la voluntad de su Padre. Al describir su misión en la tierra, Jesús dijo de sí mismo: “Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y *para dar su vida en rescate por todos*” (Marcos 10:45). La fuente del poder está en el sacrificio de Cristo. Su amor por nosotros es el que nos capacita para que, a nuestra vez, nosotros amemos a nuestro hermano más débil y actuemos de acuerdo con *su* mejor interés.

Pensando todavía en la cita del salmo, el apóstol continúa: Porque “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. Por lo tanto, es tan cierto para nosotros como lo fue para los Doce, a quienes el Hijo del hombre les dijo: “El que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (Marcos 10:43,44).

Vale la pena repetir que este espíritu de humilde servicio para con los cristianos débiles no brota de nosotros mismos, sino que se trata de un don de Dios, que dado a través del Espíritu Santo, nos capacita para imitar más y más a Cristo. En la oración en que le pide a Dios que nos otorgue este don a sus lectores, Pablo también nos incluye a nosotros, cuando escribe: “Y el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.”

Lo que hacemos por un hermano débil, también lo hacemos en realidad por el propio Cristo. Con relación a estas obras hechas por sus creyentes, nuestro Salvador da testimonio de que él

declarará en el último día: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40). Por lo tanto, al llevar una vida en servicio de amor hacia los otros, realmente estamos cumpliendo con la exhortación que Pablo les hizo a los cristianos al pedirles: “Glorificad al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.”

*Instrucciones tanto para los cristianos débiles como para los fuertes*

**<sup>7</sup> Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios. <sup>8</sup> Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, <sup>9</sup> y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito:**

**«Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles  
y cantaré a tu nombre.»**

**<sup>10</sup> Y otra vez dice:**

**«Alegraos, gentiles, con su pueblo.»**

**<sup>11</sup> Y otra vez:**

**«Alabad al Señor todos los gentiles  
y exaltadlo todos los pueblos.»**

**<sup>12</sup> Y otra vez dice Isaías:**

**«Estará la raíz de Isaí  
y el que se levantará para gobernar a las naciones,  
las cuales esperarán en él.»**

**<sup>13</sup> Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.**

Cuando Pablo dice: “Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió”, claramente está volviendo a concentrar su atención una vez más sobre los dos grupos, los débiles y los fuertes. Ambos le darán alabanza a Dios al aceptarse mutuamente. Esta aceptación no constituye una expectativa

irracional por parte de Pablo, pues él mismo afirma categóricamente que Cristo ha servido por igual a ambos grupos en nombre de la verdad de Dios.

Ya hemos destacado con anterioridad que, de modo general, muchos de los asuntos que habían dividido a los débiles y los fuertes, como los hábitos alimentarios y los estilos de adoración, estaban culturalmente condicionados. La naturaleza cultural de esos asuntos refleja algunas de las tensiones inevitables que surgieron entre judíos y gentiles, que reclamaban ser resueltas en la antigua iglesia cristiana. Con la esperanza de aliviar estas tensiones, es que Pablo, al terminar esta sección, llama la atención una vez más hacia la salvación común que ambos grupos comparten.

Pablo da testimonio solemnemente cuando dice: “Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres”. Desde tiempos tan remotos como los del llamamiento que le hizo Dios al patriarca Abraham (Génesis 12:1-3), la nación judía había sido el pueblo escogido de Dios, a quien él le había prometido el Salvador. Al enviar a Jesús de Nazaret como el Mesías prometido, Dios confirmó “las promesas hechas a los padres”. Para Pablo y sus lectores, no podía haber ninguna duda de que Dios era el Dios de los judíos. Esto fue claramente probado por Cristo, que “vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios”.

Pero la solemne afirmación de Pablo no le pone punto final a sus testimonios de la lealtad de Dios *hacia los judíos*. El apóstol continúa diciendo: “Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y *para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia*”.

Recordemos que la parte principal de la sección que ocupa la porción central de la carta (capítulos 9–11) la dedicó Pablo a tratar de la relación entre judíos y gentiles. Como lo señaló allí, cuando los judíos le dieron en su mayor parte la espalda a la

salvación de Dios en Cristo, Dios se la llevó a los gentiles. Pese a que estos paganos no eran mejores que los judíos y aunque ni siquiera iban en busca de la salvación, sin embargo Dios, en su gran misericordia, envió a Pablo y a sus colaboradores misioneros para que les llevaran el evangelio. Así, los pueblos paganos “que en otro tiempo [estaban] lejos” eran “hechos cercanos” (Efesios 2:13), de modo que los gentiles “glorifiquen a Dios por su misericordia”.

Al observar este desarrollo, los gentiles podrían ser considerados como los invitados de última hora a la iglesia, pero el que se les incluyera no fue una ocurrencia tardía de parte de Dios, ni la alternativa ante el fracaso de un primer plan. Nada de eso; los gentiles fueron, en realidad y desde siempre, parte del misericordioso plan de Dios. Que los gentiles en realidad eran el objeto de la misericordia de Dios desde el principio, resulta evidente por las citas del Antiguo Testamento que Pablo nos presenta ahora:

“Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles,  
y cantaré a tu nombre.” [Salmo 18:49; vea  
también 2 Samuel 22:50]

Y otra vez dice:

“Alegraos, gentiles, con su pueblo.”  
[Deuteronomio 32:43]

Y otra vez:

“Alabad al Señor todos los gentiles  
y exaltadlo todos los pueblos.” [Salmo 117:1]

“Estará la raíz de Isaí,  
y el que se levantará para gobernar a las  
naciones,  
las cuales esperarán en él.” [Isaías 11:10]

Estos versículos impulsan a Pablo a orar pidiendo la bendición de la esperanza sobre unos y otros, sobre los débiles y sobre los fuertes, sean judíos o sean gentiles. “Y el Dios de la

esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.”

Nuestra Versión Reina-Valera, Revisión de 1995, es fiel al original al emplear dos veces el término “esperanza”. Sin embargo, queda el riesgo de una posible confusión debido al hecho de que, como lo entendemos en español, el término *esperanza* tiene mucho menos alcance que lo que se pretende con la palabra original. Así, nosotros podríamos decir: “Tengo la esperanza de terminar este trabajo hoy”, o “Tengo la esperanza de que la lluvia no arruine nuestro paseo campestre”. Este empleo de *esperanza* le deja un considerable margen a la duda y a la incertidumbre de si estos deseos se materializarán.

Pero no hay nada de incertidumbre en lo que Pablo dice en el idioma original. El gozo y la paz de Dios vienen “a ustedes que creen en él” (NVI). Para el propósito de Pablo, *esperanza* significa “confianza cierta y segura”. Podríamos parafrasear el versículo así: “Que el Dios que da certidumbre os llene de todo gozo y paz en el creer para que abunden en la confianza segura obrada por el poder del Espíritu Santo.”

El gozo y la paz producidos por la absoluta seguridad del amor y del cuidado de Dios, tanto para el presente como para toda la eternidad, es algo que el Espíritu Santo obra mediante la Palabra y los medios de gracia, como Pablo lo expone en la sección siguiente.

## LA JUSTICIA COMPARTIDA CON OTROS (15:14-33)

---

Esta sección relativamente corta, de sólo 19 versículos, es una parte muy personal de la carta. En ella Pablo se aparta de los asuntos prácticos y doctrinales que hasta ahora han monopolizado su atención y se vuelve de nuevo a su propia situación y a su relación personal con los romanos. Aunque breve, esta sección es muy interesante porque nos permite dar una mirada al corazón y a la mente del más grande de todos los apóstoles. Vemos qué es lo que impulsaba a Pablo.

En realidad, esta sección es una continuación de lo que ya Pablo había presentado brevemente en el capítulo inicial de su carta (sería útil que a estas alturas revisáramos los comentarios hechos sobre 1:8-15.) Para nuestros propósitos aquí, bastará un breve resumen de los pensamientos principales:

- Pablo todavía no ha visitado Roma.
- Durante años ha deseado ir allá, pero hasta ahora se le ha hecho imposible.
- Cuando finalmente pueda ir, espera edificarlos con la Palabra, o más bien, confía en que habrá una edificación *mutua* entre él y los romanos.

En el capítulo 15 Pablo explica con más detalle por qué se le había hecho imposible visitar Roma hasta ahora. Además, también alerta a los romanos acerca de un nuevo asunto muy importante: el papel que tendrán ellos en los planes de evangelización que tiene el apóstol para compartir el evangelio, es decir, la justicia de Dios que viene por medio de la fe en Cristo. Quiere predicarlo más allá de Roma, hasta llegar a los habitantes de España en el Oeste.

**<sup>14</sup> Estoy seguro de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad y rebosantes de todo conocimiento, de tal manera que podéis aconsejaros unos a otros. <sup>15</sup> Pero os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que**

**de Dios me es dada <sup>16</sup> para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean como ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo.**

Una de las características notables de las epístolas de Pablo es la generosidad con que estima la fe y la madurez espiritual de sus lectores. Casi todas sus cartas comienzan con una larga y cálida oración en la que el apóstol le agradece a Dios por el progreso que sus lectores han hecho en la fe.

Pablo no menospreciaba a las personas, y tampoco lo hace aquí. Notemos el elogio que hace de los romanos: “Estoy seguro de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad y rebosantes de todo conocimiento, de tal manera que podéis aconsejaros unos a otros.” Se supone que los romanos son competentes, no sólo para instruirse unos a otros, sino para instruir también al propio gran apóstol. Es por esto que espera una edificación *mutua* para cuando vaya a ellos (1:12).

Aunque el apóstol obviamente conocía a muchos de los romanos (tal como lo atestigua la cantidad de personas a quienes saluda en el capítulo 16), no había sido necesariamente él quien les había enseñado. Sin embargo, Pablo les concede el crédito de conocer la verdad de las Escrituras. Su carta, escrita “en parte con atrevimiento”, no fue para darles nuevas enseñanzas sino para recordarles nuevamente las verdades ya conocidas.

¿Por qué Pablo les recuerda las verdades que ya ellos sabían? La respuesta la encontramos siguiendo el hilo del razonamiento de Pablo: “Por la gracia [don] que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios”.

Y ¿qué esperaba alcanzar Pablo mediante este ministerio? Él mismo nos da la respuesta: “Que los gentiles le sean [a Dios] como ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”.

El apóstol emplea imágenes tomadas del Antiguo Testamento para describir su privilegiada tarea en el Nuevo Testamento de

ministrar el evangelio. En tiempos del Antiguo Testamento el sacerdote le presentaba al Señor la ofrenda del adorador; de igual modo, Pablo, para decirlo de alguna forma, le está llevando a Dios los creyentes gentiles como ofrenda aceptable. Pero el apóstol hace ver inmediatamente que el que tengan esta condición no se le debe acreditar a él, sino que el hecho de que estos gentiles convertidos sean “ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”, es obra exclusiva del Señor.

**<sup>17</sup> Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere, <sup>18</sup> porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí, para conducir a los gentiles a la obediencia. Y lo he hecho de palabra y de obra, <sup>19</sup> con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios;**

Ciertamente, Pablo estaba consciente de que Dios le había permitido alcanzar logros extraordinarios en la iglesia. En cierto sentido este “gloriarme” en los triunfos del evangelio nunca fue para Pablo una victoria personal. Antes de esta carta, el apóstol les había escrito a los corintios: “No que estemos capacitados para hacer algo por nosotros mismos; al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios, el cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto” (2 Corintios 3:5,6). Ahora Pablo les dice a los romanos: “porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí, para conducir a los gentiles a la obediencia. Y lo he hecho de palabra y de obra, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios.”

Sin lugar a dudas, Pablo había sido capacitado por Dios para hacer grandes cosas. En el libro de Hechos, Lucas nos dice que las señales y los milagros eran algo frecuente en el ministerio de Pablo, como lo evidencian numerosas curaciones milagrosas e inclusive el resucitar a Eutico de entre los muertos (Hechos 20:9-12; ver también Hechos 14:8-10; 16:16-18; 16:25-28; 28:8,9).

**de manera que desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo.<sup>20</sup> Y de esta manera me esforcé en predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiera sido anunciado, para no edificar sobre fundamento ajeno,<sup>21</sup> sino, como está escrito:**

**«Aquellos a quienes nunca les fue anunciado acerca de él, verán;**

**y los que nunca han oído de él, entenderán.»**

**<sup>22</sup> Por esta causa me he visto impedido muchas veces de ir a vosotros.**

Debemos tener cuidado de no pasar por alto la importancia de la expresión *de manera*, con la que Pablo inicia el pasaje que acabamos de ver. El significado original de estas dos palabras también se podría haber traducido por “por consiguiente” o “como resultado”. El apóstol dice que: *Como resultado de lo que Cristo ha hecho a través de mí...* he anunciado plenamente el evangelio de Cristo. El apóstol no se está jactando, sino simplemente les está dando el crédito a quien le corresponde, es decir, a Dios, bajo cuya guía ha podido alcanzar resultados tan notables. Cuando dice que “desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo”, Pablo se está refiriendo a toda la llanura costera del noroeste, paralela al mar Mediterráneo. Desde Jerusalén, donde la iglesia del Nuevo Testamento había comenzado en Pentecostés, el apóstol ha llevado el mensaje en dirección noroeste hasta Ilírico, que corresponde a lo que actualmente es Albania y Yugoslavia.

El libro de los Hechos no registra que Pablo haya trabajado en Ilírico, de modo que quizás sus palabras se interpreten mejor como que se refiere a que llevó el evangelio desde Jerusalén hasta las fronteras de Ilírico. Consideremos cómo la expansión geográfica del evangelio corresponde con el programa de predicación que Cristo les dio a los discípulos antes de ascender a los cielos: “Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

Cuando Pablo dice: “Desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio”, eso no significa que él haya hecho por sí mismo toda la predicación, ni que él personalmente compartiera el evangelio con cada convertido. La estrategia habitual de Pablo era ir a los principales centros urbanos y plantar allí el evangelio. Como parten los rayos del eje de una rueda, sus colaboradores lo irradiarían a las comarcas vecinas. Éfeso constituye un buen ejemplo del método de trabajo misionero de Pablo. Después de que él y su grupo de cristianos fueron expulsados de la sinagoga de esa ciudad, Pablo se reunía diariamente en la escuela de un hombre llamado Tirano. Aunque esta actividad se llevó a cabo solamente dentro de la ciudad, Lucas dice que “así continuó por espacio de dos años, de manera que *todos los que habitaban en Asia*, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús” (Hechos 19:10).\*

Nuestra Versión Reina-Valera, Revisión de 1995, resulta más precisa que la Nueva Versión Internacional con respecto al versículo 20, que en esta última dice: “Mi propósito ha sido...” Esto podría hacer pensar que Pablo está siguiendo su propio inclinación y su propio plan. Pero, como ya veremos, éste no es el caso.

Recordemos que en su segundo viaje misionero, cuando Pablo deseaba ir a Éfeso, “les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia” (Hechos 16:6). Y que “cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió” (16:7). En vez de esto, Pablo y sus colaboradores fueron guiados a Europa mediante el “llamado macedonio”.

---

\* Colosas era una de las ciudades de la provincia de Asia muy probablemente evangelizada desde Éfeso. Al parecer Pablo no conocía personalmente a la congregación de Colosas porque en la carta que les escribe, dice: “Habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús (1:4). Epafras fue el fundador de esa congregación y no Pablo, pues el apóstol escribe: “Como lo habéis aprendido [el evangelio] de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo en nuestro lugar, quien también nos ha informado de vuestro amor en el Espíritu” (1:7,8).

Recordemos también que Pablo se consideraba a sí mismo como “embajador de Cristo” (2 Corintios 5:20). Un embajador no habla por sí mismo, ni escoge el momento ni lugar para hacerlo; sino que, más bien, está totalmente comprometido a representar el interés de su superior. Por tanto, en lugar de asumir que la ambición personal fuera la motivación de Pablo, sería mejor mirar esta conducta del apóstol como reflejo de una directiva divina que fue la razón por la que él *lucha sinceramente* para “predicar el evangelio, no donde el nombre de Cristo ya hubiera sido anunciado”. Pablo añade de inmediato que la razón por la que actuaba así era “para no edificar sobre fundamento ajeno, sino como está escrito: ‘Aquellos a quienes nunca les fue anunciado acerca de él, verán; y los que nunca han oído de él entenderán’”.

Al hablarnos de las restricciones que Dios ha puesto sobre su ministerio, el apóstol no se está quejando ni se está poniendo a la defensiva. Después de todo, esta manera de hacer las cosas ha resultado en el cumplimiento de lo que ya Isaías había predicho con relación al resultado exitoso de la obra del Siervo sufriente: “Verán lo que nunca les fue contado y entenderán lo que jamás habían oído” (Isaías 52:15).

Sin embargo, esta afirmación de Pablo brinda una explicación de la razón por la que se había demorado tanto en ir a Roma. En primer lugar, la iglesia de Roma se apoyaba en gran parte en la obra de otros; o para emplear una ilustración del apóstol, ésta había sido construida “sobre fundamento ajeno”. De modo que técnicamente se le podía considerar como fuera de los límites de la misión encargada a Pablo.

Pero una razón de todavía mayor peso para la demora de Pablo fue que, hasta ahora, había áreas importantes a las que no había llegado aún el evangelio, y que éstas requerían prioritariamente la atención del apóstol. “Por esta causa me he visto impedido muchas veces de ir a vosotros”, les explica. Ahora, la situación ha cambiado.

**<sup>23</sup> Pero ahora, no teniendo más campo en estas regiones, y deseando desde hace muchos años ir a vosotros, <sup>24</sup> cuando vaya a España, iré a vosotros, pues espero veros al pasar y ser encaminado hacia allá por vosotros una vez que haya disfrutado de vuestra compañía.**

Después de haber plantado el evangelio en las principales áreas urbanas, desde Jerusalén hasta Ilírico, Pablo puede decir: “No teniendo más campo en estas regiones”. Sin embargo, eso no significa de ninguna manera que la tarea del apóstol haya finalizado; está listo a fijar la vista en otra área donde Cristo aún no era conocido. Esa región, hacia el oeste y más allá de Roma, era España. De modo que, en viaje hacia España, Pablo pensaba detenerse en Roma para así cumplir su antiguo y ansiado deseo de visitar a los cristianos romanos.

Con todo lo importante que le era el visitar personalmente a los hermanos y hermanas en la fe, sin embargo, esto no era de ningún modo la única razón para llegar a Roma. Pablo procuraba también la participación de los cristianos romanos en la expedición misionera que estaba proyectando para ir a España.

No debemos pensar que el procedimiento organizativo de la misión de Pablo se puede comparar enteramente con los métodos de conducta seguidos actualmente para la obra misionera en otros países. En la actualidad, cuando una organización eclesiástica (mediante su junta de misiones) envía un equipo de misioneros a tierras lejanas, se responsabiliza con el equipamiento y financiación de la empresa.

En la época de comienzos del Nuevo Testamento los misioneros cristianos dependían mayormente de sí mismos. Pensemos, por ejemplo, en cómo Pablo en Corinto tejía tiendas para ganar su propio sustento (Hechos 18:1-5; ver también Hechos 20:33,34). Los misioneros itinerantes dependían también frecuentemente para su aprovisionamiento de la ayuda de los cristianos que estaban a lo largo de la ruta mientras iban al siguiente campo de labor. La tercera epístola de Juan nos da

evidencias claras de este apoyo a las misiones por parte de las congregaciones locales (versículos 5-8).

De modo similar, Pablo parece esperar este tipo de ayuda cuando vaya a Roma, porque les dice a los romanos: “Espero veros al pasar y ser encaminado hacia allá por vosotros una vez que haya disfrutado de vuestra compañía”. Sin embargo, estos son planes para el futuro. Por el momento tendrán que esperar.

**<sup>25</sup> Pero ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos, <sup>26</sup> porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén. <sup>27</sup> Les pareció bueno hacerla, ya que son deudores a ellos, porque si los gentiles han sido hechos partícipes de sus bienes espirituales, deben también ellos ayudarlos con bienes materiales.**

El tema de la preocupación por los “santos” (creyentes) pobres y necesitados en Palestina se registra repetidamente en la vida de los inicios de la iglesia del Nuevo Testamento. Al parecer, la aceptación de Cristo y de su evangelio hizo que los judíos cristianos quedaran destituidos en su patria del sistema de apoyo que habían tenido en la sinagoga y en las estructuras locales de socorro y ayuda de emergencia.

Recordemos la designación de siete diáconos en Jerusalén para que se encargaran de la obra de ayuda, cuando esta tarea se volvió demasiado pesada para poder ser administrada eficientemente por los Doce (Hechos 6:1-6). En Hechos 11:27-30, Lucas habla de una colecta reunida por la congregación predominantemente gentil de Antioquía para aliviar las penalidades causadas a los judíos cristianos por una hambruna. Pablo relata una reunión en Jerusalén en la que las “columnas” del cristianismo—Jacobo, Cefas y Juan—reconocieron a Pablo como el misionero llamado a servir a los gentiles con esta exhortación enigmática que aparece justamente al final del relato: “Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que

nosotros fuéramos a los gentiles y ellos a los de la circuncisión. Solamente nos pidieron que nos acordáramos de los pobres; lo cual también me apresuró a cumplir con diligencia” (Gálatas 2:9,10). Las dos cartas de Pablo a los Corintios tienen también secciones claves que tratan de las colectas que ellos y otras congregaciones estaban reuniendo para los santos en Jerusalén (1 Corintios 16:1-4; 2 Corintios 8,9).

La colecta a la que Pablo se refiere en su correspondencia a los corintios fue, al parecer, concluida precisamente antes de que él llegara a Corinto en el otoño del año 57 d.C., donde parece que pasó el invierno (1 Corintios 16:5,6; Hechos 20:2,3). Ahora, al tiempo de escribir su carta a los romanos, Pablo está a punto de partir hacia Jerusalén para hacer entrega de lo recaudado.

Sabiamente, el apóstol había invitado a los representantes de las congregaciones participantes para que sirvieran como comité de entrega del dinero. Al escribir a Roma, Pablo menciona solamente a las congregaciones europeas que participaron en la colecta: Macedonia y Acaya (Grecia). A partir de la lista que da Lucas en Hechos 20:4 de los integrantes de este comité de siete hombres, sabemos que las congregaciones de Asia Menor también participaron. Las congregaciones de Asia Menor estuvieron representadas en ese comité por Gayo, de Derbe; Timoteo, de Listra; y Tíquico y Trófimo de la provincia de Asia, probablemente de Éfeso.

Esta colecta fue un acontecimiento importante en la vida de la iglesia antigua, porque su propósito no fue solamente el de darle ayuda material al componente judío de la iglesia, sino también el de mostrar la unidad espiritual en Cristo entre judíos y gentiles cristianos (2 Corintios 9:12-14).

Recordemos que Pablo les dedicó gran cantidad de espacio en esta carta a los creyentes de Roma para hacer énfasis en la necesidad de la solidaridad entre judíos y gentiles. Entonces, no nos sorprenderá que el apóstol aproveche la oportunidad una vez más para compartir nuevamente este tema con sus lectores. Hablando de los gentiles, que eran la mayoría entre los

participantes de la colecta, Pablo escribe: “Les pareció bueno hacerla, ya que son deudores a ellos [a los judíos]; porque si los gentiles han sido hechos partícipes de sus bienes espirituales, deben también ellos ayudarlos con bienes materiales.”

**28 Así que, cuando haya concluido esto, y les haya entregado esta ofrenda, pasaré entre vosotros rumbo a España. 29 Y sé que cuando vaya a vosotros, llegaré con abundancia de la bendición del evangelio de Cristo.,**

La tarea que Pablo quiere llevar a cabo no es sólo la de entregar el dinero; especialmente él quiere hacer que se entienda con claridad que este regalo es “fruto” de la fe de parte de los cristianos gentiles. Con mucho esfuerzo el apóstol enfatiza en esta carta, y a través de todo su ministerio, que los cristianos gentiles están perfectamente unidos con sus hermanas y hermanos judíos.

Después de que este asunto importante de la colecta haya sido atendido, Pablo puede emprender su viaje a España y detenerse de camino en Roma. A propósito, esta es la última referencia que tenemos del viaje de Pablo a España. El apóstol puede haber alcanzado este objetivo en el tiempo que transcurrió desde su liberación después de su primer encarcelamiento en Roma (alrededor del 63 d.C.) y su muerte (entre mediados y fines de esa década). El período de tiempo entre estas dos fechas parece permitirlo, pero no tenemos información específica de las Escrituras que confirmen este viaje misionero hacia el Occidente.

**30 Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, 31 para que sea librado de los rebeldes que están en Judea y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea bien recibida; 32 para que, si es la voluntad de Dios, llegue con gozo a vosotros y pueda descansar entre vosotros.**

Con anterioridad ya hemos notado que Pablo tiene en alta estima su unión con las hermanas y hermanos en la fe. Es algo que

volvemos a ver aquí en el valor que les atribuye a las oraciones de ellos por él. Hay dos cosas que tienen gran peso en su corazón y en su mente. En primer lugar, desea que el asunto de la colecta marche bien, tanto en la entrega como en la distribución. Es por eso que les ruega a los romanos “que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea bien recibida”.

Pero también hay otro asunto de grave preocupación, que se refiere a la seguridad personal de Pablo. Recordemos que Cristo había predicho que vendría un tiempo en el que los que se opusieran violentamente al cristianismo pensarían que le estaban haciendo un servicio a Dios (Juan 16:2). Pablo se estaba enfrentando precisamente a esto mismo de parte de sus compatriotas judíos, especialmente de “los rebeldes que están en Judea”. Que Pablo no estaba obsesionado con esto sino más bien preocupado acerca de un peligro real, se muestra en los acontecimientos del viaje a Jerusalén. A todo lo largo del camino, en un sitio tras otro, la gente le advirtió a Pablo que le aguardaban problemas y encarcelamiento en Jerusalén (Hechos 20:22,23; 21:4,10-14). En realidad, lo que le había sido predicho se hizo realidad cuando Pablo tuvo que ser rescatado de una turba judía homicida. A partir de entonces el apóstol quedó bajo custodia romana durante los siguientes cuatro o cinco años.

Al momento de escribirles a los romanos, todo esto todavía estaba en el futuro, de manera que Pablo les solicita muy apropiadamente a sus lectores: “que me ayudéis orando por mí a Dios... para que, si es la voluntad de Dios, llegue con gozo a vosotros y pueda descansar entre vosotros”. Como se indicó antes, es totalmente posible que Pablo haya tenido la oportunidad de ir a España después de haber sido librado de su detención por el Imperio Romano. En este caso, simplemente esta oportunidad le llegó más tarde de lo que esperaba cuando les pidió a los romanos que oraran para que su visita a ellos se apresurara.

**<sup>33</sup> Que el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.**

Pablo termina esta sección con una bendición. La oración tiene un matiz de finalidad, dando término a la carta propiamente dicha. Todo lo que le queda hacer a Pablo es adjuntar una recomendación para Febe (que puede haber sido la portadora de la carta), enviar saludos a alrededor de dos docenas de conocidos en Roma y transmitir las instrucciones que se registran en 16:17,18.

## CONCLUSIÓN (16:1-27)

---

### *Elogio*

**16** Os recomiendo, además, a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia en Cencrea. <sup>2</sup> Recíbidla en el Señor, como es digno de los santos, y ayudadla en cualquier cosa en que necesite de vosotros, porque ella ha ayudado a muchos y a mí mismo.

Cuando Pablo se refiere a Febe como “nuestra hermana”, probablemente no piensa en ella como un familiar; sino como una hermana en la fe. Febe era natural de Cencrea, que era uno de los puertos de Corinto. La ciudad de Corinto, situada sobre un istmo, tenía dos puertos, uno que servía al comercio con el Occidente (por ejemplo, Italia) y otro con el Oriente. Cencrea estaba en el lado oriente del istmo, en el mar Egeo.

El término que se usa para describir a Febe es *diakonos*. Se podría traducir muy apropiadamente como “diaconisa”. No sabemos cuáles eran exactamente sus funciones como “diaconisa de la iglesia en Cencrea”, ni se nos dice cuál iba a ser su papel en Roma; pero lo que sí está bien claro es que había sido de ayuda extraordinaria a la causa cristiana. Pablo la elogia en gran manera y la recomienda en los mejores términos a los cristianos de Roma.

Debemos recordar que en la antigüedad no existía el servicio internacional de correo que ahora damos por sentado. Un método habitual para enviar correspondencia consistía en que la carta fuera llevada por un viajero que estuviera de camino hacia el lugar donde uno quisiera enviarla. Pablo, que deseaba hacerles llegar una carta a los romanos, parece haber encontrado la situación propicia durante su estadía de tres meses en Corinto donde supo que Febe marchaba a Roma. De modo que hubo de persuadirla para que llevara y les entregara a los cristianos romanos la epístola que a su vez le serviría de carta de presentación.

### **Saludos**

**<sup>3</sup>Salud a Priscila y a Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús, <sup>4</sup>que expusieron su vida por mí, a los cuales no sólo yo doy las gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles.**

**<sup>5</sup>Salud también a la iglesia que se reúne en su casa.**

**Salud a Epeneto, amado mío, que es el primer fruto de Acaya para Cristo. <sup>6</sup>Salud a María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros. <sup>7</sup>Salud a Andrónico y a Junias, mis parientes y compañeros de prisiones. Ellos son muy estimados entre los apóstoles, y además creyeron en Cristo antes que yo. <sup>8</sup>Salud a Amplias, amado mío en el Señor.**

**<sup>9</sup>Salud a Urbano, nuestro colaborador en Cristo Jesús, y a Estaquis, amado mío. <sup>10</sup>Salud a Apeles, aprobado en Cristo. Salud a los de la familia de Aristóbulo. <sup>11</sup>Salud a Herodión, mi pariente. Salud a los de la familia de Narciso, los cuales están en el Señor. <sup>12</sup>Salud a Trifena y a Trifosa, que trabajan arduamente en el Señor. Salud a la amada Pérsida, que tanto ha trabajado en el Señor.**

**<sup>13</sup>Salud a Rufo, escogido en el Señor, y a su madre, que lo es también mía. <sup>14</sup>Salud a Asíncrito, a Flegonte, a Hermas, a Patrobas, a Hermes y a los hermanos que están con ellos.**

**<sup>15</sup>Salud a Filólogo, a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpás y a todos los santos que están con ellos.**

**<sup>16</sup>Saludaos los unos a los otros con beso santo. Os saludan todas las iglesias de Cristo.**

Una característica poco común de la carta a los romanos es el gran número de saludos personales que Pablo le adjunta — ¡más de dos docenas! Ninguna otra carta se aproxima siquiera a tener tantos. Esta cantidad de saludos se hace más notoria al recordar que Pablo nunca había visitado la comunidad cristiana de Roma. La explicación probable es que muchos de los “romanos” deben de haber sido personas que Pablo conoció previamente durante su labor desde “Jerusalén... hasta Ilírico” (15:19) que posteriormente se trasladaron a Roma, ya sea temporal o permanentemente.

Notemos por ejemplo que Epeneto fue “el primer fruto *de Acaya* para Cristo”.\* Después de todo, había mucho de verdad en el antiguo refrán de que todos los caminos llevan a Roma.

En cuanto a las personas que simplemente menciona por nombre, es evidente que los lectores de Pablo sabían exactamente para quién era el saludo. Es una lástima que *nosotros* sepamos tan poco acerca de ellos. Fuera de Aquila y Priscila,\*\* los demás tienden a ser solamente nombres para nosotros.

Sin embargo, Pablo añade algunos fragmentos valiosos e interesantes de información que nos permiten hacer algún agrupamiento. Una característica que resalta en la lista es la cantidad de mujeres que son objeto de elogio. La inspirada enseñanza de Pablo acerca del papel de la mujer ha ocasionado y ganado (incorrectamente) para el apóstol la reputación de ser alguien que odiaba a las mujeres. Que esto está muy lejos de la verdad queda demostrado por el hecho de que aproximadamente un tercio de las personas a las que saluda son mujeres: y a todas se les elogia sin reservas. La lista incluye a las siguientes con su aporte respectivo:

*Priscila*, a quien menciona junto con Aquila diciendo que “mis colaboradores en Cristo Jesús, que expusieron su vida por mí, a los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles”.

*María*, “la cual ha trabajado mucho entre vosotros”.

*Trifena y Trifosa*, “que trabajan arduamente en el Señor”.

*Pérsida*, “que tanto ha trabajado en el Señor”.

*La madre* de Rufo, de quien dice: “escogido en el Señor, y a su madre, que es también mía”.

---

\* Otros manuscritos antiguos dicen Asia. Vea la Nueva Versión Internacional.

\*\* Conocidos a partir de Hechos 18:18-26; 1 Corintios 16:19; 2 Timoteo 4:19.

*Julia**La hermana de Nereo*

A propósito, el género de Junias (versículo 7) se podría debatir. Los antiguos manuscritos griegos no tenían acentos ortográficos, la adición de éstos fue obra posterior de los editores. Así que *Junias* se podría acentuar como nombre de hombre o como nombre de mujer. Notemos que, al dar crédito a Andrónico y Junias como “muy estimados entre los apóstoles”, Pablo usa una definición más amplia de *apóstol* que la que se usa para referirse exclusivamente a los que fueron llamados por el propio Cristo.\*

Otra característica interesante es que Pablo menciona a “mis parientes”. Tres de ellos, Lucio, Jasón y Sosípater (16:21), están con él en Corinto, y también envían saludos. Sin duda alguna, ellos tendrían un interés especial en los tres familiares que tenían en Roma: Herodión (versículo 11), Andrónico y Junias (versículo 7). Los dos últimos son citados elogiosamente por Pablo como “mis compañeros de prisiones” y algo más adelante dice que “creyeron en Cristo antes de mí”. Este segundo elemento de información sugiere una situación muy interesante donde los miembros de la familia de Pablo se hicieron cristianos cuando él todavía era un empedernido perseguidor del cristianismo.\*\*

Una observación final obtenida de fragmentos de información incorporados en la lista de los saludados por Pablo es la de que, en estos momentos, no parece haber habido una congregación formalmente organizada en Roma. Más bien, la comunidad cristiana romana parece haber estado constituida por

---

\* Pablo emplea este sentido más amplio cuando se refiere a Jacobo, el hermano del Señor, como uno de los “apóstoles” (Gálatas 1:18,19). Lucas actúa de igual modo al llamar apóstol a Bernabé (Hechos 14:4,14). En 1 Tesalonicenses 2:6, Silas y Timoteo parecen ser incluidos entre los apóstoles.

\*\* El apoyo adicional de los familiares de Pablo a la causa del cristianismo se puede ver en Hechos 23:12-22, especialmente en el versículo 16, donde el sobrino de Pablo (“hijo de la hermana”) alerta a las autoridades acerca de un complot judío contra el apóstol.

un conjunto de iglesias de familia o integrantes de casas que se reunían en un hogar privado. Este tipo de organización se puede ver claramente en el caso de Aquila y Priscila donde Pablo habla de “la iglesia de su casa”. “Los de la familia de Aristóbulo” parecen ser un grupo similar. El apóstol también envía saludos a los líderes cristianos, “y a los hermanos que están con ellos” (versículo 14), así como “a los santos que están con ellos” (versículo 15). La impresión que queda es que se trata de iglesias que funcionan en casas, o iglesias caseras con una organización poco estructurada.

Cuando Pablo dice: “Saludaos los unos a los otros con beso santo”, exhorta con esto una práctica que era común en la iglesia primitiva\* y que todavía se practica en algunas iglesias. Tanto entonces como ahora, esto era y es una señal de unión cristiana desprovista de toda implicación romántica.

### *Una advertencia*

**<sup>17</sup> Pero os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y ponen tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido. Apartaos de ellos, <sup>18</sup> porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y halagos engañan los corazones de los ingenuos. <sup>19</sup> Vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos, y por eso me gozo de vosotros. Pero quiero que seáis sabios para el bien e ingenuos para el mal. <sup>20</sup> Y el Dios de paz aplastará muy pronto a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.**

Debido a que esta sección de la carta parece diferente de las que la rodean, algunos han cuestionado si le corresponde estar ubicada aquí. La solución de este supuesto problema está en observar la manera en que Pablo ha estructurado el tema que trata.

---

\* 1 Corintios 16:20; 2 Corintios 13:12; 1 Tesalonicenses 5:26; 1 Pedro 5:14.

Para esto, resulta esencial darse cuenta de que Pablo comienza el versículo 17 empleando la palabra relacionante *pero*. Desgraciadamente, como la Nueva Versión Internacional y muchas otras omiten esta conjunción. Nuestra versión la Reina-Valera, revisión de 1995, la traduce con *Pero*. Cuando se la toma en cuenta, la manera en que avanza el pensamiento que da unidad a los versículos 1 a 16 y 17 a 20 se hace claro. Después de identificar a las numerosas personas a quienes sus lectores romanos debían saludar, el apóstol continúa: “Pero os ruego, hermanos, que *os fijéis* en los que causan divisiones y ponen tropiezos”.

Notemos contra quienes es que Pablo nos está poniendo en guardia. No se trata de personas con diferentes convicciones políticas ni con prácticas culturales distintas, sino de personas religiosas. Son religiosos que enseñan doctrinas falsas, que “ponen tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido”.

El original también deja claro que no se trata de gente que simplemente se haya confundido un poco en su pensamiento y que estuviera dispuesta a rectificar sus enseñanzas en caso de señalársele sus errores. Por el contrario, se trata de gente que, en justicia, se puede describir como individuos que de modo habitual e intencional causan divisiones y cuestionan doctrinas. Son maestros provistos de un programa con el que buscan que otros se adhieran a sus propios puntos de vista.

Pablo es firme en su consejo al advertir con respecto a estos falsos maestros: ¡manténganse alertas y apártense de ellos! O, para decirlo con la terminología de los primeros 16 versículos de este capítulo: No los saluden como si fueran hermanos en la fe.

Eviten el compañerismo con los falsos maestros y adviertan a otros para que lo hagan no resulta un mensaje popular, especialmente en esta época de falso ecumenismo. Pero como Pablo lo destaca, el evitar a los falsos maestros y las falsas enseñanzas resulta sumamente necesario por dos razones.

En primer lugar, “porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres”. Los falsos ecumenistas asumen como regla que la unidad en cuanto a doctrina

no es ni posible ni necesaria. De este modo siguen sus propias inclinaciones (“sus propios vientres”), más bien que a nuestro Señor, que envió sus heraldos encomendándoles que enseñaran a todas las naciones “que guarden *todas* las cosas que os he mandado” (Mateo 28:20). Hacer caso omiso de algunas doctrinas, o enseñar incorrectamente lo que Cristo nos ha confiado es simplemente inaceptable para nuestro Señor.

Pero existe otra razón muy práctica para evitar a los falsos maestros y las falsas enseñanzas. ¡La falsa doctrina constituye un grave riesgo para la fe salvadora! O como dice Pablo: “Con suaves palabras y halagos engañan los corazones de los ingenuos”. Estos “ingenuos” no son simplemente los demás, sino que entre ellos estamos incluidos también nosotros mismos. Pablo nos advierte que la falsa doctrina no es cosa de juego. “¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa?” (1 Corintios 5:6). “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

Aunque Pablo siente la necesidad de advertirles muy seriamente, no crítica a los romanos, ni sus palabras implican que éstos no estuvieran evitando a los falsos maestros. ¡Todo lo contrario! El apóstol los elogia por su fe y lealtad. Con su habitual generosidad hacia los demás y su entusiasmo ante cualquier muestra de crecimiento y madurez en la fe de sus lectores, Pablo les dice: “Vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos, y por eso me gozo de vosotros. Pero quiero que seáis sabios para el bien e ingenuos para el mal.”

El apóstol termina ahora su carta con una promesa y con una bendición. “Y el Dios de paz aplastará muy pronto a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros”. Así como hubo una nota de finalidad al terminar el capítulo 15, la hay ahora aquí. Pablo ha terminado su parte de la carta; pero todavía queda un poquito de un asunto que no ha terminado. A sus colegas de Corinto, que al igual que el apóstol conocían a muchas de las mismas personas en Roma, les agradaría aprovechar la ocasión poco frecuente de enviar saludos. Por lo tanto, Pablo les permite hacerlo en su epístola.

**<sup>21</sup> Os saludan Timoteo mi colaborador, y mis parientes Lucio, Jasón y Sosípater.**

Es claro que Timoteo nos es bien conocido por las Escrituras; desde que se unió en su segundo viaje al equipo misionero de Pablo (Hechos 16:1-5), ha sido su compañero y colaborador fiel y constante. Por el contrario, no sabemos nada acerca de Lucio, Jasón ni Sosípater, excepto que eran familiares de Pablo.

**<sup>22</sup> Yo Tercio, que escribí la epístola, os saludo en el Señor.**

Afortunadamente, Tercio se encarga de identificarse a sí mismo. Él era el escriba profesional, sin duda cristiano, que porque escribió lo que Pablo le dictó. El apóstol siempre usaba la ayuda de un secretario. El secretario escribiría el cuerpo de la carta en tanto que Pablo añadiría a modo de firma la porción final (2 Tesalonicenses 3:17). Esta práctica resulta evidente en la conclusión de Gálatas donde el apóstol dice: “Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano” (6:11). Aquí, en Romanos, los versículos 25 a 27 de este último capítulo son muy probablemente la firma del propio puño y letra de Pablo.

**<sup>23</sup> Os saluda Gayo, que me hospeda a mí y a toda la iglesia.**

Frecuentemente se presume que este Gayo sea la misma persona a que se hace referencia en Hechos 18:7. Allí se nos dice que después que un grupo de cristianos y Pablo fueron expulsados de la sinagoga de Corinto, éste, “salió de allí se fue a la casa de uno llamado Justo, temeroso de Dios” (Algunos manuscritos antiguos dicen Ticio Justo, véase la Nueva Versión Internacional). Se supone que el nombre completo de este benefactor era Gayo Ticio Justo.

Independientemente de si esta asociación de nombres es o no correcta, este versículo fundamenta la hipótesis de que los primeros cristianos actuaban como iglesias de familia o caseras que se reunían más bien en hogares que en edificios eclesiásticos. Gayo debió haber tenido una casa grande para poder hospedar a “toda la iglesia” de Corinto, la que parece haber estado más

formalmente estructurada como una sola congregación, que la comunidad cristiana de Roma.

**Os saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.**

**<sup>24</sup>La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.**

Ocasionalmente se ha hecho la observación de que la mayoría de los que eran atraídos por el mensaje cristiano provenían de las capas más bajas de la sociedad, incluyendo también a numerosos esclavos. Por ejemplo, llama la atención al hecho de que nombres como Amplias, Urbano, Estaquis y Apeles (16:8-10) aparecen en la lista de esclavos de la casa imperial. Sin embargo, no todos los cristianos procedían de las clases inferiores. Erasto, a quien la traducción de la Versión Reina-Valera 1995 identifica como “tesorero de la ciudad” y la de la *New International Version* (en inglés) señala como “director de obras públicas”, desempeñaba obviamente un importante cargo público. La arqueología se ha encargado de desenterrar una fascinante información posiblemente relacionada con este versículo. Mientras trabajaban en una antigua plaza pavimentada de Corinto, los arqueólogos descubrieron un bloque de piedra, que había sido vuelto a usar, con una inscripción en latín que dice: “Erasto, encargado de obras públicas, costó los gastos de este pavimento”. Este *puede* ser el mismo hombre que les envió saludos a los romanos, pero no podemos estar seguros. El “hermano Cuarto” continúa siéndonos totalmente desconocido.

Para terminar esta sección de saludos muchos manuscritos griegos tienen otra doxología como la que vimos en 15:33 y 16:20. Algunas traducciones incluyen otra doxología como el versículo 24: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.” En otras traducciones este texto sólo figura como una nota al pie de página.

### ***Firma final de Pablo***

**<sup>25</sup>Y al que puede fortaleceros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, <sup>26</sup>pero se ha manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las naciones para que obedezcan a la fe, <sup>27</sup>al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.**

Como se ha indicado anteriormente, es muy probable que estos versículos fueron escritos del puño y letra de Pablo que certificaba lo auténtico de su carta, tal y como lo hacemos hoy en día al firmar una carta escrita a máquina. Aunque no se menciona aquí, recordemos el comentario con que el apóstol concluye su carta a los Tesalonicenses: “La salutación es de mi propia mano, de Pablo, que es el signo en toda carta mía. Así escribo” (2 Tesalonicenses 3:17).

No se trata solamente de lo escrito por la mano de Pablo, sino también de su teología. En realidad, esta doxología refleja virtualmente todo lo que el apóstol ha dicho en la carta. Recordemos que el cuerpo de la epístola comenzó con la audaz afirmación de Pablo: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree” (1:16). Pablo termina esta carta enfatizando una vez más el mismo evangelio y el mismo poder de Dios.

El apóstol les dice a los romanos: “Y al que puede fortaleceros [Dios] según mi evangelio y la predicación de Jesucristo”. Cuando habla de “mi evangelio”, Pablo no lo contrasta con el que predicán sus colaboradores; se trata, más bien, de que el evangelio de Pablo es el mensaje que le fue dado de un modo único cuando Cristo lo enfrentó personalmente en el camino a Damasco y cambió totalmente su vida: de ser perseguidor de Cristo a ser testigo para Cristo.

El significado de “mi evangelio” se aclara aún más mediante la expresión, “y la predicación de Jesucristo”, que Pablo le adjunta. El considerar dos temas gramaticales puede ayudar a que entendamos mejor la relación entre estas dos expresiones. En primer lugar la palabra traducida como “y” no funciona aquí como una conjunción para unir “evangelio” y “predicación” como si éstas fueran dos cosas diferentes. En realidad, esta palabra lo que hace es introducir un apositivo, es decir, una segunda expresión para reafirmar o explicar lo que estaba antes de ella. Por lo tanto, en lugar de traducir la palabra como “y” sería más correcto usar: *es decir* o *a saber*.

El segundo punto que debemos considerar, tiene que ver con la frase: “la predicación de Jesucristo”. La palabra *de* debería traducirse mejor por *acerca de*. La predicación no es algo que Cristo posee o hace; sino que es la proclamación *acerca de* Cristo. Por esto Pablo afirma confiadamente que Dios puede confirmar a los romanos mediante el evangelio que le ha sido confiado a Pablo; es decir, mediante la proclamación acerca de Jesucristo.

Jesucristo es la esencia del mensaje de Pablo, es la llave, es “la revelación del misterio que se ha sido mantenido oculto desde tiempos eternos”. El misericordioso plan de Dios para la salvación ha estado en marcha desde Adán y Eva, sí, incluso desde la misma eternidad. Pero por mucho tiempo pareció ser posesión exclusiva de la nación judía.

Sin embargo, todo esto cambió cuando Cristo vino a la tierra, completó su obra salvadora y les encargó a sus servidores que proclamaran esa salvación a todo el mundo. Por lo tanto el “misterio” de la gracia de Dios, revelado a Pablo y proclamado en su evangelio, consiste en que mediante la fe en Cristo la salvación de Dios está por igual a la disposición de todas las personas, ya sean judíos o gentiles. O que, como Pablo dice: “Se ha manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, *se ha dado a conocer a todas las naciones para que obedezcan a la fe*”.

Pablo había experimentado el poder de Dios en el evangelio, no sólo en el renacimiento espiritual que éste le trajo a su propia vida, sino también en virtud de los milagros repetidos en cientos y en miles de vidas vinculadas a la obra que el Señor le dio el privilegio de hacer. Su evangelio había llevado el poder de Dios al corazón tanto de judíos como de gentiles estableciendo centros de adoración cristiana en todo el territorio desde Jerusalén hasta Ilírico.

Es por esto que Pablo tiene la confianza de que esta Palabra, como les ha dicho a los romanos, “puede fortalecerlos”, ya sea a través del mensaje escrito que les envía o mediante la Palabra hablada cuando él vaya a visitarlos. Es tanta su confianza, que Pablo les dice: “Sé que cuando vaya a vosotros, llegaré con abundancia de la bendición del evangelio de Cristo” (15:29).

Pero este evangelio también hace que Pablo se sienta confiado en el establecimiento de congregaciones futuras. Así que ha invitado a los romanos a ser copartícipes con él en la proyectada expansión de la obra hacia España “para tener también... algún fruto, como lo he tenido entre los demás gentiles” (1:13). Pablo puede estar confiado en esto porque el evangelio “es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree” (1:16).

Es evidente que la confianza de Pablo no estaba mal depositada. Hace ahora casi dos mil años que la Palabra ha estado avanzando, especialmente hacia Occidente, hacia España y más allá, hasta el punto de habernos alcanzado también a nosotros e incluso haber ganado nuestro corazón. Impulsados por ese evangelio en general, y en particular por la exposición que del mismo hace Pablo en su magnífica epístola a los romanos, nosotros también nos unimos a él al decir: “Y al que puede [fortalecernos] según [el] evangelio... al único y sabio Dios, sea gloria, mediante Jesucristo para siempre. Amén.”

## ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECCLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

## NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
<b>MARCOS</b>	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Pablo en sus viajes misioneros escuchó acerca de los cristianos en Roma. Él escribió esta carta a los Romanos para fortalecer la fe de ellos para que ellos pudieran ayudarlo a extender el Evangelio más hacia el oeste. Por más de dos mil años, los cristianos hemos atesorado Romanos por su clara y pura presentación de la gracia de Dios a los pecadores.